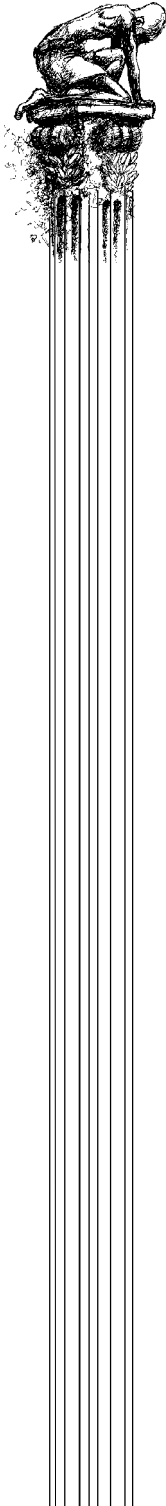


R **EVISTA**
AÑO 100, No. 1-4, ENERO-DICIEMBRE 2009
ISSN 0006-1727 RNPS 0383
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



Año 100 / Cuarta Época
Enero-Diciembre, 2009
Número 1-4
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383

Director: Eduardo Torres Cuevas

Consejo de honor In Memoriam:

Ramón de Armas, Salvador Bueno Menéndez, Eliseo Diego, María Teresa Freyre de Andrade, Josefina García Carranza Bassetti, René Méndez Capote, Manuel Moreno Friginals, Juan Pérez de la Riva, Francisco Pérez Guzmán

Consejo de redacción:

Eliades Acosta Matos, Rafael Acosta de Arriba, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Fina García Marruz, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Jorge Ibarra Cuesta, Siomara Sánchez Roberts, Emilio Setién Quesada, Carmen Suárez León, Cintio Vitier

Jefa de redacción: Araceli García Carranza

Edición: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Kirenia Acosta

Idea original de diseño de cubierta: Luis J. Garzón

Versión de diseño de cubierta: Yoe M. Piñeyro Rojas

Imágenes pertenecientes a los fondos de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 881 2428

Email: editorial@bnjm.cu

En Internet puede localizarnos: www.bnjm.cu

Primera época 1909-1913. Director fundador: Domingo Figarola Caneda

Segunda época 1949-1958. Directora: Lilia Castro de Morales

Tercera época 1959-1993. Directores: María Teresa Freyre de Andrade, Cintio Vitier, René Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva y Julio Le Riverend Brusone

Cuarta época

Directores: 1999-2007: Eliades Acosta Matos

2007-: Eduardo Torres Cuevas

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

ÍNDICE GENERAL

UMBRAL

- Una presencia centenaria en la cultura cubana** 7
Eduardo Torres Cuevas

ANIVERSARIOS

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ (1909-2009)

- Cuba 24** 11
Gerardo Castellanos García

- Épocas y contenidos de la Revista de la Biblioteca
Nacional de Cuba** 27
Araceli García Carranza

- Editar la Revista de la Biblioteca: un estado de gracia
conspirativo por la cultura cubana** 65
Carmen Suárez León

TESTIMONIOS SOBRE EL CENTENARIO

- Salvar la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*** 68
Rafael Acosta de Arriba

- La Revista... y yo** 70
Jesús Dueñas Becerra

- La Revista, cien años después** 72
Leonel Mazas

- Mi Revista** 76
Marta B. Armenteros

- El reinicio de la Revista en 1999** 78
José Antonio García Valiente

- Marinello, el martiano mayor en una Revista centenaria** 80
Mario Antonio Padilla Torres

ENRIQUE JOSÉ VARONA (1849-1933)	
Martí en Varona Josefina Meza Paz	83
Enrique José Varona: una aproximación a su obra literaria Gerardo C. García Barceló	92
El pensamiento ético de Varona. Del naturalismo ético a la eticidad revolucionaria Armando Chávez Antúnez	102
Acercamiento al ideario educativo de Enrique José Varona y Pera Justo A. Chávez Rodríguez	107
Varona: comprensión ético-filosófica del mundo, el hombre y la sociedad María Elena García Sánchez	110
Función educativa de la vida y la obra de Enrique José Varona y de Fernando Ortiz Rolando Buenavilla Recio	122
HOMENAJES	
CINTIO VITIER (1921-2009)	
A Cintio en su 88 cumpleaños Araceli García Carranza	127
El día de hoy tiene un especial significado Eduardo Torres Cuevas	129
MEDITACIONES	
A propósito de la temática de “lo humilde-cotidiano” en <i>Habana del centro</i> de Fina García Marruz Lennys Ders del Rosario	131

Hoy es un día de emociones y recuerdos Juan Nuiry Sánchez	140
La subjetividad en la narrativa histórica: la Protesta de Baraguá frente al espejo Antonio Álvarez Pitaluga	149
El fondo Fernando Ortiz de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí María del Rosario Díaz	165
Homenaje a los 90 años fundacionales de la Sociedad Pro-Arte Musical Irina Pacheco Valera	176
Acercamiento cultural al tratamiento de la arquitectura en cuatro crónicas carpenterianas Cristina Peña Pérez	194
Emilio Roig de Leuchsenring y su época María del Carmen Barcia Zequeira	204
A casi 100 años del maestro Ernesto Sábato Mercedes Santos Moray	210
José de la Luz y Caballero en la contemporaneidad historiográfica cubana Mildred de la Torre Molina	217
Factores que hicieron posible el golpe de Estado de Batista Newton Briones Montoto	229
Sobre la responsabilidad social del diseñador Claudio Sotolongo	236

DOCUMENTOS RAROS

Otro texto inédito de Félix Varela 241
Amaury B. Carbón Sierra

LIBROS

El juicio del Moncada, de Marta Rojas 245
Araceli García Carranza

Memorias de la Revolución 250
Luis M. de las Traviesas Moreno

**Narciso, la poesía y los poetas. Nuevo libro de ensayos
de Virgilio López Lemus** 252
Yuri Rodríguez González

Normas de presentación de los artículos 255

Una presencia centenaria en la cultura cubana

Eduardo Torres Cuevas

Historiador y director de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

El nacimiento de una revista, si es genuina, si responde a la necesidad de un espacio de creación y diálogo, siempre es deseable. Si esa revista logra insertarse en el interés de una comunidad de lectores, y de lectores exigentes, entonces ya será más que una intención de sus creadores, parte viva de sus lectores. Si esa revista logra sostenerse, como todo cuerpo vivo con sus mejores y buenos momentos durante un siglo, se vuelve, más que la creación de una generación, parte de la composición de la cultura de un país. La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* cumple su primera centuria en este año 2009. Ha pasado por diversos momentos, ha vencido dificultades que nunca se enumeran, pero que dejan su huella en el decurso de los años y ha marcado con su impronta a varias generaciones de estudiosos cubanos y de otros países. Es por ello que es difícil poder hablar o leer escritos en cualquiera de las ramas de investigaciones de la cultura cubana en que no esté presente nuestra revista.

Nació esta publicación en aquellos años oscuros y difíciles en que se debatían en contraposición silenciosa los

intereses reales de una cultura en gestación y la imposición o la sutil atracción de una expresión foránea que podía arrasar con el débil árbol sembrado con el amor y la sangre de los componentes de lo que llamaría Martí un “pueblo nuevo”. No eran claras las proyecciones ante la complejidad que presentaba el naciente siglo xx cubano. Gran parte de lo que ese siglo acumuló era desconocido por los callados adalides de un pensamiento propio para un pueblo que tenía que definirse a sí mismo. Apenas alguno de los problemas sociales graves de la nación se expresaban en las nuevas escrituras que intentaban definir a una Cuba que, rotas las ataduras coloniales, apenas era capaz de romper las tradiciones coloniales. La idea martiana de que en nuestras repúblicas sobrevivía la colonia, constituía uno de los peligros reales para lograr la república “con todos y para el bien de todos”. Pero más fuerte aún era el arrollador avance de una modernidad norteamericana, atractiva y punzante que parecía que se presentaba como lo más avanzado en los comienzos del siglo. En ese contexto, hacer y pensar a Cuba era hacer y pensar en medio

de una composición intelectual que apenas podía asirse a un núcleo creativo de escasos y controvertidos nombres.

Entre las obras más importantes del batallar de los defensores de la integridad del naciente pueblo, de la independencia de la nación herida, y de la espiritualidad de una cultura cubana, estuvieron las sutiles batallas por ganarle a la influencia intervencionista espacios vitales para la preservación de las tradiciones, del pensamiento y de la historia heroica del pueblo cubano como elemento esencial de la cultura cubana. Un capitán del Ejército Libertador, Joaquín Llavería, sería gestor de un Archivo Nacional cuya misión sagrada sería recuperar y preservar los documentos con los cuales, algún día, se construiría la memoria histórica de nuestro pueblo; un hombre extraordinario, seguidor estrecho e infatigable de Martí, Domingo Figuerola Caneda, lograría que en un pequeño espacio de la vieja Fortaleza de la Fuerza se le nombrara director de una hipotética Biblioteca Nacional. Tendrían, ambos, que contribuir con fondos documentales y bibliográficos a que historiadores y estudiosos del siglo xx deconstruyeran la historia colonial, construyeran e imaginaran una nueva historia que legitimara el derecho del pueblo de Cuba a una nación independiente y, sistemáticamente, reajustaran y redescubrieran esa historia de nuestro pueblo.

La creación de instituciones que establecieran una cultura nueva únicamente podía lograrse si en su interior hombres y mujeres imbuidos de un fervor patriótico y con la cultura necesaria para hacer cultura, trabajaran en acumular información proveniente

de las más diversas fuentes, y no sólo trabajaran la historia heroica, sino también la de los hábitos, costumbres, tradiciones, creaciones, que le daban a nuestro pueblo perfiles muy bien definidos. Había que hacer mucho más. Había que pensar a Cuba desde la obra creadora de quienes en cada época habían estudiado la sociedad colonial. Ello explica el inmenso amor con que legaron a la Biblioteca Nacional de Cuba sus colecciones personales desde el propio Domingo Figuerola Caneda hasta eruditos como Vidal Morales. No obstante, era necesario mucho más. En 1909, como parte de un movimiento de creación de espacios de divulgación del conocimiento oculto en los fondos de la Biblioteca Nacional, Domingo Figuerola Caneda logra la publicación del primer número de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Un año después, se constituía la Academia de la Historia de Cuba que le daría al país el centro de la actividad científica y literaria para proyectar y debatir los mayores alcances a nuestra historia nacional. Entre los nombres de los ilustres fundadores de dicha academia estaría asimismo el de Domingo Figuerola Caneda.

El creador y primer director de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Domingo Figuerola Caneda, nació en La Habana el 17 de enero de 1852. Participó en importantes proyectos intelectuales como la *Antología de poetas hispano-americanos* compuesta por Marcelino Menéndez y Pelayo, y fue delegado de Cuba en los Congresos Internacionales de Bibliografía y de Bibliotecarios, este último celebrado en París en 1900 y del cual fue uno de los vicepresidentes; fue

miembro de la Asociación de Bibliotecarios de Inglaterra y Miembro Honorario de la de Bibliotecarios Franceses. El gobierno de Francia le confirió la condecoración de las Palmas Académicas. Pero lo más destacado de su trayectoria fue su activa participación en el apoyo a la guerra de independencia dirigiendo en París el periódico independentista *La República Cubana*. Figuerola Caneda se opuso a la opción autonomista y sólo regresó a Cuba para continuar su trabajo a favor de una cultura cubana independiente. De esa profunda raigambre patriótica, de ese profundo amor por la aún no coherente cultura cubana, nace nuestra *Revista de la Biblioteca Nacional*.

La publicación ha transitado por el decursar de los años recibiendo, a veces, el empuje entusiasta de hombres y mujeres que marcaron sus diversas épocas; y a veces, la incompreensión, la desidia e, incluso, más angustiosa, los intereses espurios que obstaculizaron, más que las dificultades reales, su desarrollo coherente. A un lado, todo aquello que mancha el sol; lo que que-

da, lo que está, lo que sirve, se encuentra plasmado en sus páginas y será hoy y siempre fuente nutriente de conocimiento verdadero.

Nuestra Revista no podía menos que dedicar en este número, una parte notable de él a conmemorar, también, la presencia de Enrique José Varona en nuestra cultura del Pensar y Hacer. Dígase pensamiento cubano y se dice Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona. Maestros incansables, hombres que escudriñaron la compleja e inédita realidad cubana. En la necesidad del estudio de sus obras está la única forma real de descubrir las raíces profundas de una cultura que trabajó conscientemente en la construcción de una Cuba cubana.

Sirva este número de nuestra Revista como un acercamiento a todo ese amplio universo que encierra nuestra publicación y, a la vez, como muestra de incentivo real para pensar a los que nos pensaron, por la necesidad de pensar nuestro presente.





Domingo Figarola Caneda

ANIVERSARIOS

Revista de la Biblioteca Nacional (1909-2009)

Cuba 24*

Gerardo Castellanos García

Escritor

Domingo Figarola Caneda.
La tertulia. El ogro. Anécdotas.
Sus obras.

Días coloniales. La República
Cubana. La Biblioteca Nacional

Esta casa ocupa el sitio más ideal de La Habana. Entre La Punta y la antigua Maestranza de Artillería. Frente por frente al mar, casi tocando las orillas de la bahía, por donde se extiende y termina el Malecón. Desde sus balcones se domina el soberbio espectáculo de las caducas fortalezas españolas que defendieron a la capital: el Morro y la Cabaña colocados como hoscos vigilantes en aquellas estratégicas alturas. Precisamente la Cabaña queda en línea recta, a tiro de fusil de esta casa. De modo que esa orilla opuesta fue el punto peligroso para la toma de La Habana, en 1762, que primero sostuvieron los españoles y después tomaron los ingleses para convertirlo en foco decisivo para el bombardeo de la ciudad.

Por su posición privilegiada y pasado, esta casa encierra agradable e interesante leyenda.

Primero, residencia de opulenta y linajuda familia, que a su alrededor atraía a lo más culto y aristocrático de la sociedad cubana.

Después, cuna del padre y mentor de la bibliografía, el perillustre literato don Domingo Figarola Caneda.

Luego, palacio de Justicia, albergando a la Real Audiencia Territorial.

Más tarde, en los tiempos ominosos de Weyler, convertida en vivac donde se realizaron toda clase de infamias y vejámenes por los sicarios de aquellos crueles días coloniales.

Y, por último, para limpiarla, sanearla del pestilente polvo de la última etapa, vivienda del mismo don Domingo que ya estaba orlado de fama por sus conquistas en el mundo de las letras.

Y, casi conjuntamente con Figarola, ocupó un departamento la Academia Nacional de la Historia.

Pero indiscutiblemente esta postrera época es la que da más prestigio a la solariega mansión, que aún conserva en su exterior los sencillos y elegantes trazos de la arquitectura de entonces.

Ahora el caserón de la Condesa de Merlín, adaptado a inquilinato, es un pueblo pequeño, con oficinas de distintos géneros, hasta de Obras Públicas. Viven familias en los bajos y en el entresuelo suenan pianos, violines, cornetines; afi-

* Publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional* en 1952.

cionados al canto que vocalizan a todo pecho; cotorras y canarios que se unen al concierto. Niñitos, ancianos, mozas lindísimas, señaladamente una bella y rubia de largas trenzas que graciosamente le besan los tobillos y que es consumada artista del piano. Y allí mismo, en un ala del piso principal, encajonada en reducido espacio, está la Academia de la Historia con su rica biblioteca. Este rincón es el refugio de la docta corporación encargada de la hercúlea y sabia misión de hacer la historia patria. Lo que demuestra que hasta para dilapidar... hubo en los pasados períodos presidenciales, menos para dar preeminente y adecuado lugar y medios a la Academia de la Historia; y eso que hubo una época en que presidió la República, y no fue parco en otras dádivas, el académico licenciado Alfredo Zayas.

El pisito de don Domingo es visitado todos los días de la semana. Por él entran y salen asiduamente, desde muy temprano, hasta la noche, como abejas de una colmena, conocidos hombres de letras, de todos los matices y orientaciones y escuelas. Jóvenes que hacen pininos en poesía y prosa; sesudos varones en el apogeo de la fama o popularidad, sin que falten los que van declinando o están en manifiesto eclipse total. No escasean los polluelos que abandonan el monótono interior de la isla con propósitos de editar sus producciones o buscar pedestal propicio a sus aspiraciones. No asisten comerciantes ni gomosos de salón, ni políticos profesionales, porque en este ambiente morirían de tedio o asfixia, faltos de oro

y especulaciones, chismes y perfumes y elegancia y triquiñuelas de comité.

Confieso que yo esperaba enfrentarme con un neurótico docto en letras; personaje irónico con quien era difícil armonizar y, por lo tanto, escabroso estrechar afecto, porque su crítica apasionada y disolvente, nada respetaba; crítica apoyada en su cultura y minucioso conocimiento de los hombres y larga convivencia entre lo más selecto en letras en lapso de medio siglo. Sin embargo estimé curioso y conveniente por lo menos estrechar la mano del célebre bibliógrafo que, a pesar de sus excentricidades, brusquedades, verdades que hieren cual estoques y juicios despiadados, es muy citado, e ilustres literatos le visitan con frecuencia.

Figarola Caneda ha vivido tanto, hace tantísimos años que su prestigio vuela por el ambiente cultural cubano, que raro es el escritor o lector que no lo conozca. Por eso son pocas las presentaciones en aquel cenáculo. La mayoría de los visitantes, al ver al consagrado literato, se dirige a él franca y sencillamente, con familiar saludo a “don Domingo”. Y don Domingo, en juego con sus aficiones y cariños, para determinar la cantidad de consideración que el iniciado merece, regularmente pregunta, con la autoridad que dan los años: “¿Usted escribe? ¿Qué obras ha publicado?”. Y con la punta de este hilo comienza a desenrollarse la charla más o menos interesante.

Con los consagrados, el procedimiento tiene variantes; pero sólo en cuanto a indagar los libros que tienen en preparación. De modo que, imprescindiblemente, allí el tema fijo es la literatura nacional o francesa. Desde luego, que con so-

brada razón y causas, porque un hombre que durante su existencia sólo ha respirado atmósfera suprema intelectual, difícil parece que pueda avenirse a respirar otra distinta. Esto no es práctico en nuestro siglo, y menos en el vértigo que sufrimos los cubanos de riquezas, desatendiendo en dolorosa indiferencia, y hasta desprecio, lo que no sea utilidad inmediata para gozar la vida material, mas Caneda vive jinete en quimera, con la cabeza entre las nubes sin tocar la tierra de la realidad.

Entramos. Juan Beltrán fue mi introductor. Precisamente con este había ocurrido algo muy de considerar para mi visita. Beltrán vino de España. Trajo cartas de presentación para don Domingo, que entonces dirigía la Biblioteca Nacional. Lo visitó y, después de haber sido delicadamente atendido, al despedirse, Beltrán le confesó que a su llegada esperó habérselas, como se lo habían pintado, con un ogro, y en su lugar gozó las finezas de un caballero muy sociable.

Subimos por estrecha escalera. En un balcón interior del entresuelo nos detuvimos y tocamos en el departamento número 27.

Nos abrió un señor alto, un tanto grueso, de tez sonrosada, cabellos blancos, pelado al rape, bigote recortado en forma de cepillo y con espejuelos de oro. Vestía llamativo pijama blanco a rayas azules. Con voz gruesa y correcta dicción nos acogió.

Pasamos por un pequeño salón oscuro, y a seguida ocupamos sitio en otro más amplio, claro y fresco. Tiene dos ventanas con balcones a la calle Cuba, que dominan casi toda la bahía, dando frente a la fortaleza de La Cabaña.

Es un delicioso mirador. En el centro de la habitación hay escritorios y mesas atiborradas de libros y papeles. Por todas partes mesitas con más libros y documentos. En los testers estantes con tomos esmeradamente encuadernados y defendidos del polvo y la luz por visillos de cretona. Una mesita con reloj. Penden de las paredes únicamente los retratos de Martí, Heredia, Luz Caballero y Bachiller y Morales. Es pobre la silla de labor de don Domingo. Frente a él trabaja su infatigable esposa. A un lado hay amplios mecedores.

El lugar, saturado de olor a libro, sólo invita a pensar en literatura. Y como Caneda no tiene otra vida que no sean los libros, no se explica la existencia de un hombre que no lea, que no ame los libros, que no tenga biblioteca o que no sepa escribir. La persona que por lo menos no tenga una de estas aficiones, no podría convivir en este santuario.

La primera tarde le oí hablar mucho. Abordó amenos temas. Habló de personajes muertos que fueron faros en nuestro mundo intelectual, como si los tuviese delante. Y lo hacía con recta seguridad y vocabulario preciso y determinante. Al hablar cuidaba meticolosamente de poner en su lugar puntos y comas y todo el ejército ortográfico, dándole tono un poco afectado.

Antes de salir formulé mentalmente un juicio decisivo de Figarola: enérgico, pesimista, voluntarioso, exigente, extremadamente nervioso. Hace crítica como un padre da consejos, no por herir sino con intenciones de practicar el bien. Bruscamente sincero; dice una verdad sin preocuparle que hinque o arañe. Profundo conocedor de nuestra historia y evolución literaria. Para él, literatura es

cuerpo con vida, y la ama con pasión dedicándole sus energías. Casi no le importa otra cosa. Esta afición, este amor intenso, es más bien una enfermedad, idéntica a la confesada por Néstor Ponce de León en su interesante y hermoso trabajo “En mi biblioteca”.

Una cuartilla escrita y firmada por Caneda acabó de ratificar mi juicio. Es indudable que la letra es el espejo que mejor retrata a una persona. Placidez, inquietud, tortuosidad, sinceridad, cólera, energía o debilidad, están encerradas en la escritura de los hombres y, más acentuadamente, en la firma. Y la firma de Caneda es segura, gruesa, grande, caracteres cuadrados que parecen hechos a golpe de hacha, y cierra con una rotunda rúbrica que semeja un cable de acero. Sanguily le llamaba letra ciclópea.

Pero confieso que no pude verle un pelo de ogro. Partí sano y salvo, sin un rasguño y con el propósito de estrechar el afecto que me brindaba.

Al salir, un piano desde el fondo de la casa desgranaba con fuego música de Wagner.

En el período que vengo frecuentando ésta que debe llamarse Tertulia literaria de don Domingo, sólo he oído hablar de problemas de letras y artes. No debía ser necesario agregar que hay tijeras y termocauterios propios de la clase que se dedica a esas disciplinas, sin que de vez en vez escaseen los elogios. Porque así como es cierto que las charlas de Cuba 24 no tienen pauta marcada de cátedra crítica, sino que el uso y la costumbre han impuesto la norma literaria, es notorio que se suele

limpiar, fijar y hasta hacer verbales auctos de fe con libros y autores. Muchos contertulios manejan el bisturí y otros llevan la tea; y porque no se me tache de olvidadizo y parcial, confieso que Caneda nunca se queda desocupado. Es celoso por los fueros de las buenas letras y enristra con decisión contra el que falte, señalando lunares y errores con campechana claridad. Y si en la mayoría de los casos acierta, es porque tiene la suprema experiencia de vapulear y cortar sólo donde es maestro.

El día preferido de la semana es el sábado. Domingo de los cristianos y sábado de los domingueanos. Es cuando la parroquia se llena de una pléyade de consagrados escritores y grafómanos y literatos en ciernes. El sábado tiene la facilidad y conveniencia de que ya tarde, al terminarse la sesión de la Academia, los señores académicos suelen detenerse en el cenáculo a cambiar impresiones con Figarola y sus feligreses.¹

Es el momento encantador de don Domingo. En sus saludos joviales, en su voz, en sus ojos y ademanes se destacan el contento de ver a sus compañeros, porque en estos últimos tiempos él ha puesto su alma en la balanza de la Academia de la Historia. De ahí que es tema favorito suyo lo que se relacione con hombres y asuntos de esa corporación. (Es curioso y significativo que un hombre de letras como Caneda, no esté en su mejor centro, que sería la Academia de Artes y Letras).

¡Qué cariño, qué admiración, por el secretario, académico, catedrático y eminente filólogo cubano doctor Juan M. Dihigo! Llega este sencillito, noble y meritísimo intelectual, de pequeña es-

tatura, vestido de negro, brillante sus espejuelos y hablando en voz queda. Don Domingo lo agobia a preguntas. Dihigo se las contesta cariñosa y detalladamente. Y enseguida abordan interesantes asuntos, siempre, siempre de letras e historia.

Con Antonio L. Valverde, hay frecuentes discrepancias. Valverde es un admirable y laborioso profesor y literato, tesorero de la Academia. Discuten con ahínco alrededor de casos de forma, principalmente la publicación de los Anales. Parece que Caneda tiene moldes y manías de las que no ha de apartarse.

A Emeterio S. Santovenia le quiere de veras, desde que este se inició en las bregas literarias. Hoy se queja de él, porque cree que el notariado le ha desviado de las letras. Pero es difícil la discusión, porque el suave y flemático carácter de Emeterio es aceite sobre la ardiente palabra de Caneda.

Un asiduo a quien don Domingo ama es al prudente y parsimonioso Francisco González del Valle, puro valor intelectual que en numerosas obras ha dejado huellas de sus méritos.

El inquieto y activo director del Archivo Nacional, Joaquín Llaverías, fue asiduo concurrente; y en otros días el erudito Francisco de P. Coronado, que actualmente desempeña el cargo de director de la Biblioteca que fundara don Domingo, estuvo íntimamente ligado a Caneda.

Hacía algún tiempo que Manuel Sanguily no asistía a esta tertulia sabatina, de la cual fue figura central y conspicua. Desde mejores y viejos días Sanguily y Caneda, a pesar de ser polos opuestos en especulaciones literarias

y hasta en opiniones, mantuvieron estrechos vínculos, hasta el punto que Caneda había sido preferido por Cátala para dirigir la publicación de las obras completas de Sanguily. A ese efecto tenía reunidos abundantes trabajos. Cierta vez Caneda mandó a Manuel esos recortes para que los seleccionase e hiciese las indicaciones o correcciones convenientes. Muerto Sanguily, Figarola quiso recuperarlos; mas por múltiples motivos prefirió no insistir más en su derecho y dejar los documentos a la familia. Don Domingo siempre sintió veneración por el talento de Manuel; y mantuvo con él tiernos lazos hasta los postreros momentos, doliéndose constantemente de la imposibilidad de no haber asistido a su entierro.

La mención de todos los contertulios sería interminable censo literario; pero no quiero omitir a:

Roque Garrigó, autor de numerosas obras premiadas en concursos. El inteligente y cultísimo joven Calixto Masó, con quien suele el maestro tener tiernas trifulcas. Federico Castañeda, abogado aficionado a las letras y rico en anécdotas. Mis queridos amigos, padrinos en la Academia, René Lufriu y Tomás S. Jústiz. El costumbrista Emilio Roig de Leuchsenring, que por su causticidad origina discusiones con Caneda. Ramón Cátala, el culto director de *El Fígaro*, es querido de todos. El eminente literato y profesor, gloria de las letras cubanas, José A. Rodríguez García. Jesús Saíz de la Mora. Matías Duque, doctor en medicina, soldado libertador, literato y político. El culto y malogrado Carlos de Velazco. El entusiasta bibliófilo Oscar Sallés, Susini de Armas. Los pintores cubanos Armando

Menocal y Aurelio Melero. El simpático Jesús de la Cruz. José A. Fernández de Castro, autor de *Medio Siglo de Historia Colonial*. Aurelio de Armas.

Y ya que estoy atisbando alrededor de la vida de don Domingo, pareceme que no estará de más apuntar que fueron sus padres Domingo Figarola y Castilla y Carmen Caneda y Garay, cubanos, y habaneros por añadidura. Sólo tuvieras dos hijos: Joaquín, que se graduó de dentista, y en Cojimar fue víctima de la Reconcentración de Weyler; y Domingo que nació en La Habana, el 17 de enero de 1852. Asistió al colegio San Francisco de Asís, que dirigió el isleño José Alonso y Delgado. Terminado el bachillerato, cursó el año de ampliación universitaria y al momento comenzó a estudiar medicina. Estaba precisamente en el segundo curso cuando ocurrió la infame y criminal hazaña de los voluntarios de La Habana contra los estudiantes de medicina, por supuesto sacrilegio de arañar la tumba de aquel recalcitrante español que por ir a insultar quijotesca a los emigrados cubanos de Cayo Hueso, fue justamente matado por un sencillo patriota. Entre el grupo de estudiantes detenido y llevado entre bayonetas, estaba el joven Domingo. El suceso produjo gran alarma e inquietud en la ciudad, principalmente en los hogares de cubanos, por temor a los voluntarios que, al no atreverse a ir en busca de los insurrectos, fríamente esperaban asesinar a indefensos criollos. El peligro lo temían más aún las familias que tenían estudiantes en la Facultad de Medicina, que los ocultaron para po-

nerlos a salvo. Y cuando las pasiones se aplacaron, Domingo no quiso continuar los estudios. Ya tenía viva vocación por las letras, comenzando por ser tan fervoroso lector que vivía constantemente metido en la biblioteca de su padre y ni siquiera quiso perder tiempo en aprender a bailar. Su vocación tomó vuelos al calor de sus amistades y las de su familia que la componían los más brillantes valores en el saber y el periodismo.

En 1875 casó con María Teresa Ferrer, hija de un acaudalado comerciante cubano. Nació al año siguiente su primero y único hijo, Herminio. La inteligencia del chico le hizo fundar tantas esperanzas que cuando estuvo en edad y condiciones de empezar los estudios, don Domingo, de acuerdo con sus simpatías por Francia, y convencido de que sólo en París podía educarse en forma la juventud, allá lo trasladó y puso en un pensionado. A los pocos años estalló la guerra del 95 contra España. Por esta época, Herminio hacía frecuentes visitas al Consulado español en busca de documentos en relación con la cuantiosa herencia de su madre. Pero el amor a la patria, las prédicas del padre en favor de la independencia y las halagüeñas noticias que corrían entre los cubanos y en la prensa mundial, le llevaron a desdeñar la conveniencia material y decidirse por el ideal patrio. Vagamente habló de su propósito al padre que, a pesar de su amor, le dijo que hacía bien en cumplir con el mandato de su conciencia. Mas de todos modos el intrépido mozo prefirió, quizá pensando que el padre a última hora podía cortarle el paso, subrepticamente, auxiliado por amigos y conocidos, embarcarse para los Estados Unidos,

dejando al desventurado don Domingo sumido en el hondo dolor de que marchara a una guerra desigual de la cual no regresaría. En Nueva York se puso a las órdenes del delegado Estrada Palma. Y en la expedición de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada salió rumbo a Cuba, en el vapor *Laurada*, desembarcando cerca del puerto de Santiago de Cuba, el 27 de octubre de 1895. Le nombraron alférez junto con sus compañeros Miguel Varona y Mario Carrillo y Aldama. Y según documentos de los coroneles Carlos Manuel de Céspedes y Luis Martí, alcanzó el grado de capitán, aunque su muerte, ocurrida en las lomas de Mayarí, en septiembre de 1897, no figura en el libro de defunciones del Ejército Libertador, y a este injusto olvido se debe que sólo fuese liquidado como soldado raso.

El pesar más cruel que le agobia es que su adorado hijo esté enterrado en ignorado sitio, pues tuvo la desdicha de que cuando se preparaba a exhumar los restos, del lugar que sólo conocía el coronel Luis Martí, este murió sin dejar noticias de aquel sitio.

Me he detenido en estos detalles de Herminio, porque es justicia que hago a un “pino nuevo”, mártir de la independencia cubana, que no midió el peligro ni la utilidad sino que por deber espontáneamente fue a luchar y rendir la vida; y también porque es nota elegiaca, corona fúnebre, que acaricia y no aparta de su memoria el pobre anciano.

Tres anécdotas, espigadas en el jardín de la larga experiencia y vicisitudes del maestro, referentes a sus opiniones

religiosas, condecoraciones y a banquetes, darán ocasión de formular mejor juicio.

Yo conocía someramente el modo radical de pensar de don Domingo, en materia religiosa. Pero un día quise oír de su boca un capítulo detallado y cabal.

Fue una tarde en que el maestro estaba bastante inquieto, hablando en tono mayor y ebrio de letal pesimismo. Este último estado de ánimo no es raro, puesto que por desencanto don Domingo ve el mundo envuelto en negro cendal, marchando en irremediable decadencia. El presente (de Cuba) sólo vale por los destellos de luz, aurora boreal que refleja el hermoso pasado.

Aproveché un momento en que decía:

—Pobre Manuel (se refería a Sanguily). Él que fue siempre un convencido libre pensador, casi ateo, y ahora me entero de que están diciendo misas en sufragio de su alma. Presiento que Manuel se habrá sacudido en la tumba al oír esas misas.

A quema ropa le dije, exponiéndome a su cólera:

—¿Es cierto que usted estuvo a punto de ingresar en un seminario a estudiar la carrera eclesiástica?

Tan brusca fue la sacudida, que crujió el enorme mecedor de roble. Tal parecía que yo le había echado un vaho de vitriolo y prendido fuego a su traje. Sus ojillos pardos centellearon, brillando los cristales de sus espejuelos. Y con un fuerte golpe en el brazo del mecedor, y simulando contenerse, mas subrayando con energía la frase, dijo con bronca voz:

—¿Quién, quién tuvo la infeliz ocurrencia de decir disparate tan grande?

Dígamelo, dígamelo don Gerardo. Sepa usted que jamás me he confesado, ni aun de niño, pues mi padre sostenía que sólo él tenía derecho a oír las confesiones de sus hijos. Tampoco sé rezar, ni siquiera he sabido el Padre Nuestro. Verdad es que nunca me ha hecho falta para resolver problema alguno de mi vida. No, Gerardo; no tengo un átomo de religioso: en nada creo. Aquí en la tierra, los hombres son de todo: ángeles, demonios, buenos y malos; el infierno y la gloria están aquí. No creo, no, que ningún hombre, de esos que visten sayones y miran litúrgicos al cielo y dicen misas teatrales, tenga el poder de comunicarse con Dios y ser nuestros mediadores. Esos son pillos embaucadores.

Y remachando su opinión recordó que estando enfermo en la Policlínica del Cerro, se le presentó un simpático joven aficionado a las letras, y devoto fervoroso que, al tener noticias de que estaba grave, creyó caritativo que antes de partir de este mundo debía ponerse a bien con Dios y los santos, confesando sus pecados ante un cura, a fin de que en el hipido final pudiese merecer los últimos sacramentos y entrar sin reparo en la morada que ningún viajero ha podido describir. Fue una muda y febril escena. Enseguida vino un cura que, como un artista, había esperado entre bastidores. Y cuando preguntó a don Domingo si era católico este, con la fuerza y ruido de un cañonazo, le dijo tres veces no.

Un año después, todavía monta en cólera pensando cómo pudo soportar aquella visita, que parecía el silbido de un pájaro agorero de muerte, sin haber lanzado por la ventana al ensotariado.

Condecorado

Notorio es que don Domingo ha sido, y sigue siendo, ardiente y parcial simpatizador de Francia y sus grandezas; en primera línea por sus bellas letras. Sus temas siempre nacen y parten de Francia. Todo problema literario, para demolerlo o darle exequátur de curso, tiene que ser comparado con alguno análogo francés. Lo bueno, para él, ha nacido y surge en París. Cuando habla de París su pecho se hincha y hasta cuando conoce algo doloroso o pérfido ocurrido en Cuba, dice, marcando bien la frase: “Entonces yo estaba en París”.

Estas simpatías y propaganda por la literatura francesa, y la selección que hizo en la Biblioteca Nacional de célebres obras de aquel país, llegaron a conocimiento del gobierno, que creyó justo premiar tal dedicación. Esto caía de lleno en los loables procedimientos que practica aquella nación de difundir el nombre francés y sus glorias por los ámbitos del mundo, honrando a los hombres que en los distintos países se significan en cualquier aspecto del saber o de las conquistas nobles humanas.

Figarola iba a ser condecorado en unión de su segunda esposa, la culta dama Emilia Boxhorn, que también ha hecho grandes propagandas por el libro y la encuadernación francesa. Pero ni don Domingo ni su compañera tenían noticias de la distinción de que iban a ser objeto.

Un día se presenta en la Biblioteca Nacional el catedrático Luis Montané. Traía dos paqueticos y un par de rollos.

Habló con Caneda para hacerle saber su misión de imponerle, a nombre del Gobierno de Francia, las Palmas de Oficial de la Legión de Honor, con distintivo violeta, como reconocimiento a sus méritos en el campo de las letras. Igual honor se confería a su esposa.

No esperaba tal honor. Tampoco lo quería. Era demasiado. No habían contado con él para otorgárselo. Sí, había laborado mucho por las letras francesas; pero sin jamás soñar que su esfuerzo merecía tanto premio. No gustaba de honores. Con todo respeto declinaba la extraordinaria mención. Estaba conforme con sólo saber que hacía justicia difundiendo el prestigio de Francia.

Y se resistió a recibir las Palmas. Nada lo hacía ceder. Entonces Montané acude a otro amigo y vuelve a la carga. Fue largo el debate que lo obligó a aceptar.

Y desde entonces vemos en el ojal del frac de Caneda el precioso lacito morado, distintivo de la Legión de Honor.

Conocedor yo de la resistencia que puso en rendirse, he pensado que sólo el tiempo, ejecutor de milagros, ha conseguido que al fin don Domingo guste y saboree el honor de ser Oficial de la popular Legión.

Tiene también Figarola, como emigrado revolucionario, un diploma y una medalla triangular; pero esta última seguramente no la usa por su enorme tamaño.

Banquete

En la República hacía años que había entrado furor por los homenajes en

forma de banquetes. Está perfectamente organizado un ejército de homenajeadores, que por el más fútil motivo y al más insignificante tipo le hace figura de un homenaje, aunque más bien que figura central debiera llamársele víctima del negocio. Porque es lo cierto que la mayoría de esos banquetes obedece a pura especulación. A Juan se le ofrece un banquete por haber sido nombrado portero. Un vivo aprovecha el asunto para vender billetes. Ajusta la comidita en un par de pesos por cabeza, otro par en anuncios y el resto lo distribuye en el comité gestor. Esto ha tomado alarmantes proporciones, pues quieras que no a cualquiera se le obliga a aceptar un homenaje. El abuso ha dislocado el valor social que en otros tiempos gozaron estos actos que respondían a indiscutibles méritos de los varones a quienes se tributaba; eran palpitaciones, mareas incontenibles para premiar el saber, la virtud. En Cuba, además de haber perdido los banquetes su verdadero objetivo, ha dado lugar a que los pigmeos homenajeados se envanezcan, y, a la inversa, los ciudadanos representativos se crean empequeñecidos al ser blanco de análogas demostraciones a las de los osados incapaces. Y Voltaire ha dicho “que a nadie puede halagar una adulación que se generaliza”. Es culpa de la política. Y es de creer que el abuso aniquilará al sistema; no estando lejano el día que un banquete sea prueba de demérito.

En la epidemia han caído los mejores ciudadanos. Y lógicamente a Caneda le llegó su turno. Es de aclarar que los homenajeadores en este caso no eran de la conocida marca popular mercantil, sino jóvenes meritísimos

e intelectuales de pura cepa, que tienen leal afecto al maestro.

Convinieron en darle un banquete con motivo de haber cumplido 70 años; 14 lustros de lucha en los campos arduos e improductivos de la literatura. Sobradamente merecía esto, y más todavía, quien en América y Europa tiene sembrado jalones de nombradla. Ello no solamente era prueba de que no le faltaban devotos compañeros, sino que cuando los hombres de su tiempo se han rendido, don Domingo aún está con la pluma en alto produciendo obras. Y dicho y hecho. Dos de los más íntimos van a tomarle Pulso. Oye y al instante protesta. No tiene lastre para esa demostración; es valuar con exceso su obra. A una cadena de argumentos une el poderoso de que no procede un homenaje por el natural e inevitable hecho de cumplir 70 años; cualquier tonto, cualquier cretino, llega a esa y más edad todavía. No vale la pena dar un banquete por ser viejo. Le parece que va a caer en ridículo. Y no cede un ápice. Los compañeros insisten y salen decididos a efectuarlo, viniendo a buscarlo el día señalado.

Don Domingo lo averigua, y ese día salió con su esposa, dejando cerrada la casa. Y no asistió.

Figarola Caneda ha viajado mucho por España, Francia, Bélgica y los Estados Unidos. En Londres estuvo dos veces: en 1895 a entrevistarse con el ilustre cubano Francisco Javier Cisneros, con motivo del rumor de que este patriota se haría cargo de la Delegación Cubana en París. Figarola, en su nombre y el de numerosos emigra-

dos, se proponía hacer ver a Cisneros que la mayoría lo acataría con mejor gusto que al doctor Betances. Pero Cisneros, por no desatender los grandes intereses que entonces manejaba en el ferrocarril de Barranquilla, que estaba construyendo, y también obedeciendo a su leal cubanismo, aconsejó acatamiento al eminente puertorriqueño. E hizo más todavía: emprendió un viaje a París para suavizar asperezas de Enrique Piñero y la Junta.

Su segundo viaje a Londres lo hizo para ampliar estudios en el Museo Británico; y entonces, 1901, casóse con Emilia Boxhorn, nacida en Cracovia; dama de excepcional cultura que maneja con destreza los idiomas inglés, francés, alemán y español. Ella ha sido buena esposa e insustituible secretaria. A pesar de que no olvida un momento la Europa de sus amores, donde nació y se crió, la compenetración de ambos es firme; son, en materia literaria, cuerpos afines que persiguen los mismos ideales y sólo viven pensando en libros.

En esta última estada se dedicaron a recoger los materiales para la *Cartografía Cubana del British Museum*.

De todos los escritores y periodistas de su tiempo, no queda uno que actualmente, a los 73 años, mantenga como Caneda la pluma en ristre, el cerebro fresco y la constancia y el fervor vitales. Todos, sin excepción, están fuera de acción, o por la muerte o por la necesidad de reposo o falta de médula.

Sólo don Domingo está ingente como un coloso (aun teniendo en cuenta que los viejos colosos suelen

tener grietas), dando consejos, orientando, escribiendo, tomando apuntes y trabajando como director de los *Anales de la Academia de la Historia*. Y eso que ha trabajado mucho para ganarse el sustento. Su pluma ha recorrido elíptica asombrosa en medio siglo de cultivo de las letras.

Fundó y dirigió: *El Mercurio* (Habana 1876-1877); *El Argumento* (Habana 1883); *La Ilustración Cubana* (Barcelona 1885-1887) que distribuyó entre sus suscriptores valiosas obras de autores cubanos; *La República Cubana* (París 1896-1897); *Revista de la Biblioteca Nacional* (Habana 1909-1912); ha colaborado en *El Triunfo*, *El Trunco*, *el País*, *El Paisaje*, *La Lucha*, *El Almendares*, *Recreo de Damas*, *El Fígaro*, *El Liberal*, *El Álbum* (Guanabacoa), *La Habana Elegante*, *Gaceta Musical*, *Europa y América* (París), *El Porvenir* (Nueva York), *Patria* (Nueva York), *La Caridad* (de esta sólo se tiró el número del día 27 de octubre de 1882), y *Boletín Comercial*.

También fue un tanto tenorio y poeta de escuela y sabor becqueriano, aunque de estos dulces y pasados días no le gusta hablar. De ahí que no guarda índice alfabético de sus versos ni del nombre de sus novias y calaveradas amorosas; resignándose con mirar al cielo como testigo fiel y mudo.

Ha publicado:

Biografía de don Saturnino Valverde (1880), *Guía Oficial de la Exposición de Matanzas* (1881), *Bibliografía de Rafael M. Merchán* (1905), *El Dr. Ramón Meza y Suárez Inclán* (1909), *Cartografía cubana del British Museum* (1910), *Escudos*

primitivos de Cuba (1913), *Milanés y Plácido* (1914), *José Antonio Saco: Documentos para su vida* (1921), *Plácido y Diccionario de Seudónimos* (1922).

Pero si estas obras constituyen un enorme y fundamental tesoro, hay un largo apéndice de trabajos de colaboración en revistas y diarios, cuidadosamente ordenados en su archivo.

Es interesante ver las cajas de papeles que sólo esperan una palabra de apoyo efectivo para transformarse en libros. En algunas de las obras inéditas ha trabajado años enteros en América y en Europa. Y al estar listo el material, ha advertido que la fructífera labor intelectual y de paciencia, resulta negativa por falta de medios. Los centenares de millares de cuartillas se van amarillando y haciéndose polvo sin cumplir su misión.

Triste sino el de los escritores cubanos: trabajar y nunca tener la suerte de que por lo menos se le editen sus obras. En días no lejanos se dilapidó abiertamente en mucho inútil y hasta perjudicial; se dio apoyo a incontables bellaquerías; conocidas son las comisiones a incompetentes para estudiar en el extranjero, que realmente cubrieron excursiones de placer.

Para publicar en Cuba (salvo casos fenomenales) más que afición y preparación se requiere dinero de sobra para pagar la edición y darse entonces el vano gusto de distribuirla gratis. Esto ha ocurrido a Figarola. Ningún libro le ha dejado ganancia. Le escriben cartas pletóricas de elogios; le publican amables artículos; pídenle con frecuencia sus libros; pero contados unen dinero al adjetivo y la solicitud.

Faltan Mecenas. De modo que sus obras son de obsequio; ocurriendo que la estrechez económica está en razón directa de su generosidad en distribuir libros.

A pesar de esa improductividad nunca ha descansado; su pluma corre y burila con la imperiosa necesidad de la ley que obliga a los astros a girar; y por eso no sería extraño que su corazón dejase de latir teniéndola entre los dedos.

Véanse algunos de esos esfuerzos inéditos:

Durante varios lustros trabajó infatigablemente en su “Diccionario de la Revolución Cubana”. Era una obra necesaria y patriótica. Sacaba a la luz los héroes que brillaron hasta el final en la Epopeya Grande. En esta tarea puso tesón y recursos. Ya en 1894 estaba en tratos con una casa editora de Barcelona para publicarlo. El alzamiento de febrero 24 de 1895 interrumpió la empresa. Y pasado el momento, don Domingo opinó que los nuevos hombres y sucesos alteraban tanto su obra que ya no respondía a su nombre y necesidad. Desde entonces los originales duermen en cajas solitarias.

Siempre dispuesto a trabajar, en el año 1916 presentó a la Academia de la Historia un proyecto de “Diccionario Biográfico Nacional Cubano”, que en su género era completo, llenando el vacío revolucionario que se advierte en el diccionario de Calcagno y rectificando los abundantes errores de este. El proyecto fue aprobado. Además de agregarle lo que tenía preparado para el “Diccionario de la Revolución Cubana”, lo enriqueció con las últimas noticias de hombres y sucesos. Mas, al igual que en los anteriores esfuerzos,

todo ha quedado durmiendo por el desvío oficial.

La misma suerte está corriendo la “Bibliografía de la Universidad de la Habana”. Entre otros, el profesor Juan M. Dihigo ha manifestado empeño en que se publique y así lo comunicó al rector doctor Enrique Hernández Cartaya.

La “Bibliografía de Bachiller y Morales” hace compañía a las ya mencionadas. No ha tenido recursos. Sólo en una ocasión la hija de Bachiller tuvo intenciones de hacer algo; pero no pasó de ahí.

También están inéditas “La Condesa de Merlín”, “Gertrudis Gómez de Avellaneda”, “El gran poeta José M. Heredia”, “La Bibliografía Cubana del British Museum”, y “Diccionario Bibliográfico Cubano”.

Tan esclarecido era el prestigio literario de Caneda, que al formar el capitán general de Cuba, Camilo Polavieja, la Comisión Literaria que por encargo de la Academia Española entendiera en la formación de una antología de poetas cubanos, lo nombró a ese fin conjuntamente con José de Armas, Saturnino Martínez, José E. Triay, Rafael Montoro, Luciano Pérez Acevedo, Ricardo del Monte, José M. Céspedes, Manuel S. Pichardo. Y la importancia de la labor rendida la confiesa Menéndez y Pelayo en nota al prólogo de su *Historia de la Poesía Hispano Americana*.

Y como periodista revolucionario, de París hizo un palenque, tremolando sin miedo y tacha el pendón de *La República Cubana*.

La independencia había que arrebatársela a España con las armas, luchando frente a frente. Pero como era preciso que el mundo conociese el despotismo y abusos del régimen colonial, para restarle apoyo y fuerzas, y de ese modo asegurar simpatías de algunas naciones para que tolerasen la propaganda revolucionaria y el funcionamiento de clubs; el medio más eficaz lo era la prensa. Mucho, muchísimo había que hacer en este sentido para conocimiento a la vez de los emigrados. Pero propaganda habilísima, culta y discreta, que llegase al corazón de los indiferentes, convirtiéndose en triunfos las derrotas, mostrándose siempre animosos y esperanzados en la victoria y difundiendo todo ello entre los extranjeros en beneficio de nuestras aspiraciones.

Nuestra prensa revolucionaria tenía que introducirse en oficinas y hogares extranjeros. Falta hacía, dado que es de confesar que salvo escasos países suramericanos y los Estados Unidos de Norteamérica, en la mayoría de los europeos había marcada inclinación a España y casi hostilidad a nuestra causa. Italia estuvo con nosotros, pero Francia, la decantada cuna de la Revolución, no nos dio mucho calor.

La prensa emigrada cubana fue por esa razón el más eficaz colaborador de la independencia. Los periodistas fueron románticos peones, que sin remuneración trabajaron en silencio, día y noche, año tras año. Los demás cubanos, podían caer en minutos de cansancio y pesimismo, cuando algún rudo golpe, como la muerte de Martí o de Maceo, hería a la campaña; pero no el periodista, que, precisamente entonces, debía mostrarse más entero y

animoso. Él era el único voluntario sin paga y obligado a no dejar caer la pluma y siempre estar inyectando el tónico de la esperanza.

Con Gómez, Maceo, Calixto García, *El Yara, El Porvenir, El Cuba, Revista de Cayo Hueso, Cuba y América, La República Cubana*, y otros muchos, demandan páginas especiales en los anales de la independencia.

Convencido de esta necesidad, y guiado por sus arraigados principios, Figarola, entonces emigrado en París, se dispuso a fundar un periódico dedicado exclusivamente a la defensa de Cuba. Conocida la penuria del tesoro revolucionario y la dificultad de mantenerse en un país adicto a España, la labor era de peligros y escaseces. Don Domingo sólo debía pensar en su deber, el servicio relevante que rendiría haciéndose oír desde el mismo París.

Y nace la República Cubana

Las oficinas estaban en el número 20 de la Rué Baudin. Caneda lo mismo hacía una crónica como un fondo o preparaba tipos. Entre él y el francés G. Etard (que hacía de administrador) se repartían todos los trabajos del periódico. *La República Cubana* salía los jueves con ocho páginas: cuatro en español y cuatro en francés. En su número primero, del día 23 de enero de 1896, hizo constar la dirección que se proponía interesar a Europa y principalmente a Francia en una contienda que no es revuelta de colonos indisciplinados y díscolos, sino lucha de libertad contra la tiranía.

En cada número, durante los 81 que se tiraron, se publicaba, por lo menos,

un grabado de guerrero o revolucionario cubano o simpatizador de la causa; grabados en madera de tal limpieza, arte y parecido que reunirlos formaría valiosa e interesante colección. También publicaba caricaturas. Muy populares se hicieron los seudónimos Pausanias (Emilio Bobadilla), Win Chester (Ezequiel García), Ermitaño (doctor Domínguez Delané), Hache Ese (Pedro Herrera Sotolongo), y las firmas de José de Armas, L. Mirman, Remigio Mateos, doctor J. H. Henna, Henri Dregon, James Creelman. Todo suceso importante tuvo cabida en sus columnas. Desfilaron las expediciones arribadas con éxito a playas de Cuba, los combates y encuentros culminantes; el movimiento revolucionario de las emigraciones; los fracasos españoles y sus hechos de sangre. *La República Cubana* se mantuvo hasta el 30 de septiembre de 1897 con el arma al brazo.

A raíz de terminada la guerra de independencia, Caneda empezó a saborear la coronación de su magnífica carrera literaria. Porque, incuestionablemente, la aspiración suprema de un bibliógrafo es la creación de una biblioteca donde poner en práctica sus ensueños y estudios; ordenar en forma tangible lo que hasta entonces sólo fue manoseado en teorías; convertir una casa de libros en células de su propio organismo.

A este respecto en Cuba sólo tres bibliógrafos han triunfado; aunque el éxito de don Domingo es más completo. Escoto dirige la Biblioteca Pública de Matanzas y Carlos Trelles la de la Cámara de Representantes. Pero los dos primeros hallaron el panal casi construido. Sólo Caneda tuvo la gloria

de ser creador y director de la Biblioteca Nacional. Hizo argamaza, la modeló y dióle soplo de vida.

Estando en París, en 1900, Gonzalo de Quesada tuvo relaciones con Figarola, que entonces vivía de sus traducciones en las casas editoriales de Garnier y Viuda de Bourget. Concedor de la historia revolucionaria de Caneda y sus facultades, Gonzalo de Quesada ofreció gestionar que el general Leonardo Wood, gobernador militar de Cuba, fundara una biblioteca y le diese la jefatura. Dada la influencia de Gonzalo, el asunto podía darse por hecho. Don Domingo apreció y aceptó la brillante oferta, pero pidió tiempo para ampliar y ahondar sus conocimientos de biblioteconomía en el famoso Museo Británico.

Hechos los estudios vino a Cuba con su esposa.

Y por la orden militar número 234, de octubre 30 de 1901, Figarola fue nombrado director, estableciendo la oficina provisional en el Cuartel de la Fuerza.

El sitio definitivo, señalado en abril 18 de 1902, lo fue el mismo que actualmente ocupa en la antigua Maestranza de Artillería, en el piso alto que da a la calle de Chacón.

Allí puso don Domingo todos sus conocimientos y potencias. Inclusive donó su biblioteca con más de tres mil volúmenes y parte de su archivo. No tuvo descanso ni horas de oficina. Llovieron donaciones importantes; se compraron libros por todo el mundo. Los anaquelos se nutrieron hasta tener millares de ejemplares, y entre ellos algunos valiosísimos; enorme colección de mapas, planos y grabados. Hizo una galería de

cuadros de patricios cubanos. En poco tiempo la Biblioteca se vio muy visitada y consultada, difundiendo su nombre por todos los ámbitos del mundo. Para mejor lograr su propósito, Caneda fundó, en 1909, la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Esta publicación, mensual, fue la palpitación resplandeciente de su fundador, órgano de la institución y vivo exponente de cultura cubana. Se publicaron seis tomos.²

He dicho, y todo el que visitó la Biblioteca en aquellos tiempos lo sabe, que Caneda la consideraba su alma, su hijo, cosa propia; y ese cariño y su carácter batallador y fama literaria le llevaron a constituir una especie de patriarcado, donde sólo imperaban la voz y la opinión del director. No faltaron quejosos y envidiosos. Dos secretarios del despacho unieron sus desafectos a esos venenos, olvidando injustamente los méritos indiscutibles de Caneda y su dedicación a la Biblioteca, y dictaron disposiciones mortificantes al maestro, y hasta uno le pidió la confección de un catálogo para el público, y quiso que Caneda renunciara a su cargo. Le puso, por fin como cuña un empleado que le sustituyese. Y llegó al extremo que Figarola tuvo que acogerse a la Ley de Jubilación.

Dejaba 60 mil volúmenes y la imprenta que a instancias suyas donó la señora Pilar Arazosa de Muller.

La erudición de don Domingo corre pareja con su amor a los libros y documentos. Tanto me he fijado en este último aspecto, que he llegado a la conclusión (¡quiera el cielo que esto no le moleste!) de que ama a los papeles por

los papeles, aunque algunos realmente no le sean aplicables, útiles a sus aficiones e investigaciones. Es un avaro de libros; le interesan por la encuadernación, el trabajo tipográfico y hasta por el más leve detalle de forma y fondo del contenido. Manosea un tomo o un grabado o un cliché o un documento con el deleite de un naturalista a un ejemplar palpitante. De ahí ha nacido el meticoloso cuidado que pone al prestar de su biblioteca o archivo. Porque así como don Domingo es generoso, amplio, noble en orientar verbalmente con enjundiosas noticias, anécdotas, a todo el que se le aproxima en demanda de luz; es casi hermético, estático en prestar un libro, y, cuando titubeando lo hace lo que es raro y constituye demostración de fina y seria estimación, nunca omite una cadena de admoniciones relativas al valor y aprecio en que tiene el ejemplar prestado. ¡Y guay del que en un plazo prudencial no haga la devolución! Ese pierde, no sólo el crédito, sino que se convierte en blanco de los tiros enrojecidos de Caneda.

Por eso, si bien es raro el bibliófilo que no haya sido víctima de piratería y cleptomanías; se puede asegurar que la biblioteca de este maestro ha sido siempre, y es, una fortaleza inexpugnable, defendida por su posición estratégica y por los torpedos de la franqueza y energía del erudito bibliógrafo y bibliófilo dueño.

Claramente se ve y comprende que la labor básica literaria de Figarola Caneda es pura y esencialmente erudita, bibliográfica. En este terreno se puede afirmar que ha exprimido el desarrollo

intelectual cubano desde sus fuentes hasta recientes días para, vertiéndolo en magníficas obras, ocupar puesto tan ventajoso que difícilmente hay quien le supere en nuestro país.

No quiere ello decir que Caneda no haya cultivado otros géneros: ahí están sus crónicas sobre las exposiciones de Barcelona, Matanzas y París. He querido decir, con el poeta Pablo Hernández, que Caneda nunca fue estilista ático ni escritor conceptuoso. Se ha propuesto solamente ser preciso, claro, castizo; y lo ha logrado con seguridad. Jamás ha entrado en juego su imaginación con giros exuberantes, floridos, metafóricos. Tal parece que utiliza un tamiz secreto que impide el paso de esos bellos e interesantes ropajes que lindamente viste la literatura. Busca escribir lo menos para decir lo más. A esta casi aridez ha llegado a fuerza de cultivar la bibliografía. Va retocando y cortando y limando hasta que deja cada tarjeta reducida a brevísima observación, fechas y nombres. Otros escritores de género deleitoso, dedicados expresamente a cautivar, van sembrando el camino de perfumes y flores que el tiempo o la moda pueden esfumar; pero Caneda jalona su senda de fijadas huellas de granito que no desaparecerán sino que, por el contrario, servirán en todos los siglos, en nuestra historia, de enseñanzas, orientación, pues seña-

lan día por día la evolución de la mentalidad cubana.

En este sentido Caneda ha sido maestro, soberbio mentor, y patriota excelso. Porque cuando los gobernantes coloniales se proponían, como régimen de dominio, demostrar al mundo y a la misma España que los cubanos estaban sumidos en la molición, vicios e ignorancia, Figarola, por medio de sus estudios bibliográficos, daba a conocer el oro de nuestra veta mental y los eminentes patricios que aquí han rutilado y rutilan todavía. Los trabajos de Caneda fueron antaño dardos de justicia, rayos de luz, arco iris, lanzados contra la maldad colonial, y flámulas de positiva gloria en nuestros días de paz y libertad.

Notas

¹ Esto ha variado ligeramente desde julio de 1925, porque la Academia ha pasado a ocupar un excelente local en Cuba esquina a Chacón.

² Estimando el representante a la Cámara, doctor Roque E. Garrigó, que la Biblioteca Nacional estaba mal atendida y peor pagados sus empleados, presentó a la Cámara en 1910, un proyecto de ley, haciendo en el preámbulo un hermoso elogio de don Domingo Figarola Caneda, como bibliógrafo y perito en biblioteconomía, y proponiendo mejoras que de haberse realizado la hubieran colocado a mayor altura. Dicho proyecto quedó archivado.



Épocas y contenidos de la *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba*

Araceli García Carranza

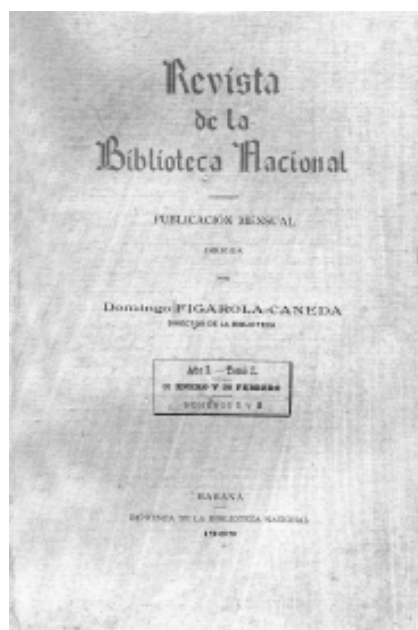
Investigadora y bibliógrafa

A mi hermana Josefina, quien también hizo suya la Revista.

I

La historia de las publicaciones periódicas cubanas constituye uno de los capítulos más brillantes de nuestra cultura nacional. Publicaciones que como parte del patrimonio bibliográfico de la nación son atesoradas con orgullo por la Biblioteca Nacional José Martí, fuentes de conocimiento enraizadas en la tradición decimonónica fundadora de revistas que han enriquecido y enriquecen el mundo científico y artístico del hombre cubano. En general, la Biblioteca las atesora, conserva, organiza, y, en especial, custodia, produce y publica desde hace 100 años su Revista.

Don Domingo Figarola Caneda, sabio cubano de acendrado patriotismo, quien había perdido a su único hijo en la manigua redentora, y después sufrió estoicamente los años de las dos intervenciones norteamericanas, fundó la *Revista de la Biblioteca Nacional* en 1909 inspirado en los más nobles sentimientos de amor a Cuba. Confiado en la restauración republicana, saluda desde las páginas del primer número de la nueva Revista lo que consideró con ingenuidad el afianzamiento definitivo, en nuestro suelo patrio, de los principios re-



Portada del primer número de la publicación

volucionarios de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Era entonces director de la Biblioteca y de su Revista con lo que se propuso una publicación consagrada a la institución y a la socialización de las diversas ramas relacionadas con la ciencia del libro y de las bibliotecas. El 18 de octubre de 1901 había sido

nombrado director de la institución, y siete años después creó este órgano con el propósito de responder a las necesidades de este “[...] centro docente [...] propagador de aquellos conocimientos que, desempeñando cada uno su función propia, concurren todos al adelantamiento de la Bibliografía y la Biblioteconomía”.¹

Propósitos que sólo se cumplieron a plenitud cinco décadas después cuando la Biblioteca logra un verdadero desarrollo docente y científico relacionado con el libro y las bibliotecas.

Por aquellos años, don Domingo Figarola Caneda reconocía a la bibliografía como una disciplina con personalidad propia y con carácter de ciencia verdadera, teniendo en cuenta su presencia en las publicaciones de muchos países, en centros consagrados al estudio y progreso de todas las ramas del conocimiento, y en congresos, certámenes y exposiciones que, por esta época, se celebraban en el mundo. Este reconocimiento y la indiscutible vida intelectual de Cuba llevaron entonces al primer director a fundar su Revista, a sabiendas de los inconvenientes de tal empresa. No obstante, a ella consagró sus fuerzas con el fin de contribuir al desarrollo cultural de su patria.

La primera tarea resultaría la adquisición de una imprenta, solicitada ya como donativo desde unos años antes, exactamente en 1904. Ante este reclamo, la señora Pilar Arazoza de Muller, bisnieta de un impresor de principios del siglo XIX entregó, casi de inmediato, un taller de composición tipográfica con capacidad suficiente para responder a los servicios de la Biblioteca. Sin embargo,

diversos inconvenientes retardaron la aparición de la publicación, hasta que por la tenacidad de su director sale a la luz cinco años después.

Cada número constaría de seis a 12 pliegos, o sea de 48 a 96 páginas de texto con la misma cubierta. En 1909 aparecerían los números uno y dos, en cuya portada se lee “publicación mensual dirigida por Domingo Figarola Caneda, director de la Biblioteca, Año I, Tomo I, 31 de enero y 28 de febrero, Imprenta de la Biblioteca Nacional”. Aunque siempre se anunció como mensual, su periodicidad varió. En 1910 apareció tres veces y en los años 1911 y 1912 resultó ser anual.

De las mil y tantas páginas que la conforman en esa primera época (1909-1912), Figarola casi las escribió todas, sólo contó en 1910 con la colaboración de Carlos de Velasco, el cual da a conocer la creación de la Academia de la Historia de Cuba y breves biobibliografías de los académicos de número, los cuales reseña en orden alfabético; en 1911 con la nota necrológica que escribiera Juan Miguel Dihigo sobre el filósofo colombiano Rufino José Cuervo; y en 1913 con las “Memorias inéditas de La Avellaneda (1836-1838)” y un texto inconcluso sobre el desarrollo del griego en Cuba.

En el primer número, su sabio director discurre sobre el triste destino de los manuscritos en general, y en particular de los cubanos, y se pregunta por los de Tranquilino Sandalio de Noda, los de Salvador Betancourt Cisneros, *el Lugareño*; los del licenciado José de Jesús Quintiliano García; los del educador Juan Francisco Chaple; los del musicógrafo Serafín

Ramírez, y por el tomo dos de las *Obras* de Ramón de Palma, nunca llegado a la Imprenta de El Tiempo, sin olvidar los trabajos biobibliográficos del doctor Eusebio Valdés Domínguez. Sabe lo penoso y difícil que resulta reunir una colección de manuscritos cubanos y pretende ir dando a conocer los que ha podido adquirir. Entre ellos escoge la colección “Del más sabio y mejor de las cubanos”,² cartas de don José de la Luz y Caballero dirigidas a José Luis Alfonso, luego marqués de Montelo³ en el período comprendido entre 1831 y 1840, durante su primera estancia en Europa y después de su regreso a La Habana (1909, pp. [11]-24). Más adelante apoya el proyecto de erigir un monumento de mérito a Luz y Caballero (1909, pp. 48-51). Del valioso epistolario del marqués, la Revista, o más bien la revista de don Domingo Figarola Caneda, publicaría en los números de 1910 y 1911 las cartas de Domingo del Monte (1829-1853), y en 1912 las de José Antonio Saco (1836-1871).

Pero sus preocupaciones desbordan los intereses de una Biblioteca Nacional y lamenta la ausencia en el país de un Museo Nacional, por lo cual reflexiona sobre la necesidad y urgencia de crear uno, porque para él una capital sin museo “[...] es capital que carece de uno de los centros indispensables de civismo y cultura [...], es capital que [...] favorece en mucho la pérdida irreparable de lo que en toda época evidenciaría nuestra civilización”,⁴ y relaciona los objetos históricos que atesoraba la Biblioteca inspirado en la salvación del patrimonio cultural.

Como bibliógrafo compila una noticia biobibliográfica sobre el doctor Ramón

Meza y Suárez Inclán⁵ (1909, pp. [31]-47). Confiesa su satisfacción por la exactitud de las descripciones bibliográficas, no así por la exhaustividad, inalcanzable aún más en nuestros tiempos.

La necrología fue también una constante en la Revista. En este número publica el “Catálogo de Cartas Necrológicas” que poseía la institución gracias a su gestión personal: una colección de invitaciones para entierros y honras fúnebres, organizadas en orden alfabético (1909, p. [52]-60).

Otros breves estudios biográficos bajo el título de “Necrología” dedicaría en 1911 a Enrique Pineyro, José Joaquín Palma, José Dolores Poyo, Félix Varela Morales y Ramón Meza y Suárez Inclán (1911, pp. 107-116), y en 1912 a Ildelfonso Estrada y Zenea (1912, pp. 169-173).

En 1910 inicia la “Sección Oficial”, donde aparece el “Informe de los trabajos efectuados en la Biblioteca Nacional en el año 1909”, el cual sería presentado al entonces secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Mario García Kohly. Este informe destaca el canje internacional que sostuviera la institución con los Estados Unidos, América Central y del Sur, Europa, Asia y Australia (333 volúmenes procedentes de 140 centros e instituciones); las adquisiciones de libros por compra (503 volúmenes); el estudio realizado sobre el *Anobium Bibliothecarum*, cuyas larvas amenazaban las colecciones; y la Galería de Retratos con la que la Biblioteca le rendiría homenaje a grandes figuras de la intelectualidad cubana.⁶

Y en los números siguientes de ese año 1910, el director incluiría en esta

histórica “Sección Oficial” el movimiento del centro durante el primer semestre del año (número de lectores e impresos consultados, publicaciones periódicas recibidas, canje internacional, adquisiciones de libros) y el informe de los trabajos efectuados durante el año, presentado al secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (movimiento de lectores e impresos consultados; publicaciones periódicas recibidas; canje internacional; adquisiciones por compra; y trabajos para el catálogo, inventariados unos y catalogados otros).

Esta sección cesaría, sin pretenderlo, en 1911 cuando aparece en ella el Decreto 224⁷ por el cual la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes divide las bibliotecas en tres clases: Nacional, Públicas, y de las escuelas, institutos y otros. La Biblioteca Nacional y las públicas estarían regidas por un Consejo Superior nombrado cada tres años según el Decreto 225 firmado por el presidente José Miguel Gómez y por el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Mario García Kohly.⁸

En secciones más breves como “Bibliografía” (1909-1911) y “Polibiblión” (1909-1912), Figarola Caneda daría a conocer libros de autores cubanos publicados en Cuba y de autores extranjeros representativos de la cultura universal, así como noticias del país y del mundo sobre libros y bibliotecas.

La Revista, a partir de 1910, también reproduce documentos valiosos velando por la salvaguarda de los fondos que atesora la Biblioteca. Entre otros, la carta inédita de Felipe Poey al director de *El Mercurio*, a quien agradece la publicación de su correspondencia con el sabio Tranquilino Sandalio de Noda

sobre el pez ciego de Cuba; rescata del olvido el texto “Historiadores de Cuba”, de José Antonio Echevarría, publicado por la revista *El Plantel* (1838), y que 42 años después reprodujera la *Revista de Cuba* (1880); y por último, las “Instrucciones para la formación de un diccionario geográfico-histórico de Cuba” (1813), acuerdo de la Sociedad Patriótica. En 1911 reproduce el prólogo y el capítulo uno de la *Historia de Cuba* de Néstor Ponce de León.

En estos 12 memorables números de 1910 publicados en tres tomos, se incluyen además la “Cartografía Cubana del British Museum”, catálogo cronológico de cartas, planos y mapas de los siglos XVI al XIX, 128 piezas que este museo ya poseía desde 1901; el Decreto 772, por el cual se crea la Academia de la Historia de Cuba, firmado por el presidente José Miguel Gómez y su secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y la biografía de José Ramón Guiteras Gener escrita con los datos facilitados por su padre, el escritor y educador cubano Antonio Guiteras, que también facilitara una foto de su hijo fechada en febrero de 1868.

En 1911, Figarola Caneda no olvida en su Revista la conservación de documentos al agrupar en su “Bibliolitia Moderna” los factores destructores de papeles e impresos y ofrecer detalles del mal uso del cartón amarillo y engrudo, la costura de alambre y remaches, los periódicos enrollados, los paquetes mal hechos y la dirección y franqueo sobre los impresos (1911, pp. 9-19). A continuación, salva la errónea interpretación de un texto de don Felipe Poey, quien no aconsejó nunca impedir el deterioro dejando empolvados libros e impresos.

Muy escasos habían sido hasta la fecha los donativos recibidos por la Biblioteca Nacional, y en los tomos de 1911 y 1912, Figarola Caneda no sólo agradece la generosidad del doctor Antonio Sánchez de Bustamante, sino que compila las obras que este donara sobre Derecho Internacional y las describe en estricto orden alfabético, según las remisiones recibidas el 13 de noviembre y el 18 de diciembre de 1911.⁹ Este catálogo quedaría inconcluso al no continuar la Revista en esta primera época.

En el tomo de 1912, Figarola publica “Escudos primitivos de Cuba”, erudita contribución histórica que incluye las ilustraciones correspondientes, y las reales órdenes, reales cédulas y actas relacionadas con los blasones concedidos por España a Cuba en los siglos xvi-xix (1912, pp. [5]-123).

Y en 1913 logró un pequeño número de 64 páginas que no se imprimió completo. La parte impresa contiene las “Memorias inéditas de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1836-1838)”, apuntes de viajes desde su salida de La Habana hasta su llegada a Sevilla, dedicados a su prima y amiga Heloísa de Arteaga y Loinás (sic), y un texto inconcluso titulado “El movimiento lingüístico en Cuba”, sobre el desenvolvimiento del griego en nuestro país, estudio que diera a conocer su autor Juan Miguel Dihigo y Mestre en la Universidad Nacional de Grecia con motivo del Congreso Internacional de Orientalistas, celebrado en Atenas, y que en los años 1914 y 1916 fuera publicado completo por la Imprenta Siglo xx.

El sabio director de la Revista logró en esa, su primera etapa, una publica-

ción digna de una Biblioteca Nacional, consagrada a salvar manuscritos, reproducir documentos, compilar bibliografías y necrologías biobi-bliográficas, así como a dar fe de su impecable y premonitoria labor en la institución a través de la “Sección Oficial”, puerta abierta al futuro desarrollo de la gestión bibliotecaria del país e imprescindible documento para la historia de la Biblioteca y de su Revista.

Una verdadera proeza en medio de las penurias de esos años marcados por la Ley Arteaga, la cual sancionó el presidente José Miguel Gómez prohibiendo pagos con signos representativos de la moneda (1909), la Ley de Canje de Villanueva por el Arsenal, nociva a los intereses nacionales (1910), y la ley que favorecía a la Compañía de Puertos de Cuba, verdadero escándalo nacional (1911). Mientras tanto, se suspendían por 18 meses las leyes que garantizaban la inamovilidad de los empleados públicos (1911), estallaba la Guerra de los Independientes de Color, y el Presidente de la República autorizaba la entrada de braceros antillanos para trabajar en la United Fruit (1912). En esos años de miseria atroz causada fundamentalmente por el desempleo, el segundo empréstito de la República y el auge de las propiedades norteamericanas en nuestro suelo, la ofensiva contra la Revista no se hizo esperar. Orestes Ferrara, como presidente de la Cámara de Representantes, en la discusión del capítulo del presupuesto de Instrucción Pública, declara no reconocer revistas salidas de oficinas públicas. La decadencia cultural que propició no hacía posible la existencia de ninguna publicación periódica. Hasta su propia

revista, *La Reforma Social*, pronto cesaría y mucho menos podría subsistir *Cuba Contemporánea*. Es cancelado entonces el pequeño crédito que permitía a la Biblioteca Nacional tener su propia Revista, y dos años después Figarola Caneda se ve despojado de sus prensas. La indiferencia oficial ante los problemas de la cultura y de la nación le impediría resucitar su Revista durante el resto de su mandato, y sólo resurgiría 36 años más tarde.

II

Don Domingo Figarola Caneda fue sustituido en la dirección de la Biblioteca Nacional por Francisco de Paula Coronado. En ese período, el intelectual y dramaturgo José Antonio Ramos funge como asesor técnico, y en 1946 Carlos Villanueva, un extraordinario referencista, sustituye a Coronado. Ninguno de ellos pudo hacer renacer la Revista.

Francisco de Paula Coronado



Fue durante la dirección de Lilia Castro de Morales cuando la publicación consigue vivir su segunda época (1949-1958). Por esos años, el presidente Carlos Prío Socarrás declaró que se proponía la institucionalización del país, mientras el senador Pelayo Cuervo Navarro denunciaba al gobierno de Ramón Grau San Martín por la malversación de 74 millones de pesos (1949). Un nuevo empréstito ensombrece la economía cubana (1950). Fulgencio Batista, tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, hace que Cuba padezca la más sangrienta tiranía de su historia mientras la guerra se desencadena en la sierra y en el llano.

La nueva directora, desde su torre de marfil, compromete al médico y erudito doctor Rodolfo Tro y al entonces joven historiador Manuel Moreno Fraginals a asesorar el trabajo intelectual y editorial necesarios para que los propósitos publicados en el primer número de la Revista (abril, 1949) se cumplieran: la crítica de libros recientes, artículos que dieran a conocer aspectos ignorados de nuestra cultura, la reproducción de documentos inéditos, y la redacción de noticias y textos relacionados con la institución. La dirección retoma de su primera época los intereses de don Domingo Figarola Caneda.

En los 35 números de esta época su directora logró dichos propósitos.

Las portadas de la Revista fueron idénticas hasta enero de 1954: ilustradas con viñetas tipográficas del siglo XVI, y en la contraportada el mapa de Cuba de Benedetto Bardonne (1528).

En sus primeras páginas, rinde homenaje al Maestro de Juventudes, Enrique José Varona, en su centenario.

Moreno Friginals publica algunos documentos de José Álvarez de Toledo,¹⁰ y en el segundo número los manuscritos de Anselmo Suárez y Romero, los cuales aún conserva la Biblioteca Nacional (166 descripciones bibliográficas numeradas con indización onomástica y un índice de artículos de Suárez y Romero, que aparecen en esta colección). Al final inicia dos secciones imprescindibles para el estudio de la bibliografía cubana de la época: “Relación de libros recibidos de la Propiedad Artística y Literaria remitidas a la Biblioteca Nacional en conformidad con lo dispuesto en la Orden N° 54 del Gobierno Interventor” y “Bibliográficas”, con comentarios y críticas de libros recientes firmados por prestigiosas personalidades de la cultura cubana, tales como Marcelo Pogolotti, Julio Le Riverend, Elías Entralgo, Emilio Roig de Leuchsenring, entre otras.¹¹

En el número de febrero de 1950, Lilia Castro de Morales perfila los propósitos y funciones de nuestra Biblioteca de manera que esta constituya el gran depósito de la producción intelectual de la nación y la suministradora del trabajo bibliográfico necesario para el conocimiento y divulgación de la cultura cubana. Punto de partida que justifica la publicación de “La prensa cubana en Estados Unidos durante el siglo XIX” (febrero, 1950), relación de periódicos cubanos editados en los Estados Unidos en esa centuria y atesorados por la institución; “Cuba. Viajes y descripciones (1493-1949)”, repertorio compilado por el doctor Rodolfo Tro (mayo, 1950) con una bibliografía anotada en orden alfabético, la cual señala en cada caso la ubicación de los documentos de quienes, al



Lilia Castro de Morales

visitarnos, nos revelan datos, hechos y costumbres de nuestro país, información hasta esa fecha desconocida por los estudiosos (617 asientos bibliográficos); y “Balance del indigenismo en Cuba”, de Julio Febres Cordero (agosto, 1950), erudita obra bibliográfica que podría considerarse piedra angular sobre el tema (136 notas y 739 asientos).

Y si bien en el año 1950 la Revista es casi invadida por estos sólidos repertorios bibliográficos, también celebra el centenario de nuestra bandera con el ensayo “Historia y simbolismo de la Bandera Cubana” de Francisco J. Ponte Domínguez.

En 1951, Lilia Castro de Morales, a modo de editorial incluye su discurso pronunciado en la Feria del Libro, el 30 de noviembre de 1950, en donde aboga por una Biblioteca Nacional vinculada al trabajo educativo, poseedora de un personal inamovible, una ley de depósito obligatorio sobre toda obra impresa y un poderoso instrumento de conservación en beneficio

del libro. El doctor Rodolfo Tro traduce “La poesía negroide reciente de Puerto Rico”, de Lawrence S. Thompson; Manuel Isidro Méndez relaciona los documentos necesarios para interpretar con acierto lo sucedido en la Mejorana y Dos Ríos; José Rivero Muñiz publica su ensayo de una bibliografía tabacalera; Signe A. Rooth se hace eco del centenario de la visita a Cuba de Fredrika Bremer, novelista sueca e iniciadora del movimiento feminista, quien nos legó una objetiva visión de la vida y las costumbres de La Habana (se incluyen algunos de sus dibujos y acuarelas); y el doctor Luis Felipe Le Roy y Gálvez da a conocer el documento fundacional de la Universidad de La Habana, “Breve Apostólico de Su Santidad Inocencio XIII”. Antes, en el número de abril-junio de ese año, Le Roy había publicado una breve reseña de la primera Cátedra de Química en Cuba y del primer químico cubano. Y ya a fines de 1951, en el número correspondiente a octubre-diciembre, Emilio Ballagas sitúa a nuestra poesía afrocubana dentro del movimiento de la poesía afroamericana surgida en los Estados Unidos y en países de América Latina y del Caribe. Además, la Revista reproduce el contrato entre el pintor Perovani y el mandatario del obispo Espada, en relación con los frescos que adornan la Catedral de La Habana, y el primer documento cubano en relación con la constitución de la “Hermandad de los Plateros”, uno de nuestros más antiguos sindicatos, a pesar de su ropaje religioso.

Entre otros temas de interés histórico, “Los últimos años” del doctor Tomás Romay, Rodolfo Tro y Rodolfo Pérez de

los Reyes, el “Repertorio teatral cubano”, de Jorge Antonio González, y la monografía histórica “Lecturas de tabaquerías”, de José Rivero Muñiz cierran las páginas del tomo dos, abarcador de los cuatro números del año,¹² el cual devela aspectos olvidados y otros ignorados de nuestra cultura.

En 1952, la Revista celebra dos centenarios: el nacimiento de don Domingo Figarola Caneda, quien al decir de nuestro José Martí “[...] tenía su fuerza en el corazón”,¹³ y el del bibliógrafo chileno José Toribio Medina con un imprescindible ensayo sobre este enciclopedista al cual se añade la relación de sus obras en los fondos de la Biblioteca Nacional. En el número uno aparece la primera colaboración del profesor Salvador Bueno: “París en la literatura cubana”; en el número dos, la tesis de grado de Antonio Núñez Jiménez sobre la cueva de Bellamar; en el tres, el proyecto del edificio que hoy ocupa nuestra institución de los arquitectos Govantes y Cabarrocas,¹⁴ la biografía del cafetal Angerona de Manuel Isidro Méndez, y la cartografía del término municipal de San Antonio de los Baños, de Rosario de Cárdenas; y en el número cuatro, la monumental “Bibliografía cafetalera (1790-1952)” de Francisco Pérez de la Riva. Se incluyen a partir de este tomo tres, los documentos sacramentales de Rafael Nieto Cortadillas, que se publicarían hasta octubre-diciembre de 1956, y los documentos para la historia colonial de Cuba, de Arturo G. Lavin.

En el año del centenario de nuestro José Martí, la Revista dedica íntegramente su primer número al Apóstol de nuestra independencia.¹⁵ Entre otros es-

tudios se encuentran “Entraña y forma de Versos Sencillos”, y “Sugerencias martianas”, de Manuel Isidro Méndez; “Las dos Españas de Martí”, de Emilio Roig de Leuchsenring y “Martí y los tabaqueros”, de José Rivero Muñiz, los cuales ocupan un lugar selecto en la bibliografía martiana de la época.

Del número dos podrían ser antologables “Breves consideraciones alrededor de la acción de San Pedro”, de Luis Felipe Le Roy y Gálvez, y “Las cosas de Noda” de Julio Febres Cordero. Este último, un extenso ensayo biobibliográfico con 155 asientos complementados por una clave de siglas, una *addenda* y una cronología. Repertorio que demuestra que “La vida de Noda no puede escribirse sino por las cosas de Noda”, según sentenciaría Francisco Calcagno acerca del “sabio más laborioso de Cuba”, palabras ciertas de José Martí.

Pero algunos cambios sufrirá la Revista en beneficio de su estructura interna, a partir del número tres, al organizar sus contenidos en secciones: “Vigencia del Ayer” con estudios del pasado como lecciones de presente; “Temas e Indagaciones” con investigaciones más recientes, y “Vida de los Libros” con un activo panorama de lo publicado en Cuba bajo el subtítulo de “Bibliográficas”, título usado anteriormente con el mismo propósito. A esta última sección se añaden “Notas e Informaciones”, “Estadísticas de la Biblioteca Nacional”, y la acostumbrada “Relación de obras inscriptas en la Propiedad Intelectual”.

Ese número recuerda en “Vigencia del Ayer” el centenario de la muerte de Félix Varela Morales y los 50 años del

fallecimiento de Eugenio María de Hostos, en medio de otros aportes al estudio de la vida y la obra de José Martí.

De Félix Varela aparece el prólogo a su obra *Instituciones de Filosofía ecléctica para el uso de la juventud* y su disertación segunda “De los principios de los cuerpos” (edición de 1814); de José Martí, “Catecismo democrático”, crónica sobre la obra homónima de Hostos publicada en *El Federalista* de México, el 5 de diciembre de 1876, así como “Ante la tumba de Varela”, otra crónica publicada en *Patria*, el 6 de agosto de 1892; y de Eugenio María de Hostos, “Por la memoria de Aguilera”, carta que dirigiera a Diego Vicente Tejera aparecida en la revista habanera *El Fígaro*, el 10 de agosto de 1902, bajo el título de “En honor de Aguilera”.

Y en el número cuatro, esta sección se hace eco del centenario de la muerte de Domingo del Monte con su reseña crítica a *Poesías*, de José María Heredia, dada a conocer originalmente en *El Revisor Político y Literario*, en 1823.

En “Temas e Indagaciones” de esos últimos números de 1953, otros textos completan la bibliografía martiana del año del centenario: “Martí y su amor a los libros” de Gonzalo Quesada y Miranda, la bibliografía martiana de don Federico Henríquez y Carvajal publicada durante 50 años, y “Martí, el Paraguay y la independencia de Cuba”, estudio de Juan J. Remos que da a conocer dos cartas inéditas del Apóstol dirigidas al ilustre paraguayo José S. Decoud.

En 1954, la cubierta de la Revista incluye un dibujo del edificio de la Biblioteca Nacional en construcción y los contenidos se organizan en las secciones

antes descritas.¹⁶ “Vigencia del Ayer” celebra el centenario del nacimiento de Juan Gualberto Gómez con “La cuestión de Cuba en 1884”, artículos que publicara en *El Progreso*, de Madrid, sobre la situación de su país; y “La Convención y la Enmienda Platt”, documento histórico de altos valores jurídicos. En “Temas e Indagaciones” se incluyen algunas resonancias del centenario del Apóstol: “El culto a Martí en la Argentina”, de Manuel Pedro González, y “Coloquio de los héroes”, diálogo entre José Martí y los libertadores más allá de los datos y los documentos.

Vuelve a su portada anterior¹⁷ en 1955 y añade la sección “Testimonios”, que incluye opiniones a su favor de instituciones y personalidades cubanas y extranjeras. En “Vigencia del Ayer” reproduce documentos relacionados con Cuba procedentes de otros países: “La Habana vista por un mexicano en 1817-29”, página del diario de A. López Matoso, documento inédito aparecido en los fondos de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, con introducción y notas del ilustre hispanista norteamericano Daniel Wogan; y “Las letras españolas en los Estados Unidos”, de Antonio Flores, estudio extraído de las *Memorias de la Academia de la Lengua Ecuatoriana* (Quito, 1884), el cual contiene un juicio crítico sobre *Ismaelillo*. Esta sección añade “La clava del indio”, texto prohibido por la censura en 1844, donde su autor, Pedro Santacilia, ensayara la leyenda como nuevo género literario cuando sólo contaba 14 años de edad, y “Los humanistas del Renacimiento”, de José de Armas y Cárdenas

(Justo de Lara), parte de un ambicioso proyecto del autor sobre este tema.

En “Temas e Indagaciones”, Salvador Bueno publica su segundo trabajo: “Ascenso y afirmación de las letras hispanoamericanas”, análisis aclaratorio del desarrollo de las letras en la gran familia americana de lengua española; Rafael Nieto Cortadellas incorpora a sus genealogías “Una rama cubana de los Roca de Togores”,¹⁸ Enrique Gay-Calbó, “Las crónicas de la guerra de Cuba”, dos cuadernos publicados por la revista *El Fígaro*, verdadera rareza bibliográfica, con objetivos relatos de los incidentes y vicisitudes de la contienda; y Antonio Martínez Bello comenta las cartas inéditas de José Martí frente a la tesis del suicidio dadas a conocer por Raúl de Cárdenas en el rotograbado del *Diario de la Marina*. El autor desmiente con textos del propio José Martí la hipótesis del suicidio en Dos Ríos. Entre otros “Temas...”, se publican las palabras de Alfonso Reyes al recibir en la Capilla Alfonsina de su residencia, el 26 de noviembre de 1955, el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de La Habana, y “La autenticidad de un grupo histórico”, de Mario Guiral Moreno, trabajo presentado en el 11º Congreso de Historia celebrado en Trinidad (27-30 mayo, 1955) sobre la fotografía en donde aparecen Martí y Gómez tal como eran en 1894.

Otros temas históricos integran esta sección: el proceso de nuestra historiografía desde el siglo XVIII; los primeros viajes de los españoles a La Florida, y la influencia de *El Revisor Político y Literario* en el surgimiento de la nación cubana.

Del desenvolvimiento de la Biblioteca Nacional, la Revista informa sobre la celebración del Día del Libro Cubano, el 7 de junio, fecha del nacimiento del primer bibliógrafo cubano, Antonio Bachiller y Morales, por iniciativa del doctor César Rodríguez Expósito. En esa ocasión la institución expuso la labor realizada por José Antonio Fernández de Castro y publicó un folleto contentivo de su bibliografía.

En 1956,¹⁹ “Vigencia del Ayer” continúa sus lecciones del pasado. Esta vez con la tesis de grado de Manuel Valdés Rodríguez titulada *Lo bueno, lo bello y lo verdadero para realizar los fines de la estética* (editada por la Universidad de La Habana, en 1888) y “Menudencias”, de Manuel Márquez Sterling. Este último texto con referencias a *Frutos coloniales*, de Francisco de Paula Coronado, por lo que la Revista añade, en esta misma sección, parte de dicho libro con vistas a que el lector juzgara con mayor exactitud la crítica de Márquez Sterling.

La sección “Temas e Indagaciones” incluye del ciclo sobre revistas cubanas del siglo XIX, organizado por el Ateneo de La Habana, las conferencias “*El Almendares*”, de José María Chacón y Calvo, revista que fuera expresión del romanticismo predominante en nuestras letras a mediados del XIX; “*El Álbum, biografía de una revista*”, de José Manuel Pérez Cabrera, y “*La Revista de Cuba*”, de Mario Guiral Moreno.

Otros trabajos completan lo más selecto de “Temas...”: un extenso estudio sobre nuestros primeros habitantes y sus principales poblaciones, de Carlos A. Martínez Fortún y Foyo; “Mercedes Matamoros: la poetisa del

amor y del dolor”, documentado estudio por los 50 años de la desaparición física de esta poetisa, de Hortensia Pichardo, quien en 1952 había publicado “Mercedes Matamoros: su vida y su obra”, y “El proceso de demolición de la Parroquial Mayor” de Luis Felipe Le Roy y Gálvez y Santiago Arévalo, tema que originaría una polémica con Manuel I. Mesa Rodríguez, en números posteriores.

En 1953 la Revista de esta segunda época logra por última vez sus cuatro números.²⁰

Transcribe en “Vigencia del Ayer” la historia de Matanzas realizada por Francisco Jimeno Fuentes, manuscrito inédito que ya por esos años figuraba en los fondos de la Biblioteca Nacional. A pie de página aparece una nota biobibliográfica del autor, escrita por el bibliógrafo mayor de Cuba, Carlos Manuel Trelles y Govín.

“Temas e Indagaciones” continúa publicando el ciclo de revistas del siglo XIX que organizó el Ateneo de La Habana. Esta vez, las conferencias sobre el *Álbum Cubano de lo bueno y lo bello*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, *La Habana Elegante* y la *Revista Habanera*, y como complemento ofrece un estudio, no perteneciente a ese ciclo, sobre *El Nuevo Regaño de La Habana*.

Las secciones fijas en general no varían, pero en los números uno y cuatro “Notas e Informaciones”, no aparece como “Vida de los Libros”, en forma independiente. Y dentro de “Notas...” se presenta, nada menos, que “La lengua de Martí”, de Gabriela Mistral, conferencia pronunciada por la poetisa chilena en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, en 1930. Antes

había sido publicada por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, el 19 de mayo de 1934 por iniciativa de Jorge Mañach, secretario de Educación en esa fecha.

El último número de 1957 aparece en abril de 1958, dedicado en su totalidad al nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, el cual tuvo un costo de dos millones 800 000 pesos y fuera inaugurado el 24 de febrero de 1958.

Dicho número incluye el programa de celebraciones correspondiente a los días entre el 21 y el 24 de febrero, así como los textos de los discursos inaugurales. Este edificio, situado en la Calzada de Rancho Boyeros (hoy Avenida de la Independencia), frente al monumento al Apóstol José Martí, se debió a la noble gestión de la Junta de Patronos, organización que hizo posible que la Biblioteca lograra, después de su fundación en 1901, un lugar digno de su gestión como depositaria, conservadora y promotora del tesoro bibliográfico de la nación cubana.

En 1958, la lucha en la sierra y el llano arrasa con la tiranía batistiana, que da sus últimos y sangrientos zarpazos. En ese año, la Revista sólo logra un número, correspondiente a octubre-diciembre, el cual se distribuye después del triunfo de la Revolución cubana.

Finaliza así “Vigencia del Ayer” con las cartas de amor de Luis Alejandro Baralt y Celis a Nieves Peoli y Mancebo, editadas y anotadas por el profesor Luis A. Baralt y Zacharie. “Temas e Indagaciones” ofrece sus últimos y siempre nuevos aportes, entre otros, “Máximo Zertucha y Ojeda, el último médico de Antonio Maceo”, de Luis

Felipe Le Roy y la actualización de la bibliografía del café, de Francisco Pérez de la Riva. “Vida de los Libros” cierra este número con la “Relación de obras científicas y literarias inscriptas en el Registro de la Propiedad Intelectual”, información iniciada en el número cuatro de 1950, publicada anteriormente como “Relación de libros recibidos de la Propiedad Artística y Literaria” en los últimos trimestres de los años 1948 y 1949.

En esa, su segunda época, la dirección de la Revista pretendió una publicación trimestral, periodicidad que casi siempre logró. Desde su primer número anunció su interés por la crítica de libros recientes, la publicación de textos que dieran a conocer aspectos ignorados de nuestra cultura, y la reproducción de documentos y obras inéditas o la reedición de las que por su rareza lo merecieran, así como noticias referentes al desenvolvimiento de la Biblioteca Nacional. Con una rigurosa selección de contenidos la dirección de la publicación cumplió estos propósitos, diversos en apariencia, pero unidos en la raíz. Estudios históricos y literarios, genealogías, documentos inéditos y raros, y repertorios bibliográficos sirven aún en nuestros días a un mejor conocimiento de la cultura cubana.

En opinión del sabio cubano Juan Pérez de la Riva, la Revista de esta segunda época fue “[...] lo menos malo de esta gran Biblioteca subdesarrollada”.²¹ Un juicio más objetivo sería decir que fue lo mejor de nuestra Biblioteca Nacional en la década del 50. Y como digna sucesora de la época que la precediera abrió puertas a los años que viviría a partir de 1959.



De izquierda a derecha José Antonio Portuondo, Maruja Iglesias, María Teresa Freyre de Andrade y Miguel Ángel Asturias

III

Profundas transformaciones políticas, sociales y económicas trae consigo el triunfo de la Revolución cubana. En febrero de 1959 ocupa la dirección provisional de la Biblioteca Nacional la doctora María Iglesias Tauler, quien con acierto y generosidad propone para este cargo a la doctora María Teresa Freyre de Andrade, experta bibliotecóloga, que se empeña en la refundación y recreación de una nueva institución hasta lograr que respondiera a las exigencias de la política cultural revolucionaria.

A mediados de 1960, la nueva directora logra, entre otras y múltiples tareas, la publicación del primer volumen de la Revista, correspondiente a su tercera época, y abarcador de los cuatro núme-

ros de 1959. A partir de ese año, se denominaría *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, pues la Biblioteca, a propuesta del doctor Fernando Ortiz, ya había adoptado este nombre desde la inauguración del edificio el 24 de febrero de 1958.

Con un nuevo formato cuadrado y muy moderno para su tiempo, la Revista tuvo como secretaria de redacción a la doctora Graziella Pogolotti, y su edición estuvo al cuidado de la doctora Marta Vesa.

Nuevamente la publicación se propuso ofrecer a los investigadores un buen acopio de documentos relacionados con los antecedentes históricos, artísticos y literarios de nuestra cultura, así como estimular el estudio y la interpretación de nuestro pasado

con vistas a desarrollar una sólida conciencia nacional.

En su primer volumen publica la “Resolución” dictada por la doctora Freyre el 13 de diciembre de 1959, según la cual la Biblioteca fungiría como nacional y como pública, además de servir como guía a las bibliotecas públicas del país. En este documento aparece ya trazada la estrategia seguida en estos últimos 50 años. Al final, un “Informe” complementario detalla las funciones del centro en cada uno de sus departamentos, así como sus servicios, la necesaria superación de los bibliotecarios, y la campaña en pro de la cultura y de la lectura. Líneas estratégicas que siguen favoreciendo el desarrollo de la primera institución bibliotecaria del país, la cual desde entonces ha sufrido las modificaciones y transformaciones necesarias en consonancia con los nuevos tiempos.

La Revista de esa tercera época impulsó la tradición de don Domingo Figarola Caneda y ello lo demuestra la selección de sus contenidos. La doctora Aleida Plasencia da a conocer los manuscritos de José María Heredia adquiridos por el propio Figarola para la Biblioteca Nacional y más adelante aparecen fragmentos de la correspondencia de Miguel Tacón y Rosique.²² Reseña Argeliers León obras musicales del siglo XVIII y Severo Sarduy comenta *Isla de Cuba pintoresca*, de Federico Mialhe, donde La Habana de Cecilia Valdés vuelve desde las maderas con las calesas y los anchos paseos. Una amplia bibliografía de la Revolución cubana (1952-1959) y otros textos históricos y literarios aseguran los sumarios propuestos desde 1909.

1960-1969

A partir de 1960 y hasta 1963 la Revista se publica en volúmenes anuales, abarcadores de cuatro números cada uno, y aunque no aparece el nombre de Cintio Vitier como su director, los números de 1959 y 1960 se honraron con su ejecutoria.

En el volumen de 1960 aparece el primer Consejo de Redacción presidido por la doctora Freyre.²³ Su cubierta azul pálido recuerda el color favorito de los insurgentes de antaño, y una ventana ideada por Argeliers León permite ver un detalle del grabado que aparece en la portadilla, distinguiéndose así un número de otro. En ese año, la Revista se adelanta al bicentenario de la Toma de La Habana por los Ingleses (1762-1962) y reproduce la “Dolorosa métrica, expresión del sitio y entrega de La Habana escrito en 1762”, versos precedidos por un erudito estudio de la doctora Aleida Plasencia.²⁴ Según Carlos Manuel Trelles y Govín,²⁵ este poema había sido escrito por N. Cruz, posible seudónimo de la primera poetisa nacida en Cuba.²⁶ Sin dudas, es uno de los primeros poemas de nuestra literatura, con estrofas en décimas de escaso valor literario, pero con un extraordinario valor histórico. Completan este número una bibliografía compilada por Juana Zurbarán y con grabados de Elías Durnford y de Dominique Serres relativos a este acontecimiento histórico, así como textos de Eliseo Diego sobre Charles Dickens y Henry David Thoreau; con motivo de los centenarios de la muerte de ambos poetas.

El Departamento Colección Cubana fue el crisol donde se fraguó la Revista a partir de ese año hasta que en 1979,

el desarrollo alcanzado por la Biblioteca Nacional, y por este departamento, dinamizó sus funciones con una nueva estructura. A partir de entonces, la publicación continuó a cargo del Departamento de Publicaciones, posteriormente convertido en Departamento de Ediciones.

Entre los años 1961 y 1964, la Revista es dirigida por Renée Méndez Capote, quien al unísono escribe y lee a sus compañeros de trabajo cada capítulo de sus memorias *Una cubanita que nació con el siglo*.

Nuevas personalidades se añaden al Consejo de Redacción: Manuel Moreno Fragnals y Eliseo Diego. Entre otros significativos aportes, Renée logra publicar el “*Diario de Martí* como documento caracterológico”, estudio inédito de Ezequiel Martínez Estrada (incisos del capítulo “El regreso”, de su obra mayor *Martí revolucionario*); aparece la primera colaboración de Cintio Vitier, en la Revista, titulada “Un cuento de Tristán de Jesús Medina”; “Notas sobre las monedas utilizadas en la costa de África durante el siglo XVIII” de Juan Pérez de la Riva, quien también inicia su célebre *Contribución a la historia de las gentes sin historia*; dos crónicas de nuestro José Martí donadas a la Biblioteca Nacional por Néstor Carbonell;²⁷ el “Diario de Juan Castro”,²⁸ dado a conocer completo por Amalia Rodríguez; “Oda a Julián del Casal”, de José Lezama Lima; “Iglesia e ingenio”, de Manuel Moreno Fragnals; “El baratillero ambulante”, de Miguel Barnet; y los índices de revistas del siglo XIX tales como *El Plantel* (1838), *La Cartera Cubana*

(1838) y *El Colibrí* (1847), compilados por Feliciano Menocal.

Y tras las ventanas de las cubiertas, las vistas de los conventos de Santo Domingo y de San Francisco de La Habana; y en el volumen de 1963 un trapiche de un ingenio durante la molienda ilustra el estudio antes citado de Manuel Moreno Fragnals, antecedente de su monumental obra *El ingenio*.²⁹

A partir del número dos de 1964, es dirigida por el sabio demógrafo Juan Pérez de la Riva, ya que Renée Méndez Capote se dedicaría a la producción literaria en el Instituto del Libro. No obstante, ella deja consolidada la publicación.

Pérez de la Riva y su secretaria de redacción, Luisa Campuzano, publicarían tres números anuales, aunque por excepción la dirección de la Revista lograría cuatro números en 1966. Por esos años, su director inicia la publicación de una valiosa selección de textos de viajeros extranjeros que nos visitaron en el siglo XIX y continuaría sus “Documentos para la historia de las gentes sin historia” referidos al tráfico de culíes chinos;³⁰ José Felipe Le Roy y Gálvez da a conocer a partir de 1965 “La historia de la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo” (I-II), “La Real y Literaria Universidad de La Habana en su etapa republicana” (I-II), y “La Universidad de La Habana en su etapa republicana” (I-II); y Pedro Deschamps Chapeaux su “Historia de la gente sin historia”, capítulos de una obra mayor,³¹ los cuales aparecerían en distintos números.

Ya sólo con estos enjundiosos y novedosos estudios la Revista hubiese ocupado un lugar trascendente dentro de la bibliografía cubana de la década

del 60, pero a ello añadió los documentos de Carlos Baliño; “*La Piragua y el siboneyismo*” (ensayo que presentó el índice de esta revista); “*Placidiana*”, con motivo del 120 aniversario del fusilamiento de Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido); el ensayo sobre Manuel de Zequeira y Arango (I-II), de Fina García Marruz;³² la conferencia ofrecida por Ezequiel Martínez Estrada en la Biblioteca Nacional en ocasión del sesquicentenario del nacimiento de don Domingo Faustino Sarmiento, versión taquigráfica de la grabación que el gran argentino no llegó a revisar y, en donde, a pesar de ello, se aprecia la fluidez de su pensamiento, y los trabajos de Filiberto Ramírez Corría y de Juana Zurbarán, con motivo del cuarto centenario lascasiano. Otros estudios de Elías Entralgo, Graziella Pogolotti, Julio Le Riverend Brusone, Mario Sánchez Roig, Hortensia Pichardo y Jorge Ibarra hacen de la Revista de esos años una publicación notable.

Muy útiles resultaron también las secciones “*Crítica Bibliográfica*” con reseñas de libros de reciente publicación; los “*Libros del trimestre extraídos de la bibliografía nacional*”, cuya compilación continuaría la Biblioteca Nacional desde 1959, y “*Crónica*”, esta última con comentarios y noticias culturales, la cual se hace cada vez más estable a partir de fines de ese decenio.

En enero de 1967, Luisa Campuzano cesa como secretaria de redacción al ganar una cátedra de Lengua y Literatura Clásicas en la Universidad de La Habana, y la sustituye Siomara Sánchez Roberts, quien se convertiría en una de las de más larga ejecutoria en dicho cargo.

Ya a fines de ese año, aparece un último número doble con ventana, que deja entrever la firma del Che, recién asesinado en Bolivia. La Revista incluye una bibliografía activa y pasiva del Guerrillero Heroico, seguida por una cronología de su vida, compilada por Juan Pérez de la Riva, la cual mereció ser reeditada en México por Cuadernos Rocinante.

En 1968, cambia de portada, aunque no sus contenidos eruditos, críticos y medulares. En los tres números publicaría de José Antonio Portuondo, “*Retratos infieles de Martí*”; de Roberto Segre, “*La evolución tipológica de las fortificaciones coloniales*”, y de Zoila Lapique, “*La música en las revistas del siglo XIX*”.³³ En 1969 vuelve José Antonio Portuondo con un estudio sobre el contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos; Juan Pérez de la Riva, con “*Los días de Guáimaro*”; César García del Pino da a conocer el diario de un deportado a Fernando Poo en 1869; Tadeusz Lepkowski y Jorge Ibarra polemizan en torno a una historia integral de Cuba; Ivan Schulman estudia la influencia de Martí en la prosa madura de Darío, y la dirección de la Revista decide publicar el trascendental discurso del Comandante Fidel Castro, pronunciado el 10 de octubre de 1868, donde el líder cubano declara como única la Revolución que inició Céspedes y la que el pueblo cubano lleva adelante 100 años después del Grito de Yara.

En el número tres de ese año, otros estudios aseguran que la publicación se empeña en dar a conocer novedades de nuestra historiografía y de nuestra literatura. En el sumario encontramos “*Psicoanálisis de una generación*

(1940-1959)", de Francisco López Segrera; "Para una vida de Santiago Pita", de Octavio Smith;³⁴ "Estudios delmontinos", de Fina García Marruz, y "La Reforma Universitaria de los años 20 y la rebelión estudiantil de nuestros días", de Ladislao González Carvajal.³⁵

Durante esa década, nutrida de estudios que más tarde integraron obras fundamentales de nuestra cultura,³⁶ la Revista cumple sus primeros 60 años. Recibe como homenaje perdurable su indización analítica³⁷ y la publicación en separatas de sus mejores textos.

1970-1979

En la década del 70, se lograrían tres números cada año, y como secciones fijas, "Crónica" y "Miscelánea". La primera con textos breves, atendiendo a las exigencias de esta forma literaria, y la segunda muy útil para conocer la intensa vida cultural de la Biblioteca Nacional.

Investigaciones históricas, literarias y bibliográficas, verdaderos aportes y nuevas perspectivas constituyen los contenidos de estos años. Del Ciclo Vida y Obra de Poetas Cubanos organizado en aquellos días por la institución, se publican las conferencias magistrales de Félix Pita Rodríguez, Ángel Augier, José Cid, Nicolás Guillén, Regino Pedroso y Roberto Fernández Retamar, así como ensayos literarios que, sin lugar a dudas, podrían formar parte de una antología del género en Cuba: "Sobre nuestra crítica literaria" y "La correspondencia cubana de León Tolstoi", de Juan Marinello; "Bécquer o la leve bruma", de Fina García Marruz; "El hombre de Saúl Bellow", de Roberto Friol; "Landaluce y el costumbrismo

en Cuba", y "Galdós y Valle Inclán, espejos de la vida española", de José Antonio Portuondo; "Aproximaciones a Luis Cernuda", de Octavio Smith; "El poderoso caballero Francisco de Quevedo", de Luis Suardíaz, y "En torno a la autenticidad de *Espejo de Paciencia*", de Enrique Saíenz.

Nuevamente, como en el decenio anterior, la Revista publica estudios previos que después integrarían obras imprescindibles de nuestra historia, nuestra literatura y nuestra cultura: "La primera imprenta litográfica en Cuba", de Zoila Lapique, Juana Zurbarán y Guillermo Sánchez Martínez;³⁸ "Los cobreros y los palenques de negros cimarrones (esquema de dos libros pendientes de publicación)" de José Luciano Franco;³⁹ "Los romances cubanos de Juan Francisco Manzano", encontrados por Roberto Friol en el periódico matancero *El Pasatiempo*, 1834;⁴⁰ "Flor oculta de poesía cubana (aviso preliminar, y pasajes del prólogo)" de Cintio Vitier y Fina García Marruz,⁴¹ y los estudios de Luis Felipe Le Roy y Gálvez sobre el 27 de noviembre de 1871.⁴²

Y como en épocas anteriores se da a conocer el patrimonio documental de la nación depositado en la Biblioteca Nacional mediante repertorios bibliográficos: "Bibliografía del teatro cubano", con una breve introducción del entonces director de la institución, Sidroc Ramos;⁴³ un "Esquema bibliográfico de Gertrudis Gómez de Avellaneda"; la "Bibliografía de Juan Marinello", homenaje de la Biblioteca y de la Revista por su 75 cumpleaños;⁴⁴ "Bibliografía de una exposición", documentos exhibidos en el centro con motivo del 70 aniversario

de Alejo Carpentier; “Esta Revolución comenzó en Yara”, selección de documentos expuestos con motivo del XXII aniversario del Asalto al Cuartel Moncada; “Bibliografía Exposición Homenaje al XV aniversario de la Federación de Mujeres Cubanas”, y un suplemento a la Bibliografía de Nicolás Guillén.⁴⁵ El índice de nuestra publicación correspondiente a los años 1970-1975⁴⁵ y una cronología de la Revolución cubana (1959-1979) completan el universo bibliográfico de esa década. Este último repertorio publicado en el número dos de 1979, rinde homenaje a los 20 años de la Revolución cubana, con recuentos de lo sucedido en esas dos décadas en el campo de la bibliografía, el diseño gráfico, la urbanización, la danza, la artesanía y la escultura, precedidos por el discurso pronunciado por Fidel Castro el 1º de enero de 1979 bajo el título “Nos enfrentamos al porvenir con la experiencia de 20 años y el entusiasmo del primer día”.

Significativos aportes historiográficos como el estudio de Alberto Muguercia sobre Teodora Ginés; “El campamento de San Pedro”, de Francisco Pérez Guzmán; los temas desarrollados por César García del Pino sobre aspectos ignorados de nuestra historia anteriores al siglo XIX, y los estudios demográficos de Juan Pérez de la Riva, hacen de la Revista de esos años fuente de consulta imprescindible para repensar nuestra historia.

En 1973, Guillermo Sánchez Martínez inicia sus aportes a la historia y la cultura del arte cubano, entre ellos los antecedentes de su “Diccionario de las Artes Plásticas en Cuba”, obra monumental, aún inédita.

La Revista de la década del 70, como órgano de la Biblioteca Nacional, incluye también documentos relacionados con los Encuentros Nacionales de Bibliotecas Públicas; ofrece un recuento de las características tipológicas de la institución de Cuba en el período 1959-1976; contribuye a la historia del libro en nuestro país con estudios sobre nuestros incunables, el primer libro científico cubano y los impresores y talleres del siglo XIX, y reproduce el “Diario del Rancheador”, de Cirilo Villaverde, imprescindible documento para el estudio de la esclavitud en Cuba.

Ya avanzado el decenio, exactamente el 4 de diciembre de 1976, fallece Juan Pérez de la Riva, sabio director que desde 1964 logró una *Revista...* erudita y siempre en ascenso. A partir de 1978 lo sustituye Julio Le Riverend Brusone, se estrena Salvador Bueno como jefe de redacción, y continúa Siomara Sánchez como secretaria de redacción.

1980-1989

En la década del 80, la dirección de la Revista lleva a sus páginas aspectos diversos de nuestra historiografía, estudios enriquecedores y develadores de nuevos conocimientos relacionados con grandes figuras de nuestra cultura y hechos históricos significativos de la historia patria. En los números uno y tres de 1980 celebra el centenario del nacimiento de Ramiro Guerra, con valoraciones de Ernesto García Alzola y Julio Le Riverend; y el centenario de la ley que inició el proceso de abolición de la esclavitud africana en Cuba terminado en 1886, con textos que abordan ideas y sugerencias

para trabajos futuros, presidido por “Los cimarrones en el Caribe”, de José Luciano Franco.⁴⁷

El discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz pronunciado en el acto de clausura del Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba, publicado bajo el título de “Los principios no son negociables”, da inicio al año 1981, en el cual temas diversos (filosofía, paleografía, historia, crítica literaria y pintura cubana, entre otros) conforman el macizo sumario; el segundo número es un documentado homenaje con motivo del 80° aniversario de la Biblioteca Nacional José Martí, que recuerda el pasado de la institución, da fe de su presente, y garantiza su respuesta a los nuevos requerimientos que el desarrollo cultural del país le impone como centro de difusión y promoción cultural y científica,⁴⁸ mientras el último conmemora el centenario de don Fernando Ortiz con reveladoras interpretaciones en torno a la obra del sabio cubano.

Aparece en 1982 un número doble, abarcador en gran medida del año, que contiene el discurso pronunciado por el entonces ministro de Cultura Armando Hart Dávalos, en la inauguración del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, así como investigaciones sobre filosofía, urbanismo, cultura africana, esclavitud, arqueología, crítica literaria, pintura, y otros temas de interés literario e histórico. El último número del año evoca con exquisita y vibrante prosa la presencia de Raúl Roa, “aquel hombre de gesto rápido que rubricaba al vuelo su palabra centellante”, y conmemora además el 130° aniversario del natalicio de José Martí, el

centenario de la primera edición completa de *Cecilia Valdés*, y el 80° cumpleaños de Nicolás Guillén.

La crítica literaria se impone en el primer número de 1983, sumario que ofrece además, entre otras cuestiones, un análisis marxista de las clases sociales en Cuba frente a la necesaria revolución martiana, de Eduardo Torres Cuevas. La segunda entrega honra los 70 años de Carlos Rafael Rodríguez, “digna y plenamente vividos”, al publicar un artículo de sus años jóvenes y dos de sus discursos más sabios; realza también los 60 años de Cintio Vitier con la compilación de y sobre su obra poética y crítica. Otras investigaciones sobre la arquitectura tradicional cubana, el Partido Socialista Obrero Español y su relación con la Guerra del 95, los transportes habaneros de los siglos xvi al xix, y la nueva sección “Notículas” también se encuentran en dicha edición. Un capítulo del libro *Bolívar y la independencia de Cuba*, de Francisco Pérez Guzmán; unas páginas que recuerdan a esa “cronista de la cultura” que fue Loló de la Torriente; un documentado estudio sobre las primeras villas cubanas, de Hortensia Pichardo; otra vez don Fernando Ortiz con su correspondencia mexicana; el problema arancelario dentro de la política cubana del siglo xix, y por último, “Crónicas” y “Reseñas de Libros” resumen a grandes rasgos el último índice.

A partir de 1984 se publica por capítulos la obra “Problemas de la formación agraria de Cuba”, del doctor Julio Le Riverend, estudio que, sin dudas, llena un vacío en la historia económica de Cuba.⁴⁹

El segundo número del año dedica más de 30 páginas a ese cubano universal que fue Alejo Carpentier, con motivo del 80º aniversario de su nacimiento.

Una ilustración tomada de la *Historia General de las Indias Occidentales*, de Antonio de Herrera (Amberes, 1728), que representa la aceptación de la empresa de Cristóbal Colón por parte de los reyes Fernando e Isabel de Castilla aparece en la cubierta del último número del año. Este grabado en metal anuncia su contenido, dedicado casi en su totalidad al estudio de hechos históricos que corresponden por igual a la historia de Cuba y a la de España: solidario y justo precedente con el cual la Biblioteca Nacional se sumó a los trabajos preparativos para la celebración del quinto milenio del encuentro de ambas culturas.

Bajo el título “XXV años de Historiografía Cubana” (I-II) aparece esta sección en los primeros números de 1985, positivo recuento a favor de la investigación histórica en el período 1959-1984. Constituye una acertada valoración e inventario de fuentes de la historia de Cuba, probatorios de que la historia no es un conocimiento fijado de una vez y por todas. Las experiencias vividas en esos años permitieron que un mayor caudal de mentalidades lograra un desarrollo extraordinario en la historiografía cubana.

El último número de ese año incluye temas de interés para la historia de la música y la literatura cubanas, la mitología indoantillana, la arquitectura colonial en Cuba y el Caribe, y el libro en Cuba. Aspectos diversos que no desdibujan el perfil de la publicación, sino que acentúan su unidad de conte-

nido y el rigor investigativo que la ha caracterizado.

Durante ese primer lustro de la década del 80, cesa Siomara Sánchez Roberts como secretaria de redacción, y la sustituye Josefina García Carranza en los dos primeros números de 1983; a partir del siguiente, se inicia como redactora Carmen Suárez León.

Es notable la reincorporación de “Reseñas de Libros”, desde 1979, sección bibliográfica continuadora de otras de tanto interés para el conocimiento del movimiento editorial en Cuba, como “Bibliografías” (1964-1966). En cuanto a otras secciones, las “Crónicas”, en su mayoría conmemorativas de efemérides cubanas y extranjeras, resultan en ocasiones serios aportes a la investigación de los temas tratados; también abarca, en menor medida, los propósitos de la “Miscelánea” (1970-1981), histórica sección que recogió por más de un decenio la intensa labor de promoción cultural y científica realizada por la Biblioteca Nacional de Cuba.

Asimismo, comienza otra sección en esos años: “Lista de Documentos Adquiridos en el Extranjero” (número tres, 1983) contentiva de listas bibliográficas selectivas de los documentos recién adquiridos por la institución.

En el número que abre el año 1986, la dirección de la Revista anuncia el Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, y recuerda el XX aniversario del memorable arribo a la playa Las Coloradas de la expedición del *Granma* (2 de diciembre de 1956). Pero como pasado y presente se conjugan y se proyectan al futuro, la publicación no olvida el centenario de la abolición de la esclavitud y aparece para esta ocasión

“Esclavitud y relaciones interracialas en *Cecilia Valdés*”, de Salvador Bueno, y en el segundo número, un texto de Rodolfo Sarracino sobre Inglaterra y las rebeliones esclavas cubanas. En este mismo ejemplar también se inicia la celebración del 150° aniversario del nacimiento de Máximo Gómez, y por ello Ramón de Armas presenta el casi desconocido texto del Generalísimo “El porvenir de Las Antillas”, donde Gómez concibe para esta región americana una gran revolución, y prevé nuevas formas de unidad antillana.

“Máximo Gómez y la esclavitud” y “Pertenencia étnica de los esclavos de Tiguabos (Guantánamo)” de los investigadores Roberto Friol y Rafael L. López Valdés, respectivamente, resultan rigurosos estudios que ponen fin, en el número tres de 1986, a las conmemoraciones del centenario de la abolición oficial de la esclavitud, y del 150° del nacimiento de Gómez. Además se tiene presente el 85° aniversario de la Biblioteca Nacional José Martí, y termina la publicación del libro *Problemas de la formación agraria en Cuba (siglos XVI-XVII)*, del doctor Julio Le Riverend Brusone, obra en 17 capítulos que enriquece sobremedida la historiografía cubana, y muy en especial la agraria.

Otros estudios críticos y bibliográficos completan el contenido de estos tres números. Sus cubiertas exhiben una litografía del precioso libro de Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, el logotipo conmemorativo del 150° aniversario del nacimiento de Máximo Gómez, y un exlibris de la colección de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Investigaciones acerca de grandes figuras de la literatura y la cultura cubanas tales como don Fernando Ortiz,

José María Heredia, Carlos Manuel Trelles y Govín, Luis Felipe Rodríguez, y Juan Marinello Vidaurreta; una indagación sobre Ramón Emeterio Betances, de Emilio Godínez, historiador cubano que fuera también historiador puertorriqueño (fallecido en octubre de 1986), y “De la Enmienda Platt a los empréstitos”, una ojeada a la dominación imperialista sobre Cuba durante los años republicanos, del investigador Pedro Pablo Rodríguez, conforman, entre otros estudios, el primer número de 1987. El segundo número, casi monográfico, fue dedicado al XX aniversario de la caída en combate de Ernesto Che Guevara, donde Carlos Tablada y Rolando García Blanco interpretan el pensamiento del Guerrillero Heroico; Mario Mencía hace historia de sus primeros años revolucionarios; Israel Echevarría y Miriam Martínez detallan su presencia en la legislación revolucionaria publicada por la *Gaceta Oficial de Cuba*, y Carmen Suárez León se acerca a su poética e interpreta “Che Comandante”, de Nicolás Guillén. El cuerpo bibliográfico hace historia de la insurrección armada en Las Villas; compilado por especialistas de la Biblioteca Martí, de Santa Clara, cierra en el número tres el homenaje de esta Revista al comandante Ernesto Che Guevara. Además añade a su contenido estudios de interés al conocimiento de la dominación inglesa en La Habana, la presencia africana en los carnavales de Santiago de Cuba, y el primer ferrocarril de Cuba; reflexiones sobre Raúl Roa y Loló Torriente; la temprana obra histórica de Luis Toledo Sande, exigida con razón por la Tribuna Enrique José Varona, y las hazañas descritas

por Cristóbal Colón en su *Diario de navegación*. Estos testimonios colombinos dan inicio a la sección “Hacia el Medio Milenio del Encuentro entre las Culturas Americanas y Europea”. Por último, grabados de libros valiosos del siglo XVIII atesorados por la Biblioteca Nacional José Martí, y una composición tipográfica que es homenaje al Che, ilustran las cubiertas de los tres números de 1987.

Un fragmento del mapa de Piri Reis, que ilustra la cubierta del número uno de 1988, anuncia la inclusión de la introducción a dicho documento, escrita en 1935, por Yusuf Ackura, presidente de la Sociedad para las Investigaciones Históricas sobre Turquía. Según este científico, el mapa que Colón confeccionó después del descubrimiento, encuentra en este su reflejo de sí, por lo que resulta una indiscutible fuente de información con respecto al primero, y una prueba de la contribución de los turcos del siglo XVI a las ciencias de su época. Este texto aparece incluido en la sección “Hacia el Medio Milenio del Encuentro de las Culturas Americanas y Europea”.

Otras contribuciones al estudio de grandes figuras de la historia, la literatura, y la cultura de Cuba y América enriquecen las bibliografías secundarias de Félix Varela Morales, Manuel González Prada, Pedro Henríquez Ureña, Alicia Alonso, Rafaela Chacón Nardi, Elías Entralgo, Salvador Bueno y Alejo Carpentier.

Y a mediados de 1988 la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* logra un número antológico al publicar una parte de los papeles inéditos o parcialmente inéditos de la colección del

poeta José Lezama Lima. Una de las más valiosas colecciones atesoradas por la Biblioteca Nacional de Cuba: prosa, poesía, cartas y parte de un diario aseguran al especialista nuevas perspectivas y múltiples revelaciones dentro del universo lezamiano.

El último número de 1988 da fin dentro del último lustro (1986-1990) a la sección “Hacia el Medio Milenio...” al incluir la “Expedición en canoa del Amazonas al Caribe” del doctor Antonio Núñez Jiménez, experiencia científica inspirada en el “Quinto Centenario del Descubrimiento, encuentro de dos mundos”, y acertada cruzada para redescubrir, con ojos propios, lo que hasta ahora habían realizado investigadores europeos, intención que aclara el autor y jefe de dicha memorable expedición.

A continuación, se cierra el homenaje al vigésimo aniversario de la caída del Che, con “Acotaciones acerca de *El socialismo y el hombre en Cuba: la autoeducación*”, del doctor Julio Le Riverend; se celebra el 150º aniversario de Eugenio María de Hostos con “Hostos, el angustiado”, de la investigadora de Puerto Rico Loida Figueroa, y hace posible que la también investigadora de ese país, Carmen Vásquez, dé a conocer en Cuba el “Retrato de un dictador”, de Alejo Carpentier. Incluye además trabajos críticos sobre poesía cubana, la prosa reflexiva de Félix Pita Rodríguez, la poesía surgida de la lucha revolucionaria, y las afinidades poéticas entre José Martí y Víctor Hugo, este último de la profesora Ana Cairo, y otro sobre el concepto de cultura en José Martí, de Carmen Suárez León, añaden nuevos

títulos a la bibliografía martiana divulgada por la Revista.

Al cumplir 80 años, puede afirmarse que la publicación ha conquistado su tiempo, en medio de obstáculos, y se empina con todos sus contenidos, como enciclopedia de la cultura cubana. Quien posea su colección desde 1909 conserva una parte de lo mejor de la creación espiritual de país. Y en su primer número de 1989 celebra sus ocho décadas de vida con testimonios de queridos colaboradores, quienes en pocas líneas recuerdan parte de su historia: Israel Echevarría da a conocer sus documentos fundacionales; Alberto Vargas Bosh nos acerca a la vida y obra de María Villar Buceta, poetisa y maestra de bibliotecarios, y Araceli García Carranza expone sus experiencias bibliográficas referentes a la teoría, el método y la estructura en esta disciplina. Otros trabajos históricos y literarios, entre ellos el diario de campaña de Julio Morlans, dado a conocer por Gerardo Sánchez Robert, y “Andrés Eloy sobre la Rosa de los Vientos” de Luis Suardíaz, hacen de este primer número un homenaje digno a 80 años de vida útil.

Cultura, historia, filosofía, estudios sobre figuras universales como José Martí, Alfonso Reyes, José Lezama Lima y Alejo Carpentier, y homenajes a la querida profesora Hortensia Pichardo y al poeta Félix Pita Rodríguez, por sus 85 y 80 años de vida, respectivamente, conforman, entre crónicas y otras reseñas, el segundo número del año.

En el último número de 1989 se hace notar la investigación bibliográfica al dar a conocer la bibliografía cubana de la Revolución Francesa, y un análisis crítico de la biobibliografía de

Félix Varela, realizada por Josefina García Carranza y publicada en Nueva York por Senda Nueva de Ediciones en 1991.

El “Diario de José Lezama Lima”, publicado en el segundo número de 1988, da lugar, en este último de 1989, a una interpretación filosófica basada en la cultura del poeta. Mientras, la investigadora norteamericana Evelin Picón Garfield interpreta *Guatimozín*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y Carlos del Toro hace historia de los memorables congresos nacionales que organizara el historiador Emilio Roig de Leuchsenring.

Las cubiertas de estos tres números exhiben en distintos colores la misma composición tipográfica, en homenaje al 80° aniversario de la Revista.

En 1989 Carmen Suárez León obtiene la categoría científica de investigadora y cesa como redactora en el número uno de ese año. Vuelve a este cargo, por sustitución, en los números dos y tres, la bibliógrafa Josefina García Carranza.

Nuevamente en esa década la Revista cumple sus propósitos al publicar rigurosas investigaciones inéditas, en su mayoría históricas, literarias y bibliográficas, las cuales hacen aún más amplio su espectro como fuente de conocimientos de la cultura cubana.

1990-1993

La década del 90 se presenta sombría para la Revista, son los años de la peor crisis económica enfrentada por nuestro país, se inicia el llamado Período Especial, que exige heroicidad y sacrificio cotidianos.

Vuelve a cambiar la redacción en 1990, esta vez a manos de Edilio Torres

Miranda, y entre 1991 y 1993 asumiría el cargo Rafael Acosta de Arriba, quien realizó denodados esfuerzos porque la publicación no desapareciera. En esos cuatro años se lograrían dos números en 1990 y otros tres corresponderían a los años entre 1991 y 1993.

El primer número de 1990 incluye apreciables indagaciones sobre nuestra historia más reciente: las huelgas de la Secretaría de Comunicaciones posteriores a la caída de Gerardo Machado, la personalidad jurídica de la Confederación de Trabajadores de Cuba, y realidades y perspectivas de la historiografía regional en Cuba. De nuestra historia pasada se muestran la concurrencia naviera de Cuba y Filipinas en la España del siglo XIX, el sector comercial en las matrículas de 1833, y el testimonio de una camagüeyana que viviera la guerra de 1868, y los años de la tregua fecunda, bajo el título “La vida pública y secreta de Encarnación de Varona”.⁵⁰

Y de nuestra historia presente la Revista saluda el 30° aniversario de la fraterna y muy prestigiosa Casa de las Américas con palabras de su presidente, el doctor Roberto Fernández Retamar.

En el número dos y último de 1990 se hace valer una vez más la utilidad de la ciencia bibliográfica en general, y en especial del desarrollo bibliográfico alcanzado en nuestro país con los trabajos de Siomara Sánchez y de Tomás Fernández Robaina sobre Trinidad y el Valle de los Ingenios, y un panorama crítico de la bibliografía de la literatura cubana, respectivamente. La erudición, la experiencia profesional y el dominio de la técnica han sido demostrados en la publicación hasta esa fecha, en el

campo de esta disciplina. Otro bibliógrafo cubano, en este caso Emilio C. Cueto, nos lleva de la mano en busca de nuestras raíces, y de las láminas del *Paseo pintoresco de Cuba*, una de las más bellas ediciones del siglo XIX cubano. Y una vez más Luis Suardíaz da fe de su afinada crítica con “*Gallegos: la novela y la historia en el vasto paisaje*”.

En ese último lustro (1986-1990), “Crónicas”, “Reseñas”, “Libros adquiridos en el extranjero”, y “Relación de colaboradores” no son nuevas secciones, sin embargo, aún despiertan el interés de nuestros lectores al añadir apreciable información sobre efemérides nacionales y extranjeras, el movimiento editorial en Cuba y en otros países, y datos biográficos y bibliográficos de sus colaboradores. Y con la nueva sección “Para una Nueva Lectura del Pasado”, la Revista traslada la literatura, la historia y la cultura de otros tiempos con lecturas portadoras de una herencia espiritual siempre enriquecedora de nuestro presente. También transporta a nuestros días el recuerdo de una de sus secciones más antiguas: “Vigencia del Ayer”, que desde 1953 hasta 1957 cumplió idénticos propósitos, y reeditó lo mejor del pensamiento cubano del siglo XIX.

Los esfuerzos por publicar la Revista se duplican, y en 1991 se logra un número abarcador del año. En el “Editorial” se recuerda el 90° aniversario de la Biblioteca Nacional y resalta sus logros profesionales, docentes y editoriales, además anuncia el congreso de la International Federation of Library (IFLA) que se logró llevar a cabo en La Habana, exitosamente, en 1994. Literatura, religión, urbanismo, historia y bibliografía integran los contenidos

de este número que compite en buena lid con los mejores números logrados en la década del 80. En “Para una Lectura del Pasado” incluye “La Biblioteca y la Revolución”, lección siempre vigente de la doctora Freyre de Andrade.

En 1992, el único número logrado conmemora el quinto centenario del descubrimiento de América inspirado en variadas y debatidas aproximaciones y juicios sobre este hecho. Es una edición de rasgos múltiples que aparece precedida por el poema “El navegante”, de Luis Suardíaz, le siguen una prosa poética de Rafael Acosta, y estudios muy variados sobre el tema, de José Antonio García Molina, César García del Pino, Francisco Pérez Guzmán, Rafael Cepeda, Luis Ángel Argüelles y Carlos del Toro, entre otros historiadores.

Se cierra esa tercera época con el número uno de 1993, dedicado a la provincia de Matanzas, lo presenta Rafael Acosta, quien en su “Prólogo a la ciudad” testifica que Matanzas-ciudad y Matanzas-provincia, piedra y tierra, es la gran protagonista de este monográfico. Al final se le rinde homenaje a Alejo Carpentier por su 90º aniversario, con una bibliografía sobre la vanguardia en la obra del autor de *El siglo de las luces* y un itinerario editorial de sus libros desde *¡Ecué-Yamba-Ó!* hasta *El arpa y la sombra*.

IV

Después de unos años vacíos, plenos de las dificultades económicas enfrentadas durante el actual Período Especial, iniciado tras la caída del campo socialista, la Revista reaparece en su cuarta época. Hasta nuestros días ha demostrado fidelidad a su pasado y compromiso

con su presente y ha satisfecho el conocimiento que sobre la cultura cubana demandan sus asiduos lectores en la Biblioteca Nacional, y en otras tantas bibliotecas e instituciones cubanas y extranjeras.

El director de la entidad entre 1997 y 2007, y de esta cuarta época, Eliades Acosta Matos, rompe lanzas con disciplina y rigor y hace reaparecer la publicación.⁵¹ En el editorial correspondiente al número uno de 1999 reafirma la vocación de servir de la Revista 90 años después de su nacimiento.

Con un primer número impreso en nuestra Biblioteca, como lo hiciera en su época don Domingo Figarola Caneda, la dirección muestra y demuestra que quien bien nace nunca muere. En su sumario Carlos del Toro se refiere a la primera etapa de la Institución Hispano-Cubana de Cultura (1926-1932); César García del Pino continúa develando nuestro siglo XVIII; Roberto Fernández Retamar interpreta el Martí de Ezequiel Martínez Estrada, y Carmen Vásquez *El Reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, con motivo de su 50º aniversario. Se añade la conferencia “Yo poeta”, de José Zacarías Tallet, pronunciada en el ciclo Vida y obra de poetas cubanos organizado por la Biblioteca Nacional en 1969, del cual la Revista publicó en su tercera época otras de las conferencias magistrales que lo integraron.

En “Páginas Antológicas” aparece una conferencia que pronunciara Julio Le Riverend en el centro el 10 de abril de 1962, sobre la penetración económica en Cuba, parte del ciclo El pueblo de Cuba y su historia; y en “Crónicas”, Virgilio López Lemus refiere la plenitud

alcanzada por Roberto Friol, desde *Alcación al fuego* a *Tramontana*.

Eruditos artículos y ensayos constituyen la columna vertebral del volumen siguiente correspondiente al número dos-tres: “Una extravagancia cartográfica” del abogado cubano, residente en los Estados Unidos, Emilio Cueto, poseedor de la más completa colección de documentos sobre Cuba, especialmente publicados en el extranjero; “El sabio Felipe Poe y, latinista”, del profesor Amaury B. Carbón Sierra; el ensayo “Cuba ante los retos del nuevo milenio” del doctor Armando Hart Dávalos; mientras, la historiadora Elena Alavéz abre puertas al decisivo año 1927, el doctor José López Sánchez nos enorgullece con su “Pasión heroica de Gandhi”, y el director Acosta Matos nos permite la lectura de su “Bill Gates y los abuelos de Saramago”, análisis de las palabras de este Premio Nobel referidas a esos dos gremios que se nutren mutuamente: los escritores y los bibliotecarios.

Se cierra el año con un número dedicado por completo a Alejo Carpentier con motivo de su 95 cumpleaños. Un amplio y antológico sumario convierte este volumen en obra imprescindible dentro de la bibliografía de este cubano universal, uno de los máximos artífices de la prosa castellana, quien a partir de 1972 donara, en vida, su papelería a la Biblioteca Nacional. Presiden los contenidos un texto de la doctora Graziella Pogolotti sobre ese retablo de maravillas que trajera aún inédito Carpentier a Cuba en 1959, después de sus años venezolanos: *El siglo de las luces*, y el Festival del Libro Cubano.

Le siguen relevantes estudios sobre su *Historia de lunas*, *El reino de este*

mundo, *El siglo de las luces*, *Los advertidos* y *El acoso*. A ello se suma la interpretación de temas específicos desprendidos de su obra: los códigos clásicos, el teatro griego y la recepción de los textos clásicos, la fraseología en su obra, su visión postmodernista, un proyecto de diccionario, una aproximación a la fundación que lleva su nombre, reseñas de libros y el segundo suplemento a su inmensa bibliografía.⁵² Además, se reúnen los cuatro trabajos que dedicara Carpentier a Lydia Cabrera para rendirle homenaje a una de las grandes investigadoras cubanas del siglo xx, en su centenario.

Con este número, la Revista logra un mejor diseño de cubierta, realizado por Luis Juan Garzón, quien la contracubierta inicia la sección “Del Patio...”, en la cual se reproducen hasta hoy obras plásticas de jóvenes creadores y de otros consagrados.

A partir del año 2000 se publican dos números dobles al año, pues por excepción, en 1999 se lograron tres.

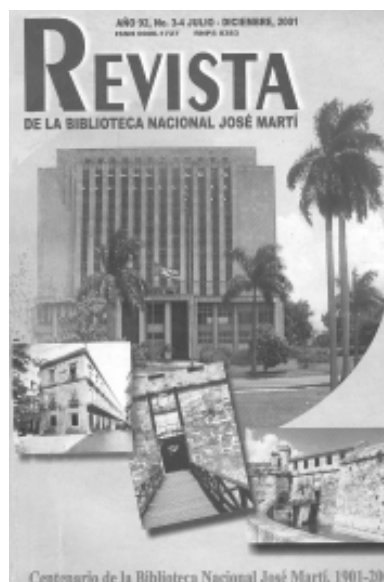
Un merecido homenaje se le rinde a Roberto Fernández Retamar con motivo de su cumpleaños 70. El volumen correspondiente al número uno-dos del 2000 le felicita y le agradece el donativo que de su colección hiciera al patrimonio bibliográfico de la nación diez años antes. Profesores y estudiosos de la cultura cubana que con orgullo siempre serán sus alumnos, críticos cercanos a su contemporaneidad, amigos y admiradores, entrañables todos, dejan constancia en sus trabajos del respeto y admiración que merece y merecerá siempre esta figura imprescindible de nuestra literatura. El segundo y último volumen del 2000 (tres-cuatro) festejó

los 90 años de José Lezama Lima y el centenario del pintor Carlos Enríquez. La sección “En los 90 años de Lezama Lima” incluyó estudios sobre su espiritualidad martiana, su “Oda a Julián del Casal”, su casa de la calle Trocadero 162, su presencia soterrada en la novela *El vuelo del gato*, de Abel Prieto Jiménez, reseñas de libros sobre su obra, y el control bibliográfico que complementa la bibliografía primera.⁵³

En el centenario de Carlos Enríquez la doctora Graziella Pogolotti se refiere a las afinidades electivas entre el pintor y su padre Marcelo Pogolotti, “[...] quienes vivieron la aventura de la vanguardia y soñaron con un mundo más justo”. Luz Merino nos presenta al Carlos Enríquez, crítico de arte, con una selección de seis textos del archivo personal del pintor.

El primer número del año 2001 (enero-junio) homenajea a uno de los más ilustres colaboradores de la Revista, a Cintio Vitier, quien también hizo posible su existencia, junto a la doctora Freyre, a partir de 1959. De principio a fin este número es totalmente monográfico, desde el “Umbral” hasta la “Bibliografía” reveladora de sus más de 60 años con la poesía, cuerpo bibliográfico que sostiene y contiene la obra extraordinaria de un hombre extraordinario. Estudios y testimonios de críticos, amigos y compañeros de trabajo reconocen al poeta, al investigador, y al autor de *Ese sol del mundo moral*, mientras en el editorial, el director lo califica como “[...] testigo virtuoso de su tiempo [...]”. Va por el mundo recordándonos los altos deberes que se contraen por el solo hecho de nacer en este suelo, donde todos venimos de abuelo mambí y de padre maestro”.

El segundo volumen, también monográfico, celebra el centenario de la Biblioteca Nacional de Cuba con dos secciones: “En Busca del Tiempo Perdido” y “Los Trabajos y los Días”. La primera incluye documentos fundacionales, testimonios y recuerdos de quienes debieron y deben a la institución sus razones de ser. La Revista vuelve a publicar, entre otros materiales, la historia de la institución escrita por su segundo director Francisco de Paula Coronado,⁵⁴ el acta de colocación de la primera piedra del edificio,⁵⁵ firmada por Antonio María Eligio de la Puente, y la “Resolución”⁵⁶ dictada por la primera directora, en la etapa revolucionaria, la doctora María Teresa Freyre de Andrade. Su subdirectora, Maruja Iglesias Tauler, nos lega con su testimonio la prueba más contundente del renacimiento de la centenaria Biblioteca,



Portada de la Revista en homenaje al centenario de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. 2001

en 1959. En “Los Trabajos y los Días” se incluyen estudios sobre el control bibliográfico de las colecciones del siglo XIX; el patrimonio documental, su difusión, protección y defensa; la adquisición y la bibliografía de fondos personales de grandes figuras de la cultura cubana, y un recuento histórico de los primeros 100 años de la Biblioteca Nacional, ensayo de Eliades Acosta Matos, quien demuestra que la venerable institución ha perdurado porque desde sus orígenes ha tenido el inmenso poder de servir a su pueblo. Este número sobre tiempos pasados con ganancias inestimables, en medio de tantos trabajos y tantos días febriles, será siempre documento de consulta imprescindible para la historia de nuestra Biblioteca y de su Revista, sin olvidar el número de su 80º aniversario,⁵⁷ ambos complementarios como fuentes históricas inapelables.

Desde el año 2002 hasta nuestros días la estructura interna de la Revista, nacida de sus contenidos, se perfila en secciones fijas: “Aniversarios” y/o “Centenarios”, “Meditaciones Históricas y Literarias”, “Crónicas”, “Documentos Raros”, “Libros” (reseñas), y “En la Biblioteca”. La primera sección no olvida a grandes figuras y hechos históricos significativos; la segunda, plena de enjundiosos y reveladores textos cambiaría su nombre por “Meditaciones” a partir del primer volumen del 2004; “Crónicas”, vieja sección aparecida también como “Crónica” en la década del 60; “Documentos Raros” a cargo del profesor Amaury B. Carbón Sierra, responsable de la selección de textos y de las traducciones del latín al español, quien hizo posible los viejos propósitos de esta

Revista desde este volumen, hasta más allá de su muerte acaecida en el año 2007; “Libros”, denominada también “Reseñas de Libros” o “Crítica Bibliográfica” o “Bibliográficas”, la más antigua de las secciones; y “En la Biblioteca”, tan cercana a la “Miscelánea” de la tercera época, incluye testimonios, proyectos y realizaciones, relativos a la vida cultural de la Biblioteca Nacional.

Tres aniversarios celebra el primer volumen del año 2002: los centenarios del Poeta Nacional Nicolás Guillén y del pintor Marcelo Pogolotti, y de la República de Cuba. Los estudios sobre Guillén de Nancy Morejón, Luis Suardíaz, Salvador Bueno, Virgilio López Lemus, Ana Cairo y Elina Miranda Cancela interpretan diversas facetas del poeta que supo elevar lo popular a lo más alto de la cultura cubana, y expresar nuestras esencias haciéndolas trascender a planos universales. Y de ese grande de la pintura cubana, Marcelo Pogolotti, escribe su hija, la doctora Graziella Pogolotti, refiriéndose a la mirada del pintor hacia la historia y su contemporaneidad, y hacia dentro de sí cuando su memoria “se convirtió en fuente de vivencias renovadas”. El centenario de la República de Cuba mereció objetivos análisis de sus luces y sombras, necesario conocimiento de este pedazo de nuestra historia que es preciso estudiar para entender mejor los años que le antecedieron y los que le sucedieron. Temas diversos como cultura, historiografía, arte, bibliografía, filosofía y cine y el prólogo de Eliades Acosta Matos a la obra *Noticias de la República*⁵⁸ conforman este *dossier*. En las páginas finales, la “Bibliografía de César

García del Pino” compilada por Josefina García Carranza en homenaje a sus 70 años y publicada con motivo de su 80 cumpleaños. García del Pino ha colaborado en nuestra Revista desde 1968 con más de 15 enjundiosos textos.

El segundo volumen del año celebra los centenarios de tres grandes de nuestra cultura: Dulce María Loynaz, Wifredo Lam y Enrique Labrador Ruiz. Luis Suardíaz nos narra cómo recorrió la poesía de Dulce María Loynaz, en especial sus *Juegos de agua* hasta llegar a su poema “El agua rebelada” donde “el amor se hace violento como los golpes del agua que destruye los sembrados”.

En el áspero jardín de la Loynaz, la también poetisa y ensayista Mercedes Santos Moray nos presenta a la mujer de fe profunda y sinceramente cristiana, capaz de doblarse ante un huracán, pero asimismo de mantenerse firme sobre su alma. En “El amor desteje el tiempo dorado por el Nilo”, de Ivette Fuentes de la Paz, leemos que la “Carta de amor al Tut-Ank-Amen” de la Loynaz nunca tuvo reclamo de respuesta, porque fue como hablarle al silencio. Los 100 años de Wifredo Lam son celebrados con crónicas de Alejo Carpentier, Jorge Mañach y Lisandro Otero, y por el 40 aniversario de la muerte de J. A. Baragaño y el 50 de su primer poemario *Cambiar la vida*, aparecen algunas páginas de su libro *Lam*, publicado en 1958. Y con un ensayo de Adis Barrios titulado “El laberinto en la estética personal de Enrique Labrador Ruiz”⁵⁹ y una selección de sus crónicas, más otros textos ensayísticos, compilados por Ana Cairo,

la Revista recuerda el centenario de este novelista.

La sección “Meditaciones Históricas y Literarias” guarda espacios para Carlos Manuel de Céspedes, José Martí, Luis Rogelio Noguerras, Ambrosio Fornet, y Alba de Céspedes, entre otros. Además, en una eventual sección titulada “Vigencias” aparece el discurso de Ricardo Alarcón de Quesada al recibir Cintio Vitier la Orden José Martí, y las palabras del homenajeado en esa ocasión.

El primer volumen del 2003 fue dedicado al 80 cumpleaños de la poetisa y ensayista Fina García Marruz, al sesquicentenario del Apóstol José Martí y al centenario del periodista y diplomático cubano Luis Amado Blanco. Le precede el siempre imprescindible “Umbral” de Eliades Acosta Matos. Un ensayo inédito da a conocer Fina García Marruz: “En torno a un cuento y una novela de García Márquez: Un señor muy viejo con unas alas enormes” y *El amor en los tiempos del cólera*”. En el cuento la poetisa ve al soterrado poeta que dejó atrás el singular novelista, y en la novela el amor como única política verdadera. Cintio Vitier, en “Sobre la poesía de Fina...” recuerda lo que escribiera en su antología *Diez poetas cubanos*, en 1948. Otros colaboradores como monseñor Carlos Manuel de Céspedes, Jorge Luis Arcos, Rafael Almanza, Carmen Suárez León, Mercedes Santos Moray, Mayerín Bello, Ivette Fuentes, Elina Miranda y Susana Cella interpretan la obra poética y ensayística de quien es ejemplo de sencillez y grandeza. Testimonios de Rafael Cepeda, Caridad Atencio, Araceli García Carranza y Adolfo

Ham, las reseñas de algunos de sus libros, y la “Bibliografía” compilada por Josefina García Carranza y Araceli García Carranza favorecen aún más el conocimiento de la más grande poetisa del siglo xx cubano. Además, esta Revista celebra el 150° aniversario del nacimiento del Apóstol José Martí con estudios de Nydia Sarabia, Amaury B. Carbón Sierra y Jesús Dueñas. Y con un ensayo de Luis Suardíaz y crónicas seleccionadas por Germán Amado Blanco la publicación celebra el centenario de Luis Amado Blanco.

En “Meditaciones”, un estudio sobre el *Papel Periódico de la Havana* y otro acerca de *Paradiso*, de José Lezama Lima, ambos relacionados con la obra ensayística y poética de Fina García Marruz. Las secciones “Documentos Raros”, “En la Biblioteca” y “Libros” contienen dos elegías dedicadas al obispo Espada, traducidas del latín; la valoración de Francisco Pérez Guzmán sobre el Premio Nacional de Ciencias Sociales concedido a Zoila Lapique, y tres reseñas de libros a cargo de Ana Cairo, Enrique López Mesa y Jesús Dueñas.

El 2003 es año de volúmenes excepcionales. En una segunda oportunidad se logra un número imprescindible para el estudio del Asalto al Cuartel Moncada. Un texto del líder cubano Fidel Castro titulado “El Movimiento 26 de Julio”⁶⁰ abre puertas a las investigaciones que le suceden: Marta Rojas, testigo excepcional del hecho, ofrece un extenso testimonio sobre el Asalto y *La historia me absolverá*; Natalia Revuelta titula su texto, también testimonial, “Tres madrugadas”; César Gómez Chacón se acerca a la biografía de Raúl Gómez

García; Julio García Oliveras establece las relaciones entre José Antonio Echevarría y el Movimiento 26 de Julio; Jorge Renato Guitart da a conocer reveladoras cartas entre René Guitart y Haydée Santamaría; Marilú Uralde presenta los hechos del Moncada ante la tinta oficialista; José M. Leiva Mestres, el 26 de Julio en las efemérides de Cuba, y Servando Valdés Sánchez y Federico Chang Pon, sendos textos sobre las relaciones militares Cuba-Estados Unidos (1952-1956) y el militarismo batistiano, respectivamente. Elena Alavéz y Ana Cairo reflexionan, en textos independientes, sobre la juventud ortodoxa; y la “Bibliografía del Asalto al Cuartel Moncada. Suplemento 1987-2002” de Josefina García Carranza y Araceli García Carranza, ofrece una información casi exhaustiva al complementar repertorios anteriores.⁶¹

Este volumen no olvida el bicentenario de José María Heredia con textos exegéticos de Salvador Bueno, Carmen Suárez León, Amaury B. Carbón Sierra, Salvador Arias y Mercedes Pereira Torres. Por último, una crónica de Mercedes Santos Moray sobre el film *Suite Habana*, y una reseña de Marta Beatriz Armenteros sobre *La novela de mi vida*, de Leonardo Padura.

En enero del año 2004 la Revista cumplió su 95° aniversario y lo celebra al publicar en su primer volumen del año un estudio de José Antonio García Molina sobre el poema “La Florida” del fraile franciscano Alonso Gregorio de Escobedo, escrito sobre Cuba, una década antes que *Espejo de Paciencia* (1608). Singular aporte de los intelectuales españoles Álvaro Salvador y Ángel Esteban del Campo hallado en la

Biblioteca Nacional de España, y publicado en el primer volumen de la antología de poesía cubana preparada por ambos investigadores. En “Aniversarios” aparece una evocación del 13 de marzo de 1957 en la voz de Juan Nuiry Sánchez, uno de sus protagonistas, mientras Ángel Augier recuerda a Enrique Loynaz en su centenario. La sección “Meditaciones” ofrece los argumentos de Paul Estrade contra los “errores” cometidos por Martí, en opinión de Daniel Román, y estudios sobre Harold Gramatges, José de la Luz y Caballero, Joaquín María Machado de Assís, Salvador Bueno, don Fernando Ortiz y Alberto Méndez. “Crónicas” exalta el mundo interior del Guerrillero Heroico, visto por Jesús Dueñas; y otros colaboradores como Nydia Sarabia, Martica B. Armenteros, Roberto Casanueva y Newton Briones evocan figuras y hechos de nuestra inmensa cultura cubana. “Libros” reseña los repertorios bibliográficos: *La Habana: puerto y ciudad*, y la *Biobibliografía de Lisandro Otero*; y otros títulos como *La maleta perdida*, de Marta Rojas; y *Grandes momentos del ballet romántico en Cuba* de Francisco Rey Alfonso, entre otros.

La pluralidad de temas literarios e históricos y culturales, y de grandes figuras estudiadas por un grupo selecto de colaboradores siguen garantizando el universo cultural de la Revista.

El segundo número del 2004 no podía olvidar el centenario de Alejo Carpentier y se nutre con algunos estudios presentados en el Seminario Internacional Alejo Carpentier y España celebrado en la Universidad de Santiago de Compostela, en abril de ese año, y con otros presentados

en la Jornada Cultural que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Madrid, en esa misma fecha.

Celebra así nuestra publicación este centenario con textos sobre Carpentier y España: de Eliades Acosta Matos, Luis Racionero, José Buscaglia, Araceli García Carranza, José Antonio Baujín, Luz Merino y Ana Cairo, precedidos por el “Umbral” del director de la Revista sobre “Alejo Carpentier y el canon occidental de Harold Bloom”. Otros textos, como el prólogo de Ambrosio Fonet a la colección Relato Licenciado Vidriera, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); la lengua en la obra carpenteriana, de Marlen A. Domínguez; un erudito texto sobre *La aprendiz de bruja*, de Elina Miranda Cancela; ruptura, crisis y continuidad en *El acoso*, de Leonardo Padura; la relación de Carpentier con Eliseo Subiela y su film *La conquista del paraíso* (1980), de Luciano Castillo; la admiración de Mercedes Santos Moray al volver a Alejo en su centenario; y el homenaje de la Biblioteca Nacional, de Martica Beatriz Armenteros, forman parte de este número que desde su aparición es uno de los documentos críticos imprescindibles dentro de la bibliografía carpenteriana.

En “Meditaciones” se encuentran las palabras pronunciadas por Eliades Acosta Matos en la apertura del ciclo teórico de la exposición *Mirar a los 60*, organizado por el Museo Nacional de Bellas Artes, y el estudio de Marcia Medina sobre lectura y libertad en Cuba. Cierran este volumen los “Documentos Raros” de Amaury B. Carbón Sierra, reseñas de libros y las crónicas de Mercedes Santos Moray y Nydia Sarabia.

Bajo el título “Y en memoria de quienes siempre estarán presentes” el “Umbral” correspondiente al primer volumen del 2005 recuerda al ex director de la Biblioteca Nacional, Luis Suardiáz, recientemente fallecido, quien había escrito para ese número un estudio titulado “La Florida ¿un poema cubano del siglo XVI?”, ensayo que complementa al de José Antonio García Molina publicado en el primer volumen del 2004.

En la sección “Aniversarios”, la Revista celebra el 400 aniversario de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605-2005) con una acotación bibliográfica acerca de Cervantes en Carpentier; un comentario a una edición olvidada de esta obra publicada en Cuba, en 1905, y la presencia del caballero de la triste figura en el alma cubana. El centenario de la muerte de Máximo Gómez se recuerda con los ensayos magistrales de Eliades Acosta Matos y del intelectual dominicano Emilio Cordero Michel, así como el cincuentenario de *El Mégano*, “[...] punto de giro en la historia del cine cubano”, tal como expresa la autora de este texto, Mercedes Santos Moray. Y como ecos del centenario de Alejo Carpentier, esta sección publica dos ensayos, uno, sobre *Concierto barroco* y otro acerca de “España en *El siglo de las luces*”, de Roberto Méndez, y Graziella Pogolotti, respectivamente.

Un amplio espectro ofrece la sección “Meditaciones” con textos sobre música cubana, la Guerra del 95, la gran figura del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, y un hallazgo revelador sobre la visión política de don Fernando Ortiz. También se aborda la

ensayística de Juan Marinello, los años americanos de Mercedes Pintó, la experiencia del Teatro Escambray, y las palabras de Pablo Pacheco en la entrega del Premio Nacional de Investigaciones Culturales 2003.

En el segundo volumen de ese año, el director de la Revista recuerda el centenario del natalicio de Jean Paul Sartre y en “Aniversarios” resuenan los ecos de los 400 años de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, con los ensayos de Leonor Amaro Cano y Miguel Romero Saíz. La Revista no olvida los 75 años de Roberto Fernández Retamar y lo celebra con el texto “La Itaca de Roberto Fernández Retamar”, de Elina Miranda Cancela. “Meditaciones” desentraña, una vez más, novedosos aspectos de nuestra historia y nuestra literatura mediante estudios sobre relevantes figuras como José Lezama Lima, Juan Marinello, don Fernando Ortiz y José María Chacón y Calvo. Añade también textos con temas referidos a la identidad cultural, los escudos cubanos, y el deporte universitario. Un interesante trabajo de César García del Pino sobre el agente secreto Juan de la Cosa; un certero comentario del doctor Armando Hart Dávalos sobre *El Apocalipsis según San George*, de Eliades Acosta, y un ensayo sobre la revista *Pensamiento Crítico*, de Vilma Ponce Suárez completan esta sección diversa, pero siempre plena de novedosas propuestas.

El volumen primero del 2006 está dedicado al 70 aniversario de la muerte del poeta Bonifacio Byrne, el 30 de la muerte del también poeta José Lezama Lima, y al 80 cumpleaños del líder cubano Fidel Castro. Por ello, ins-

pirado en estos aniversarios, su “Umbral” el director lo titula “Lo esencial invisible de la patria”: “[...] abrazo profundo [...], donde se entrelazan el logos de la poesía y el logos de la historia, que son uno y lo mismo”.

Dos profesoras de la Universidad de La Habana, Denia García Ronda e Iraida Rodríguez, se refieren a la posición de Bonifacio Byrne ante la intervención y a Byrne como poeta, respectivamente.

En “Meditaciones” aparecen estudios sobre la emigración cubana en Cayo Hueso, de Consuelo Stebbins; sobre el tema indígena en publicaciones periódicas cubanas del siglo XIX, de José Antonio García Molina; los esclavos cubanos en la fábrica de El Pedroso, de Antonio Villalba; Julián del Casal, de Carmen Suárez León, y otros textos acerca de la arqueología, la música en José Martí, el rotarismo en Cuba, Pablo de la Torriente en Nueva York, una peña de ópera en La Habana, la controversia del siglo entre Jesús Orta Ruiz (*El Indio Naborí*) y Angelito Valiente, y las palabras de Pablo Pacheco al recibir el Premio Nacional de Edición 2005, así como una aproximación bibliográfica a la recepción de Cuba en los países de habla alemana.

En su segundo volumen, la Revista recuerda el décimo aniversario de la muerte del doctor José Antonio Portuondo con un ensayo de Armando Cristóbal Pérez, en torno a su obra sobre el heroísmo intelectual y con testimonios de alumnos y amigos entrañables. En el “Umbral”, el director de la reconoce al escritor de rai-gambre cubana, y al hombre sabio y sensible, siempre al servicio de las mejores causas.

Investigadores del Instituto de Historia de Cuba reconstruyen el desembarco del *Granma* (1956) con motivo de los 50 años de este hecho histórico. Los cincuentenarios de *La recurva*, de José Antonio Ramos, y del poema “Las voces”, de Luis Suardíaz son también recordados por la profesora Iraida Rodríguez, y el poeta Luis Marré, quien presenta el poema antes citado. “Meditaciones” incluye el prólogo de Virgilio López Lemus a *Biografía del tiempo*, de Suardíaz; el ensayo “Almendra, las identidades culturales y el choque de civilizaciones”, de Eliades Acosta; un texto inédito de Julio Le Riverend sobre Cristóbal Colón; un ensayo sobre el fenómeno bibliográfico, de Emilio Setién; la verdadera historia de Cayo Confites, de Elena Alavéz; los intelectuales y la política en Cuba (1959-1961), de Julio César Guancho; la refutación de Jesús Dueñas al erróneo libro de Daniel Román sobre nuestro José Martí; la historia de la Cátedra María Villar Buceta, de Vilma Ponce, investigadora que hace realidad este homenaje de la Biblioteca Nacional, y la tarea de integración y unidad de Nuestra América, vista por Roberto Valdés. En “Crónicas”, la Revista celebra el 85 cumpleaños de Cintio Vitier con un texto de Mercedes Santos Moray, y se nos presenta otro de Zoila Lapique, el cual recuerda al historiador Francisco Pérez Guzmán.

A fines del año 2006, la dirección y su redacción proyectaron los dos números del año 2007, dedicados a los centenarios de Raúl Roa García y a Eduardo Chibás Ribas. Para el primero, dedicado al Canciller de la Dignidad, la Revista contó con la estimable colaboración de su hijo, el doctor Raúl Roa

Kourí, quien publica en el volumen correspondiente “Los cien años de Roa”, breve ensayo biográfico en donde recuerda con sano orgullo el ejemplo combativo, culto y revolucionario de su padre. En el extenso sumario figuran ensayos de Fina García Marruz, Juan Nuiry Sánchez, Julio A. García Oliveras, Lisandro Otero, Ana Cairo, Carmen Gómez García, Juana Rosales y Francisca López Civeira, entre otros, así como testimonios de familiares, amigos y colaboradores cercanos. El breve e inmenso poema de Cintio Vitier titulado “Ardiendo pura”, inspirado en la intervención de Roa en las Naciones Unidas, en abril de 1977, completa esta bibliografía-homenaje al imprescindible combatiente en la historia de la diplomacia cubana. Se añaden a esta sección “Aniversarios”, textos de Caridad Massón Sena sobre Juan Marinello y la república española, a 70 años de la Guerra Civil, y “El Manifiesto Avancista de 1927”, de Ana Suárez Díaz, con motivo de los 80 años de la *Revista de Avance*.

En “Meditaciones”, aparece un ensayo sobre el neolenguaje como estrategia de dominación imperial, de Eliades Acosta Matos; un estudio sobre el general Alberto Nodarse, del profesor Pedro Méndez Díaz, y una interpretación literaria de la doctora María Dolores Ortiz, sobre la poetisa Dulce María Loynaz. Entre las “Crónicas”, Mercedes Santos Moray celebra el Premio Neruda que recibiera Fina García Marruz, así como la maestría de Zoila Lapique; Jesús Dueñas Becerra responde al artículo “Enterrar a Martí”, publicado en el diario *The Miami Herald*, y Amaury B. Carbón Sierra nos lega el recuerdo de su vida y su obra ejemplares.

En el “Umbral”, de ese número uno-dos del 2007, el director de la Biblioteca Nacional y de la publicación, Eliades Acosta Matos, se despide después de diez años de impecable ejecutoria, orgulloso de haber traído de vuelta la Revista después de seis largos años.

El segundo volumen del año fue dedicado a la memoria de Eduardo Chibás Ribas. Encabezan este homenaje las “Reflexiones” del líder cubano Fidel Castro, aparecidas en distintas publicaciones cubanas el 25 de agosto de 2007, día del centenario del nacimiento del fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), y el poema “De donde crece la palma”, de Pablo Armando Fernández. En la sección “Aniversarios”, textos escogidos de quienes vivieron el chibasismo, de quienes lo han estudiado desde una perspectiva histórica moderna, y de los que por sus años jóvenes lo valoran desde nuestro presente. Entre otros colaboradores: Armando Hart Dávalos, Elena Alavéz, Juan Nuiry Sánchez, Faustino Pérez, Natalia Revuelta, Francisca López Civeira, Jesús Dueñas, Mario Antonio Padilla, Leonel Mazas y Lourdes Castellón, logran una antología necesaria para el estudio de esa breve etapa de nuestra historia que lidereara un hombre de vergüenza.

Esta sección de “Aniversarios” también recuerda los 40 años de la desaparición física de Ernesto Che Guevara con la evocación al Guerrillero Heroico desde las revistas cubanas de la década del 60, de Vilma Ponce Suárez. En “Meditaciones”, pueden leerse las palabras de Fina García Marruz al recibir el Premio

Neruda; el discurso de Eusebio Leal Spengler sobre Francisco de Miranda pronunciado en el Colegio Universitario de San Gerónimo de La Habana, ante la presencia de Hugo Chávez Frías, presidente de la República Bolivariana de Venezuela. Adis Barrios interpreta dos crónicas de nuestro José Martí; Nydia Sarabia se refiere a la Guerra Hispano-Cubano-Americana; Carmen Suárez León recuerda la trayectoria cubana de Vicente Rocafuerte; Félix Julio Alfonso, la condición humana de Eduardo Torres Cuevas, y Newton Briones reflexiona sobre la infame tiranía de Fulgencio Batista.

Vuelven, para quedarse, los “Documentos Raros” a cargo de Amaury B. Carbón Sierra, quien legara algunos textos más antes de su prematura muerte; y en “Crónicas”, el doctor Dueñas nos recuerda a ese crítico mayor que fuera Salvador Bueno, inolvidable jefe de redacción de esta Revista, y Mercedes Santos Moray evoca a esa “proeza viva” que fuera Samuel Feijóo, a 15 años de su muerte.

En el “Umbral” del número tres-cuatro del 2007, el nuevo director de la Biblioteca Nacional y de su Revista, Eduardo Torres Cuevas, confiesa cómo traspasaba el umbral de la institución y cómo hoy lo cruza con pudor, sobrecogido por su historia y por su Revista. Torres Cuevas recuerda la impronta de Eliades Acosta Matos, quien queda ya como parte de esta historia y al referirse a la publicación nos dice que constituye, desde su fundación, un referente que no podrá ser obviado por aquellos que, más que buscar la moda intelectual, aspiran a nutrir su proyecto de vida y su pensamien-

to, y cómo con cada una de sus ediciones, la Revista ha creado conocimiento actual, ha expandido cultura y ha contribuido a la formación de la memoria histórica sobre la base de los fondos documentales, bibliográficos y sonoros de la Biblioteca, y sobre la base de las investigaciones de todos los que alguna vez trabajaron en sus salas o en cualquier otro centro o fondo documental del país o de otras partes del mundo. El nuevo director la valora a las puertas de su centenario.

Y en el año 2008, la Revista recuerda la ofensiva revolucionaria de 1958, otra vez con la colaboración de los investigadores del Instituto de Historia de Cuba, y en su segundo volumen del año homenajea a la Universidad de La Habana en su 280 aniversario.

Cuatro etapas o épocas ha vivido la *Revista de la Biblioteca Nacional* en sus primeros 100 años. Por sus contenidos, verdaderos aportes al conocimiento y promoción de la literatura, la historia, la bibliografía y la cultura cubanas, ha sido calificada con justeza como una publicación periódica enciclopédica. Y así ha sido y es la Revista de la Biblioteca y de sus trabajadores, la Revista de sus directores don Domingo Figarola Caneda, Lilia Castro Morales, María Teresa Freyre de Andrade, Cintio Vitier, Renée Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva, Julio Le Riverend Brusone, Eliades Acosta Matos y Eduardo Torres Cuevas, la Revista de sus jefes de redacción, y de sus secretarías y secretario de redacción o de sus redactores, la Revista de todos los colectivos que la hicieron posible en los años 1909-1913, 1949-1958, 1959-1993 y 1999-2009. En fin, la *Revista*

de la Biblioteca Nacional José Martí, ya convertida en una venerable institución de la cultura cubana, con razones más que suficientes para seguir viviendo otros cientos de años más.

Notas

¹ Figarola Caneda, Domingo. Proemio. *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana) 1(1):s.p.; 31 en.-28 febr. 1909.

² De la elegía a la muerte de don José de la Luz y Caballero de Joaquín Lorenzo Luaces.

³ Correspondencia familiar escrita por un joven de treinta y tantos años (José de la Luz y Caballero había nacido en 1800) a un amigo muy querido nacido diez años después.

⁴ Figarola Caneda, Domingo. Para el Museo Nacional. *Revista de la Biblioteca Nacional* 1(1):[25]-30; 31 en.-28 febr. 1909.

⁵ Escritor y novelista cubano. En 1884 publica sus primeros artículos de costumbres en la *Revista de Cuba* y en *La Habana Elegante* bajo el anagrama R. E. Maz. Apenas tres años después su novela *Mi tío el empleado* (Barcelona, 1887) recibiría favorables críticas nada menos que de Cirilo Villaverde, José Martí, Manuel de la Cruz y Enrique José Varona.

⁶ En esta Galería ya existían desde 1908 los óleos de Antonio Bachiller y Morales, José Antonio Cortina, Domingo del Monte, Francisco Jimeno, José Silverio Jorrín (donativo de su nieto, el señor Leonardo Zorzano Jorrín), Vidal Morales y Morales (donativo de su hijo el doctor Vidal Morales y Flores de Apodaca) y Néstor Ponce de León (donativo de sus hijos). Y desde 1909 se había enriquecido con los retratos de Ricardo del Monte, Eduardo Machado y José Manuel Mestre.

⁷ *Gaceta Oficial*, 4 de abril de 1911, pp. 3713-3714.

⁸ Ídem.

⁹ El doctor Bustamante, obedeciendo a tradiciones bibliográficas, adoptó un ex libris propio y pidió que su donación fuera conservada como un conjunto propio provista de un catálogo particular.

¹⁰ Transcribe dos folletos que consultara en el Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Cuba, legajo 1826, así como varios manuscritos referentes a J. A. T. Véase Trelles, Carlos M. *Un precursor de la independencia de Cuba: Don José Álvarez de Toledo. Discurso leído en la recepción pública de 11 de junio de 1926*. La Habana: Imprenta El Siglo xx, 1926.

¹¹ En 1949 la Revista publica un número correspondiente al tomo uno con 72 páginas, y en 1950, los números dos-cuatro también correspondientes a este tomo con paginación independiente.

¹² Este tomo apareció con paginación consecutiva (272 páginas).

¹³ Palabras en la dedicatoria que le escribiera José Martí al obsequiarle su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson.

¹⁴ La ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Biblioteca Nacional tuvo lugar el 28 de enero de 1952. Véase número dos de la Revista de ese año.

¹⁵ Los cuatro números de 1953 corresponden al tomo cuatro de esta segunda época.

¹⁶ Los cuatro números de 1954 corresponden al año cinco o tomo cinco de la Revista de esta segunda época.

¹⁷ Los cuatro números de 1955 corresponden al año seis o tomo seis de la Revista de esta segunda época.

¹⁸ Nieto Cortadillas recibió por este trabajo el Premio José Pellicer que otorgaba el Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica de España (17 de marzo de 1956).

¹⁹ Otra vez la Revista logra cuatro números correspondientes al año siete o tomo siete.

²⁰ Correspondientes al año ocho o tomo ocho.

²¹ Pérez de la Riva, Juan. "Introducción". En García Carranza, Araceli. *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, 1975.

²² Tacón y Rosique, Miguel. *Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón, con el gobierno de Madrid: 1834-1836. El General Tacón y su época / Introd., notas y bibliografía por Juan Pérez de la Riva*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana, 1963. 434 p.: il.

- ²³ Consejo de Redacción: María Teresa Freyre de Andrade, Argeliers León, Mario Parajón, Eliseo Diego, Juan Pérez de la Riva, Aleida Plasencia, Amalia Rodríguez, Cintio Vitier. Secretaria de Redacción: Graziella Pogolotti. Publicación al cuidado de Emilio Setién.
- ²⁴ Este poema prácticamente inédito parece haberse publicado en México en 1763 bajo el título de “La América dolorosa” y permaneció desconocido para los cubanos hasta que Francisco Pérez de la Riva lo compró en Madrid, unido a un grupo de documentos del siglo XVIII que más tarde se dieran a conocer en Cuba con motivo del bicentenario de la toma de La Habana por los ingleses.
- ²⁵ Trelles, Carlos Manuel. *Ensayo de bibliografía cubana*. Matanzas: Imprenta El Escritorio, 1907.
- ²⁶ Según Aleida Plasencia, esta autora no fue otra que la marquesa de Jústiz de Santa Ana.
- ²⁷ Martí, José. Zig-Zags neoyorquinos. *La Nación* (Buenos Aires) 18 dic. 1884; El carbón. Su importancia y su obra. *La Nación* (Buenos Aires) 8 en. 1885.
- ²⁸ Carlos Manuel Trelles incluyó fragmentos de este diario en su *El sitio de La Habana y la dominación británica*, 1925.
- ²⁹ Moreno Fraguinals, Manuel. *El ingenio*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964. t. 1.
- ³⁰ Estudios que posteriormente dieran lugar a su obra *Los culés chinos en Cuba: 1847-1880: contribución al estudio de la inmigración contratada en El Caribe*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2000. 468: il. (Sociología)
- ³¹ Deschamps Chapeaux, Pedro. *El negro en la economía habanera del siglo XIX*. 1 ed. La Habana: UNEAC, 1971. 202 p.
Premio UNEAC de Ensayo Enrique José Varona.
- ³² García Marruz, Fina. “Manuel de Zequeira”. En *Estudios críticos*. La Habana: Departamento de Colección Cubana de la Biblioteca Nacional, 1964. pp. [41]-100.
- ³³ Lapique Becali, Zoila. *Música colonial cubana en las publicaciones periódicas (1812-1902)*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979. t. 1.
- ³⁴ Smith, Octavio. *Para una vida de Santiago Pita*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1978. 145 p. (Colección Crítica)
- ³⁵ González Carvajal, Ladislao. *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1974. 528 p.
- ³⁶ Véanse las descripciones en las notas 22 y 29-35.
- ³⁷ García Carranza, Araceli. *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (1909-1969)*. La Habana: 1975. 379 p.
- ³⁸ Lapique Becali, Zoila. *La memoria en las piedras*. La Habana: Ediciones Boloña, 2002. 217 p.
- ³⁹ Franco, José Luciano. *Los palenques de los negros cimarrones*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 1973. 117 p.
_____. *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los cobreros 1530-1800*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 153 p.
- ⁴⁰ Friol, Roberto. *Suite para Juan Francisco Manzano*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1977. 236 p.
- ⁴¹ *Flor oculta de poesía cubana: siglos XVIII y XIX / escogida y presentada por Cintio Vitier y Fina García Marruz; viñetas de Samuel Feijóo*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1978. 350 p.: il. (Biblioteca Básica de Literatura Cubana)
- ⁴² Le Roy y Gálvez, Luis Felipe. *A cien años del 71: el fusilamiento de los estudiantes*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, 1971. 449 p.: il.
- ⁴³ Sidroc Ramos mientras fue director de la Biblioteca Nacional no ocupó nunca la dirección de la Revista, sino que integró su Consejo de Redacción.
- ⁴⁴ El número tres de 1974 fue dedicado íntegramente a Juan Marinello. Dos trabajos precedieron a la bibliografía: un homenaje de la Revista, de Juan Pérez de la Riva, y las palabras de la doctora Vicentina Antuña leídas en el Aula Magna de la Universidad de La Habana cuando se le confirió el grado de profesor emérito.
- ⁴⁵ Antuña, María Luisa y Josefina García Carranza. *Bibliografía de Nicolás Guillén*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, Editorial Orbe, 1975. 379 p.
El Suplemento citado abarca los años 1972-1977.

⁴⁶ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 67(2):96-160; mayo-ag. 1976.

⁴⁷ En este número tres de septiembre-diciembre de 1980 se incluyen además dos textos de la Reunión Científica sobre la esclavitud en Cuba celebrada en septiembre de 1979 en el Departamento de Historia del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba.

⁴⁸ En este número se publica el Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional de los años 1976-1980, el período 1981-1985 aparece en su número tres de 1986, y el correspondiente a la etapa 1986-1990 en el número uno de 1990. Véase también notas 37 y 46.

⁴⁹ Le Riverend Brusone, Julio. *Problemas de la formación agraria en Cuba: siglo XVI-XVII*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, Ministerio de Cultura, 1987. 196 p.

Otra ed.: Editorial de Ciencias Sociales, 1992.

⁵⁰ Las dos primeras partes de este texto dado a conocer por Modesto González Sedeño fueron publicadas en los números uno, tres-cuatro y cuatro de 1990, y las dos últimas partes en los números correspondientes a abril-septiembre de 1999 y enero-junio de 2001.

⁵¹ En esta cuarta época, Araceli García Carranza funge como jefa de redacción y Marta Beatriz Armenteros como secretaria de redacción y redactora.

⁵² García Carranza, Araceli. *Biobibliografía de Alejo Carpentier*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984. 644 p.

_____. _____. *Suplemento I*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1989. 235 p.

⁵³ _____. *Bibliografía de José Lezama Lima*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1998. 281 p.

⁵⁴ Texto publicado en esta Revista, en febrero de 1950, por quien fuera el director de la Biblioteca Nacional desde 1920 hasta su muerte acaecida el 30 de noviembre de 1946.

⁵⁵ Publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional...* en abril-junio de 1952.

⁵⁶ Resolución que aparece en el número correspondiente a enero-diciembre de 1959.

⁵⁷ Número de mayo-agosto de 1981.

⁵⁸ Domínguez, Julio. *Noticias de la República*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2003. t. 1.

⁵⁹ Primer capítulo de su libro *Labrador Ruiz en su laberinto*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007. 141 p.

⁶⁰ El original de este documento fue donado a la Biblioteca Nacional por el escritor Lisandro Otero, Premio Nacional de Literatura.

⁶¹ Hernández, Miriam. *Bibliografía del asalto al cuartel Moncada*. La Habana: Editorial Orbes, 1975. 361 p.

García Carranza, Araceli. *Bibliografía del asalto al cuartel Moncada: suplemento 1973-1987*. La Habana: Editora Política, 1989. 125 p.



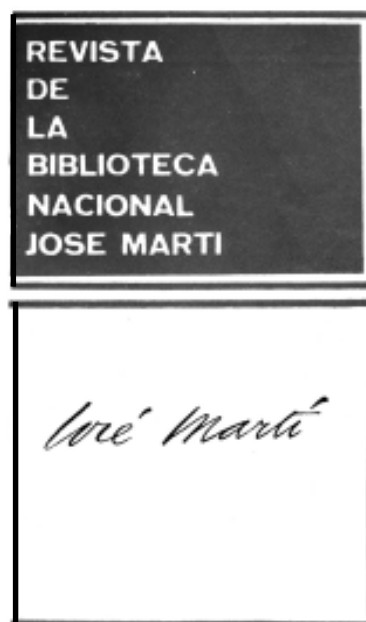
Editar la Revista de la Biblioteca: un estado de gracia conspirativo por la cultura cubana

Carmen Suárez León

Investigadora y ensayista

Sucedió en una mañanita de enero de 1983, y me era ya familiar la Sala Cubana, que frecuentaba como estudiante de letras, y de mucho antes, como cuando visité en otra mañana luminosa de no sé qué mes de 1969, la Sala Martí, para encontrarme con Cintio, Fina y Martí, y con la guardiana del templo que era entonces Teresa Proenza. Aquel día comencé a trabajar como editora de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, bajo la dirección de Julio Le Riverend; sabía que me incorporaba a una lista de editores prestigiosos de una noble y sustanciosa publicación cubana, decana de las revistas de corte académico de nuestro país. Sentía con claridad que cruzaba uno de los umbrales importantes de mi vida profesional, y lo hice con alegría y atemorizada de no poder cumplir con expectativas tan altas como las ya trazadas por los otros editores y directores.

Por entonces, la Revista estaba ya en su cuarta época, y me sumé de manera natural a una pandilla de sabios bibliotecarios que, aunque no llevaban capas negras ni se ponían el ala del sombrero sobre los ojos, habían sido toda su vida experimentados



Portada de la Revista
de la Biblioteca Nacional José Martí.
1983

conspiradores por la causa de la cultura cubana. Y eran de temer, y lo son. Nunca han sido derrotados. Alguna vez perdieron una batalla, pero jamás la guerra. Y el documento que registra la vida de la institución, así como los movimientos de lo que llamaron nuestros padres la “sofía” cubana, es esta publicación periódica que ahora celebra su centenario.

De pronto era protagonista de la producción de la Revista de la Biblioteca, y participaba de manera central en la fiesta de armarla y editarla, seguir el proceso de impresión, por aquellos años aún llevado a cabo en nuestras imprentas, lidiando con el plomo, revisando galeras salidas de los linotipos, frecuentando el taller y la mesa de diseño, donde más de una vez corté, pegué y realicé la Revista ante la urgencia que impone la necesidad. Mi primer recuerdo emocionado es para el Taller 04, y mi homenaje más sentido para su administrador, el noble y severo Orlando Ferrer, y para los dos técnicos poligráficos, Silvia Sánchez y Pedro Echevarría, que revisaban con esmero nuestro trabajo y reparaban escrupulosamente en todas las carencias y errores, y colaboraban con nosotros porque la Revista también era de ellos.

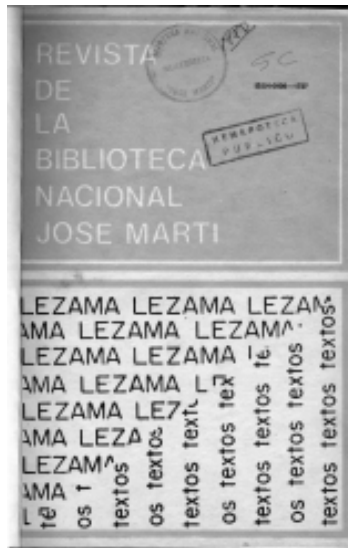
Y estaba Josefina García Carranza, en su paraíso de revistas y libros valiosos, con su nobleza y su suavidad, y su vocación de hormiguita imparable, que tenía a su cargo la publicación cuando yo me incorporé, y me entregó todo su saber con cariño, y hasta la libreta de teléfonos y contactos revisteros. Venía aquel vademécum de la editora anterior, nada menos que de Siomara Sánchez y aún lo conservo como quien guarda un incunable, me apoyó todos los años que serví a la Biblioteca y a su Revista, a la sombra de todos mis mayores bibliotecarios, editores, poetas y estudiosos, acogida con humildad de neófita a la benevolencia de un saber que me trascendía inmensamente.

La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* tenía su oficina en la Sala Cubana, y allí reiné unos cuantos

años de intenso aprendizaje, entre las manos expertas de Araceli García Carranza, que me revelaba todos los días uno de los corredores del laberinto, y me abría verdaderas pistas donde echar a andar mis afanes de estudiosa y de editora. El director Le Riverend monitoreaba mi trabajo con un respeto hacia mi persona que me asombraba, viniendo de su autoridad y sus años, y no me enseñó técnicas de edición, sino valiosas estrategias para negociar la edición, para trabajar con los autores.

No podría pormenorizar mis amistades y experiencias de la época, sería injusta con mucha gente de este espacio de la Biblioteca donde encuadernadores, conservadores, fotógrafos, bibliotecarios de todas las especialidades, conformaron mi mundo laboral durante años, y me incorporaron con sencillez y hondura, haciendo crecer en mí un sentimiento de pertenencia especial que se construye en ciertos gremios como el de la Biblioteca. Y es un sentimiento de pertenencia tan hondo, que engloba incluso a lectores habituales, que me acompaña hasta hoy. En la Biblioteca estoy en mi casa.

Y qué decir de la cofradía de los revisteros, Enrique López por la revista *Santiago* y Bernardo Callejas, de *Universidad de La Habana*. Incurables adictos a la Biblioteca Nacional, siempre colaborando y conspirando para que cualquiera de los números, aunque fuera el del otro, se enriqueciera. Las peñas de la Biblioteca incluían a los colaboradores de la Revista, en una dinámica participativa donde cualquiera hacía aportes notables en cualquier dirección. Y la deliciosa y experta fauna de los investigadores de la Biblioteca, verdaderos



Portada de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí. 1988

talentos, cada cual concentrado en su quehacer, pero en continua colaboración con los otros, como vasos comunicantes por donde corría la savia del conocimiento para convertirse en artículos que tributaban a la *Revista*: Zoila Lapique, que asomaba por la puerta y ansiosa de saber alguna noticia nos decía con un giro decimonónico y jurídico: “¡Ponme en autos!”. Y Ramón de Armas, siempre angustiado porque no terminaba un artículo. En fin, a todos los recuerdo, aunque no haya espacio ni tiempo para nombrarlos a todos.

Edité la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* durante unos cinco años, y fue una verdadera edad dorada de mi vida. En este número del centenario Araceli hace el recuento de sus números y épocas, poco tendría que añadir a su conocimiento de la historia de esta publicación, sólo lo que venga de mi propia vivencia cotidiana, como los días de trabajo con Le Riverend para conformar aquellos dos números que recogían las exposiciones de un congreso de historiografía cubana, momento en que me familiaricé mucho con la historia de Cuba y su bibliografía, o las tardes bellísimas con Cintio, trabajando con la papelería de Lezama para publicar el número de inéditos suyos. Y mis idas y venidas incesantes al Departamento de Edición y Conservación, donde Juanita o Amelia realizaban la Revista, o Francisco, el fotógrafo sonriente, me apoyaba con la reproducción de viñetas y otros documentos que luego se convertirían en tacos de grabado allá en la fiesta del plomo tipográfico, en el Taller 04.

En fin, que uno de mis orgullos es haber editado la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, y estar aquí echándole flores en su primer centenario, formando parte de su equipo de trabajo para siempre.



TESTIMONIOS DEL CENTENARIO

Salvar la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*

Rafael Acosta de Arriba

Investigador y ensayista

En los años 2000 y 2001, *La Gaceta de Cuba* publicó bajo el título “Siglo pasado”, un grupo de testimonios o viñetas sobre hechos que los escritores y artistas consideraban de interés evocarse. El director de la publicación, el fraterno Norberto Codina, me pidió en algunas ocasiones que colaborara, lo que nunca hice. Pesó en mi negativa que no consideré interesante para los lectores de aquella revista lo que referiré a continuación (que era lo único que estaba tentado a contar). Después, cuando leí lo que algunos narraron, me di cuenta de que mi anécdota cabía muy bien en el perfil de la sección de *La Gaceta*, pero ya no había tiempo.

Ahora que se aproxima el centenario de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Marta Beatriz Armenteros, también amiga y antigua compañera de trabajo en la Biblioteca Nacional, me pidió una colaboración, y creo que es el momento de narrar aquella anécdota, muy personal, pero

estrechamente ligada a la existencia de esta publicación.

Corría el año 1991, de triste recordación por ser el que dio inicio real a lo que se conoció (y aún sigue vigente) como Período Especial, o lo que es lo mismo, la durísima crisis socioeconómica en la que se sumió el país como consecuencia de la pérdida de su principal socio comercial. Ya conocemos esa parte de la historia: desaparición del campo socialista, de su aparato comercial, el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), e implosión de la Unión Soviética. Ese era el contexto.

El Estado cubano comenzó entonces a tomar medidas administrativas para conjurar la crisis y evitar el colapso total. De tal modo, el Ministerio de Cultura orientó la supresión al máximo de las publicaciones culturales, por la drástica reducción de los presupuestos. La materialización de ese *úrase* se produciría en una reunión a la que fui citado como jefe del Departamento de Publicaciones y Conservación de la Biblioteca Nacional José Martí. Además me ocupaba de conformar los números de la Revista de la institución como jefe de redacción, los que luego le presentaba para su aprobación al doctor Julio Le Riverend, director de la publicación. Era la actividad preferida de mi contenido de trabajo como editor y jefe de los conservadores de libros, en la cual ponía todo mi interés.

La discusión fue larga y dura, y al final logré que se evitara la interrupción de la revista. Yo mismo quedé sorprendido por la cantidad

de argumentos que amontoné y lancé sobre aquella mesa de la que casi todos los editores salían contritos y prácticamente desempleados por tiempo indefinido. La letal instrucción no liquidó la querida Revista, podíamos seguir haciéndola. Recuerdo que atravesé en rápida infantería (no había virtualmente ómnibus y tomarlos era casi una incitación a la violencia física) las calles del Vedado rumbo a la Biblioteca dando saltos de alegría, apenas podía creerlo, se había salvado la Revista de una muerte segura y quizás muy prolongada. Ya sabemos que en Cuba no hay nada más definitivo que lo que se presenta como provisional.

Mientras avanzaba por las calles me permití una reflexión muy gratificante para aquellos años grises y amenazadores: entre la Revista y mi estado de ánimo de entonces se había creado una íntima relación afectiva (había algo de animismo en esa sensación) que me prodigaba una intensa felicidad. Aquello podía ser efímero, pero era bueno, agradable. Realmente no eran días para albergar esas pulsiones en el músculo mítico, aunque me sentí muy bien con la salvación de la Revista, ello implicaba seguir solicitando colaboraciones, pensar y armar números monotemáticos, escoger el diseño de la cubierta, en fin, mantener aquella actividad intelectual que nos protegería un poco de lo agreste de los tiempos.

En la Biblioteca Nacional todos esperaban por la decisión, por lo que comunicar la buena nueva proporcionó mucha alegría a Araceli García Carranza y demás colaboradores. Y la seguimos publicando. Aparecieron entonces el número dedicado a la cultura matancera, el del quinto centenario del encontronazo de las culturas americanas y las europeas, y otros más que continuaron la larga vida de la Revista.

Cuando repaso, casi dos décadas después, aquellos hechos, me doy cuenta de que el móvil de tanta preocupación y desvelo fue el enorme prestigio de la Revista, en la que creíamos quienes le dábamos vida a esa publicación de significativa importancia para las investigaciones y el acervo intelectual del país. En un artículo que publiqué cuando ya no trabajaba en la Biblioteca, titulado “Una enciclopedia de la cultura cubana” (número 92, julio-diciembre de 2002), expresé lo que representa la colección de la revista para la cultura nacional, sus textos más significativos, las reconocidas firmas que han colaborado en sus páginas y la riqueza de temas abordados con rigor y profundidad. Hoy sólo evoco las labores de salvamento que la mantuvieron existiendo en aquellos años duros.

Aún ahora, al dejar que la memoria fluya sobre el papel, siento la lejana e inmensa alegría que me prodigó el trabajar para que siguiera saliendo la Revista.

La Revista...

y yo

Jesús Dueñas Becerra

Crítico de arte y periodista

Con esta edición de lujo, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, enciclopedia de la cultura caribeña e iberoamericana, sustentada en el amor y en la libertad, llega sana y salva –como la nación cubana– a sus primeros 100 años de fecunda vida editorial..., a pesar de los graves problemas económicos que interrumpieron su salida entre los años 1993 y 1999 del pasado siglo.

Ahora bien, ¿qué significa para mí, que llevo el periodismo en el cuerpo, en la mente y en el alma, ser colaborador activo de ese emblemático órgano de prensa desde hace algo más de un quinquenio?

Hace exactamente cuatro décadas comencé a ejercer el periodismo científico primero y la crítica artístico-literaria después, y desde esa lejana fecha anhelaba ver publicados mis artículos en la *Revista de la Biblioteca Nacional...*, donde “no podía escribir cualquiera”, en opinión del doctor Juan Pérez de la Riva, uno de sus ilustres directores.

No obstante, en el 2003 llegó la ansiada oportunidad: la doctora Araceli García Carranza, jefa de redacción, y uno de mis “ángeles guardianes” en el seno de ese templo de la sabiduría y de la espiritualidad, me invitó a colaborar con el número especial dedicado al

Apóstol en el sesquicentenario de su natalicio, así como a la multipremiada poetisa y ensayista Fina García Marruz en el aniversario 80 de su nacimiento.

Con el artículo “José Martí y la ciencia psicológica”¹ y una reseña del libro *José Martí y la ciencia del espíritu*,² del doctor Diego González Serra, se produjo mi entrada al equipo de colaboradores de la Revista, ya que escribir para ese medio de prensa satisfacía una necesidad intelectual largamente acariciada en el centro mismo de mi yo periodístico, y ahora materializada en la práctica (criterio de la verdad), mientras que –desde otra óptica– representaba mi realización como periodista cultural..., aunque debo aclarar aquí –para ser honesto con los lectores y conmigo mismo– que la realización de un ser humano no se circunscribe al hecho de alcanzar determinado estatus profesional o socioeconómico en el entorno donde vive, sueña y crea..., sino hacer las cosas con amor y pasión, que son las “llaves” de la verdadera realización.

Haber sido admitido como colaborador sistemático de la Revista, no sólo alimentó mi intelecto y mi espíritu, sino también me proporcionó, en el plano de las relaciones humanas y sociales, una de las mayores alegrías de mi vida: ganarme el cariño y el respeto de personas únicas e irrepetibles que con el discorrir del tiempo devinieron verdaderos “amigos del alma”.

En ese grupo, no podría dejar de mencionar a las hermanas Araceli y Josefina García Carranza, quien lamentablemente ya no está entre nosotros, el escritor y periodista Julio Domínguez

García, la licenciada Marta Beatriz Armenteros Toledo, editora, la licenciada Rosa C. Báez Valdés, ex jefa de redacción y edición del boletín electrónico *Librínsula* (con el que también colaboro), la economista Teresita Pérez, la licenciada Olga Rosa Gómez, subdirectora, la licenciada Alicia Sánchez del Collado, el historiador y ensayista Eliades Acosta Matos, ex director de la Biblioteca Nacional, y el doctor Eduardo Torres Cuevas, actual director de la institución, entre otros, cuya relación haría interminable esta crónica..., más sentida que pensada.

Con apoyo en una apreciación objetivo-subjetiva, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* es –por derecho propio– referente obligado para intelectuales, investigadores, profesores y estudiantes que deseen conocer todos y cada uno de los momentos “clave” de la evolución histórico-cultural de la mayor ínsula caribeña, y además, fuente nutricia de

ética, humanismo, patriotismo y espiritualidad.

Quisiera finalizar este testimonio, “escapado” de lo más hondo de mi yo íntimo, con un ferviente deseo, que ruego a Dios se haga realidad..., aunque yo no pueda verlo: que la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* tenga vida eterna, ya que, al decir del licenciado Eliades Acosta Matos, uno de sus más jóvenes directores, “[...] quien bien nace [y hace] nunca muere”.³

Notas

¹ Dueñas Becerra, Jesús. José Martí y la ciencia psicológica. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 94(1-2):145-148; en.-jun. 2003.

² _____. José Martí y la ciencia del espíritu. *Ibíd.*, p. 190.

³ Acosta Matos, Eliades. Umbral. *Ibíd.*, 90(1-2):5; en.-jun. 1999.



La Revista, cien años después

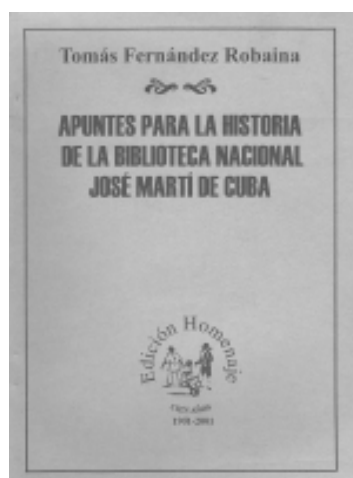
Leonel Mazas

Investigador

Durante un siglo al servicio de la sabiduría, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, por sí sola es historia. Desde sus páginas ha presentado los más rigurosos y serios trabajos en diferentes materias del conocimiento humano, cuyos autores poseen una obra que es de obligada consulta en la historiografía cubana, y a muchos he tenido el privilegio de conocer e intercambiar impresiones de los más diversos temas.

Difícil, sí, es escribir esta reseña elogiando lo que significa esta publicación, más aún cuando existe la responsabilidad con la verdad histórica y los lectores. En los últimos años, sus páginas me han permitido presentar algunos textos gracias a la generosidad de muchas personas, entre ellas Eliades Acosta Matos, Araceli García Carranza, su actual director, Eduardo Torres Cuevas y la inteligencia y paciencia de Martica B. Armenteros, y ello me compromete a que cada trabajo responda a la exigencia y belleza de cada número de la Revista.

Nuestro Apóstol José Martí expresó: “Leer una buena revista es como leer decenas de libros”, y estos 100 años del quehacer de la Revista multiplican estas palabras con creces y lo avalan algunas de las personalidades que en ella dejaron sus más rigurosos artículos.



En enero de 1909, con una tirada mensual, surge el primer número con el nombre de *Revista de la Biblioteca Nacional*, dirigida por su fundador y entonces director de la institución, Domingo Figarola Caneda (1852-1926). Este comienzo es fundamental para tener como referencia los primeros pasos de la publicación.

En su libro *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba*, su autor, Tomás Fernández Robaina, da a conocer detalles sobre el desarrollo y surgimiento de la Revista, y señala: “Debido a la donación de la señora Pilar Arazoza de Muller, en 1909, la Biblioteca contó con una imprenta que aunque pequeña, reportó grandes beneficios, pues hasta 1912 se editó en ella la *Revista de la Biblioteca Nacional* en su primera etapa. La Revista dio a conocer las colecciones que engrosaban los fondos por compra o donación, además de publicar trabajos de índole bibliográfica”.

En la primera época, 1909-1912, su circulación fue muy difícil: cuatro

números en 1909, tres en 1910, uno en 1911 y en 1912, para en total de nueve ediciones. Sobre este período algunos investigadores señalaron que no cumplía los objetivos que se había planteado su director, no obstante se le consideraba original, porque en ella aparecían textos inéditos de gran valor historiográfico como las epístolas originales de personalidades y las bibliografías de autores cubanos. Entre los colaboradores de esa época se encuentran Figarola Caneda, quien prácticamente es el autor de casi todos los trabajos, Carlos de Velasco y Juan Miguel Dihigo Mestre (1866-1920).

Por problemas económicos recesa la Revista durante 36 años hasta que en el mes de abril de 1949 regresa a la vida con una frecuencia trimestral, en lo que se considera como su segunda época (1949-1958) con su nueva directora, Lilia Castro de Morales, primera mujer que dirigió la Biblioteca Nacional al ser nombrada en 1948, aunque su presencia en la institución databa desde 1934.

En el editorial de la Revista de abril-junio de 1953 se afirmaba que la institución: “[...] será la expresión dinámica de las actividades de la cultura cubana como si fuera el espejo de la cartografía intelectual de la isla [...]”, y sí, la riqueza de estos años de vida lo ha demostrado en cada número: no fue ajena a homenajear la figura del Apóstol en su centenario y en el de Domingo Figarola Caneda en el de febrero-marzo de 1952. También el de octubre-diciembre de 1957 reflejó la inauguración del edificio.

La directiva de la Revista se esfuerza por dar lo mejor de sí y un ejemplo de ello lo tenemos al ser nombrado

Manuel Moreno Friginals como su jefe de redacción, quien, junto a Rodolfo Tro, se preocupó por mantener el prestigio de la publicación y dejar plasmados en ella objetivos fundamentales: publicar trabajos inéditos, documentos, reseñas de libros recién editados, y dar a conocer las novedades del quehacer de la Biblioteca Nacional.

La Revista en esta segunda época fue diseñada con diferentes secciones: “Vigencias del Ayer”, “Temas e Indagaciones” y “Vida de los Libros”, donde podemos encontrar diversos artículos sobre literatura cubana, investigaciones referentes a nuestra historia, y referencias bibliográficas de autores cubanos del mundo de la cultura y la ciencia.

Autores de reconocido prestigio escribieron para la Revista durante esta segunda época: Emilio Roig de Leuchsenring, Marcelo Pogolotti, Emilio Ballagas, Julio Le Riverend, Francisco J. Ponte, Manuel Isidro Méndez, José Rivero Muñiz, Luis Felipe Le Roy, Salvador Bueno, Francisco Pérez de la Riva, Antonio Martínez Bello, José María Chacón y Calvo, entre otros.

Con el amanecer del primero de enero y el triunfo de la Revolución cubana, se producen cambios en todas las esferas de la sociedad a favor del mejoramiento humano y de las instituciones, y la Biblioteca Nacional y su Revista no fueron ajenas a ellos. El edificio es ocupado por las fuerzas revolucionarias el 5 de enero de 1959, lo cual constituyó un trascendental acontecimiento, que cumple 50 años en el 2009.

A partir de ese momento se inició un nuevo camino de 50 años más que

transcurren dentro del proceso de la Revolución sin que dejen de aparecer los característicos trabajos que con regularidad se publicaban, pero con la óptica de la nueva generación de intelectuales, la cual con sus inquietudes y reflexiones irradió el ámbito nacional del momento histórico que vivía Cuba.

La doctora María Teresa Freyre de Andrade es designada directora de la Biblioteca Nacional José Martí y los cambios en la institución fueron notables. Ella, con sus conocimientos bibliotecológicos y sobre los problemas de las bibliotecas en el país, era la persona indicada para asumir esa responsabilidad y proporcionar el mejor funcionamiento de la nueva tarea, aunque heredaba 50 años de deuda con los más nobles principios de la cultura a los que fueron también sometidas las instituciones culturales en Cuba, las que se fueron degradando paulatinamente, pero que con la nueva mirada revolucionaria era necesario recuperar para la memoria de la nación.

Ese año comenzó la tercera época de la publicación (1959-1993), cuyo primer número tenía impresa la fecha correspondiente a diciembre de 1958, y fue distribuido de esa forma. Concluían así los primeros 50 años de vida de la Revista, la cual a mediados de 1959 comienza a llamarse *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

El nuevo consejo editorial lo conforman como jefa de redacción Graziella Pogolotti (1960), luego para el año 1962 en su consejo de redacción están María Teresa Freyre de Andrade, Amelia Rodríguez, Aleida Plasencia, Juan Pérez de la Riva, Argeliers León, Mario Parajón, Eliseo Diego y Cintio Vitier.

Este personal, por sí solo, nos muestra la responsabilidad y seriedad con que se elegían los trabajos; todos, ilustres intelectuales cubanos.

Entre otros intelectuales que han colaborado podemos citar a Renée Méndez Capote (su directora entre 1961 y 1964), Aurelio Alonso, Luisa Campuzano, Manuel Moreno Fragnals, Eliseo Diego, Salvador Bueno, Fina García Marruz, Zoila Lapique, Hortensia Pichardo, Juan Marinello, José A. Portuondo, Sidroc Ramos, Alberto Muguercia...

Llega así la década del 90 y con ella el Período Especial, el cual conllevó al cierre de muchas de las publicaciones del país, pero gracias al empeño de Rafael Acosta de Arriba, su jefe de redacción, pudo continuar, aunque sólo dos números en 1990, y entre 1991 y 1993, uno cada año.

No es hasta 1999 que se reinicia la Revista por la constancia de Eliades Acosta Matos, director de la Biblioteca y de la publicación, y comienza así su cuarta época con el número de enero-marzo, trabajado por completo en la imprenta del centro, en cuyo editorial Acosta Matos afirma: "En nuestros días, que son antesala del tercer milenio, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* tendrá que adaptarse a los nuevos temas, a los nuevos lectores y a los nuevos tiempos, pero mantendrá todo lo que de profundo y saludablemente añejo buscan en ella quienes la coleccionan y conocen".

En este período Araceli García Carranza es la jefa de redacción y algunos números se dedican a personalidades de la cultura cubana y a hechos relevantes del país como Roberto Fernández

Retamar, José Lezama Lima, Nicolás Guillén, Fina García Marruz, Cintio Vitier, Dulce María Loynaz, Eduardo Chibás, Raúl Roa, el asalto al Cuartel Moncada y el aniversario 280 de la Universidad de La Habana. Sin embargo, no por ello dejaron de publicarse trabajos dedicados a la historia y a las humanidades en general.

Muchos han sido los colaboradores de este período pero no puede dejar de nombrarse a los desaparecidos físicamente Luis Suardíaz, Josefina García Carranza, Amaury B. Carbón Sierra y Francisco Pérez Guzmán, y a los que nos acompañan: Ana Cairo, Araceli García Carranza, Mercedes Santos Moray, Jesús Dueñas, Enrique López Mesa, Natalia Revueltas, Julio García Oliveras, Elena Alavéz, Paul Estrade, Nydia Sarabia, Marta Rojas, Armando Hart, José Antonio García Molina, Carmen Suárez León y Eduardo Torres Cuevas. Sólo estos nombres pueden

darnos la magnitud e importancia que la Revista posee dentro de la cultura cubana. Quizás deba mencionar a otros colaboradores contemporáneos y ahondar más en esta época, pero esa tarea se la dejamos a otro investigador cuando nuestra Revista cumpla 50 años más.

Bibliografía consultada

- CUBA. INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA. *Diccionario de la Literatura Cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984.
- CUERVOS TORAYA, JUAN DE LOS. *500 años de construcción en Cuba*. La Habana: Editorial Chavin. Servicios Gráficos y Editoriales, SL, 2001.
- FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS. *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 2001. (Edición homenaje)



Mi Revista

Marta B. Armenteros

Editora

Han pasado más de 18 años desde que tuve en mis manos el primer número de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* en el cual trabajé como redactora, y aún me parece un sueño que eso me hubiera sucedido. Siempre le agradeceré a Rafael Acosta de Arriba, entonces jefe el Departamento de Edición y Conservación de la institución, que me propusiera para ocupar dicha plaza.

Desde ese momento, mis conocimientos han ido *in crescendo*, no sólo en el plano editorial sino mucho más en el intelectual, pues las disímiles temáticas que aborda la publicación me han compulsado a investigar sobre ellas.

La Revista me ha permitido incursionar también en el mundo de la computación y he podido aprender, gracias a mis compañeros, y en especial al pintor y diseñador Luis Juan Garzón, a trabajar con programas como el Pagemaker, el Corel Draw y el Photoshop.

A partir del momento en que me integré al grupo editorial sentí que, por suerte, al igual que en el Departamento de Información para la Cultura y el Arte de la Biblioteca Nacional, donde trabajaba, estaba dentro de un colectivo familiar constituido en mi primera etapa por Juana María García, Amelia Casanova, Rafael Acosta, María Antonia Wong, Rosario Gutiérrez, María Luisa, Sonia Rodríguez y Francisco (Fico).

Todos me ayudaron mucho de una forma u otra en mi desempeño.

No puedo olvidar que en 1991, inicio del Período Especial, fue un momento de inquietudes para nosotros, pues pensábamos que la Revista dejaría de publicarse, pero gracias a la defensa a ultranza que hizo Rafael Acosta de Arriba ante las autoridades de Cultura, no dejó de aparecer durante un tiempo (el último fue el número uno de 1993).

Posteriormente, el departamento, debido a un cambio de estructura de la Biblioteca, se separa de Conservación y nos trasladamos hacia el tercer piso, al espacio que hoy ocupa Bibliografía Cubana, y después nos mudamos para donde hoy se encuentra la vicedirección de Automatización. Aquí, fue mi jefa Magali Silva, una experimentada editora que nos enseñó mucho.

Después de varios años sin publicarse debido al Período Especial, reaparece la Revista en 1999 gracias a la gestión de Eliades Acosta Matos, director de la Biblioteca en ese momento, Marcia Medina, ex subdirectora de Promoción y Desarrollo, y de José Antonio García Valiente, un gran conocedor del mundo editorial y quien ocupaba la jefatura del departamento, ahora en una vieja imprenta de la Biblioteca, las más de las veces rota, pero que con el esfuerzo de Francisco Pou (Pancho), el que donde quiera que esté sabe que lo quise mucho, Febles y Manuela Suárez se lograba realizar. Así se inició la cuarta época con el número uno de enero-marzo de 1999, cuyo diseñador fue Oscar Aza.

Para mí, tener en las manos ese número fue como el nacimiento de mi hijo: un parto difícil, pero feliz. Algo parecido

debió sentir Eliades Acosta al expresar en el “Editorial”: “Al cumplirse 90 años de su nacimiento, vuelve a ver la luz la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, homenajeándose a sí misma con este número, como si salir del silencio y la oscuridad en que se hallaba por cinco largos años fuese ya un festejo digno a su majestad, y fiesta grande para sus fieles lectores de todo el mundo”.

A partir de 1991, muchos han sido los compañeros que he tenido y con quienes he vivido momentos de angustias e incertidumbres: Sonia Santana, Elda González, Lisbet León, Nivia Peña, Pedro Armando Carvajal, Abel Arias, Tania Olivera, Coralía Cruz, Dania Montes de Oca, Reynier Casaus, Alejandro de la Osa, y Del Toro. De igual forma deseo agradecer la colaboración con sus viñetas al pintor Rolando Vázquez Hernández.

Muy importante ha sido trabajar desde 1999 con Araceli García Carranza como jefa de redacción, cuyos conocimientos, desvelos y consejos han sido de mucho valor para mí, así como los de su hermana Josefina, quien me asesoró en mis inicios. Y también el hecho de que una hermandad nacida en la cola de la ruta cinco, se continuara afianzando desde mi accidente. Ese hermano y uno de mis pilares en relación con la Revista es Bárbaro Ravelo Fernández, a quien agradezco su apoyo inconmensurable y sus ratos agradables tomando café en mi casa.

El trabajo en esta Revista me ha permitido conocer a muchos de sus colaboradores como a Nydia Sarabia, Naty Revueltas, Elena Alavéz, Jesús Dueñas, Leonel Maza, Lourdes Castellón, Maruja Iglesias, Ana Cairo, Matilde Salas, y los ya fallecidos Luis Suardíaz, Francisco Pérez Guzmán y Amaury B. Carbón Sierra.

Me viene asimismo a la mente la realización de las primeras revistas en el Taller 04 de la imprenta Urselia Díaz Báez, ubicado en Zulueta y Corrales, en el cual se utilizaba el sistema de linotipos con una calidad inestimable. Pero poco después llegó la etapa de la computación y la máquina de escribir dejó paso a la utilización de programas como el WordPerfect y el Word, y la composición y el diseño dejaron de ser manuales para ser realizados en Corel Draw o PageMaker, lo cual agiliza y facilita el trabajo, aunque se haya perdido un poco la labor artesanal de mis inicios, cuando todos ayudábamos a emplanar la publicación.

Estoy segura de que me quedan muchos recuerdos de esta etapa, pero serían interminables, por ello sólo me queda expresar mis deseos de que esta, mi Revista, una de las primeras, si no la primera, dedicada a las humanidades en América Latina, permanezca llevando a estudiantes e investigadores sus textos llenos de sabiduría.

¡Feliz centenario y que cumplas muchos más!



El reinicio de la Revista en 1999

**José Antonio García
Valiente**

*Ex jefe del Departamento de Ediciones
de la Biblioteca Nacional José Martí*

Debido a la situación económica del país que condujo al Período Especial, la Biblioteca Nacional José Martí dejó de publicar en 1993 la Revista que lleva su nombre, fundada en 1909 por Domingo Figarola Caneda.

En 1998, con la incorporación a la Biblioteca, como director, de Eliades Acosta Matos, entre otras, tomó la decisión de retomar la edición de las publicaciones tradicionales de la institución, en particular de la Revista por su historia, contenido e importancia literaria.

La reproducción gráfica de la publicación hasta el número aparecido en 1993 se realizaba en la imprenta Urbelia Díaz Báez, del Instituto Cubano del Libro, por medios tipográficos, pues no existía experiencia en el procesamiento en offset, pero en esos momentos no existía la posibilidad de hacerlo porque no había financiamiento para tal propósito y todas las imprentas exigían el pago en moneda convertible.

En tales circunstancias, propusimos [Este plural es de modestia, porque en realidad lo propuso él. N. de la E.] a la



dirección de la Biblioteca, previa evaluación y análisis técnico correspondientes, reiniciar la edición y producción gráfica con los medios y recursos que poseíamos en la Biblioteca, así como adquirir el papel y la cartulina e integrar un grupo de trabajo con el personal disponible para ese objetivo. La edición, que incluía la introducción de textos, redacción, preparación de originales y diseño se ejecutaron por los compañeros Lisbet León, Oscar Aza y Marta Beatriz Armenteros.

La reproducción gráfica contaba con una base tecnológica no acorde a las necesidades: una Hamada 500 con formato de 9 1/4 x 14 pulgadas como máximo, una guillotina obsoleta sin hojas de corte, y una presilladora de alambre. Los originales se procesarían en máster de papel en un elefax PC5 por Célida. Dos operarios, Pancho y Febles, además de una encuadernadora

manual, Manuela, así como parte del personal del Departamento de Conservación conformó el equipo de trabajo. La dirección técnica fue asumida por mí.

La impresión se realizó en pliegos de cuatro hojas, posteriormente alzados y presillados para colocar la portada, y después realizar el corte final en la guillotina. La portada en cartulina se imprimió utilizando viejas planchas presensibilizadas.

Sobre la marcha se fueron resolviendo innumerables limitaciones de carácter material con el apoyo de otras imprentas a las que también debemos agradecer su colaboración.

Considero que fueron muchos los retos vencidos, pero los mayores fueron:

- Preparar la edición para su reproducción en offset sin una experiencia anterior y sin los recursos tecnológicos necesarios.

- Procesar tecnológicamente un original con medios no diseñados para tal propósito, con formatos operados en sus límites, reproducción electrostática (máster de papel), incluso vencidos por el tiempo, así como el tratamiento manual en la encuadernación.

Esto fue posible por la voluntad y el compromiso de todos los que participamos en el reinicio de una publicación que encierra en sí misma parte de la cultura nacional, así como por el apoyo y la confianza que la dirección de la Biblioteca Nacional depositó en nosotros.



Marinello, el martiano mayor en una Revista centenaria

**Mario Antonio Padilla
Torres**

Investigador

¿Qué pensaría Domingo Figarola Caneda, director fundador de la *Revista de la Biblioteca Nacional* en 1909, si pudiera ver cómo 100 años después, nuestra revista es un baluarte que ofrece un legado cultural en cada una de sus páginas?

Muchas de las cuartillas son testigos de la producción espiritual de grandes pensadores y reconocidos escritores que han dejado una huella indeleble en diferentes números. Esa bibliografía imprescindible es una fortaleza viva y a través de ella se han cultivado varias generaciones de cubanos y extranjeros.

Hoy la Revista cumple su función y se esmera en divulgar temáticas múltiples que de una forma u otra penetran en el amplio espectro de la cultura cubana. Los más veteranos intelectuales junto a la nueva pléyade transmiten sus investigaciones, criterios e impresiones del mundo de hoy a través de acontecimientos o figuras imprescindibles de la intelectualidad cubana.

Juan Marinello Vidaurreta, llamado “nuestro martiano mayor”, tuvo la huella de sus escritos en esta publicación centenaria, donde también aparecieron homenajes a su inmensa y humanista creación. Pienso entonces que si lo recordamos en estos días, cuando hacen 32 años que físicamente desapareció, rendimos también tributo a una de las revistas que lo recibió.

Hasta el triunfo revolucionario del año 1959 no se le dio oportunidad a Marinello de escribir en esta publicación, pues su formación comunista sólida le impedía divulgar obras que desafiaran las administraciones de turno. Su elam martiano, combinado con las ideas más revolucionarias del marxismo leninismo, fueron impedimentos, a nuestro criterio, para que este gran intelectual pudiera expresar sus criterios políticos y culturales.

Aquellos que lo conocieron cuentan que casi sin visión llegaba con la modestia que lo caracterizaba a la Sala José Martí de la Biblioteca Nacional y durante horas estudiaba el pensamiento del Apóstol de nuestra independencia o animaba charlas con Cintio Vitier. La joven generación que surgía observaba con un respeto apostólico a aquel hombre que vivió junto a varias generaciones, incluyendo la época de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena.

En 1970, en su año 61, en el período enero-abril, sale a la luz en la Revista uno de sus escritos “Sobre nuestra crítica literaria”, y más adelante aparecen otros trabajos de carácter literario, aunque es de significar el homenaje que le rinde a Carpentier en 1975 y la aparición de su ensayo dedicado a Pablo de la Torriente Brau en 1984.

Según mi criterio, estos primeros trabajos escritos con anterioridad reflejan una combinación del Marinello hombre de cultura y el pensador político, que le da al arte su valor sustancial defendiendo con claridad las cualidades integradoras de la crítica literaria desde un ángulo estético-político. En ellos cultiva el ensayo sobre los hombres que han trascendido por sus aportes teórico-prácticos en sus propias creaciones intelectuales.

En 1974 aparecen otros textos en la Revista relacionados con su obra y vida, entre los cuales se destaca las palabras de Vicentina Antuña al ser declarado Juan Marinello Profesor Emérito. Las conclusiones de la intervención reflejan la peculiar imbricación del intelectual transdisciplinario y el dirigente político que representó:

Maestro Juan Marinello:

Al otorgarle el título de Profesor Emérito, la Universidad de La Habana siente que hoy como nunca representa la voluntad de todo nuestro pueblo. De nuestro pueblo que ama su permanente lección de dignidad y decoro; que admira y respeta en usted su ejemplaridad como intelectual revolucionario y como líder político, y que no olvida que, aun en los momentos más difíciles y aciagos de nuestro ominoso pasado, mantuvo usted en alto la fe en su capacidad para labrarse el futuro de libertad, justicia y paz que hoy esta construyendo.

No podría pasar por alto destacar el gran valor que representa el trabajo paciente de Josefina García Carranza y

otros compañeros al publicar en la Revista durante varios años la bibliografía de Juan Marinello y los suplementos, que representa, a mi entender, una labor humana y de rescate histórico de su obra.

Pueden existir criterios de cada tiempo del desarrollo de la Revista, pero a mi parecer estos 50 años que representan su mitad de existencia, han sido fructíferos en la difusión de la obra de nuestros grandes intelectuales y han reflejado a hombres y obras humanas que merecen nuestro respeto.

La difusión de parte de la bibliografía activa o pasiva de Juan Marinello es ejemplo de lo expuesto, se hizo justicia para el comunista que con su pluma y acción combativa revolucionaria representa tan dignamente el paradigma de un intelectual revolucionario. Gracias a la Revista por este gesto tan patriótico y generoso hacia un hombre que usaba la modestia como práctica cotidiana de su accionar.

Si Marinello estuviera observándonos, se sentiría feliz de ver cómo después de muertos somos útiles cuando se representa la causa de los humildes con humildad. Si viera el desarrollo de la ensayística en Cuba bajo los preceptos de su magisterio y observara cómo en el aquel recinto para él de gran espiritualidad adonde acudía a diario, y la Revista de ese emblemático lugar difunden su creación y la de otros intelectuales que hablan con la pluma de su obra que trasciende en el tiempo, expresaría: “La revista centenaria merece honor”.



Imagen aparecida en el periódico *El Porvenir*, de Nueva York, en 1891

Enrique José Varona (1849-1933)

Martí en Varona

Josefina Meza Paz

*Profesora de la Universidad de Ciencias
Pedagógicas Enrique José Varona*

Caracterizar la relación que existió entre esas dos grandes figuras que fueron José Martí (1853-1895) y Enrique José Varona (1849-1933), y valorar cómo contribuye el primero a la radicalización política del segundo en la lucha contra el colonialismo español, es el propósito de este trabajo.

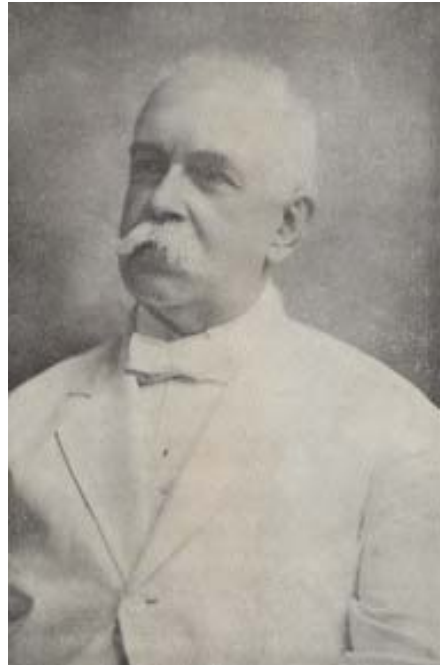
Varona evoluciona al independentismo a partir del análisis que hace de la realidad económica y sociopolítica cubana, y a ello contribuye Martí a través de la relación personal y epistolar que desarrollaron.

Relaciones entre Martí y Varona en vida de ambos

Cuando se conocen en 1879

Martí parte de Guatemala en julio de 1878, después de renunciar a sus clases en la Escuela Normal como protesta por la injusta destitución de su director, el cubano José María Izaguirre.

Ya en Cuba, es nombrado socio de honor del Liceo de Guanabacoa y poco después es elegido secretario de su Sección de Literatura. Es el perío-



do en que inicia sus actividades conspirativas para organizar la Guerra Chiquita.

En marzo de 1879, en ocasión de celebrarse una velada oratoria en aquel Liceo sobre el idealismo y el naturalismo en el arte, en la que Varona y Martí contendieron, se conocen. El primero dejó su testimonio de este encuentro en un artículo años después.

En “Mis recuerdos de Martí”,¹ publicado en la revista *El Fígaro* el 5 de marzo de 1905, expresa Varona que Martí no le era desconocido, pues había leído su folleto político *El presidio político en Cuba*, escrito siendo un adolescente, del cual le había sorprendido “el sello de vigorosa personalidad” que emanaba de sus páginas; también aseguraba que poseía el don de la elocuencia.

Sobre cuando se conocen y el efecto que le causó la intervención del Apóstol enuncia:

A poco de su llegada, me ofreció la ocasión apetecida una fiesta del Liceo de Guanabacoa. Nunca olvidaré el embeleso en que estuve todo el tiempo que habló Martí. La cadencia de sus períodos, a que sólo parecía faltar la rima para ser verso, mecía mi espíritu como verdadera música y con el efecto propio de la música. Al mismo tiempo, pasaban ante mí, como enjambres de abejas doradas, como surtidores y canastillos de agua luminosa, como rosetones de fuego que se abren por el éter en manojos de oro, zafiros y esmeraldas, sus palabras sonoras, en tropel de imágenes deslumbrantes, que parecían elevarse en espiras interminables y poblar el espacio de fantasmas de luz. Era un arrullo continuado que me producía, en vez de somnolencia, deslumbramiento.

Y añade:

Cuando supe que había de contestarle, desperté bruscamente, y con no poco sobresalto, porque advertí que, cautivado por la melodía, poca atención había podido prestar a la trama lógica de las ideas. Mi impresión había sido artística, y no intelectual. Supongo que de ello habría de resentirse la disertación con que le contesté. Todavía los primeros párrafos de ella revelan la suspensión en que me había dejado su palabra y esa imaginación desbordada y cautivadora.

Para finalmente reflexionar:

Oí después a Martí otras veces, siempre con mucho gusto, pero con

efecto más atenuador. Sucedió así, no porque el orador se mostrase inferior a sí mismo, sino porque más habituado yo a su manera, mi gusto vaciado en otros moldes estaba ya prevenido y, sin poderlo remediar, a la defensiva. Pero me doy cuenta del efecto maravilloso que debía producir, sobre todo en los emigrados soñadores, anhelosos de esperanzas, su palabra de vidente, desatada en torbellino por la vehemencia de su fe patriótica.

Varona en carta al señor Arturo R. de Carricarte,² sin fecha, atesorada en el Fondo Varona del Archivo Nacional, explica sobre el mismo asunto que la prodigiosa arenga de Martí acerca del idealismo en las bellas artes produjo una vibración intensa en el espíritu de sus oyentes, pero que no se conserva por no haber tenido taquígrafos, y afirma que llevó su contestación por escrito, unas noches después, el 13 de marzo.

Correspondencia intercambiada

Cinco cartas de Martí a Varona, que caracterizan la relación epistolar entre ambos en la década de 1880, han llegado a nosotros; las de Varona a Martí desgraciadamente han desaparecido.

En la del 1º de diciembre de 1881, Martí, desde Nueva York, se interesa por conocer lo que escribe Varona y especialmente por sus conferencias filosóficas, preguntándole si las ha impreso.³ Las concernientes a Lógica, Psicología y Moral que Varona imparte en cursos y publica en esa década, representan un salto adelante del saber filosófico cubano.

Al año siguiente, el 28 de julio de 1882, le dice que no ha podido leer el

tomo en que se publican juntas sus conferencias y reconoce su labor diciéndole: “lo que usted hace regocija y nutre”. Y le envía el *Ismaelillo* por ser de los que estima.⁴

Debe destacarse que las anteriores cartas corresponden a los años en que Varona forma parte de la Junta Central del Partido Autonomista, y por lo tanto se deduce que Martí, a pesar de esa filiación política, se le aproxima porque le valora positivamente.

En carta del 13 de septiembre de 1887, Martí le escribe sobre “El poeta anónimo de Polonia” reconociendo su definición independentista, al percatarse de que ese trabajo era sólo un emotivo himno a la lucha por la independencia de Cuba, y valora la honestidad de su autor: “Yo no veo en mi tierra, fuera de los afectos naturales de familia, persona a quien deba yo querer más que a Ud., por la limpieza de su carácter y la hermosura de su talento”, y añade: “Ud. no me manda lo suyo, porque lo de El Poeta ha sido una casualidad, por mí bien entendida; pero yo, más que en lo que publica, lo leo en lo que calla”.⁵

“El poeta anónimo de Polonia”⁶ fue la conferencia pronunciada por Varona en la Caridad del Cerro el 14 de mayo del mismo año, donde se define por el independentismo. Su asunto trataba de un joven polaco, hijo de un traidor, que en forma anónima se dedica a cantar a la lucha de su pueblo contra el invasor ruso, lo que le permitió expresar entrelíneas su condena a la tiranía del colonialismo español y su aspiración a la independencia cubana.

En agosto de 1887, Martí publica párrafos encomiásticos sobre “El poeta...”

en *El Economista Americano* de Nueva York: “Pocas páginas son, todas de oro. Se cuenta en ellas con palabras cargadas de sentido la vida de aquel Krasinski, hijo de un polaco débil, que amó demasiado a su patria para aconsejarle una guerra inútil [...]. Se cuenta la eterna doblez de la tiranía [...].”

Y después afirma:

Habla el cubano Varona una admirable lengua, no como otras acicalada y lechuguina, sino de aquella robustez que nace de la lozanía y salud del pensamiento. Vuela su prosa, cuando la levanta la indignación, con la tajante y serena ala del águila: globos bruñidos parecen sus párrafos: la continua nobleza de la idea la da su lenguaje: y es su realce mayor la santa angustia con que, compuesta en la mente la imagen cabal del mundo libre y armonioso, ve a su pueblo, cual Krasinski al suyo, padecer bajo un régimen que los injuria, como un ente maldito y deforme. ¡Las llamas son la lengua natural en desdicha semejante! Su belleza y su fuego tienen los párrafos de Varona en este estudio artístico y ferviente.⁷

En su carta del 17 de marzo de 1889 Martí se refiere a las gestiones que hará para procurar la edición de las obras de Varona en el extranjero, las de Lógica, Psicología y Moral, pues opina que estos “[...] libros lo valen y son necesarios en Hispanoamérica”, índice de lo mucho que los valora.

Señala que escribirá “[...] un estudio enérgico como introducción de las Conferencias que contribuya a gestionar

su reproducción en países como Argentina y México”. Y sobre las propias Conferencias filosóficas plantea: “La Moral no la he recibido hasta ahora. La Lógica y la Psicología ¿no sabe Ud. que dicen cuanto se puede decir en justicia y que son inmejorables?”.⁸

En su última carta a Varona del 22 de mayo de 1889, Martí al comentar sobre situaciones adversas le dice: “¡Qué alegría verlo a Ud. entre estas penas, como una flor de mármol!”. Le compara tácitamente con esta planta que se parte, pero no se doblega en probable alusión al carácter íntegro de Varona, y por último le expresa: “[...] sé que en mi tierra hay aún hombres como Ud. que le mantengan el corazón y le saneen el aire podrido”.⁹

De esa relación epistolar escribió Varona en su artículo “Mis recuerdos de Martí”, ya mencionado: “Nos escribíamos de cuando en cuando. Sus cartas, fuera el que fuese el asunto, tenían el mismo magnetismo de su conversación. Se le oía y se le veía al través de los amplios trazos de su letra nerviosa. Escribía a sus amigos como les hablaba, las imágenes flotaban bajo su pluma como en sus labios, el corazón se le derramaba tras las palabras”.¹⁰

Estos elementos nos permiten aproximarnos a la mutua admiración que se profesaban, a pesar de las diferencias ideopolíticas, filosóficas y de temperamento de sus personalidades, y al hecho de que Martí ejerciera una positiva influencia ideológica sobre Varona para su radicalización independentista.

Martí valora la importancia y calidad de la labor intelectual varoniana, como

autor de las Conferencias Filosóficas, y le reconoce cualidades morales a la par que su definición independentista entre líneas, en su conferencia sobre “El poeta anónimo...”.

Encuentro personal en 1884

Después de haberse conocido, sólo en una breve ocasión más se encontraron de nuevo, cuando Varona pasó por Nueva York en 1884 como diputado a Cortes por el Partido Autonomista en viaje hacia España.

Del reencuentro y del influjo que el Apóstol nuevamente ejerció sobre Varona, este también dejó testimonio en “Mis recuerdos de Martí”:

Fue otra forma de hechizo la que ejerció sobre mí el orador del Liceo, pero más duradera. De Martí, en la plática mano a mano, en la efusión espontánea de su pensamiento ardoroso que brotaba por los labios, los ojos y los ademanes [...]. Sí, su palabra era algo viviente que trasfundía vida. Me parece verlo, el día que nos separamos [...]. En medio del bullicio atronador [...] de la enorme ciudad, yo no oía sino su voz conmovida, que me conmovía, deslumbrado una vez más por su lenguaje fulgurante, enternecido por sus expresiones de afecto; confundido un instante con él en una misma tristeza por incertidumbre que envolvía, cual pesada niebla, el porvenir de la patria admirado yo de verlo sacudir de súbito esos pensamientos sombríos, como si ya su visión interna se alumbrara con los lejanos resplandores de una nueva aurora.¹¹

Evidentemente, Varona se refería a la visión martiana de la lucha por la liberación de la patria.

Crítica de Martí a Seis conferencias

Varona reunió y publicó los siguientes seis trabajos bajo el título anterior: “Ideas de Mlle de Scudery sobre la educación de las mujeres”; “Dos teorías sobre el amor (Platón y Michelet)”; “Emerson”; “Importancia social del arte”; “Víctor Hugo como poeta satírico” y “Cervantes”. Son conferencias pronunciadas entre 1882 y 1884 consideradas por algunos como el más importante cuaderno de temas literarios en la producción decimonónica varoniana.

Martí en la crítica que publicó en enero de 1888 sobre los anteriores textos, incluyó a su autor entre “los hombres superiores” y señaló como hilo lógico invisible que da unidad y coherencia a las conferencias, el amor a la patria y atribuyó a Varona “[...] aquel paternal y doloroso cariño, don peculiar de las almas ilustres, por la humanidad débil e infeliz”.¹² Es evidente pues que a Martí tenía que interesarle ganar para el campo de la liberación nacional a un intelectual de la calidad de Varona, a quien reconoce y con quien se identifica por el amor a Cuba.

Viaje de Varona a Nueva York para ver a Martí en 1894

En el mismo año de la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), 1892, Martí delegó en el comandante mambí Gerardo Castellanos la tarea de incorporar a la revolución a una serie de figuras, entre ellas a Varona, quien así recibió la propuesta martiana de servir con su pluma a la independencia desde la emigración. El hijo del comandante Castellanos, de igual nombre que el padre aporta esta versión en su obra

Misión a Cuba, Cayo Hueso y Martí, la que publicó en La Habana en 1944.

En el verano de 1894, una década después de su último encuentro, Varona viajó a Nueva York para ver a Martí, ya que ante el llamado de este y la inminencia del estallido insurreccional juzgaba deber imperioso detener al pueblo “[...] cuanto fuera posible al borde del oscuro vía crucis para que midiese bien sus fuerzas y los obstáculos de todo orden que habían de contrastarlo” sin que esto fuera óbice para su incorporación posterior.

Pocos días antes Martí había salido para México y Varona se entrevistó entonces con Benjamín Guerra, el tesorero del Partido Revolucionario Cubano, dejándolo enterado de su propósito y de transmitirlo a Martí.¹³ Ni entonces ni después se volverían a ver.

Valoraciones de Varona sobre Martí o algún aspecto de su obra, ya desaparecido el Apóstol

Varona sustituye a Martí en el periódico *Patria*. Ya iniciada la guerra de 1895 y muerto Martí, Varona respondió a su anterior llamado y se dirigió a Nueva York en octubre de ese año. Allí colaboró estrechamente desde las filas del Partido Revolucionario Cubano y le sustituyó en la dirección del periódico *Patria*, vocero en la práctica del partido, desarrollando una destacada labor por la causa revolucionaria en el periodismo cubano.

Durante tres años –entre octubre de 1895 y noviembre de 1898–, Varona escribió en *Patria* y continuó la labor por la liberación nacional iniciada por Martí. Fue director de la publicación

desde la primera fecha y agosto de 1897, casi dos años, cuando la delegación del partido asumió su dirección; a partir de entonces continuó redactando editoriales hasta su regreso a Cuba.

En uno de sus primeros editoriales Varona escribió: “El programa del periódico está contenido en las bases del PRC. Su espíritu es, y no puede ser otro, el de su inmortal fundador. Los que hemos recogido alguna parte de la inmensa carga que sostuvo en sus robustos hombros, hemos de hacer cuanto alcancen nuestras fuerzas para que su obra no desmerezca en nuestras manos”.¹⁴

Imprescindible es mencionar que la labor de Varona no está exenta de contradicciones en este período. Fue presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Jurídicos y Económicos (SCEJE), creada en noviembre de 1896, la cual se propuso redactar las leyes de la futura república, y estaba integrada por más de 60 miembros, hacendados, manufactureros y profesionales burgueses.

La SCEJE fue criticada por Rafael Serra, intelectual de origen obrero, periodista y educador cubano independentista y por otros revolucionarios, quienes desde el periódico *La Doctrina de Martí* desarrollaron una polémica con Varona. Objetaban que no estaba incorporada al Partido Revolucionario Cubano y realizaba actividades propias de este, que no contribuía con sus fondos al servicio de la guerra e intentaba infiltrar un espíritu conservador burgués en leyes e instituciones, por la procedencia clasista de sus miembros.

La Sociedad se disolvió dos meses después de creada y a fines de 1897, el delegado Tomás Estrada Palma asumió la dirección de *Patria*, sustituyendo a Varona por haber dado a conocer sus posiciones sobre la SCEJE desde sus páginas, aunque este continuó escribiendo artículos sin cargo alguno en adelante.

Sin dudas, fue un error político de Varona, aunque este no invalida su contribución a la causa revolucionaria durante la guerra.¹⁵ Es oportuno añadir que en 1899, después de su regreso a La Habana, dirigió, entre febrero y octubre de ese año, un nuevo periódico nombrado también *Patria*, lo cual indica la importancia concedida por él al fundado por Martí.

“Martí y su obra política”: discurso de Varona

Varona fue el primer intelectual burgués cubano que supo apreciar el valor de la acción y obra de José Martí, cuando aún no se comprendía el alcance de su labor. Fue pionero, por decirlo contemporáneamente, en la valoración del autor intelectual del Moncada. Esto se pone de relieve en su discurso “Martí y su obra política” de marzo de 1896 en la velada conmemorativa de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, de la que Martí fue uno de sus presidentes más queridos, donde exaltó la labor realizada por este en pro de la lucha por la liberación nacional desde que fue condenado al presidio hasta su muerte y lo valora altamente:

[...] el soñador escondía un verdadero hombre de acción [...], fue un gran agitador político [...], tenía fe, fe profunda en la justicia de su cau-

sa [...]. Todo en él fue notable, todo extraordinario, pero aquello que lo señala y pone a un lado, aquello que lo eleva sobre muchos es la cualidad maestra, la que constituye a los directores de hombres y a los jefes de pueblos: su facultad de armonizar, de organizar [...]. Vio más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo [...], fue un hombre tipo. Uno por la fijeza de su idea, uno por la firmeza de su carácter [...]. No hay vida más digna de admiración que la del patriota cubano José Martí. Sus amigos íntimos lo reconocían, cuando le daban el noble y cariñoso título de maestro. Los cubanos todos lo reconocemos [...].

Y lo enjuicia magistral y acertadamente al expresar: “Martí, poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fue en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre, nada es tan adecuado como considerar su obra política [...]. Esta es la esencia [...]”.¹⁶

De ese discurso diría Raúl Roa que al leerlo en su juventud le pareció ver a Martí de cuerpo presente, y que aún en todo lo escrito sobre nuestro héroe nacional nadie ha podido superar ese discurso,¹⁷ mientras que Medardo Vitier, biógrafo de Varona, lo enjuicia como su pieza oratoria más importante.¹⁸

Es cierto que Varona, tan mesurado y reflexivo en su estilo, al valorar a Martí, excepcionalmente desborda sentimiento, tal es el impacto que le causara.

Artículos de Varona en los tres aniversarios posteriores a la muerte de Martí

Varona escribió editoriales en *Patria* para conmemorar la fecha. Ellos fueron: “Primer aniversario” (20 de mayo de 1896); “Dos Ríos” (19 de mayo de 1897) y “19 de mayo” (18 de mayo de 1898).

En el primero expresa: “Hagamos hoy y siempre el elogio de Martí, pero hagamos también, hoy y siempre, el propósito de comprenderlo y el esfuerzo por imitarlo”, para después referirse a una idea martiana que analiza: “Queremos fundar la República cordial”, de la cual afirma que es un programa porque representa “La república para todos los que quieran servir a la república” sin distinción, ni exclusión. Y llama a tener presente el espíritu martiano y a hacer buena su herencia,¹⁹ lo que permite deducir la importancia de la huella martiana en Varona.

Sobre “Martí en los Estados Unidos”

No obstante la “breve y circunstancial” –como la califica el historiador Fernando Portuondo– relación personal entre Martí y Varona,²⁰ el interés y admiración que sentía este por el Apóstol le permitió captar su peculiar ubicación en relación a los Estados Unidos, aun cuando la interpretación varoniana no pueda salirse de los marcos de su enfoque liberal admirativo del desarrollo capitalista de ese país.

Al publicarse la obra titulada *En los Estados Unidos* con trabajos de Martí por Gonzalo de Quesada y Aróstegui en 1902,²¹ Varona enjuicia positivamente en el artículo “Martí en los Estados Unidos”,

escrito el 24 de agosto de ese año y publicado el siguiente 7 de septiembre en la revista *El Fígaro*, las crónicas martianas sobre ese país allí reproducidas, interpretando que su autor no podía dejar de sentirse subyugado por la sociedad norteamericana, que a su entender encarnaba el ideal al que se debía aspirar, pero que

[...] la repulsión étnica, a pesar de su gran superioridad mental, lo domina y lo esclaviza. Por eso no hay pormenor chocante que se le escape, por mucho esplendor que tenga el cuadro, ni hombre a quien no encuentre el esguince, por donde el rostro toma aspecto de caricatura. Martí admiraba a la democracia, que aplicaba tan felizmente ante sus ojos las teorías que le eran más caras, pero no la amaba. Todo su amor iba desbordado hacia los pueblos del Sur, hacia lo que él llamaba, con mimo espontáneo, nuestra América.

No penetra en las agudas críticas de Martí a la democracia norteamericana, aunque sí se percata de que su amor era para lo que llamaba “nuestra América” y acierta cuando plantea que: “Capítulo muy importante de la historia de Cuba escribiría el que pudiera poner en claro. Con exactitud histórica, el modo con que apreciaba Martí el papel de los Estados Unidos en la revolución que predicaba y preparaba [...]”.²²

Es decir, Varona captó la crítica martiana a la sociedad norteamericana donde vivió, sólo que no pudo explicársela correctamente, porque su propia concepción liberal lo limitaba y se lo impedía.

“Mis recuerdos de Martí”

Dicho artículo de Varona de 1905, ya citado antes por su carácter testimonial sobre el Apóstol, concluye con muestras de la añoranza varoniana por Martí: “No he vuelto a ver a Martí, sino ahora, sobre su blanco pedestal de mármol, glorioso desaparecido que ha entrado en la inmortalidad. No sé si será un sentimiento egoísta; pero más quisiera que su mano extendida aún pudiera calentar la mía; y que su ancha frente de iluminado pudiera todavía inclinarse sobre Cuba, para dar calor a su alma con las chispas de su noble pensamiento”.²³

En diciembre de 1930, tres años antes de morir, en una encuesta que le hacen sobre Martí, diría “[...] que fue grande por su talento y grande por el corazón”.²⁴

Conclusiones

Dos elementos permiten afirmar que Martí contribuyó a la evolución hacia el independentismo de Varona: el extraordinario impacto que la personalidad del primero causó en el segundo, es uno, y el otro, el reconocimiento que el Apóstol hace de la labor científico-intelectual y literaria de Varona, desde que este militaba en el autonomismo.

Sin desconocer que Martí y Varona se identificaron por su amor a Cuba y a su liberación nacional, hay que reconocer que entre ellos existieron entre otros, algunas diferencias de índole política a causa de sus diversas experiencias vitales y formación.

Martí es un dirigente revolucionario radical a fines del siglo XIX, con una concepción antimperialista, que rompe con la ideología liberal y con simpatías por las luchas obreras, mientras que Varo-

na es un intelectual reformista liberal que no alcanzará las posiciones anteriores, sino al final de su vida, décadas después.

Notas

¹ Varona, Enrique José. Mis recuerdos de Martí. *El Fígaro* (La Habana) 112; 5 mar. 1905.

² _____. “Carta al sr. Arturo R. de Carricarte. Sin fecha”. En *Crítica Literaria. Enrique José Varona*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979. p. 534.

³ Martí, José. “Epistolario”. En *Obras completas*. La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1965. t. 20, p. 290.

⁴ _____. *Ibidem*, p. 298.

⁵ _____. *Ibidem*, p. 330.

⁶ Varona, Enrique José. “El poeta anónimo de Polonia”. En: *Artículos y discursos*. Habana: Imprenta de A. Álvarez, 1891. p. 72.

⁷ Martí, José. “El poeta anónimo de Polonia. Por E. J. Varona”. En *Op. cit.* (3). t. 5, p. 116.

⁸ _____. *Ibidem*, t. 20, p. 342.

⁹ _____. *Ídem*, p. 346.

¹⁰ Varona, E. J. *Op. cit.* (1). p. 114.

¹¹ _____. *Ídem*, p. 113.

¹² Martí, J. “Seis conferencias”. *Op. cit.* (3). t. 5, p. 119.

¹³ Varona, E. J. *Op. cit.* (1). p. 114.

¹⁴ Cabrera, Olga. “Una interpretación de la vida y el pensamiento de Enrique José Varona. Apéndice”. En *Op. cit.* (2). p. 545.

¹⁵ Meza, Josefina. *La obra político-social de Enrique José Varona. Política y Sociedad*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1999. p. 3.

¹⁶ Varona, Enrique José. Martí y su obra política., 14 de marzo de 1896. Discurso en De la colonia a la República. En *De la colonia a la república*. La Habana: Editora Cuba Contemporánea, 1919. La Habana, 1919. p. 83.

¹⁷ Roa, Raúl. “Enrique José Varona en su centenario”. En *Retorno a la alborada*. Santa Clara: Universidad Central de Las Villas, 1964. t. 2, p. 66.

¹⁸ Vitier, Medardo. *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primera lección de Filosofía (1880-1930)*. La Habana, 1935. p. 558.

¹⁹ Varona, Enrique José. “Primer aniversario. Patria, mayo 20 de 1896”. En *Artículos*. La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación, 1951.

²⁰ Portuondo, Fernando. “Martí y sus amigos Cecilio Acosta y Enrique Jose Varona”. En *Estudios de Historia de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973. p. 233.

²¹ Martí, José. *En los Estados Unidos* / Publicado por Gonzalo de Quesada y Aróstegui. Imprenta de la Gaceta de la Habana, 1922. t. 3.

²² Varona, Enrique José. Martí en los Estados Unidos *El Fígaro* (La Habana) 412; 7 sept. 1902.

²³ Varona, E. J. *Op. cit.* (1). p. 114.

²⁴ _____. “Respuestas a un cuestionario sobre Martí”. En *Op. cit.* (2). p. 535.



Enrique José Varona: una aproximación a su obra literaria

Gerardo C. García Barceló

Profesor de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona

Enrique José Varona (1949-1933), cuyo 160 aniversario de su natalicio conmemoramos en el 2009, es una de las figuras más entrañables en cuanto a lo que a formación de la nación cubana y a consolidación de su conciencia se refiere. Intelectual de anchísimo espectro, reconocido y venerado como filósofo, pedagogo, guía de juventudes e imagen de lo más selecto de nuestra conciencia nacional en momentos claves de nuestra historia, cultivó también con acierto el texto literario.

Lo más excepcional del pensamiento cubano de todas las épocas se ha pronunciado con respeto y veneración respecto a la obra de Varona, para los cuales esta ha conservado y probablemente elevado en muchos casos vigencia y alcance. José María Chacón y Calvo lo conceptuó como: “[...] un cubano egregio que perteneció al linaje de los fundadores”. Y Ángel Augier subrayaría en 1949: “[...] su vigorosa influencia en la liberación del pensamiento hispanoamericano de las ataduras teológicas e idealistas –siguiendo la corriente racionalista y científica de nuestros fundadores, Caballero y Varela–, y su apostolado de las esencias sociales predominantes en la creación literaria y

artística”. Y Luis A. Baralt destaca en él al “Hombre avisadísimo en cuestiones literarias y artísticas, daba a las artes una primordial importancia en el conjunto de la vida del hombre en sociedad”.¹

Sobre la influencia ejercida dentro de la república neocolonial, ha señalado Raúl Roa en *El fuego de la semilla en el surco*: “Sepultados el pensamiento revolucionario y la letra innovadora de Martí bajo la profusa hojarasca de sus panegiristas de aniversario, Varona y Sanguily, aunque absorbidos por sus deberes públicos, conservan la rectoría intelectual ganada con su obra pretérita, acrecida ahora moralmente por sus patrióticos consejos, advertencias y reconvenciones”.²

Y más adelante dirá, refiriéndose a la significación que alcanza su ejemplo entre la joven intelectualidad cubana de las primeras décadas del siglo xx: “[...] a Sanguily y a Varona los exhiben como modelos de escritura ancilar, patriotismo integérrimos y ética pública. Eran sus mentores cívicos”.³

En los albores de la década del 80 del pasado siglo, afirmará la estudiosa cubana Olga Cabrera, compiladora de sus artículos literarios: “Concibió el periodismo y el magisterio como los mejores

vehículos para lograr la ascensión de su pueblo, para hacerlo grande, superior. Debe recordarse el papel que destinaba a la educación y a la cultura. Hacer ciudadanos que actúen como una fuerza sobre los gobiernos”.⁴

Todos estos criterios avalan la importancia dentro del proyecto de nuestra nación de Enrique José Varona y su obra, como uno de nuestros padres fundadores, heredero de la mejor tradición cultural, educativa, social y política cubana. Por ello, con este trabajo se ha pretendido una relectura desde la actualidad del texto varoniano con la cual se privilegie su relevancia y valores, a partir del análisis de ejemplos seleccionados, representativos de un discurso literario que constituye complemento cultural ineludible de su figura.

Varona, su obra poética y el romanticismo literario

El aporte cubano al romanticismo literario, momento cultural que nació unido a la idea de la libertad, al surgimiento de nuestras repúblicas y a la búsqueda de las claves para desentrañar las esencias de nuestro paisaje, no son nada despreciables. Nuestra patria vio nacer al primero de los románticos latinoamericanos en la persona excepcional del poeta José María Heredia, aquel que elevó a categoría de símbolo de nuestra nacionalidad a la palma y cantó como nadie la naturaleza desatada en sus fuerzas elementales en su poema dedicado al “Niágara”.

Heredia inscribió en el imaginario de ese movimiento el inicial acercamiento, en el ámbito de la lengua, a nuestro mundo desde esa estética. Posteriormente, verán nuestras tierras florecer

un singular y pujante momento literario representado por voces de elevadísima calidad, no sólo desde el ámbito insular, sino incluso desde el continente, y que coincidirá con las cristalizaciones de los ideales independentistas formulados por Varela, Luz y Caballero, Vicente Antonio de Castro, los próceres del 68 y que conseguirán su más elevada concreción en la labor y prédica de Nuestro Héroe Nacional José Martí.

Al acercarnos al asunto referido a los intentos de clasificación generacional dentro del romanticismo en Cuba, existe consenso entre nuestros estudiosos en lo relativo al reconocimiento de dos promociones dentro del movimiento. En la segunda, caracterizada por el intento de rectificar imperfecciones y descuidos dentro de este momento literario y proponerse alcanzar una expresión más sosegada y libre de excesos, denominada “reacción del buen gusto”, capitaneada por Rafael María de Mendive, excelente poeta cuya labor creativa ha quedado opacada por el hecho trascendental de haber sido el entrañable maestro de José Martí, encontraría su espacio la obra del Enrique José Varona.

No parecen subsistir dudas en cuanto al planteo anterior por parte de nuestra crítica. No obstante, en este intento de redimensionamiento que se propone nuestro trabajo consideramos que los argumentos esgrimidos por Emilio Carilla en su ensayo titulado “El Romanticismo en la América hispana” aportan otras perspectivas nada despreciables sobre este momento literario, que permiten llegar a concepciones más sólidas sobre el asunto que nos ocupa.

Reconoce este autor la existencia de tres generaciones, tomando como referente el año de nacimiento: la primera, que contempla los nacidos entre 1800 y 1825, es decir, la de los iniciadores; la segunda, con los nacidos entre 1825 y 1850, y una tercera, donde ubica a los nacidos en torno a 1850.⁵

En el tercer grupo, Carilla coloca a Varona y señala que dicha promoción se funde, a fines de siglo con un modernismo entrañable, polémico, para los cubanos que –curiosamente– no desechó todo lo del movimiento antecesor, sino que conservó de este lo que tenía de elegante, despojado de excesos.⁶

Por lo tanto, la generación en la que se ubica a este autor muestra límites menos visibles, caracteres románticos diluidos e, incluso, hay momentos donde se superponen el movimiento que termina con el que comienza: un modernismo que será el encargado de alcanzar la independencia intelectual, postulada por Andrés Bello como emergencia ineludible, que complementaría la política.

No debemos minimizar la importancia de las tres primeras décadas de la vida del intelectual camagüeyano, dedicadas a estudios filológicos y de literatura comparada, así como al cultivo de la poesía, y esto, unido a la sólida cultura humanista que le acompaña, serán aspectos que no escapan a la mirada avizora de Salvador Bueno en *Figuras cubanas*.⁷

Adentrémonos en el análisis a partir del artículo periodístico, que en Varona se convierte en todo un paradigma de corrección, buen gusto y modernidad. Resulta muy curiosa la predilección del autor por esta tipología textual carac-

terizada, en su caso, por una brevedad capaz de no dejar cabos sueltos y de transmitir ideas de tal magnitud y profundidad, muchas de las cuales conservan su actualidad. Aparecieron en las revistas de la época y fueron recogidos, sobre todo, en *Desde mi belvedere* (1907) y en *Violetas y ortigas* (1917).

La comisión que reeditó en La Habana en 1938 *Violetas y ortigas* afirmó que lo hacían “[...] conservando el mismo número de artículos y el orden de la edición de 1917”, para más adelante señalar: “El artículo, como tipo de composición en prosa, se eleva en Varona a verdadera categoría literaria [...], prefería el reducido marco del artículo para sus juicios”.⁸

Veamos algunos ejemplos capaces de corroborar la opinión anterior. En el trabajo titulado “El periódico moderno”, aparecido entre las páginas 29 y 33 se expresan algunas ideas que parecen no haber perdido vigencia hasta hoy. Dice: “Hoy la opinión pública se hace oír en todas partes [...]. Las transformaciones del periódico corresponden a los cambios del valor y la importancia de la opinión”.⁹

Sobre dicha publicación periódica apunta: “[...] se adapta a las necesidades que llena y para adaptarse se transforma”. Y continúa: “Lo que caracteriza al verdadero periódico moderno es la amplitud de sus informes, que se extienden desde lo más trivial hasta lo más singular y extraordinario [...]. Su propósito es fotografiar la sociedad, y su deber la exactitud del parecido”.¹⁰

Destaca además la importancia del cultivo de un periodismo dirigido a satisfacer intereses del lector, con veracidad

y amplitud, dentro de una modernidad en su concepción que dialoga con las tendencias más representativas de la prensa en su momento y que hasta hoy conservan su vigencia.

El 9 de mayo de 1905, con motivo de la celebración de los 300 años de la publicación de la novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publica “Cómo debe leerse El Quijote”, que muy bien podría tomarse como modelo para una lectura moderna y esclarecedora de este texto de Miguel de Cervantes, donde comienza refiriéndose a los encuentros diferentes que realizó con la novela a lo largo de su vida, y formula una enunciación de claridad meridiana: “[...] la mejor manera de honrar al autor del ‘Quijote’ sea, no aumentar la secta de los cervantistas, sino acrecer el número de los lectores de Cervantes”,¹¹ idea que consideramos que mantiene toda su validez, cuando hoy los profesores, junto a la sociedad toda, intentamos, por las más diversas vías, la recuperación de los hábitos lectores de los estudiantes, a la vez que privilegia una idea esencial: nada supera la experiencia de la lectura de la obra que, como todos sabemos, cambia su recepción y se enriquece con el paso de los años.

Más adelante destaca una de las cualidades que lo impactan del relato, al referirse a la llaneza de la novela. En fin, privilegia la lectura sincera, el disfrute del mundo de prodigios de cada capítulo, lo cual permite recordar la obra con emoción, sin olvidar la fina tristeza que la atraviesa por todas partes.

En 1905 se publica *Desde mi belvedere* (reeditado en 1917 y 1938), que también recoge trabajos periodísticos.

La primera edición posee un prefacio, “Para disculparme”, donde plantea consideraciones muy interesantes sobre la quiebra de lo objetivo y expone una formulación que realmente habla de sus personales concepciones estéticas al decir: “Todo libro es una confesión”.

Los 57 pequeños textos se dirigen a fijar algún aspecto importante de la vida o del espíritu de un hombre que, por momentos, no puede sustraerse del influjo ejercido sobre él por la naturaleza desatada en sus fuerzas elementales o en su inmensidad. Recorren un espectro variadísimo, que contempla desde lo universal hasta lo cubano, desde Dreifus, un caso que sonó tanto y sobre el cual se escribió mucho en la época, hasta el poeta Heredia y el 10 de Octubre, entre otros temas.

Una curiosidad. Entre los firmantes de la nota editorial de la edición de 1938 se encuentran algunos de los representantes más significativos de la intelectualidad republicana como Fernando Ortiz, Medardo Vitier, Emeterio S. Santovenia, Roberto Agramonte y Fermín Peraza.

Entre los numerosos trabajos que conservan su vigencia nos referiremos, además, a dos en particular, aparecidos durante la intervención norteamericana en nuestras tierras y que muestran el alcance del pensamiento de Varona, incluso dentro de la comprometida situación de nuestra patria en esos momentos. En “Educación popular” (junio de 1899), reflexiona sobre un proyecto de educación para Cuba total y progresivo, que deberán emprender los gobiernos desde arriba y donde coloca en un primer lugar al maestro concebido

como un guía, como aquel que ha explorado más y descubierto más amplios horizontes. La modernidad y validez de sus planteos son hoy evidentes.

En el otro, “A barrer” (mayo de 1899), en una cuerda muy cercana al costumbrismo romántico que tanta importancia tuvo entre nosotros por sus preocupaciones sobre la manera de ser del cubano, Varona parte de un proverbio chino, que expresa: “Si cada cual barrera delante de su puerta, las calles estarían limpias”, y reflexiona sobre la necesidad de la construcción progresiva y futura de un alma nueva para el cubano del mañana, elaborada necesariamente por nosotros mismos. En este examen de conciencia que postula y realiza el autor invita a “[...] cada cual escobar los rezagos del régimen anterior [...]”.¹²

De múltiples y diferentes maneras, que denotan la riqueza de su mirada, abordó Varona la diversidad temática en sus textos, siempre contruidos desde una mirada indagadora y con la profundidad y responsabilidad del intelectual comprometido con el “mejoramiento humano”, al decir de Martí, y con la conformación de un hombre y una sociedad superiores con los cuales se siente comprometido. ¿De qué otra manera entender el acercamiento a Heredia que incluye en este libro?

Tras un balance inicial del siglo transcurrido desde el nacimiento del poeta hasta el momento en que escribe el texto (diciembre de 1903), en brevísimos trazos consigue conformar un panorama perfecto de los males y tragedias soportados por la nación y que el coloniaje español nos legara. Ante la pobreza, la desconfianza y el temor al

futuro que acompañan al cubano, Varona nos coloca ante un reto: reanimar y salvar a Cuba. Destaca, entonces, la concepción de la libertad de la patria en el texto herediano como obra de saneamiento moral, a tono con sus ideas y actuación.

Dirá sobre nuestro poeta del Niágara: “Cantó en lenguaje no oído hasta entonces en Cuba cuanto hay de tierno y bello en los sentimientos humanos, cuanto hay de grandioso en la naturaleza, cuanto hay de sublime en las obras y el espíritu del hombre. Y sus versos armoniosos volaron por todo el país, como enjambre de ideas fulgurantes, que iban a punzar las almas dormidas y a llenar con imperecedero susurro las conciencias”.¹³

La originalidad, agudeza, cubanía, el dominio del oficio periodístico, la conformación de un artículo de evidente alcance estético caracterizan, de manera general, un paradigma construido por el camagüeyano sobre los cimientos de una cultura general sólida y abierta a las más amplias consideraciones.

En un texto excepcional publicado en 1951, cuando Raúl Roa era secretario de Cultura, titulado *Homenaje a Varona*, que recogía trabajos escritos con motivo del centenario de su natalicio, así como criterios sobre su obra formulados en diversos momentos, aparece el trabajo “Varona en la historia literaria de Cuba”, del profesor Raimundo Lazo, quien afirma: “[...] fue un hombre de su tiempo, y pudo serlo muy cabalmente porque el siglo XIX fue el mejor marco histórico para un espíritu como el suyo, tolerante y crítico a la vez”.¹⁴

*Rumbo al poema de Varona:
una propuesta actual de relectura
y redimensionamiento*

De los numerosos ejemplos seleccionados para conformar la antología que Alberto Rocasolano publicara en 1983, integrada por cerca de 150 poemas, nos referiremos a algunos por su singularidad, dentro de un canon romántico liberado de excesos, como ya definimos anteriormente, cargados de un alto grado de intuición y conquistas expresivas, que imponen una necesaria y justa revalorización.

En *Poesías escogidas*, con textos escritos entre 1872 y 1875, encontramos el poema titulado “Amor”, realizado cuando el autor contaba 24 años. Lo primero que llama la atención es la utilización de la lira irregular como estrofa, con versos endecasílabos y heptasílabos, con rima aconsonantada y fórmula ABAB. A lo largo de nueve de ellas, indaga en lo que pudiera denominarse la fisiología del amor, cuando para destacar las manifestaciones visibles de este sentimiento utiliza interrogaciones retóricas, como en el caso de la segunda estrofa:

*¿La faz inclinas y sonriendo
[gimes?
¿Qué susurros aguardas, qué
[canción?
¿Detienes el andar? ¿El pecho
[oprimes?
¿Palpita el corazón?*

Pero, además, encontramos otros tópicos románticos presentes, el canónico de la mujer-ángel, cuando conceptúa a Julia como virgen, el amor como vía de conocimiento de la realidad y la naturaleza desatada típicamente romántica

concebida muy al gusto de la época, en consonancia con el alma del poeta, como puede apreciarse en la estrofa que expresa:

*Oye, Natura, espléndida bacante,
Acompaña al unísono mi voz,
¿No sientes ese soplo
[deslumbrante
Meteoro veloz?¹⁵*

Esa identificación entre el alma y la naturaleza desatada, tan cara a los románticos la consigue Varona en la penúltima estrofa, cuando expresa una conceptualización del amor como fuerza arrasadora, muy personal:

*El filtro que se infunde en sus
[entrañas,
Que da al volcán su aliento
[abrasador,
Que arranca de su asiento las
[montañas,
Virgen, es el amor.¹⁶*

Dirá finalmente a la amada: “Tú vives de lo que amas./ Y yo... de lo que amé”. El amor ha terminado con la ruptura de la pareja, muy a tono con el paradigma del amor romántico imposible.

Un poema como este puede servir para ilustrar la conceptualización del texto lírico que impuso el romanticismo en su época y que, todavía hoy, el paso del tiempo no ha podido privar de las preferencias del lector. ¿Qué apuntar a favor de su autor?: la sobriedad de una expresión, conseguida salvando estridencias gastadas a favor de una manera de decir serena, mesurada, muy personal, en fin, la construcción de un texto muy bien escrito.

Otro ejemplo de interés lo constituye “La dama blanca” (1877), y que pertenece a lo denominado como segunda parte de sus *Poesías*, donde se recogen textos escritos entre 1875 y 1878.

Refiere el poema una tradición bayamesa, la de la dama referida con anterioridad. Como todos sabemos, ese asunto de las leyendas fue de la predilección de los románticos en la época y hemos visto que ellas han tributado a los más diversos momentos históricos. Como si esto fuera poco, no resulta ocioso recordar que dentro del movimiento se crea la forma genérica denominada “tradición” por el peruano Ricardo Palma y la cual contemplaba la presentación, en prosa, de una historia con ciertas dosis de ficción, provenientes, a veces, del imaginario popular. En Cuba, serían muy reconocidas las escritas por Álvaro de la Iglesia.

En el caso de Varona, este asume otro molde, el lírico, para expresar la historia dividida en tres partes perfectamente delimitadas. La primera nos presenta a una guajira virginal, nombrada Rosario, niña devenida mujer por el amor, nos aclara el poeta, que la sitúa en un espacio cubano:

*Rosario, guajira bella
De las floridas sabanas
Por donde el Cauto sereno
Y anchuroso se dilata;*¹⁷

Al construir ese primer espacio para la naturaleza, el autor elige el paisaje rural cubano, típico para situar su historia, pero libre de estridencias y, aunque sin dudas resulta idealizado, se destaca por su estilización en muy pocos rasgos.

En la segunda parte se refiere la leyenda, motivo como ya expresamos de

la predilección romántica. Retoma el campo cubano en sus elementos esenciales definidores: la palma, símbolo de nacionalidad, a la que Heredia dio carta de identidad, y el río. Aquí introduce otro tópico muy del gusto de ellos: lo exótico, al referirse a la cultura árabe en el canto de la dama blanca, el cual relata las recompensas maravillosas que dispensará a quien obtenga sus favores.

La tercera nos presenta la historia del amado, muerto ahogado persiguiendo una ilusión. De nuevo el amor romántico interrumpido por la muerte que, a la vez, nos recuerda al protagonista de la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer que busca la ilusión del rayo de luna; textos entre los que se podría establecer un diálogo intertextual enriquecedor.

Sin lugar a dudas, la historia hermosa de la dama blanca está muy bien expresada y realza su valor la presentación de un paisaje cubano que contempla lo guajiro, la noche de luna, nuestro río más extenso visto como corriente rápida, espumosa franja; nuestra flora: palmas, yagrumas, júcaros; nuestra fauna: garzas, entre otros elementos de la naturaleza insular.

Formalmente, el metro elegido es el sonoro octosílabo, utilizado en nuestra música popular campesina, agrupado en estrofas de cuatro versos, donde los impares quedan libres y los pares riman en asonancia. Con semejante combinación, el poeta consigue una musicalidad sugerente y grata al oído.

También en otra cuerda se mueve Varona, a quien nos lo presentan como poeta de mucho oficio y recursos inesperados. En el poema “XXVII”,

perteneciente a “Gotas de rocío”, dice: “Con la estación vernal vuelven las flores/ Mas no vuelven al alma sus amores”.¹⁸

Si bien sigue indagando en el tópico del amor perdido romántico que no vuelve, por la concentración, la expresión conceptual, la brevedad, desde su estructura de pareados monorrimos endecasílabos, nos recuerda el antipoema parriano posterior que, como sabemos, tiene su antecedente en la poesía del español Campoamor.

El crítico cubano Alberto Rocasolano, autor del prólogo a *Poesías escogidas de Enrique José Varona*, publicadas por la editorial Letras Cubanas, había establecido ya aquí importantes recurrencias entre la obra del cubano y la del asturiano, sobre todo en la construcción de un poema breve, de marcado conceptualismo en el lenguaje. Y, por supuesto, no olvida recordarnos que este ha sido considerado por la crítica el primer antipoeta de la lengua.¹⁹

Por último, queremos referirnos a un texto que pertenece a *Paisajes cubanos*, titulado “Bajo la capa del cielo”, escrito en 1875. Los motivos que nos llevan a valorarlo son de naturaleza diferente a los anteriores. El texto nos habla de un joven llamado Arturo de Guzmán, que ha sido “educado fuera” (expresión que evidentemente dialoga con nuestros escritores costumbristas del siglo XIX, los cuales albergaron sus preocupaciones y reservas sobre esta instrucción, como lo muestran numerosos artículos periodísticos de la época), que lleva una vida disipada, ha viajado por Europa y vive rodeado de aduladores de su fama. Regresa a Cuba a disfrutar de la herencia que re-

cibe a la muerte del padre. Escéptico, al final del poema intentará poseer a una joven esclava, que temerosa del amo acudirá a su benevolencia para evitar la posesión:

*Sin medios de evadirse,
Cual acosado cervatillo
La faz candente al suelo,
Sintiéndose a la par como
[azotada
Por ráfaga de hielo [...]].²⁰*

La concepción de Arturo de Guzmán como ese aristócrata contradictorio y banal recuerda una formulación posterior, realizada por el poeta español Antonio Machado, en “El pasado efímero”, donde construye la imagen del terrateniente venido a menos económicamente, típico del fin de siglo español post desastre del 98. Es evidente la posibilidad de diálogo entre ambos textos, muestras de las preocupaciones de los autores por el futuro y sus indagaciones en la sociedad. Varona presenta a Guzmán, desde el inicio, como personaje contradictorio, típico de lo romántico. Ya desde la primera estrofa, en el último verso, advierte: “Ama la libertad y tiene esclavos”.

Se destacan, asimismo, las referencias al paisaje cubano. En la imagen del atardecer en nuestros campos resulta innegable que el poeta alcanza expresiones poéticas logradas, por ejemplo al conceptualizar al trueno lejano como “Adiós de la violenta turbonada”, dentro de un tratamiento de la tormenta como naturaleza desatada, evidentemente muy medido. También sirve la naturaleza para comparar el recelo y el temor que provoca en la joven y bella esclava, cuando la contrasta con una torcaza,

al refugiarse en el jardín, tratando de evitar al amo.

Utiliza en su estructura la silva, estrofa aconsonantada de diferente número de versos, endecasílabos y heptasílabos, muy del gusto de los poetas cultos, que había sido introducida por el bardo renacentista español Garcilaso de la Vega en el siglo xvi.

En un trabajo titulado “La poesía de D. Enrique José Varona”, aparecido en el *Diario de la Marina* en 1949, José María Chacón y Calvo reconoce la injusticia del olvido notorio al que se ha sometido su obra poética. Un poco antes se ha interrogado: “¿Fue la poesía de Varona un mero ejercicio literario, un divertimento de humanista? ¿Respondía, por el contrario, a una profunda actitud de espíritu? Creo, sin vacilar, en esta segunda interpretación”,²¹ postura que entendemos, conserva su vigencia hasta hoy.

Conclusiones

El periodismo de Varona, dentro de su proyección cultural, participa de un magisterio que el autor desplegó a lo largo de su vida y muestra concepciones modernas y renovadoras sobre el contenido de los diarios, la concepción de la lectura como disfrute y sus preocupaciones sobre la construcción de la nacionalidad, elementos que mantienen su actualidad hasta hoy.

Consideramos que la expresión serena y mesurada, así como el dominio de los múltiples recursos utilizados por Varona merecen una relectura actual, por la formulación de un proyecto de modernidad cultural concretado en los valores académicos, ético-humanísticos, de cubanía, que acompañan la calidad

de sus artículos y permiten arribar a una justa revalorización de textos de una expresión poética que hoy día parece un tanto olvidada, pero no exenta de méritos.

Se muestra al autor como poeta, dueño de un sólido oficio y múltiples recursos, que alcanza logros expresivos muy encomiables y da un espacio personal a la naturaleza cubana concebida desde sus aspectos más típicos y estilizados.

Notas

¹ *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su natalicio*. La Habana: Dirección de Cultura, 1951. 2 t.

² Roa, Raúl. *El fuego de la semilla en el surco*. La Habana: Letras Cubanas, 1982. p. 51.

³ *Ibídem*, p. 65.

⁴ Varona, Enrique José. *Crítica literaria*. La Habana: Letras Cubanas, 1979. p. 10.

⁵ Llaudy, E. e Inés María Izquierdo. *Literatura hispanoamericana. Selección de lecturas*. La Habana: Editorial Libros para la Educación, 1979.

⁶ *Ibídem*, pp. 167-168.

⁷ Bueno, Salvador. *Figuras cubanas*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964. p. 87.

⁸ Varona, Enrique José. *Violetas y ortigas*. La Habana: Cultural S.A., 1938. p. 5.

⁹ *Ibídem*, p. 3.

¹⁰ *Ibídem*, pp. 30-31.

¹¹ *Ibídem*, p. 248.

¹² _____. *Desde mi belvedere*. La Habana: Editorial Trópico, 1938. p. 74.

¹³ *Ibídem*, p. 165.

¹⁴ *Homenaje a Enrique José Varona... Op. cit.* (1). p. 231.

¹⁵ Varona, Enrique José. *Poesías escogidas*. La Habana: Letras Cubanas, 1983. p. 73.

¹⁶ *Ibídem*, p. 74.

¹⁷ *Ibídem*, p. 102.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 143.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 27.

²⁰ *Ibíd.*, p. 113.

²¹ *Homenaje a Enrique José Varona... Op. cit.* (1). p. 15.

Otra bibliografía

ARCOS, JORGE L., Y OTROS. *Historia de la literatura cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2005.

MARTÍNEZ, M. Y OTROS. *Temas de teoría de la literatura*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989.



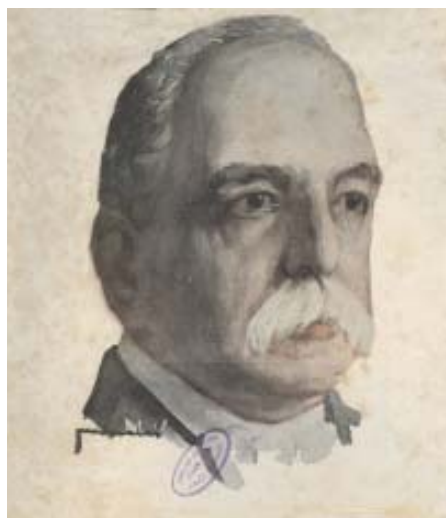
El pensamiento ético de Varona. Del naturalismo ético a la eticidad revolucionaria*

Armando Chávez Antúnez

Profesor de la Universidad de La Habana

En la historia de Cuba, la moral ha jugado un papel decisivo en el desarrollo de acontecimientos que han representado verdaderos hitos de la vida nacional. Desde los albores de la nacionalidad cubana hasta la lucha por la edificación del socialismo, las fuerzas progresistas han sido movidas por intereses que tienen una relación estrecha con ansias de perfeccionamiento social y humano. La búsqueda del bienestar de la patria, el establecimiento de un mundo humano donde la persona pueda desenvolver todas sus potencialidades, en fin, la motivación moral ha guiado la actuación de nuestras vanguardias revolucionarias.

Para comprender la esencia de esa moralidad revolucionaria, uno de los tesoros más preciados de nuestro pasado y nuestro presente, resulta muy importante conocer el pensamiento ético de las figuras cimeras de la patria. Ese ideario moral de las grandes personalidades nacionales se ha convertido en una poderosa fuerza que ha impulsado nuestra creación histórica. Y esto



Dr. Enrique José Varona. Óleo del natural por Valderrama

ha podido ser así, porque una constante en las concepciones éticas de nuestras individualidades descollantes ha sido el humanismo, el patriotismo y la solidaridad con otros pueblos, es decir, la primacía de los intereses sociales en relación con los intereses personales. En su lucha por un destino mejor,

* Ponencia presentada en el evento Varona y Ortiz en el torrente de ideas, efectuado en abril del 2009 en el Centro Hispanoamericano de Cultura, La Habana.

las fuerzas morales han sido la principal reserva del pueblo cubano y el pensamiento ético de los grandes hombres ha devenido el cimiento, el motor y la expresión más elevada de la moralidad revolucionaria.

El conocimiento del pensamiento ético cubano, a través de sus exponentes más relevantes, resulta necesario para entender el fundamento de nuestros avances revolucionarios. Guiar nuestra conducta a partir de los principios morales que ellos propulsaron y concretaron en la práctica, constituye un punto de referencia insuperable que nos permitirá sostener una actitud de vanguardia en el quehacer cotidiano.

En el desarrollo histórico de la moralidad nacional sobresale por méritos propios y por su calidad de iniciador Enrique José Varona (1849-1933), quien fue portador de un pensamiento ético de gran aliento teórico y, a la vez, hombre de su tiempo, cuya conducta moral fue ejemplar. Por eso, el estudio de la eticidad varoniana deviene deber y necesidad. Deber porque significa desentrañar un pensamiento ético de verdadera valía que corresponde a la de los fundadores de la patria; necesidad, ya que la ética preconizada por Varona, por pertenecer al fondo de oro de la moralidad cubana, vertebrada con nuestras aspiraciones actuales de formar una personalidad caracterizada por una conciencia moral superior.

Si quisiéramos expresar con breves palabras la esencia de su periplo vital diríamos que fue un escultor de hombres, un forjador de conciencias. Para llevar a cabo su misión concientizadora

se valió de la educación como medio y de la moral como vía. Por esta razón, el conocimiento del pensamiento ético varoniano resulta un punto de referencia obligado para comprender sus indiscutibles aportes a la formación de una conciencia patriótica cubana.

El pensamiento ético de Varona sobre todo sus interpretaciones acerca del fenómeno moral se conforma inicialmente bajo la influencia del naturalismo, en particular por los descubrimientos de Charles Darwin y los trabajos de H. Spencer. En esa etapa, las concepciones éticas varonianas aparecen sistematizadas en la tercera parte de sus *Conferencias filosóficas* de 1882. Bajo el nombre de *Moral*, nuestro pensador explicita sus criterios éticos. Su punto de partida consiste en considerarla como un objeto de estudio que debe ser abordado con rigor científico. En este sentido escribe: “[...] el estudio de la moral no será para nosotros materia de apasionadas discusiones, ni pretexto para tiradas sentimentales, sino un nuevo e interesante objeto de análisis, en que procederemos, en cuanto sea posible, a la manera de los naturalistas; estudiándolo todo sin prejuicios ni teorías preconcebidas”.¹

Enrique José Varona, en sus primeros trabajos de proyección ética, considera que el mundo moral es una prolongación de fenómenos similares a los que se dan en el ámbito de los comportamientos zoológicos. El evolucionismo spenceriano y el darwinismo social constituyen las bases teórico-metodológicas a partir de las cuales nuestro filósofo interpreta y explica el quehacer humano en general, y el fenómeno moral en particular.

Fundamentando su punto de vista, Varona expone que

[...] la gran ley que rige la vida de las sociedades como la de todos los organismos es una evolución incesante, o sea, una adaptación continuada a las circunstancias externas, merced a la transmisión hereditaria de los caracteres útiles, adquiridos por variaciones y modificaciones lentas en el curso de la existencia individual y colectiva, siendo esta ley una ley social, y la primera de todas, la formación de los sentimientos morales tiene que entrar de lleno bajo su dependencia.²

Por las limitaciones que el evolucionismo impone a sus concepciones éticas, Varona argumenta la existencia de conductas morales en los animales y llega a establecer similitudes entre manifestaciones instintivas en el mundo animal y comportamientos morales en el ámbito humano. En este sentido expresa que “[...] tan pronto como la asociación por familias se ha presentado en la forma de un hecho constante, en determinadas especies encontramos que ha surgido el respeto a la vida animal semejante que ayuda a la función reproductiva, comienza la simpatía y los actos adquieren un carácter manifiestamente moral”.³

En el despegue del pensamiento ético varoniano, los conceptos de adaptación al medio, y la lucha por la existencia, herencia y variabilidad constituyen claves fundamentales para comprender y explicar la moral como fenómeno humano. La vida social, en su criterio, no es más que una expresión de lucha por la existencia, y la moralidad el vehículo más idóneo para

lograr la adaptación al medio y, por ende, una existencia digna de la condición humana. Nuestro pensador explica este punto de vista cuando expresa:

Ahora bien, si según el supuesto se han fortalecido los sentimientos e ideas en consonancia con el estado social, es claro que el individuo en cuestión se encuentra en las mejores condiciones para vencer las dificultades de la lucha por la existencia, prolongar su vida y reproducirse en una sucesión numerosa a la que puede transmitir, en todo o en parte, los caracteres heredados y adquiridos, y a la que puede colocar así en mejores condiciones de existencia. Es decir, el individuo adquiere, por el ejercicio y por la transmisión, práctica, y robustece sentimientos de un orden que lo hacen singularmente apto para la vida social: estos son los sentimientos morales.⁴

En consonancia con su filiación evolucionista, Enrique José Varona, en los comienzos de la década del 80 del siglo XIX, se pronunciaba en contra de la lucha de clases y moralmente la calificaba como una manifestación de egoísmo. Se muestra contrario a toda transformación violenta en el seno de la sociedad y propugna la colaboración entre las clases. “Lo que se ha llamado el espíritu de clase –expresaba Varona– no ha sido más que un egoísmo colectivo de determinadas partes de un cuerpo social, enfrente del resto y en antagonismo permanente. El resultado ha sido siempre una serie de conmociones más o menos profundas que han alterado, desviado o anulado el proceso de los organismos en que ha tenido lugar”.⁵

En esta etapa, Varona concibe la solución de los males que aquejan a la patria mediante la utilización de formas no violentas. Posteriormente, reniega de esas posiciones reformistas y proclama la moralidad de la lucha revolucionaria.

En los últimos años de la fecunda existencia de Enrique José Varona, su pensamiento ético rebasa el estrecho marco del darwinismo social. A contrapelo de su naturalismo ético de las décadas anteriores, llegó a plantear: “La moral es una cosa puramente humana. En el resto de la naturaleza no se encuentra. Ni debajo, ni encima del hombre. Varía con él, varía en el tiempo, varía en el espacio”.⁶

Los cambios que Varona experimenta en su pensamiento, constituyen un resultado de la influencia que sobre su espíritu alerta ejercieron acontecimientos tales como la conversión de Cuba en neocolonia yanqui, la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Octubre y la crisis general del capitalismo. Todas estas realidades minaron su confianza en las posibilidades del régimen burgués y le hicieron comprender las potencialidades que presupone la lucha de los trabajadores como propulsora de un nuevo mundo, un mundo verdaderamente humano. Con excepcional previsión auguró que “[...] la lucha que ahora empieza de veras, la lucha entre el propietario y el proletario dejará pequeñas a cuantas ha presenciado la humanidad con espanto”.⁷

Haciendo patente ese optimismo histórico que caracterizó a la etapa conclusiva de su periplo vital, Varona alegaba: “El imperialismo americano ha llegado a su cúspide. Y a la cúspide se puede llegar, en ella no es dable per-

manecer. La era del imperialismo ha completado su trayectoria”.⁸ Y agregaba:

En ocasiones me figuro asistir a la apocalíptica destrucción del mundo, la cual predice el alumbramiento de otro orden social muy diverso. Los poderes públicos, elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo, y lanzados unos contra otros en una colisión tremenda de la que han de salir destrozados. Sólo el socialismo como doctrina se mantiene o pretende mantenerse fuera del conflicto, cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre estas ruinas.⁹

Y barruntando el porvenir, aquel anciano venerable, pletórico de sabiduría precisó: “El mundo se transforma; hagámonos dignos de vivir en los nuevos tiempos que se alborean”.¹⁰

Conducirse moralmente en la vida fue el sentido de la existencia de Varona, concretando acciones en beneficio de sus semejantes y procurando mediante el concurso personal la satisfacción de los intereses nacionales. La consecución del bien mayor para sus compatriotas constituyó su divisa ética. Este fundamento colectivista que estuvo presente en sus concepciones, lo llevó a propugnar el humanismo como principio rector de la conciencia moral y a ver en el patriotismo el fundamento por antonomasia, para una práctica moral consecuentemente humana.

Enrique José Varona fue conciencia de su medio y de su época. Y como conciencia real reflejó las contradicciones que pugnaban en el seno de su pueblo y a nivel mundial en la etapa histórica

que le tocó vivir. Como ser humano siempre lo persiguió el ansia de avanzar en su modo de pensar y de servir mejor a los intereses de su patria. Por esas razones, como bien expresó Carlos Rafael Rodríguez: “Varona es uno de los puentes entre el pasado cubano y nuestras ideas actuales”.¹¹

Notas

¹ Varona, Enrique José. *Conferencias filosóficas. Moral*. La Habana. Establecimiento Tipográfico, O Reilly No. 9, 1888. p. 7.

² *Ibíd*em, p. 173.

³ *Ibíd*em, p. 9.

⁴ *Ibíd*em, p. 174.

⁵ *Ibíd*em, p. 32.

⁶ _____. *Cuba Contemporánea* (La Habana) 26:11; 1921.

⁷ _____. *Con el eslabón*. Manzanillo: Editorial El Arte, 1927. p. 94.

⁸ _____. “Carta a Jorge Mañach”. En *Pensamiento revolucionario cubano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1971. t. 1, p. 269.

⁹ _____. *De la colonia a la república*. La Habana: Editora Cuba Contemporánea, 1919. p. 6.

¹⁰ _____. *Op. cit.* (8).

¹¹ Rodríguez, Carlos Rafael. Lo que honramos en Varona. *Fundamentos* (La Habana) 406; 1949.



Acercamiento al ideario educativo de Enrique José Varona y Pera*

Justo A. Chávez Rodríguez

Investigador del Instituto Central de Ciencias Pedagógicas

Enjuiciar el pensamiento educativo de Varona siempre ha traído al estu-
dioso, preocupaciones metodológicas. En primer lugar, sus ideas acerca de la educación se encuentran dispersas en artículos, discursos y ensayos, contenidos en revistas especializadas, periódicos, etcétera, y abarcan prácticamente toda su vida intelectual. Por otro lado, el ilustre camagüeyano vivió en tres períodos diferentes de la historia del pensamiento educativo cubano y siempre se mantuvo muy activo: en la segunda mitad del siglo XIX, período colonial; durante la primera intervención norteamericana en Cuba (1899-1902), y hasta los inicios de la tercera década de la república (1902-1933).

¿Cómo estudiarlo? ¿Por separado y retomar su obra educativa en cada período histórico?, o ¿enfrentar el estudio de su ideario educativo de manera integral? Este es el enfoque que se ha decidido seguir.

Una particularización se puede hacer. Varona elaboró la mayor parte de sus ideas educativas en la segunda mitad del siglo XIX, y trabajó en etapas sucesivas en el ajuste necesario de dicho ideario; en la práctica cotidiana, como política educacional, diseñó modelos educativos parciales como lo requería la posición política que ocupó en cada período histórico.

Para Varona, toda teoría educativa debía tener como brújula orientadora una filosofía de la educación, y es evidente que para él resultó la vertiente científicista del positivismo, la cual profesó ampliamente. “De la concepción general del mundo y la sociedad que posee cada pueblo depende su sistema de enseñanza”.¹

De las consecuencias sociológicas de su filosofía, se desprende el hecho de considerar que el desarrollo del hombre está condicionado inevitablemente por la ley de la selección natural, adscribiéndose de esa forma a posiciones del darwinismo social, predominante en su época.

El individuo tiene que adaptar, ajustar, su posible desarrollo a premisas biológicas y, sobre todo, al entorno natural y social donde vive. Siempre su concepción de la educación es de base naturalista. Entonces, ¿para Varona el hombre se encuentra a merced de las circunstancias? Sin discusión, no. Le confirió a la educación un papel activo y necesario en el proceso de la formación del hombre.

¿Cuál es el alcance de la educación para Varona?

Lograr que, de una manera consciente y dirigida, el inevitable proceso de adaptación transcurra en forma

progresiva y evitar así los efectos nocivos que la acción educativa espontánea pueda traer en la formación del individuo: “[...] educar, desde el punto de vista comprensivo, no es nada menos que intervenir en la adaptación del individuo al mundo circundante y a la sociedad, facilitarla y dirigirla, para procurar que la ineludible ley de selección se convierta en instrumento del progreso personal y colectivo”.²

¿Cuál será, entonces, el problema fundamental de la educación?: “[...] la manera, los procedimientos, el contenido y el fin de la educación, han de cambiar forzosamente con el transcurso y las vicisitudes del tiempo, y tomar forma diversa en cada país, dentro de las grandes líneas de la civilización del grupo a que pertenezca”.³

El fin de la educación para Varona es el de preparar al hombre para la vida, pero en el sentido spenceriano, en el concepto positivista, ya que el hombre no puede librarse de las leyes naturales que lo atan al nacer. Martí, en la misma etapa, desarrolló este concepto en otro sentido.

La formación del hombre debe ser integral y armónica y tiene que ser responsabilidad de toda la sociedad, especialmente de la escuela. El niño que pasa por la escuela debe salir de ella con la iniciación suficiente para realizar su vida de hombre dentro de los límites de su capacidad natural.⁴

En la “Lección VII” de sus *Conferencias filosóficas. Lógica*, Varona expresó que la educación tiene dos formas primordiales: “Una inconsciente e involuntaria [...] y otra consciente y voluntaria [...]. A esta última es a la que se da más especialmente el

nombre de educación”.⁵ Esta formación consciente a la que aludió debe ser permanente, graduada y mediante la implantación de una escuela única linealmente concebida.

Asimismo, reclamó la armonización de la influencia ejercida sobre el individuo en formación, entre el medio social y la escuela, porque cuando hay un desequilibrio a favor de la educación inconsciente, entonces, “[...] aquella destruye e invalida cuanto ha querido hacer la otra”.⁶

Varona proclamó la necesidad de la enseñanza práctica y teórica, científica y humanística, pero indiscutiblemente y por imperativo de las circunstancias históricas del momento, centró su interés en especial en la formación científicista y en el practicismo.

Conveniente es analizar que en un momento de su desarrollo histórico se preocupó por la formación integral y plena del alumno, al considerar que la enseñanza deberá contribuir “[...] a la formación de los hábitos morales, al desarrollo mejor del cuerpo humano, al desenvolvimiento de la inteligencia y a la expresión adecuada y racional de los sentimientos y emociones de cada niño, dándose a la parte moral, la preferencia”.⁷

Este particular resulta interesante en el vuelco del pensamiento de Varona si se considera que estaba en un momento muy ortodoxo dentro de la línea del positivismo spenceriano. Al considerar, como otros pensadores anteriores, que la axiología y la ética debían definir la naturaleza del cubano, abandonó la axiología positivista y volvió los ojos a la que habían impulsado en su momento Varela y Luz. Se fortaleció

con la más rica tradición del pensamiento cubano. Por ello, el pensamiento de Varona es legítimo y forma parte de la más rica tradición cubana, pues, al volverse electivo, logró darle originalidad a su pensamiento y enfocarlo, verdaderamente, a partir de los intereses y las necesidades de la nación cubana en ciernes. Otros pensadores, en su época, como Valdés Rodríguez, y más tarde Aguayo, harán lo mismo, pero más bien en forma ecléctica que electiva. Valdés se afilió en parte al neotomismo y Aguayo al schlerianismo, primero, y después, al espiritualismo. No abandonaron la posición básica del positivismo y del pragmatismo en lo referente a la cognición, pero sí le dieron un giro al pensamiento, en cuanto a los problemas de los valores.

En el ideario educativo de Varona se encuentran preocupaciones por la puericultura, la educación de los adultos, la enseñanza de la mujer, la escuela rural, los requerimientos higiénicos para la construcción de los edificios escolares, la conversión del presidio en un verdadero taller-escuela, el perfeccionamiento de la enseñanza de la lengua vernácula, el estudio del idioma inglés desde el cuarto grado de la primaria, así como por la educación superior y la

vinculación de la escuela con el clima cultural cubano.

En síntesis, resulta un pensamiento educacional moderno que constituyó un impulso renovador, favoreció el tránsito de la colonia a la república y orientó los primeros pasos en materia educacional, a partir de 1902.

Notas

¹ Varona, Enrique José. *Trabajos de educación y enseñanza*. La Habana: Comisión Nacional de Educación de la UNESCO, s.a. p. 111.

² *Ibíd.*, p. 173.

³ *Ibíd.*, p. 174.

⁴ *Ídem.*

⁵ _____. *Conferencias filosóficas. Lógica*. La Habana: 1980. p. 196.

⁶ *Ibíd.*, p. 117.

⁷ _____. Reformas de la enseñanza. *Patria* (La Habana) 1(192):2.

Otra bibliografía

CHÁVEZ, JUSTO. *Bosquejo histórico de las ideas educativas en Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1996.

VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *Con el eslabón*. Manzanillo: Biblioteca Martí, 1927.



Varona: Comprensión ético-filosófica del mundo, del hombre y la sociedad

María Elena García Sánchez

Profesora de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona

Introducción

A lo largo de sus 84 años de vida y de su trabajo intelectual, Enrique José Varona (Puerto Príncipe, 13 de abril de 1849-La Habana, 19 de noviembre de 1933) fue un ejemplo de moral pública y de entrega a favor del bienestar del pueblo, primero sometido al despotismo del coloniaje español y después empujado hacia una independencia mediatizada por los Estados Unidos. “Viviente flor de mármol”, le llamó Martí.

El viejo maestro encarnó a toda una generación de la inteligencia cubana, cuyo positivismo en filosofía significó el repudio de las viejas ideas metafísicas y un compromiso activo con el nacimiento de un nuevo sentido científico de la vida, a partir de métodos experimentales para la determinación de las leyes últimas de cualquier enfoque o conceptualización y en la comprensión de los problemas fundamentales de la razón humana.

No fue un marxista, pero en sus análisis ético-sociales se valió de la comprensión materialista de la historia, y cuando estalla la primera guerra imperialista mundial de 1914 interpreta dialécticamente y lúcidamente el fenómeno



como preámbulo del alumbramiento de otro orden social muy diverso que ha de llegar.

Su última lección cívica quedó viva y actuante en su consejo a los estudiantes enfrentados a la tiranía de Gerardo Machado. Sólo a los pocos meses del derrumbe político de agosto, en 1933 consintió en bajar a la tumba. Este es el hombre, el patriota que recordamos, porque su lección sigue viva y útil para nuestro tiempo como una fuerza en nuestra cultura y en nuestra conducta.

Fue infatigable en su acción cívica como poeta, ensayista, crítico literario,

periodista, sociólogo, político, orador, pedagogo y sin dudas filósofo. Es esta arista de su enciclopédica mente la que pretendemos analizar, siendo nuestro propósito valorar el pensamiento ético-filosófico de Enrique José Varona a partir de los presupuestos históricos y teóricos que lo sustentaron, en correspondencia con la acertada tesis leninista de que: “[...] los méritos históricos de las personalidades históricas no se juzgan por lo que no haya dado en relación con las exigencias de la actualidad, sino por lo que dieron de nuevo en relación con sus antecesores”.¹

I. Presupuestos de partida

Los fundamentos del positivismo hay que buscarlos en el empirismo inglés, que juzga tarea suprema del conocer la conquista de la naturaleza y el perfeccionamiento² de la vida humana, proporcionando a la ciencia el papel principal. Para la transformación de esta es trámite previo someter a crítica toda la escolástica y poner en duda cuanto se juzgaba verdad. Surge como la llamada filosofía de las ciencias, que se ha convertido en base de la organización técnico-industrial de la sociedad. Sus principales exponentes, Augusto Comte (1798-1857), John Stuart Mill (1806-1873) y Herbert Spencer (1820-1903) se refugian y exaltan a la ciencia como único método válido, limitándose a la descripción de hechos.

La historiografía positivista renuncia al análisis de importantes problemas filosóficos y sociales. Cumple su función social al defender el orden establecido (“orden y progreso”) y propiciar el desarrollo del capitalismo industrial. De su defensa al liberalismo contra el papel

del Estado y la regulación estatal de la economía es la demoledora crítica martiana a Spencer en su artículo “La futura esclavitud”.³

Nuestra filosofía, la hispanoamericana, no obstante tener cierta originalidad, ha sido en mucho, importada de Europa, con los problemas y métodos de trabajo de ella, si bien ajustada por nuestra propia experiencia y aplicada a orientar y dar solución a nuestros problemas. El pensamiento ético-filosófico varoniano debía entroncar, necesariamente, con la tradición ética de sus antecesores. Con Caballero, Varela y Luz se transita de la escolástica a la filosofía moderna, irrumpen como reformadores del intelecto, pensadores por cuenta propia. Su afán por elevar, mediante la educación, el nivel moral e intelectual de Cuba penetró su tiempo, empeñados por formar hombres capaces de amar el derecho y el valor de la justicia.

Durante su primera conferencia de Lógica, después de exponer las ideas y tendencias de los principales pensadores de su tiempo, Varona pone de relieve su adhesión al positivismo, nacido de una profunda meditación atinente a la naturaleza y límites del conocimiento humano. Habiendo llegado a una cabal madurez intelectual, Varona acepta de forma crítica la filosofía positivista, pero elabora una forma personal de ella. En esto consiste su singularidad.

Podemos mencionar entre las ideas positivistas de mayor acogida en Varona la confianza sin límites al valor de la ciencia en la vida social, la crítica de los grandes sistemas especulativos, la necesidad del desarrollo industrial,

de la cultura, del progreso social y del liberalismo democrático burgués, aunque no compartió la evolución posterior y el destino del positivismo en Europa.

El positivismo evolucionó por caminos divergentes en Europa y América Latina. En esta última aparece entre los años 1859 y 1860 con la llamada “Generación de los constructores” (construir la civilización, la modernidad), puesto que aquí, donde las transformaciones burguesas estaban lejos de haber obtenido su coronación y más bien constituían un imperativo histórico, el positivismo debía desempeñar una función social progresista, radicalizando su antiescolasticismo.

Si a fines del siglo XIX Varona declaraba su optimismo, consistente en una ilimitada confianza en el poder de la ciencia en la vida social y en el desarrollo social progresivo, ya antes de arribar a la década del 20 del siglo XX, se ve afectado por la desconfianza y el pesimismo, a la vista del panorama de la república neocolonial, así como de los hechos acaecidos a escala universal (el estallido de la primera guerra mundial, coincidente con el triunfo de la revolución socialista de octubre).

Al publicar un grupo de trabajos en 1918, expresaba la conmoción que experimentaba su ideología en los siguientes términos: “En ocasiones me figuro asistir a la apocalíptica destrucción de un mundo [...]. Sólo el socialismo como doctrina, se mantiene o pretende mantenerse cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre todas estas ruinas”.⁴

Es este el modo de expresión desde la óptica de su clase, de su propia quiebra ideológica, destino histórico de la

clase por él representada, a la que sin embargo, trascendió sin rupturas definitivas. Prueba de ello es haber emergido del trance hasta convertirse en el mentor de la juventud revolucionaria de la tercera década.

Se opuso no sólo a la dictadura de Machado, sino que observador siempre de la realidad social, tanto nacional como internacional, aun expresada su no filiación socialista, escribía: “Nada más contrario a mis ideas, que este régimen [...], pero sí preveo que el socialismo, en sus diversas fases, y estructurado a las circunstancias orgánicas de cada pueblo es el régimen que, implantado hoy en varios países, sustituirá al sistema capitalista en un futuro inmediato. Vamos, sin quererlo o queriéndolo hacia el socialismo [...]”.⁵

No es posible estudiar la obra filosófica de Varona sin tomar en cuenta esos cambios ocurridos en la sociedad cubana y mundial, pues es en fin de cuentas esta realidad la que activa las ideas sustentadas por él. Coincidimos con Raúl Roa al señalar que “[...] en un país como Cuba, de estructura colonial, uncido al yugo extranjero y a la filosofía escolástica, el positivismo era la doctrina congruente con el proceso de desarrollo de la revolución democrática burguesa [...]”.⁶

Tanto en Cuba como en América Latina, cuando tiene su florecimiento la filosofía positivista (aproximadamente entre el último tercio del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX), las condiciones para la difusión de la filosofía marxista eran muy adversas, la clase obrera eran aún débil y la burguesía era todavía portadora de nuevas relaciones de producción. Para el arbitrario poder

colonial español, el positivismo se presentaba como una filosofía revolucionaria.

II. Comprensión del mundo

El positivismo sirvió de base a la comprensión del mundo de Enrique José Varona, aunque este no compensó por entero todos sus cuestionamientos. Varona se ubicó en posiciones más avanzadas que las de esta filosofía, fue un positivista que superó su propio positivismo. Una vez aceptado como un factor ajustado a las necesidades económicas de su época y factor condicionante de estímulo al desarrollo científico, sirvió de base a sus estudios de las ciencias naturales, psicología, lógica, sociología, así como al impulso dado a la educación media y superior.

Ya en 1877 Varona determina su posición filosófica al declarar: “Entre las dos tendencias radicalmente opuestas que se combaten a tantos siglos en el campo de la especulación filosófica, ha surgido en el nuestro una nueva corriente que, sin desviarse a ninguno de ambos peligrosos extremos, pretende, con el empleo de mejores métodos y el auxilio de los nuevos descubrimientos de las ciencias naturales, dar, o por lo menos preparar, la solución de las difíciles cuestiones que las viejas doctrinas son impotentes para resolver”.⁷

Sus concepciones éticas, como búsqueda teórica, constituyen la tercera parte de sus conferencias filosóficas, enmarcadas en las últimas décadas del siglo XIX. En su intenso quehacer durante la época republicana aplicó la ética a la realidad económica, política y social que le tocó vivir. Consideraba a la ética como ciencia y arte, postulando como principio de partida su subordina-

ción a la sociedad y su posibilidad ilimitada de perfeccionamiento.

Influido por la sociología de Spencer, Varona se oponía a toda sacudida violenta de la sociedad manteniéndose así en el nivel del reformismo político, sin embargo se reveló como activo partidario de nuestras luchas por la independencia e incluso llegó a justificar la violencia revolucionaria frente a la dominación colonial. Las teorías evolucionistas le sirvieron de base para enfrentar la concepción religiosa del mundo. El ateísmo varoniano fue una constante mantenida en épocas diferentes del desarrollo de la sociedad cubana. Al fundamentar la influencia de la religión en la moral, señala que la hipotética idea de la retribución futura determina la conducta y subordina los fines inmediatos a otros más remotos, actuando como coacción interna a la que no se opone resistencia.

Toda la obra de Varona, filosófica, científica, de crítica literaria, así como de educador y de político fue muestra constante de su profunda y sistemática crítica a las instituciones y creencias religiosas. Entre sus aportes más significativos está la elaboración y defensa de una ética atea y con valiosos elementos materialistas, cimentada en que la vida moral se sustenta en principios naturales, humanos en sí, por lo cual no es un fruto sobrenatural.

Varona reprocha el sistema de política positiva de Comte, su subjetivismo y dogmatismo al fundamentar la transformación de la filosofía en una religión positiva, señalando que se había convertido “[...] en el mitagogo poseído de la Religión del Porvenir”.⁸ Varona distingue dos

períodos en la obra de Comte: “[...] en su primera época extiende y preconiza el método inductivo [...]. En todo este período predomina razonablemente lo objetivo y las generalizaciones filosóficas son legítimamente aceptadas por las ciencias”.⁹ Después, según su criterio, Comte trastorna su obra.

Influido por Spencer, pensaba que tanto el materialismo como el idealismo caían en el terreno de la metafísica (de la especulación). Viable es reconocer que tomó como la expresión más consecuente del materialismo, su segunda forma histórica, es decir, el materialismo mecanicista y metafísico y, en especial, su variante vulgar. Así le es aplicable lo que escribió Engels sobre Feuerbach, el cual “[...] confunde el materialismo, que es una interpretación determinada de las relaciones entre el espíritu y la materia con la forma concreta que esta concepción revistió en una determinada época histórica”.¹⁰

En su crítica ético-filosófica a la concepción spenceriana de una causa primera, Varona ataca de forma demoleadora los principios del idealismo y la religión: “Suponer una causa primera, una causa sin causa, es trastornar y derrocar el edificio intelectual, es introducir en nosotros mismos la desconfianza en nuestras fuerzas mentales y abrir la puerta a los más quiméricos errores”.¹¹

Aunque expresa su no adhesión a ninguna de las dos soluciones posibles ante el problema esencial de la filosofía, el sabio camagüeyano explica el surgimiento de la conciencia como el resultado de un proceso natural. Reconoce como punto de partida sólo a los fenómenos materiales concretos. Se

aleja de las posiciones clásicas del positivismo al reconocer que “[...] el papel de la filosofía es preparar esa síntesis, llegar, si puede, a la organización completa de los conocimientos. Y esto no puede confundirse con el papel de las ciencias particulares”.¹²

Varona considera los descubrimientos científico-naturales señalados por Engels como factores científicos que contribuyeron a la formulación de la dialéctica materialista y que fundamentan la unidad material del mundo (la teoría de Kant-Laplace sobre el origen del sistema solar y la teoría evolucionista de Darwin) concediéndoles gran valor para la aseveración del carácter objetivo del mundo y de la fuente objetiva del conocimiento. No concedió a Dios lugar alguno en su ontología, gnoseología, ni en su ética, pues lejos de motivar, reprimiría la conducta impidiendo así la felicidad humana.

III. Comprensión del hombre

Varona, como Sartre, consideraba substancial para un filósofo desembocar directamente sobre los problemas humanos, planteando el punto en sus verdaderos términos de partida: la compleja relación entre el sujeto y el objeto. Parte del proceso en su unidad, el mundo objetivo se da como el contenido de la representación, con la ayuda de la cual el hombre actúa y modifica la realidad: “[...] el supremo criterio de la verdad es la acción”.¹³ Concibe la verdad como la correspondencia del pensamiento con la realidad objetiva, pues “[...] una verdad meramente subjetiva es una quimera”.¹⁴

Como filósofo confía en la ciencia del hombre y los métodos que emplea,



De izquierda a derecha, sentados, Dr. Gastón A. Cuadrado, Dr. Enrique José Varona, Dr. Carlos Theyes, de pie, Ramón J. Alfonso y Manuel D. Díaz

ya que un problema no resuelto no es un problema irresoluble “[...] para conocerte a ti mismo, para determinar el lugar que ocupas en la naturaleza, para descorrer el velo de los orígenes, te basta a ti propio, te bastan tus métodos, te basta tu ciencia”.¹⁵ Reprocha el panlogismo hegeliano al señalar: “El yo se sale de la esfera de la relatividad cuando se piensa a sí mismo. Entonces es sujeto y objeto a la vez. Con un pequeño esfuerzo de atención queda patente el sofisma”.¹⁶

Para Varona, “[...] no es posible concebir al hombre fuera del estado de la sociedad porque carecería de sentido”. Esto implica que “[...] sus estados subjetivos se modelan sobre sus impresiones objetivas del orden social”, aunque “[...] no nos demos cuenta de esa dependencia, como no nos la damos generalmente de que respiramos”,¹⁷ lo

cual no hace del individuo un mero receptor pasivo de los estímulos exteriores, de ahí su crítica al sensualismo, “[...] porque desconoce la actividad verdadera del sujeto convirtiéndolo en una tabla rasa, llamado a repetir solamente los estímulos exteriores”.¹⁸

El hombre no puede prescindir de la vida social, y la vida del hombre en sociedad determina que sea un ser moral, un ser solidario. Sus actos se adecuan a las circunstancias sociales, el sujeto se acomoda al objeto, sus actos son morales si son solidarios. El fin de la moral es la buena conducta, lo que viole la solidaridad social es inmoral. En su crítica al imperativo categórico kantiano refuta su sentido abstracto y ahistórico, fuera del tiempo y el espacio, tan universal e hipotéticamente bien intencionado que resulta impreciso y descontextualizado, privado de toda objetividad.

El escepticismo y la desesperanza que se imputan a Varona fueron características que surgieron de forma transitoria y no un rasgo definitorio de su pensamiento. Constancia de su confianza en el hombre y de su crecimiento moral son estas palabras suyas de 1887: “[...] no hemos de cambiar la naturaleza humana; pero podemos modificarla”.¹⁹ Y el método que propuso en esencia para lograr esa transformación fue la educación.

Concede un lugar relevante a la educación en el perfeccionamiento moral, considerándola el más decisivo factor social. Vincula cultura, educación y ética, destacando la influencia del desarrollo intelectual en el comportamiento moral. En elevar espiritualmente

al hombre puso todo su empeño a lo largo de su generoso magisterio, aun a sabiendas de su difícil propósito nunca cejó en su porfiado batallar.

A pesar de sus revelaciones aprensivas en la segunda década del siglo xx, condicionadas por el dramatismo de la guerra mundial, la corrupción de los politiqueros y otros vicios del ambiente nacional, la confianza perdida en determinado momento se recupera de manera gradual cuando pone su vigilia y su lección en la juventud de la década del 20, la cual se enfrenta junto a la clase obrera a la tiranía machadista, soñando transformar la sociedad cubana.

Su optimismo ético le permite admitir como elemento primordial en la actuación moral, la simpatía y solidaridad humana sin detrimento al libre desarrollo de la individualidad, de la que era verdadero defensor. Califica de muy importante y complejo el fenómeno de la moralidad, destacando la relación entre conductas de interés individual y conductas de interés colectivo como inmorales o morales en dependencia de su provecho al todo social.

Varona siempre entendió al hombre en sus relaciones humanas: “[...] el hombre es un ser incompleto, para sentirse completo necesita del hombre”.²⁰ La extrapolación de la esfera biológica a la vida de la sociedad le hizo admitir algunos criterios propios del darwinismo social. Partió del supuesto de que “[...] en el crecimiento de un grupo humano, no vemos leyes distintas a las que presiden el crecimiento de un organismo individual, lo que cambia es la esfera de acción más amplia y los resultados infinitamente superiores”.²¹

Su sobrevaloración de las diferencias raciales encierra la condición propia de su ideología burguesa. El punto de partida darwinista sobre el cual se fijaban sus criterios, le hacía creer a una raza más moral que otra debido a las diferencias en su evolución. Se sustenta en lo que llamó “[...] el principio de la selección moral, dando el triunfo en la lucha por la existencia a las razas más activas, inteligentes y virtuosas”.²² Pero el hecho de que Varona aceptase la existencia de diferencias entre las razas no le situó en una posición racista ni prejuiciosa, al contrario fue siempre un defensor de la liberación de los negros esclavos, postura que lo distanció del autonomismo.

Defendió con ardor la eliminación de la discriminación de razas y de sexo, estimulando la incorporación de la raza negra y las mujeres al estudio. Refiriéndose a estas últimas escribió en 1882 sobre la necesidad de “[...] dejarla tomar las mejores armas, las de la ciencia”.²³ En 1928, al abordar de nuevo la cuestión racial afirmaba: “Durante mis años de profesorado en la Universidad tuve muchos alumnos de color y no advertí diferencia de capacidad entre ellos y sus compañeros blancos”.²⁴

Para Varona, el hombre en la medida que aumenta sus conocimientos de la realidad, actúa con mayor libertad. Su determinismo no conduce al fatalismo, la necesidad es objetiva, existe independientemente del hombre, pero el hombre no se somete a ella “[...] el hombre no es libre, pero se hace libre”,²⁵ “[...] el hombre no puede por tanto sustraerse al determinismo, pero sí puede en cierto modo educarlo y guiarlo, que es aquí vencerlo. No es un

autómata; mas para no serlo se necesita cultivar tanto la inteligencia como el sentimiento: la educación es su verdadera redentora”.²⁶

Anteponer el deber al deseo constituye un acto de conciencia moral derivado de la vida social del hombre, directamente proporcional al nivel cultural de este, al cultivo de su sensibilidad. Los preceptos morales orientan la conducta, reprimiendo o catalizando la actuación humana. El fin de la moral es la realización social del hombre y cumple tres preceptos fundamentales:

1- No dañar, respetar a los otros, lo que constituye condición de estabilidad social.

2- Cooperar para la utilidad y el placer común.

3- Hacer bien, nacido de la sensibilidad individual y fortalecido por el premio o la censura.

El ser perfectamente moral es, nos dice el filósofo camagüeyano, aquel capaz de limitar sus propios beneficios por favorecer a la colectividad. Considerada ciencia social, rama de la sociología, la moral constituye un instrumento de perfeccionamiento social. El hombre busca la felicidad, esta es la finalidad de su accionar y la conducta moral se la proporciona.

La esencia de la comprensión moral del hombre en Varona no fue del todo errada pero sí limitada, se sostiene en que “[...] el hombre es moral porque es sociable”.²⁷ No llega a precisar el carácter específico de la moral como resultado necesario y condicionado a lo largo de la historia de las formas en que se nos revela la esencia humana. “Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su

realidad –afirmó Marx–, el conjunto de las relaciones sociales”.²⁸

No comprende el carácter clasista de la moral, el cometido de la clase dominante en la configuración de la moral de un período determinado, ni sus consecuencias ideológicas en la sociedad dividida en clases, su propia ideología se lo impidió, quedándose a mitad de camino.

IV. Comprensión de la sociedad

Varona se planteó el examen de las leyes que rigen la vida social y aunque la enunciación que de ellas formuló no tenía un carácter científico en sí, el hecho de haberse planteado la investigación de dichas leyes, le llevó a la búsqueda de la regularidad del desarrollo social, su carácter progresivo y la posibilidad de un conocimiento sociológico objetivo.

El filósofo cubano admitía como un hecho seguro que en la base de todos los sucesos sociales se halla el factor económico:

[...] a mis ojos, la causa más eficaz de la inestabilidad que presenta nuestro pueblo desde hace casi un siglo, ha de buscarse en su estructura económica [...]. La teoría marxista que hace depender toda la evolución social del factor económico no es sino la exageración de un hecho cierto. Las necesidades económicas y las actividades que estas ponen en juego no constituyen el único motor de los complejos fenómenos que presenta una sociedad humana; pero sí están en las bases de los más aparentes y decisivos.²⁹

Varona, en su tentativa de explicación científica del desarrollo social, admitió

la validez de leyes en la sociedad como las de la selección natural y de la lucha por la existencia, con el consiguiente triunfo de los más fuertes: “En el perenne y misterioso combate que libran la creación y la destrucción, la victoria es siempre del más fuerte. Todo organismo para vivir necesita destruir a otro organismo”.³⁰ Hace determinar la moral de lo heredado biológicamente a partir de la variabilidad y adaptación al medio externo.

Unido con estos mecanismos biologizantes, aparecen elementos del determinismo geográfico de Montesquieu: “Los rasgos particulares de un pueblo, su raza, su constitución física, la naturaleza del clima en que vive, la extensión de su territorio, etc., son otros tantos elementos que entran en la formación de su carácter primitivo. Este carácter, una vez formado, tiende a organizar las instituciones políticas o militares que están en armonía consigo mismo”.³¹ La determinación del factor social sobre la conducta moral se confinaba a las condiciones biológicas y al medio geográfico.

El vicio principal del análisis sociológico varoniano es disolver la lucha de clases dentro de la teoría de la lucha por la existencia, de la cual se desgaja una selección natural como cimiento teórico del evolucionismo ético-social, o sea, la no aceptación de la revolución social como factor que empuja el desarrollo social. Piensa que las clases sociales –a las que denomina órganos del organismo social– tienen que ayudarse y tolerarse para evitar los grandes conflictos sociales. Las revoluciones eran para él elemento destructivo de todos los valores creados por la humanidad,

el triunfo de la irracionalidad en la historia.

No obstante, Varona entendió muy bien el problema del papel de las masas y de las personalidades en la historia: “Hoy los grandes actores en el drama de la historia no son los principales de los pueblos, sino los pueblos mismos”.³² Refiriéndose a la llegada a Cuba de Martí, Gómez y Maceo en 1895, escribió: “[...] su audacia habría sido demencia pura y simple, si no hubieran sabido que los aguardaba un pueblo entero [...]”.³³

Para Varona, las clases inferiores, en la acepción de que las menos ilustradas eran la clase obrera y el campesinado, las cuales debían seguir el patrón de la burguesía, “[...] las capas inferiores ajenas a la cultura y al refinamiento de las superiores, teniendo confiado a su actividad a un campo mucho más limitado, modifican lentísimamente sus condiciones de vida y así conservan con tenacidad extrema, las costumbres, las prácticas, las supersticiones y hasta el lenguaje de las épocas pasadas [...]”.³⁴

Evolucionista en el plano ético-filosófico y reformista en el político, sostenía que “[...] las jerarquías sociales son cosa postiza y deleznable, lo sólido es la solidaridad que agrupa y mantiene en unión simpática a todos los individuos en un agregado social”.³⁵ No estimaba la grave contradicción que separa al obrero, al trabajador, del capitalista (aunque debe tenerse en cuenta el bajo grado de desarrollo de dicha contradicción en nuestro país en los inicios de siglo).

Varona no vio desde un principio, como ya lo habían hecho Martí y Maceo, el carácter negativo del impe-

rialismo para los pueblos latinoamericanos y, en especial, para el nuestro, pero su posición va radicalizándose de forma gradual. En la conferencia “El imperialismo a la luz de la sociología”, de 1905, recomienda aprovechar las posibles ventajas que nos traía la cercanía y las relaciones con los Estados Unidos, aun cuando ya reconoce la magnitud de su expansión y dominación económica y política de dicho fenómeno, y llama a “no ser esa línea de menor resistencia” de su esfera de influencia.

La intervención norteamericana de 1906 es impugnada por el sabio cubano, que resuelve asumir la dirección del partido conservador con el fin de batallar por ordenar el país, hacerlo próspero e independiente impidiendo el constante peligro de las intervenciones yanquis. Sus deseos de independencia nacional lo iban conduciendo a posiciones antiimperialistas radicales.

En 1918 solicitó al Congreso de la república una ley que impidiera la creciente venta de tierras a los norteamericanos. “Todas las soluciones –sostenía en 1921– aun las más graves, aun las más dolorosas, deben ser preferidas a la de una intervención americana, que mata jurídicamente a Cuba y que le cercena, quién sabe para cuánto tiempo su libertad y soberanía”.³⁶ “Tengo mis días de irreverencia –expresó en 1923– en que me da por comparar la Enmienda Platt con la famosa carabina de Ambrosio. ¿Qué enmienda han esgrimido los de arriba para tratar soldadescamente a Santo Domingo, Haití y nuestras hermanas mártires? No es la Enmienda; es el dólar y es el puño”.³⁷

Varona distinguió todos los indicios de la crisis de la sociedad capitalista y comprendió que su marcha declinaba. En 1923 escribe: “No creo en los remedios de los socialistas, pero veo y todo espantado, los males profundos de que se quejan con razón y justicia”.³⁸ Los últimos años de su vida están signados por el optimismo y una evaluación mucho más positiva acerca del socialismo y el movimiento obrero, lo que ha hecho decir con justicia a Juan Marinello:

Fue nota singular del gran meditador camagüeyano que rectificase con el tiempo enfoques y enjuiciamientos. Ello le venía de su central honestidad y de la mantenida preocupación por servir a su pueblo y a su tiempo en una postura más orientadora que combativa. A ello se debe que invirtiendo el curso habitual de las cosas, los años no sirvieron a Varona para encasillarse en viejos pronunciamientos, sino para impulsar una incansable renovación que lo hace ser en el momento de la despedida, hombre mucho más a la izquierda que en sus años mozos. De esa permeabilidad inusual, de esa actualización vitalicia arranca el hecho de que su magisterio fuese más ancho y eficaz en su clara vejez que en su juventud laboriosa.³⁹

Conclusiones

Al legado de Varona los marxistas no podemos renunciar, su obra es muestra de la continuidad lógica e histórica del desarrollo del pensamiento ético-filosófico y político en Cuba e integra una de las múltiples raigambres que atan

nuestra rica tradición cultural con las ideas que nutren la ideología de los tiempos presentes.

Varona va radicalizando su pensamiento ético-filosófico y sus posiciones políticas, sin romper con su ideología, pero superponiéndose a ella. Fue un hombre de pensamiento, un humanista, un crítico sagaz, penetrante y persistente de los males del capitalismo, pero no un promotor de la alternativa socialista.

Reconoce la inevitabilidad de la desaparición del capitalismo y de su reemplazo por el socialismo, lo que significa, al menos, llegar al umbral de posiciones revolucionarias consecuentes con la nueva época, que le hicieron escribir tres años antes de su muerte:

En torno nuestro, desde lo más próximo hasta lo más remoto, parece el mundo en período de gestación. El añoso árbol de la civilización occidental, fue sacudido y casi derribado por la guerra [...]. Pero sobre el viejo tronco pululan verdes renuevos [...]. El imperialismo americano ha llegado a su cúspide y a las cúspides se puede llegar. En ellas no es dable permanecer. La era del imperialismo ha completado su trayectoria [...], el mundo se transforma: hagámonos dignos de vivir en los tiempos que alborean.⁴⁰

Sus ideas ético-filosóficas constituyen una de las más altas expresiones del desarrollo del pensamiento sociológico burgués latinoamericano de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, y no obstante la influencia positivista, se caracterizaron por su originalidad y por su sentido progresista, a pesar de su carácter contemplativo, limitación in-

evitable derivada de condiciones históricas reales.

Notas

¹ Lenin, V. I. "Para una caracterización del romanticismo económico". En *Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1958. t. 2, p. 175.

² Perfeccionamiento visto a lo positivista europeo, pues al separarse o intentar separarse con la supuesta objetividad del hecho histórico, no se comprometen, y se alejan ingenuamente o de manera ex profesa del compromiso inevitable si vemos la ciencia-hombre como un todo.

³ Martí, José. "La futura esclavitud". En *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970. t. 15, pp. 388-392.

En ese texto expresa:

[...] y en todo este estudio apunta Herbert Spencer las consecuencias posibles de la acumulación de funciones en el Estado, que vendrían a dar en esa dolorosa y menguada esclavitud, pero no señala con igual energía [...] los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconsuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas [...].

⁴ Varona, Enrique José. *De la colonia a la república*. La Habana: Cuba Contemporánea, 1919. p. 6.

⁵ _____. "Entrevista con el director del diario *El País*, 20 de agosto de 1930". En Pichardo, Hortensia. *Documentos para la Historia de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974. t. 3, p. 446.

⁶ Roa, Raúl. *Retorno a la alborada*. La Habana: Editorial Universitaria, 1964. t. 2, p. 71.

⁷ Varona, Enrique José. La psicología de Bañ. *Revista de Cuba* (La Habana) 2:411; 1877.

⁸ _____. *Estudios literarios y filosóficos*. La Habana: Imprenta la Nueva Principal, 1883. p. 281.

- ⁹ Ídem.
- ¹⁰ Engels, Federico. “Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana”. En *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso, 1974. p. 627.
- ¹¹ Varona, E. J. *Op. cit.* (8). p. 313.
- ¹² Varona, Enrique José. *Conferencias filosóficas. Lógica*. La Habana. Establecimiento Tipográfico O Reilly, 1888. p. 24.
- ¹³ _____. *Op. cit.* (8). p. 188.
- ¹⁴ _____. *Nociones de Lógica*. La Habana: Imprenta la Moderna Poesía, 1902. p. 56.
- ¹⁵ _____. *Op. cit.* (8). p. 188.
- ¹⁶ *Ibíd.*, p. 311.
- ¹⁷ Varona, Enrique José. *Fundamento de la moral*. La Habana: Editorial Appleton y Cia, 1903. p. 105.
- ¹⁸ _____. *Op. cit.* (12). p. 156.
- ¹⁹ _____. “El baseball en la Habana”. En *Artículos*. La Habana: Publicaciones del MINED, 1951. p. 39.
- ²⁰ _____. “Reflexiones de un elevado”. En *Desde mi belvedere*. La Habana: Imprenta Rambla y Bouza, 1967. p. 85.
- ²¹ _____. “El imperialismo a la luz de la sociología”. En *Antimperialismo y república*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970. p. 113.
- ²² _____. “La metafísica en la Universidad de La Habana”. En *Op. cit.* (8). p. 339.
- ²³ _____. “Ideas de la Mlle de Scudere sobre educación de las mujeres”. En *Trabajo sobre la educación y la enseñanza*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1961. p. 52.
- ²⁴ _____. Carta al señor Risquet (18 de julio 1928) manuscrito del Archivo Nacional de Cuba.
- ²⁵ _____. *Conferencias filosóficas. Psicología*. La Habana: Imprenta El Retiro, 1888. p. 411.
- ²⁶ _____. *Ibíd.*, p. 410.
- ²⁷ _____. *Conferencias filosóficas. Moral*. La Habana: Establecimiento Tipográfico O Reilly, 1888. p. 9.
- ²⁸ Marx, Carlos. “Tesis sobre Feuerbach”. En *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso, 1974. p. 25.
- ²⁹ Varona, Enrique José. *¿Abriremos los ojos?* La Habana: Publicaciones del MINED, 1951. p. 257.
- ³⁰ _____. “Días después”. En *Op. cit.* (20). p. 77.
- ³¹ _____. *Op. cit.* (12). p. 161.
- ³² _____. Los grandes hombres. *Revista Cubana* (La Habana) 4:87; 1886.
- ³³ _____. Luz que ofuzca. *Patria* (New York) 5:217, 1; 29 en. 1896.
- ³⁴ _____. *Op. cit.* (27). p. 163.
- ³⁵ _____. El derecho del puño. *Revista Cubana* (La Habana) 6:376;
- ³⁶ _____. “Declaraciones para *El Heraldo de Cuba*, La Habana, mayo 1921.
- ³⁷ _____. “Con el eslabón”. Manuscrito de la Biblioteca Nacional, p. 194.
- ³⁸ *Ibíd.*, p. 220.
- ³⁹ Marinello Juan. “Cuestionario presentado al Dr. Juan Marinello por Pablo Guadarrama”. En Guadarrama, Pablo y Edel Tussel. *El pensamiento filosófico de E. J. Varona*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987. p. 253.
- ⁴⁰ Universidad de La Habana. *Pensamiento revolucionario cubano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1971. t. 1, p. 178.

Función educativa de la vida y la obra de Enrique José Varona y de Fernando Ortiz

Rolando Buenavilla Recio

Profesor de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona

En nuestro país, cada vez es más apremiante indagar en la influencia educativa que ejercen las personalidades públicas en la población cubana. Se reconoce que los escritores e intelectuales ejercen una función pública cuyo alcance está en dependencia de la naturaleza de sus mensajes y el lugar que ocupen en la trama social e ideológica de cada país. Enrique José Varona (1849-1933) y Fernando Ortiz (1881-1969), intelectuales identificados con las corrientes patrióticas y progresistas, pueden ser estudiados no sólo por su inmensa obra filosófica y científica, sino también por la influencia que con su actuación ejercieron en la conciencia del pueblo cubano.

Según un viejo apotegma, se educa más por lo que se hace que por lo que se dice. Para los pueblos, determinados actos realizados en momentos oportunos de la vida nacional por figuras representativas de la nación, transmiten más educación que las estudiadas palabras dichas en paraninfos cerrados o cientos de páginas impresas que a veces no llegan a sus manos. Pero también se reconoce que la educación alcanza mayor penetración en la conducta humana en la medida que se evidencia una só-

lida unidad entre lo que dice el educador y lo que hace. Es entonces cuando hechos y palabras adquieren una nueva dimensión: la función educativa.

La historia de nuestro país lo confirma: “[...] lo mejor del pensamiento cubano nunca quiso quedarse en el pensar puro. Siempre se esforzó por promover la acción política y social y cultural, y enlazarse con las luchas revolucionarias de cada época histórica”.¹

Cincuenta y un años tenía Enrique José Varona cuando arriba el siglo xx y ya ha producido tres hechos de extraordinaria significación educativa, los cuales tuvieron trascendencia en la vida nacional:

1° Reafirma su ruptura con el Partido Autonomista, cuando este asumió posiciones cada vez más reaccionarias. Y lo hizo en carta pública dirigida a José Agustín Recio, entonces presidente de la Junta Provincial del partido en Puerto Príncipe. No sólo fue una definición de posiciones, sino una negación a la corriente contraria a los intereses de la población.

2° En la época precedente al estallido de la nueva gesta libertadora de 1895, Varona, cuyas palabras y gestos tienen significación en la vida del país,

realiza una sistemática labor de crítica al colonialismo español y su política de arbitrariedades que lo orientan hacia el independentismo, y en un gesto definitorio abandona sus inquietudes literarias y filosóficas, marcha hacia los Estados Unidos y ocupa el lugar de José Martí en la dirección del periódico *Patria*, en 1895. Con su prestigio apoyó la figura del Apóstol, que no pocos detractores tenía. Ya sabemos que no se incorporó con las armas en las manos a la guerra del 95, su experiencia del conflicto bélico de 1868 lo marcó para toda la vida, supo reconocer sus limitaciones en este sentido, pero combatió allí donde fue más útil: desde las trincheras de ideas.

3° Al producirse la derrota militar de España por las tropas de los Estados Unidos, primera intervención norteamericana en Cuba, Enrique José Varona ocupa la Secretaría de Instrucción Pública. Fue una decisión valiente que implicaba muchos riesgos, tal vez la más alta lección de carácter político que un cubano podía brindar. Hoy estamos conscientes de que no se identificó con los objetivos mezquinos del gobierno interventor. Su autoridad como ministro le permitió hacer lo que al gobierno español le hubiera sido imposible: promulgar la reforma de las enseñanzas media y universitaria. Ese hecho y los objetivos que perseguían marcaron todas las reformas de educación superior que han sido acometidas en Cuba.

En la república, donde es ya un sexagenario, ¿qué lo convierte en la figura paradigmática para los jóvenes de las generaciones de Julio Antonio Mella, Rafael Trejo, Pablo de la Torriente Brau e inclusive para los jóvenes lati-

noamericanos? Su apoyo al movimiento de reforma universitaria, que por su profundidad trasciende al resto del continente, así como a la consolidación del movimiento estudiantil, el cual se enfrentó al tirano Gerardo Machado, cuyas huestes llegaron hasta su vivienda y la ultrajaron.

Loló de la Torriente subraya que Varona estaba organizado mentalmente para pensar y enseñar, su acción corría pareja en dos direcciones: adoctrinando en estudios superiores e interviniendo en los asuntos públicos.

En cada uno de estos gestos, en cada uno de estos actos hay una función educativa. Durante sus 84 años de hombre laborioso, realizó con perseverancia, abnegación y austeridad su noble misión de educador de un pueblo joven.

Fernando Ortiz entra con 19 años a la vida republicana. Desde sus primeros pasos se presagia como un hombre de pensamiento, pero la situación social y política del país lo lleva rápidamente a las filas de la participación ciudadana.

En 1917 es elegido representante a la Cámara y designado su vicepresidente. Ortiz representó a la juventud cubana izquierdista dentro de las filas del Partido Liberal, así surgía la llamada “izquierda liberal”. Y con ese mismo ímpetu es autor del Manifiesto del 2 de abril de 1923 de la Junta Cubana de Renovación Cívica. En este año, publica *Un catauro de cubanismos, apuntes lexicográficos*. El prólogo fue escrito nada menos que por Rubén Martínez Villena, quien dice entre otras cosas que Ortiz era un hombre honrado, patriota íntegro y un “maestro siempre”.

A fines de 1923 figura entre los iniciadores de la Universidad Popular José Martí, fundada por Julio Antonio Mella. Allí se da a conocer a las jóvenes generaciones de estudiantes universitarios y también de los obreros, y a partir de ahora cruza la línea que a veces separa a intelectuales y proletarios.

Pero vale la pena mencionar un hecho que los maestros conocen poco. Fernando Ortiz inició en la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP) un ciclo de conferencia “analizando los factores de la decadencia cubana”, el 23 de febrero de 1924. Tituló su magistral trabajo “La decadencia cubana”, documento que presenta el estado de la educación y la escuela cubana, aproximadamente en el primer cuarto de siglo: el 53% de sus habitantes no sabe leer ni escribir; el país está en la escala de la instrucción por debajo de todas las Antillas; la instrucción pública está en un retroceso tan grave que si continúa así, la próxima generación entraría en la categoría de los pueblos no civilizados.

Es más que una conferencia un grito de alerta, un clamor en su voz, de las necesidades ancestrales de un pueblo colonizado y explotado hasta la miseria. Pero la degradación cultural se acompañaba de una degradación moral. Como jurista que era, pudo aportar un dato significativo que otros ocultaban por desidia o negaban por complicidad. Dice Ortiz: “En las pasadas elecciones más del 20% de la totalidad de los candidatos postulados por los partidos políticos tenían antecedentes penales, definidos por fallos judiciales ejecutorios”.² ¿Qué políticos eran aquellos! ¡Y qué política!

Pero hay un hecho que es toda una lección de dignidad y patriotismo, el cual desenmascara la política de los Estados Unidos hacia Cuba y a los gobernantes cubanos entreguistas. Fue el 29 de diciembre de 1930, en Boston, donde se reunía la American Historical Association y las demás academias de estudios hispánicos de dicho país. Ortiz trató sobre los factores de carácter económico y político que provocaban la situación de Cuba y expuso la responsabilidad de los Estados Unidos en la política cubana como consecuencia de un estado incesante de intervenciones a veces militares, pero casi siempre diplomáticas y financieras, las cuales en vez de asegurar la libertad de los cubanos habían promovido y sostenido una serie de gobiernos usurpadores del poder apoyados enfáticamente por Washington.

En 1941, organiza en el seno de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, la Alianza Cubana por un Mundo Libre, cuyo propósito era integrar un frente común en la lucha ideológica contra el fascismo, que tenía en Cuba un fuerte bastión en la oligarquía española representante del falangismo ibérico.

Durante ese propio año de 1941, la participación de Fernando Ortiz en el Movimiento por la Escuela Cubana en Cuba Libre, tiene relevancia popular. Juan Marinello había sido designado presidente de la Comisión de Enseñanza Privada del Consejo Nacional de Educación y Cultura, en donde presentó un proyecto de ley “sobre inspección y reglamentación de la enseñanza privada”, para ser discutido en el Congreso de la república. En su artículo primero dice: “Toda la docencia privada que se

imparte dentro de los límites nacionales queda bajo la inspección y reglamentación del Estado Cubano”.³

Juan Marinello argumentó con numerosos datos por qué era necesaria la aprobación de la ley: “En ciertos colegios extranjeros religiosos o no, están presentes en los textos y en las explicaciones una postura rencorosa contra nuestra independencia, un tono despectivo hacia lo cubano, un resentimiento de vencidos, una justificación de la obra de la monarquía española en América”.⁴

De inmediato, contra este proyecto de ley, los sectores más reaccionarios del país organizaron una campaña dirigida a impedir que fuera aprobado, la cual se llevó a cabo a través de la prensa nacional, en la que diariamente se publicaban artículos y declaraciones para tratar de confundir a la opinión pública con falacias y calumnias. Los representantes del alto clero, las asociaciones de caballeros católicos, los colegios religiosos más encumbrados y el periódico *Diario de la Marina* cerraron filas contra el proyecto de Marinello, pero no conformes con la sistemática campaña organizaron un acto político, en el antiguo Teatro Nacional, el 25 de mayo de 1941, bajo la consigna “Por la Patria y por la Escuela”. A él asistieron, y contó con su respaldo, de Pepín Rivero, Dorta Duque, Emilio Núñez, Nena Coll, Francisco Ichazo, José M. Casanova, Mario García Menocal, Alfredo M. Aguayo y otros de la misma estirpe.

Como respuesta se organizó otro movimiento integrado por las fuerzas y personalidades más democráticas y progresistas del país, y otras personas que sin estar identificadas con esta línea

eran partidarias, no obstante, de mantener en nuestras escuelas las tradiciones patrióticas y laicas. Este movimiento respondió a la consigna “Por la Escuela Cubana en Cuba Libre”, nombre que Enrique Roig de Leuchsenring le otorgó al movimiento que encabezó.

Dicho movimiento fue apoyado por más de 100 instituciones educacionales, asociaciones de estudiantes, de maestros, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) con sus federaciones que agrupaban a miles de obreros, los veteranos de las guerras de independencia, más de 100 logias, clubs y otras organizaciones de masas de diversos tipos.

El 22 de junio del propio año y en el mismo teatro se llevó a cabo un acto verdaderamente masivo, porque estaban representadas las masas trabajadoras, así como las fuerzas populares y democráticas de la nación, en donde intervinieron varias personalidades de reconocido prestigio nacional: el sabio Fernando Ortiz con su aval de figura nacional e iberoamericana de la ciencia y la cultura, Emilio Roig de Leuchsenring, historiador de La Habana, Sarah Ysalgué de Massip, María Corominas, Carlos Fernández, por la CTC y otras personas en representación de sus organizaciones. Todos los oradores coincidieron en vincular la lucha por la escuela cubana con nuestras guerras de independencia, con los educadores cubanos del siglo XIX: Varela, Luz, Saco, Mendive, Moralitos, José Martí, y además defendieron el carácter laico y democrático de la escuela cubana.

Fue un verdadero respaldo popular donde hubo conjunción de diferentes

sectores y organizaciones en apoyo al proyecto de Juan Marinello. En actos como este, el pueblo aprende a conocer quiénes son los que están identificados con sus intereses y aspiraciones y quiénes están en la línea de enfrente. El pueblo, con su eterna sabiduría, distingue a esos hombres, los marca y deposita en ellos su confianza; abre sus corazones y su mente, quedando así abierto el camino para recibir su influencia educativa.

Enrique José Varona y Fernando Ortiz pudieron ejercer una notable influencia educativa en amplios sectores de la población cubana, porque sus actos fueron consecuentes con su obra y su pensamiento.

Notas

¹ Hart, Armando. *Nuestra América: guía de nuestro tiempo. De la cultura*. La Habana: Ediciones Ministerio de Cultura, 1991. p. 10.

² Ortiz, Fernando. *La decadencia cubana. Conferencia de propaganda renovadora pronunciada en la SEAP, 23 febrero 1924*. La Habana: Imprenta y Papelería La Universal, 1924.

³ El VI Congreso Nacional de la Confederación de Colegios Cubanos Católicos. Boletín Extraordinario, Camagüey, jul., 1948. p. 22

⁴ Marinello, Juan. *Por una enseñanza democrática*. La Habana: Ed. Páginas, 1945. pp. 17-18.



HOMENAJES

Cintio Vitier (1921-2009)

A Cintio en su 88 cumpleaños*

Araceli García Carranza

Investigadora y bibliógrafa

Estimados amigos y colegas:

Con motivo del cumpleaños de Cintio Vitier, la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí lo felicita con esta muestra bibliográfica que inauguramos hoy, y al inaugurarla, es preciso recordar sus años aquí en la Biblioteca Nacional, en el otrora Departamento Colección Cubana, junto a su esposa Fina García Marruz.

Corrían los fines de la década del 60 cuando yo fui la jefa de Cintio y Fina en ese recordado y entrañable departamento. A pesar de mis años jóvenes los supe ver desde abajo, afortunadamente nunca se me ocurrió verlos desde mi jefatura, y Cintio, desde su grandeza intelectual, no sólo se ceñía a sus impecables y eruditas investigaciones literarias, compartidas y logradas junto a Fina, sino que me asesoraría hasta en las más sencillas selecciones bibliográficas, las cuales, casi por arte

de magia, lográbamos hacer brillar sin luces ni colores, en las vitrinas de esta Biblioteca Nacional, solamente lucidas con la valía de nuestra inmensa cultura cubana.

Como en una cinta cinematográfica recuerdo esos años junto a Cintio y Fina, sin embargo, de ellos viene a mi mente la forja de la Sala Martí, inaugurada por un anciano venerable, el profesor Manuel Pedro González, el 28 de enero de 1968, un domingo, a las diez de la mañana. Dirigía entonces la institución el capitán Sidroc Ramos, también fundador de la Sala y refundador, también, de la Biblioteca Nacional. Aquello fue una ocasión muy especial y conmovedora por la devoción e inspiración que se percibía en el Salón de Actos, por cierto, casi vacío. Luego transcurrieron algunos años en la Sala Martí y ahí recuerdo a Cintio, ensimismado en sus investigaciones, recuerdo a Fina, quien dirigía las visitas a la Sala Martí suministrando la prédica martiana a niños, jóvenes y adultos. La Sala fue amueblada con útiles usados de la propia Biblioteca: una vitrina, un sofá, mesas, sillas y un buró; en sus paredes fotocopias del Manifiesto de Montecristi entre otros cuadros, y en una de sus vitrinas los libros que había leído nuestro Martí, donados a la sala por el doctor

* Palabras pronunciadas por la autora el 28 de septiembre de 2009 en la inauguración de la exposición en homenaje a los 88 años de Cintio Vitier. Desgraciadamente, dos días después, la cultura cubana conoció la gran pérdida física de Cintio Vitier, el 1º de octubre en La Habana.

Julio Le Riverend, y que antes estuvieron en manos de Emilio Roig de Leuchsenring. Su primer fondo procedió de Colección Cubana, fueron los terceros ejemplares de la bibliografía activa y pasiva de Martí y que entre Josefina, yo y otros compañeros sacamos para inaugurar la Sala Martí. Con orgullo y veneración se organizaron y atesoraron, en sobres de Manila, los manuscritos de José Martí procesados por Marta García Hernández y Miguelina Ponte, y se mostraban los artesanales e impecables álbumes de fotos, salidos de las manos de mi hermana Josefina y, más tarde, los primeros y apretados catálogos que darían origen a la edición crítica del Apóstol. En la Sala Martí se sentía la devoción martiana de Fina y de Cintio, quienes atendían, con el mismo respeto, al ministro Raúl Roa, en aquellos años asiduo visitante de ellos en la Sala, que al más humilde de sus admiradores, seguidores o estudiosos de la obra martiana o de la literatura cubana. Estos trabajadores, ejemplos ambos de rigor y disciplina, ejercieron desde entonces el más estricto cumplimiento del código de ética que conoceríamos años después, porque la Sala Martí fue un verdadero santuario fundado por Cintio y Fina. A ambos debemos la creación de aquel monumento que emergió por los fondos de Colección Cubana y que aún existe, convertido en el Centro de Estudios Martianos que, por su producción intelectual y editorial, es, en la actualidad, una de las instituciones más

prestigiosas de Cuba, su actual Presidente de Honor es Cintio Vitier y hoy contamos acá con la presencia de su directora Ana Sánchez y de la subdirectora.

Y volviendo a la exposición que inauguramos hoy, en ella no faltan títulos como *Temas Martianos*, *Mozart ensayando su Réquiem*, *Flor oculta de poesía cubana* o la obra sobre Juana Borrero o acerca del *Papel Periódico de la Havana* y, ¿por qué no?, también *Ese sol del mundo moral*, en aquel momento un libro polémico, pero surgido también en la Sala Cubana, en Colección Cubana, entre otros textos, todos logrados en los años de trabajo de Cintio y Fina en ese departamento, sin olvidar, por supuesto, los siete *Anuarios Martianos* que cada año publicaron desde la Sala Martí, esa sección inseparable de ese departamento que recordamos.

Veamos entonces esta exposición convencidos de que, innegablemente, Cintio y Fina nos legan su ejemplo de ética revolucionaria, nos legan una huella imborrable de rigor, disciplina y entrega al trabajo, en especial demostrada en esta Biblioteca Nacional. Fina y Cintio, por tanto, están presentes aquí en la Biblioteca y seguirán presentes, así como en las más selectas colecciones cubanas, en lo más valioso de nuestro patrimonio intelectual y bibliográfico, porque la obra de ambos será ya imprescindible dentro de la cultura cubana.

Muchas gracias.



El día de hoy tiene un especial significado...*

Eduardo Torres Cuevas

*Historiador y director de la Biblioteca
Nacional de Cuba José Martí*

El día de hoy tiene un especial significado para todos nosotros, Cintio y Fina son parte de esta institución, son parte de la Biblioteca Nacional, para los más jóvenes esta biblioteca no sólo es el lugar donde se conserva un patrimonio bibliográfico, sino que conserva también una memoria histórica, de creación cultural, en el cual los nombres de Cintia y Fina tienen un especial significado. Decía Araceli que cuando ella dirigía ese departamento era muy joven y yo diría que ahí tienen a alguien que empezó muy joven y ha llegado a ser todo un símbolo en nuestra cultura. Pero particularmente quisiera sólo recordar que cuando yo era estudiante de bachillerato, había ya un nombre, que era el de Medardo Vitier, y era el nombre que se convirtió, para todos los que queríamos entender un poco a Cuba, en todo un símbolo. Aquellos dos libros de Medardo Vitier: *Las ideas en Cuba* y *La filosofía en Cuba*, después publicados en una sola edición, nos enseñaron a pensar a Cuba, a quienes

ya amábamos a Cuba, y esas líneas, ese desarrollar el sentimiento y el pensamiento por nuestro país, que no es más que desarrollar el sentimiento y el pensamiento por nosotros mismos, por lo que somos, tiene dos grandes constructores: Cintio y Fina.

Pienso que nunca estaremos a la altura de lo que ellos nos dieron y pienso que sería muy triste que los jóvenes no hayan leído la obra de Cintio y Fina. Creo que cuando hablamos de ese arquetipo de cubano, yo diría que si de cubanos hablamos, de cubanos que sienten y quieren a Cuba, hay que tener el ejemplo de Cintio y Fina, porque Cuba siempre será profunda, compleja y hay que estudiarla, porque es una cultura que se ha hecho a sí misma. Pensando y haciendo las obras como las de Cintio y Fina, lo único que puedo decir es que yo soy un devoto de esa obra, porque esta obra se escribió en muy variadas circunstancias, a lo largo de muchas décadas y con situaciones muy diferentes, pero si algo nunca cambió fue su profunda raigambre cubana, y si algo hay que decir de este fondo profundo de la obra de Cintio y Fina, es que hay que buscarlo allá, en los primeros que nos pensaron: en Varela, ¡en José de la Luz y Caballero!, ese estandarte que Cintio levantó con una mano y colocó en lo más alto de nuestro sentimiento nacional. Hoy, cuando hablamos de estos maestros, muchas veces recuerdo esta frase de Luz donde decía que “para que Cuba un día sea, soy yo

* Palabras pronunciadas el 28 de septiembre de 2009, en ocasión de inaugurarse la exposición en homenaje a Cintio y Fina. Desgraciadamente, dos días después, la cultura cubana conoció la gran pérdida física de Cintio Vitier, el 1° de octubre en La Habana.

maestro de escuela”, no es la Universidad la que forma el pensamiento y el sentimiento, ahí se llega después, es la escuela cubana de primaria a pre la que cultivó y la que hizo hombres que amaron a Cuba; y yo empecé a amar a Cuba por las obras de Medardo, y... bueno, dije mal, siempre amé a Cuba, pero empecé a entender a Cuba por la obra de Medardo, continuada por Cintio y por la increíble sensibilidad de Fina cuando escribe y toca en el corazón. Decía José Antonio Saco que el que no tiene el sentimiento de esa cubanidad, no podrá nunca entender a los que realmente piensan, sienten y son capaces de dar su vida, no sólo en un acto heroico, sino en ese heroísmo cotidiano, diario, permanente, del cual son modelo y ejemplo Cintio y Fina. La Biblioteca Nacional no puede menos

que sentirse orgullosa de que ellos hayan sembrado tantas cosas aquí, y si de nuestra memoria se trata, querida Araceli, creo que esta memoria, donde está profundamente enraizada es en figuras como Cintio y Fina, que creo que nos pertenecen, creo que debemos honrarlos con nuestro trabajo cotidiano, con nuestra ética, porque ese fue el gran mensaje de ese sol del mundo moral: la ética como punto raigal de la acción y del pensar y de la ciencia en nuestro país.

Gracias a Cintio y Fina, transmíteles [se dirige a la nieta, Laura Vitier, presente en representación de ambos] nuestra devoción y de seguro serán imperecederos en la memoria de todo buen cubano.

Muchas gracias.



MEDITACIONES

A propósito de la temática de “lo humilde-cotidiano” en *Habana del centro* de Fina García Marruz

Lennys Ders del Rosario

Profesora

“Hay una luz normal de la vida que escapa a toda sublimación y que sin embargo es la más sustentadora”.

FINA GARCÍA MARRUZ

Desde el azar que la nombrara Fina García Marruz* reverencia ya su vínculo con lo poético, pues es su “fineza”, recordando la que sor Juana Inés de la Cruz llamara la *mayor fineza* de Cristo, ese suave retiro de su vida y de su obra con que ha sabido permanecer, durante más de medio siglo, en el contexto cultural cubano. Resulta innecesario, porque este se encuentra ampliamente avalado por la calidad de su creación literaria, que emprendamos aquí el reclamo de un lugar que, en el marco de la poesía y la literatura cubanas, ocupa ya, sin dudas, quien ha sido considerada la única poeta¹ del Grupo Orígenes. Fina García Marruz constituye hoy, luego de algo más de medio siglo de producción poética continua, aunque no siempre



Portada de la Revista dedicada a Fina García Marruz en el 2003

* La Feria del Libro de La Habana en el 2009 estuvo dedicada a Fina García Marruz y al historiador Jorge Ibarra. [N. de la E.]

presente en nuestros escenarios editoriales, una figura ineludible de la poesía en lengua española.

Un recorrido por la que el crítico Jorge Luis Arcos, quizá el más esclarecido de los estudiosos de la obra de la poeta, ha llamado la “Poesía de lo pequeño, lo cotidiano, lo sencillo, lo inmanente [...]”² en su reciente libro *Habana del centro* es el propósito de estas indagaciones.

Habana del centro recoge la labor poética de la autora en el período de 1971 a 1989 e integra, junto a sus imprescindibles *Las miradas perdidas* y *Visitaciones*, el núcleo de su obra poética. Cada uno de estos libros constituye una verdadera “totalidad”, un universo creativo que da fe, de manera excepcional, de la pluralidad de los intereses poéticos de García Marruz en un período determinado. Libros heterogéneos, nunca inconexos, pues los vertebran la superior coherencia del pensamiento poético de la autora, formulado con frecuencia en numerosas composiciones donde priman las declaraciones de su poética.

Poesía de “lo humilde-cotidiano” hemos acordado en llamar a la que aquí nos ocupa. Tal terminología surge de nuestra necesidad de abarcar una zona muy amplia y disímil de la praxis poética de Fina García Marruz y que, como denominador común posee, a nuestro entender, los elementos que el término arroja. No sería correcto entonces, identificar el contenido de esta temática con lo que la crítica generalmente atribuye a “lo familiar” (ambiente y objetos hogareños, ocupaciones cotidianas, amigos y parientes, etcétera), aunque de hecho lo incluya, como veremos; sino que el conjunto

bajo la denominación de “lo humilde-cotidiano” comprende la alusión a seres, fenómenos y órdenes de la realidad que podríamos calificar de no-privilegiados, ínfimos e incluso marginales, así como a ámbitos de “lo cotidiano” que no se ciñen sólo a la espacialidad de la casa, sino a un círculo más amplio: una ciudad e incluso un país. En *Habana del centro*, en particular “lo humilde-cotidiano”, se manifiesta en tres órdenes de realidad que son, a la vez, los asuntos fundamentales de la temática: los objetos, los seres y los ambientes o situaciones.

Desde el punto de vista de la poética implícita de Fina García Marruz referente al tema de “lo humilde-cotidiano”, el poema “En la confusa adolescencia”, primero que frecuentaremos de este libro, aporta elementos de su comprensión de la realidad y del lugar que esta ocupa en relación con la literatura y, en general, con toda forma del saber, puesto que el poema se refiere a la lectura del filósofo Plotino. A través de la descripción de una circunstancia cotidiana, perteneciente a los recuerdos de juventud del sujeto lírico (sus lecturas de Plotino y la pintura de las sillas que la madre encargaba al tío por Navidad), la autora pretende establecer la transformación de su visión de “lo real”: de un pasado desapego del mundo inmediato circundante (que es aquí específicamente el de “lo familiar”) a favor de abstracciones filosóficas,³ a la comprensión actual, según la que: “[...] nada son para mí las páginas que leía tan seria,/ entre la fiel emanación del aceite/ y la vida desatendida, verdadera!”⁴

Pero la transformación no es tal, al menos en la especificidad del cuader-

no “Habana del centro”, pues se precisa que estos sucesos nimios, estas materias (“sillitas para la Navidad”⁵) atraviesen la prueba del tiempo, se conviertan en pasado, que se reconozca desde un nuevo “ahora” (quizá por ello otra vez “desatendido”) que se vive “sin *aquel sol!*”,⁶ para que aquellas se vuelvan “Materias que me ampararon” y la realidad, entonces desestimada, en “la vida verdadera”. En este sentido, el poema anuncia la poética del cuaderno “Habana del centro” (el primero que integra el libro de igual nombre) en lo que se refiere al tratamiento de la temática de “lo humilde-cotidiano”, el cual consiste en abordar no una realidad presente, sino enmarcada en el contexto mayor de la memoria poética (o poetización de los recuerdos).

Asimismo, la composición “Es verano”, del propio cuaderno, plasma la comprensión de “lo real” que tiene la autora, cuando establece una correspondencia, dada a través de la cadena ascendente de relaciones y reflexiones que registra el poema, entre el vuelo mínimo de unas moscas y las constelaciones del cielo (entre lo ínfimo y lo infinito); y concluye, más que elocuentemente, su lectura de las inscripciones estelares:

*[...] se vio el Arado rudo
-toda la oculta majestad del
laboreo diario-
inscrito en las estrellas.*⁷

“Aquí”, del cuaderno “De los humildes y de los héroes”, a la vez que alude, de hecho, a la coyuntura geográfica e histórica de la nación cubana: “Bordes dentados/ de la isla en el mapa,/ caimán, lengua de pájaro.”,⁸ hace también una

importante declaración de la poética que sostiene el cuaderno:

*[...] y es
el buen seguir (¿quién
lo diría?) heroico,
el cada-día que nos mata
y nos ayuda tanto
(hay que decirlo), y nos ayuda.*⁹

Un significativo número de textos del cuaderno “Habana del centro” como son el poema de igual nombre, “La gota de agua de La Habana Vieja”, “Año 30”, “En la luz, solamente”, “La puesta”, “Con bandoneón”, “Los buenos días”, “Las vidrieras”, “Calle Águila”, entre otros, alían en su asunto, en triple relación, la ciudad, la memoria y lo cotidiano.¹⁰ En ellos se construye un espacio de la remembranza que no es el de la casa (espacio privilegiado de “lo familiar”), sino el ámbito más amplio de la ciudad, que muestra su rostro diario, vuelto entrañable por incorporarse a la intimidad de los recuerdos, y como si la ciudad misma asumiera la proximidad de un interior doméstico.

En consonancia con la poética de la autora, la temática de “lo humilde-cotidiano” se manifiesta pues, mayormente, por los rasgos, realidades, hechos o seres con que se construye (y totaliza) la imagen de la ciudad, que sabemos, además, es una imagen extraída del recuerdo. Así, “Habana del centro” nos da el ambiente de la ciudad de *las niñeces* a través de datos que expresan la vivencia cotidiana: las campanillas del tranvía, el ruido de la puerta de la carnicería, los trajes de la lavandería china, el medio con que se compraban las galletitas de plátano,

el pescado en una pesa, el cine de los pastelillos, los carteles de la calle de Águila, un camión que pasa...

El poema “La gota de agua de la Habana Vieja” se refiere, como el título indica, a la impertinente gota que cae del balcón de la Habana Vieja –de triple esencia humildísima: lágrima, orín y agua de limpieza–, y cómo puede esta caer sobre el caminante desprevenido. A ese hecho menor, el poema le atribuye un significado máximo, al considerarlo como *un bautismo de nuestra alma*.

“Año 30” resume en un ser anónimo y en el acto más natural: una mujer asomada en un balcón, la imagen, convertida en sustancia, de la ciudad y, más aún, de la patria.

Por su parte, “En la luz solamente”, poema integrador de los esfuerzos del libro, comienza con el esbozo de un espacio y ambiente ciudadanos habituales, esos que todos sus habitantes vemos a diario, sin prestarles apenas atención, la ciudad en que amanece:

[...] sueñan
las puertas cerradas,
la bocacalle, el carro
estacionado frente a la bodega,
y arriba, en su trasmundo
casi humano, el bombillo
que olvidó de apagarse...¹¹

“Con bandoneón”, composición dominada por la poetización de los recuerdos, revela nuevos espacios ciudadanos vinculados a actividades habituales: comprar flores en el Parque de la Fraternidad; bañarse en las “cándidas pocetas” de los Baños de Carneado, preferidas sobre las playas de la Florida o la Riviera francesa, y luego merendar y descan-

sar en la fresca terraza mientras sueña una melodía conocida.

En “Los buenos días” se añoran los domingos de otro tiempo, cuando se veía a las jamaiquinas asistir a la iglesia con sus “túnicos brillantes” y a los hijos del comerciante español en la tienda de efectos eléctricos. Si comparamos este poema con otro del mismo nombre, perteneciente al libro *Visitaciones*, se evidencia la transición de un libro a otro del espacio doméstico al ciudadano como ámbito preferido de la evocación, elemento que, podemos apuntar, distingue a ambos libros. Se mantiene inalterable la intimidad, la identificación de la mirada del poeta que se apropia, al igual que del ambiente familiar –volviendo una y otra vez sobre él, como quien repasa certidumbres–, del paisaje de la ciudad amada. Y en uno y otro caso también, como motivo que marca la “realeza” de estos sucesos de la vida cotidiana (la madre que prepara el desayuno, las mujeres que asisten a la iglesia o los jóvenes trabajando en la tienda), la luz: “[...] cae una franja de luz/ sobre las losas de colores/ de la sala...”,¹² “[...] la luz del Domingo dando los buenos días”.¹³

El poema “El secante” se desarrolla desde un enfoque en los objetos, a partir de los cuales se va caracterizando un sitio. La enumeración de los objetos, que con frecuencia resulta una reiteración de la misma cosa, pero variando su denominación y caracterización, se realiza por medio de una serie de oraciones unimembres nominales: “[...] el secante verde/ El secante-meseta. El pequeño/ balancín, de escudo de cobre.”, “El olor escolar/ de las tintas, las tintas/ de color”,¹⁴ etcétera. La última

oración, subrayada estilísticamente por el empleo de la exclamación, nos da la clave de esta enumeración y reiteración de objetos. El sujeto lírico interrumpe el fluir descriptivo del poema y se dirige a alguien, como indica la presencia del vocativo (“padre”), y por ello entendemos que el poema evoca, a través de los utensilios y el lugar de trabajo del padre (escritorio), la figura del ser querido, muerto, cuya desaparición subraya la presencia diríamos “vacía” (carente de propósito) de los objetos: “¡Cuántas cosas/ que ya no acompañarán/ nunca más, padre, tus manos/ escribiendo, fugitivas!”.¹⁵

La prosa poética en “Las muñequitas pobres”, según ya anuncia el título, expresa el recuerdo de estas pequeñas compañeras de la infancia. El poema parte del contraste entre las queridísimas “[...] muñequitas de trapo...”,¹⁶ “[...] la muñequita modesta...”,¹⁷ a las que definía el consuelo que daban de cualquier pena, “su familiaridad con la terneza”,¹⁸ “[...] las que de veras tenían alma.”;¹⁹ y ese “[...] otro tipo de muñeca”,²⁰ “mercadeada”, que imitaba a la estrella hollywoodense, esa que “Deslumbraba, pero no hablaba ya, ni compartía el lecho, y despertaba confusos sueños”,²¹ o la que se llama aquí “[...] muñeca frívola, de ojos inexistentes, pintados y fríos, pintiparada como una quinceañera”,²² de la que no se puede ser ya la “mamá-niña”, que “Se sabe intocable, feo adorno adulto...”,²³ cuyos ojos no acarician, que no ofrece compañía ni tiene bondad. En este ejemplo “lo humilde-cotidiano” se expresa tanto en el asunto escogido, un juguete infantil, como en el criterio de valoración de la realidad que el trata-

miento dado al asunto expresa, o sea, identificar lo pobre con lo entrañable, lo que tiene alma, y lo lujoso (y mercantilizado) con lo frío, superficial e inhumano.

En el poema en prosa “El persianal” de nuevo se emplea el procedimiento de, a través del objeto insospechado, que es aquí “[...] el persianal, aquel de la casa de Lealtad en que vivimos”,²⁴ suscitar la memoria de otro tiempo, de la casa de la niñez, que ya se había olvidado casi por completo. Toda la mirada se concentra en el objeto en sí, que está como desencajado de su contexto (la casa): “[...] el persianal ciego que encuadraban los dos pasillos laterales...”,²⁵ como si el fragmento solo —abismarse en su certidumbre—, bastara al propósito restaurador. En otras palabras, se revela²⁶ la capacidad del objeto de condensar todo lo perdido y, con ello, de volverse él mismo símbolo del tiempo transcurrido, de lo insalvable del tiempo o, como se le define allí: “[...] eje de astro de un ayer que se esconde”.²⁷ La transición hacia el final del poema a la segunda persona del singular, con lo que el sujeto lírico entabla comunicación con el objeto, lo interroga, y el estilo marca un fragmento en que se nos da el verdadero sentido y comprensión de la cosa evocada. Cuando hasta el momento en el poema habían dominado la primera y tercera personas del singular, como señala la conjugación de los verbos, el uso del vocativo indica el cambio de persona, e identifica al receptor de la comunicación (tropológicamente, el apóstrofe aplicado a un objeto inanimado es una prosopopeya o personificación): “Persianal de otra edad, ¿qué haces

ahí, amigo mío?”.²⁸ La fragilidad, lo momentáneo de la visión del pasado que el persianal resume, dada la distancia insalvable que impone el tiempo, se expresa también: “Si te miro con atención, escapas.”, “[...] nada debo decir, para que no se sobresalte tu pecho nervioso de paloma, oh roce avaricioso, y te vayas a ir, como ya te me vas yendo, para siempre”.²⁹

En “Viejos boleros”, en particular la letra de un bolero que el sujeto lírico le oía de joven cantar a la cocinera, y que funciona como intertexto del poema, activa o promueve el recuerdo, bastante detallado, de la casa de Neptuno y de objetos y sucesos afines a la vida de entonces: las tendederas, la ropa colgada, el comedor, el patio, el hule, el vestido preferido, el estuche de la trompeta del tío, las macetas, la mujer cocinando y cantando boleros. La cita inicial de la letra de la canción, con variaciones según sea la intención, se repite a lo largo del poema como un estribillo, para cerrar con los dos últimos versos de la composición, donde la frase-estribillo va disminuyendo como un eco que se apaga: “Cuando la brisa de invierno se cuela./ Cuando la brisa de invierno. Cuando la brisa.”.³⁰

A otro de los cuadernos de *Habana del centro*, nombrado “De los humildes y de los héroes”, nos referiremos centrándonos en su primera parte, nombrada significativamente “De los humildes”. Esta incluye un conjunto de poemas que toman por asunto a seres disminuidos, como el animalillo abandonado, un niño pequeño que llora, el anciano que ha quedado viudo, la amiga muerta, el pobre paralítico y su madre, los viejos...

Los antecedentes más cercanos de esta línea de interés lo encontramos en el propio libro, con poemas como “El afilador de tijeras” y “La doble”, ambos de “Habana del centro”. En el primero, se resalta cómo el pobre trabajador, con su tenacidad de pasar todos los días, ofreciendo su servicio a poco precio –cuando su verdadero servicio es impagable–, parece vencer el paso del tiempo e iluminar la vida cotidiana en torno: “El afilador/ no se ha enterado aún del cambio/ de los años”, “Y por embellecer/ las diez de la mañana/ por desaparecer/ sin morir, cobra sólo unos céntimos”.³¹ “La doble” se refiere a una niña mendiga que, según recuerda el sujeto lírico –es este el rasgo al que el título alude–, su madre solía identificar con ella.

El asunto de la niñez no ha estado en absoluto ausente de la obra poética de Fina García Marruz, en especial en un libro anterior, *Visitaciones*. Este se encuentra representado en un nutrido grupo de composiciones en las cuales prima, salvo en los textos que la autora dedica a su hijo, la indagación sobre la infancia en abstracto, como un estado de privilegio asociado a la vida antes del pecado, al paraíso perdido. En el cuaderno “De los humildes”, sin embargo, no se trata de la niñez como concepto, sino de los niños y, con un tratamiento afín al que se le da en la literatura infantil, de los animales domésticos (el perro, el gato): en “Laurita” aparece una niña a quien su padre reprende; en “Laurita regaña a las flores”, como el título indica, se trata del diálogo de la pequeña con las plantas; en “Gatico” es el animalillo abandonado “humildoso y leve”,³² nombrado en me-

táfora cariñosa “Pompón de la esquina roti-sucia”,³³ en “El hijo” se narra, incluso de forma dramática, la escena de un niño que sigue, llorando desconsolado, a su madre; “Originalidad” se refiere a un perrito igual a todos, con su mancha entre los ojos y las patas cortas, pero a la vez *inconfundible*, de extraña *originalidad*.

Otros poemas del cuaderno pueden aportar elementos a este análisis temático. En “El corredor” y “Esbozo, croquis de unas piernas”, la anatomía de las piernas y el fenómeno del movimiento, la gracia del movimiento vuelto misterio, constituyen el objeto de los poemas. Sin dudas se trata de un homenaje a anónimos deportistas. En “La grúa” se descubre la belleza de esta maquinaria prosaica, cuando se la vincula con la imagen de la torre Eiffel, con la cual comparte su naturaleza aérea, frágil y, a la vez, sólida. El poema “La bienaventurada” destaca por el patetismo, inusual en la obra de García Marruz, del asunto escogido, que es el de una madre inmolada al cuidado de su hijo discapacitado. Los calificativos que, cerrando el poema en prosa, se aplican al hijo alelado y a la madre amorosa: “[...] desposeídos, pequeñitos, tristísimos, felices”,³⁴ apuntan a la comunión posible de la humildad y la desdicha, con la felicidad. El título escogido contiene un significado religioso, pues tal es el término con que se designa en los evangelios a aquellos destinados al cielo; y en este punto se nos aclara la vinculación antes referida de desdicha y felicidad, dada por los adjetivos con que se caracteriza a los dos personajes: el padecimiento y sacrificio que soportan, el hermoso sufrimiento

de amor, les será recompensado en una eternidad de bienaventuranza.

Los motivos de la muerte y la vejez también tienen su lugar en el cuaderno, a través de un conjunto de obras donde se trata de una dama decrepita, de la amiga muerta, del velorio de una anciana, del señor que quedó viudo, de los viejos, etcétera.

El amor de García Marruz por el ser humilde genera su preferencia por el personaje cinematográfico de Charlot, al que le dedica otro cuaderno incluido en *Habana del centro* (aunque también ha sido publicado de manera independiente): “Créditos de Charlot”. La filmografía de Charles Chaplin funciona como intertexto del cuaderno, en que la imagen del cine, de las películas amadas, se traduce al lenguaje poético. La pobreza, ingenuidad e inteligencia prístinas del personaje de Charlot, de quien dice que su risa es de las que *solo aman los niños* –elogio de la inocencia misma–, seducen a la poeta de un modo comparable, por el tono de amorosa (y fervorosa) admiración en que se vierte, al que expresa en aquella vasta porción de su obra inspirada en la figura y la obra de José Martí.

Es así que en *Habana del centro* la poesía de “lo pequeño” de García Marruz se expresa, de manera privilegiada, tanto en los asuntos afines a “lo familiar” –aunque en general insertos en el contexto mayor de esa “Habana del centro” que se evoca–, como en el asunto que hemos bautizado “de los seres humildes”, alrededor del cual se estructura toda una sección del libro, titulada significativamente “De los humildes”.

Asimismo, ocurre que el espacio o ámbito privilegiado de la temática en *Habana del centro* es el de la ciudad, pero abordado como un espacio de la intimidad. La memoria, aliada a “lo humilde-cotidiano” en la construcción de una ciudad en el recuerdo, presenta un peso considerable en el libro.

La obra de Fina García Marruz posee, a nuestros ojos, la rotundidad y desnudez sumas que adquieren las formas a la intemperie, bajo el crudo sol de nuestros mediodías tropicales. Su poesía aspira a consumir el oficio de la luz que desciende a *apiadarse* de la realidad, pues es lo real, como afirmara la autora, “la tierra del coraje”.³⁵

Notas

¹ Utilizamos aquí el calificativo de “poeta” para referirnos a Fina García Marruz, y no el de “poetisa”, como quizá podría parecer más correcto. Tal hecho no involucra ninguna objeción de tipo feminista al término “poetisa”, sino que entraña un juicio y un homenaje a la creación literaria de la autora. En reciente entrevista conferida a Rosa Miriam Elizalde en ocasión de la entrega a García Marruz del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, la autora explica, al ser interrogada acerca de si se considera “poeta” o “poetisa”, es decir la diferencia que descubre entre ambos vocablos. Para ella “La poetisa a la que se le pudiera llamar ‘poeta’ es alguien que crea un idioma [...]”, o sea, la que, con su obra provoca una ruptura, un cambio tal que rebasa el contexto meramente literario e incide en la lengua misma. La autora, con su humildad habitual, respondió que, según tal definición, ella sería “más bien una poetisa”.

Elizalde, Rosa Miriam. Fina García Marruz: Me comunico mejor con el silencio. En: www.juventudrebelde.cu/cuba/2007-03-18

² Arcos, Jorge Luis. “Fina García Marruz”. *La palabra perdida*. Ciudad de La Habana: Ediciones Unión, 2003. pp. 220-221.

³ La selección del filósofo Plotino y sus emanaciones en este caso, no es ni mucho menos gratuita: en la concepción de este filósofo, fundador del neoplatonismo, la materia constituía la causa de todo mal y el objeto de la vida debía ser, por tanto, escapar del mundo material de los sentidos. Compárese lo anterior con la consideración expuesta en el poema de privilegiar la realidad a que se asiste y la definición de unas simples sillas como “Materias que me ampararon...”, etcétera.

García Marruz, Fina “En la confusa adolescencia”. En *Habana del centro*. La Habana: Ediciones Unión, 1997. p. 17.

⁴ Ídem.

⁵ Ídem.

⁶ Ídem. Las cursivas son del original.

⁷ *Ibíd.*: “Es verano”, p. 53.

Esta idea llevada a su extremo, o sea, la afirmación de que existe una correspondencia entre todos los órdenes de lo creado, que la poeta extrae de la cosmovisión martiana, es la promotora de otro de los cuadernos del libro, de características singulares dentro del corpus poético de Fina García Marruz: “Nociones elementales”. La poética de este, que la autora cree necesario plasmar en un prólogo, parte de “[...] la conexión que pueden tener entre sí todas las cosas, aun las que parecen más distantes, sin excepción alguna, la conexión de las frases comunes de una conversación habitual con algunas dolorosas o regocijadas verdades solitarias del hombre”. *Ibíd.*: “Razón de este librito”. En “Nociones elementales”, p. 279.

⁸ *Ibíd.*: “Aquí”. En “De los humildes y de los héroes”, p. 147.

⁹ Ídem.

¹⁰ Según el caso, puede variar el aspecto dominante del asunto del poema, aunque el más general sea la ciudad.

¹¹ *Ibíd.*: “En la luz solamente”, p. 59.

¹² _____. “Los buenos días”. En *Visitaciones*. La Habana: UNEAC, 1970. p. 111.

¹³ _____. “Los buenos días”. En *Op. cit.* (3). p. 26.

¹⁴ *Ibíd.*: “El secante”, p. 30.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ *Ibíd.*: “Las muñequitas pobres”, p. 67.

¹⁷ *Ídem.*

¹⁸ *Ídem.*

¹⁹ *Ídem.*

²⁰ *Ídem.*

²¹ *Ídem.*

²² *Ibíd.*, p. 68.

²³ *Ídem.*

²⁴ *Ibíd.*: “El persianal”, p. 74.

²⁵ *Ídem.*

²⁶ La mirada de la poeta es la que descubre y revela la potencialidad del objeto, su verdadera significación, de ahí que el sujeto lírico apunte: “No resistes mis ojos de hoy, ya alertados”.

²⁷ *Ídem.*

²⁸ *Ídem.*

²⁹ *Ídem.*

³⁰ *Ibíd.*: “Viejos boleros”, p. 82.

³¹ *Ibíd.*: “El afilador de tijeras”, p. 54.

³² *Ibíd.*: “Gatico”. En “De los humildes y de los héroes”, p. 132.

³³ *Ídem.*

³⁴ *Ibíd.*, “La bienaventurada”, p. 158.

³⁵ _____, “Estación de gloria”. En *Hablar de la poesía*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1986. p. 384.



Hoy es un día de emociones y recuerdos*

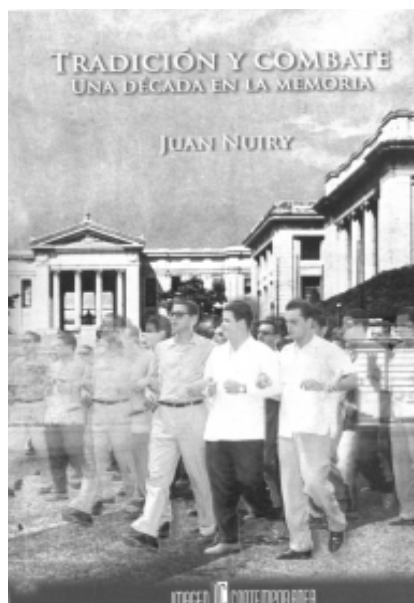
Juan Nuiry Sánchez

Profesor de la Universidad de La Habana

En mi libro *Tradición y combate. Una década en la memoria*, narro cómo en la madrugada del lunes 10 de marzo de 1952, tras una insistente llamada telefónica, al descolgar escuché una conocida voz que decía: “Hay noticias de un golpe de Estado. Se habla de Batista. Te espero en la Universidad”.

Poco después viajaba en un ómnibus que transitaba por desoladas calles hacia la Colina. Durante el trayecto pensaba en cómo había transcurrido mi existencia, pues aún no tenía 20 años. ¡Qué lejos estaba de suponer que ese viaje marcaría el rumbo de mi vida, ya que desde ese momento estaría incorporado para siempre a una causa sin retroceso!

Mientras llegaba a la Universidad, a la que había ingresado meses antes, ¿qué sucedía en el país? Fulgencio Batista, pieza a la hechura de la reacción nacional y de intereses foráneos, había entrado en el Campamento Militar de Columbia, junto a un grupo de oficiales en activo y ex militares, para adueñarse de las principales dependencias del Ejército, la Marina y la Policía, derri-



bar al gobierno constitucional y suplantar el ordenamiento jurídico existente, a sólo 82 días de unas elecciones generales que debían celebrarse el 1º de junio de 1952.

Frente a esa maniobra traicionera, existía una ausencia de dirección en el país, un vacío ético; un Poder Ejecutivo abúlico y vacilante, sin sentido de su investidura, partidos políticos divididos en pugna estériles, con un desconocimiento total de visión histórica.

En la capital, sólo hubo un reducto de rebeldía: la Universidad de La Habana que, como en la década del 30 del siglo pasado, se convirtió de nuevo, en un bastión de dignidad y combate. Muy temprano en la mañana, la histórica casa de estudios fue un hervidero de pueblo, adonde acudían estudiantes universitarios y de la segunda enseñanza, obreros, profesionales, veteranos, hombres y mujeres.

* Palabras pronunciadas por el profesor titular Juan Nuiry Sánchez en el acto de investidura como Profesor de Mérito, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 3 de octubre de 2007.

Todo era movimiento y desde lo alto de la escalinata, a la diestra de la estatua del Alma Máter, la bandera a media asta con un crespón negro en señal de luto y por los amplificadores se escuchaban himnos de combate y proclamas de condena al golpe militar. Las manifestaciones estudiantiles de protesta no se hicieron esperar.

Precisamente, ese día tomaba posesión por tercera vez como rector (trienio 1952-1955) el médico y profesor, doctor Clemente Inclán y Costa, quien debía sortear uno de los períodos más difíciles de la vida republicana.

El Consejo Universitario suspendió las actividades docentes y pronto la Colina fue cercada por las fuerzas policiales, a lo que el estudiantado respondió a una sola voz: *¡la FEU ni se rinde ni se vende!* Caía la noche y las armas prometidas por el presidente Carlos Prío a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), nunca llegaron. Era el principio de un largo camino por recorrer.

La FEU el 14 de marzo de 1952, fijó su firme posición de principios en un documento, de necesario estudio. Se abrió un nuevo ciclo generacional. No sería nuestro único objetivo combatir la recién creada dictadura, sino también luchar contra el lastre de la politiquería y romper con las cadenas del colonialismo y el injerencismo, para realizar una transformación regeneradora del sistema imperante.

El proceso que comenzó en la Universidad de La Habana aquel día constituye para mí un punto de partida de una gran espiral. Fue y es, una fuerza impulsora, que junto a inolvidables compañeros, jóvenes estudiantes, de

conducta firme y creativa, contagiosa alegría junto a la estatua del Alma Máter nos cobijamos con la pureza de nuestros ideales, esgrimiendo la rebeldía como imperativo irreductible de lucha.

En las aulas de la alta casa de estudios, conocí de sus enseñanzas, pero me forjé en la Plaza Cadenas, el Salón de los Mártires y la escalinata. Por todo lo expresado, mis recuerdos siempre me conducen hacia esa bicentenaria institución.

Al entrar a la Universidad, comprendí que ser estudiante era una actitud ante la vida; que cada generación tiene sus propios desafíos y que estos retos los tenía que enfrentar con entereza, y que por definición el estudiante sólo debía inclinarse ante el libro. Comencé a leer importantes autores, que escribieron sobre el papel del estudiantado en su lucha y proyección. El primero, como siempre, fue José Martí, cuando manifestó: “[...] el estudiantado es el baluarte de la libertad y su ejército mas firme”; admiré la prosa del escritor argentino José Ingenieros, en sus libros, *El hombre mediocre* y *Las fuerzas morales*, entre otros, todos de obligada lectura en mi generación. También del peruano José Carlos Mariátegui.

Del escritor ecuatoriano Juan Montalvo al decir: “Ay de los pueblos en que los jóvenes son humildes con el tirano, en que los estudiantes no son capaces de mover al mundo”. De Julio Antonio Mella, al señalar en su artículo “Los estudiantes y la lucha social” que “[...] desde 1918 en Córdoba, Argentina, hasta 1923 en La Habana, antillana y yanquilizada, pasando por Chile y Perú, la juventud universitaria

ha venido luchando por un movimiento que ha denominado Reforma o Reforma Universitaria. Es como ha dicho uno de sus mentores ideológicos –José Ingenieros– un signo de los Tiempos Nuevos”.

Mella recoge todo el acervo histórico y cultural y une en un haz la teoría y la práctica: crea la FEU el 20 de diciembre de 1922 y el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en 1923, que marcó para siempre su vertical posición al estudiantado cubano como legado: martiano y antimperialista.

Un lugar importante de la vida universitaria en la década del 50 fue la Plaza Cadenas, equivalente a lo que constituyó para las generaciones del 27 y el 30 el Patio de los Laureles. A la sombra y el frescor de sus frondosos árboles, había un área propicia para reuniones y encuentros; comentar sobre las elecciones estudiantiles; hacer alguna cita, o sin levantarse de un banco, adquirir el *Alma Máter*, órgano oficial de la FEU o *La historia me absolverá*.

No era difícil encontrar en el lugar a José Antonio Echeverría caminando o sentado en uno de sus bancos, presencia que fue siempre recibida con muestras de cariño y respeto. También lo recordamos en la Plaza Cadenas a un costado de la antigua Facultad de Ciencias, en improvisada tribuna, resumir una nutrida asamblea estudiantil y con palabras vibrantes, tratar temas que trazaban su vertical y radical posición: condenar el proyecto del Canal Vía Cuba, al denunciar que era una agresión directa a nuestra soberanía; reafirmar una vez más que sin incluir a Fidel y a los moncadistas, no se podía hablar de amnistía política, y manifestar

que únicamente una transformación profunda de nuestra realidad política, económica y social, tendría que ser la cura de los males de nuestra patria.

Recuerdo en la Plaza Cadenas al profesor Raúl Roa, resuelto y ágil, con un montón de libros bajo el brazo, hablando con su elocuente verbo, gesticulando “arañando el aire con sus manos”, contando anécdotas, rodeado siempre de estudiantes que lo escuchaban con entusiasmo, sin más protocolo que su prestigio, referirse a Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Rafael Trejo, Gabriel Barceló, Antonio Guiteras, Pablo de la Torriente Brau, el Ala Izquierda Estudiantil, destripando la Enmienda Platt y crucificando a tránsfugas, farsantes y politiqueros, así como reafirmando su ineludible posición contra “el bonche” universitario.

Recuerdo cuando sentado en un banco frente a la Facultad de Derecho escuché al poeta venezolano Andrés Bello expresar, que la Universidad de La Habana era: “el centro geométrico de la verdad cubana”.

Si bien la dirección fundamental de nuestra generación estaba en combatir la dictadura de Batista y los males que representaba, esta nunca se vio desligada del acontecer internacional. Siempre existió un respaldo con el Puerto Rico de Betances y Albizu Campos, al reafirmar la solidaridad cubano-boricua, tal como fue expresado en el famoso octosílabo de doña Lola Rodríguez de Tió: “Cuba y Puerto Rico son, de un pájaro la dos alas”; el repudio a los dictadores latinoamericanos, “moscas”, según el calificativo que le dio el poeta chileno Pablo Neruda: moscas Trujillo en Republica Dominicana;

moscas Somoza, en Nicaragua; moscas Stroessner, en Paraguay; moscas Odría, en Perú; igualmente la repulsa a Castillo de Armas, en su triste papel de títere interventor en Guatemala y nuestro decidido respaldo a Jacobo Arbenz.

En las históricas intervenciones de José Antonio Echeverría en el año de 1956, cuando dio a conocer la creación del Directorio Revolucionario el 24 de febrero, y al pronunciarse contra las dictaduras de América, el 9 de marzo, ambas en esta Aula Magna, está la proyección martiana, internacionalista y antimperialista de nuestra generación.

Estimo necesario hacer algunas consideraciones del Salón de los Mártires, donde la historia en su marcha incontestable une y relaciona etapas en un constante fluir. Pocas universidades pueden mostrar a propios y visitantes, el sostenido y creciente protagonismo del estudiantado en la lucha, como esta institución. Sus héroes y mártires constituyen una de las tradiciones más hermosas. Lo que atesora el Salón de los Mártires es un libro abierto que debemos perpetuar. Se trata de un diálogo vibrante, con un legado permanente de la continuidad en la lucha. Lugar en el que siempre al entrar oigo un coro de voces manifestar “¡Presente!” al pase de lista de los mártires, tal como escribí en mi libro así *¡Presente!*

Además de su carga histórica, este local se nutrió en la década del 50 de importantes acontecimientos. Fue un centro de operaciones donde se analizaron todas las acciones en la lucha contra la dictadura. Se aprobó la Jura de la Constitución del año de 1940. Frente al local, se sembró El Árbol de la Libertad, ceiba abonada con la tie-

rra traída de lugares históricos de nuestro proceso, desde 1968: Yara, Baire, Dos Ríos, San Pedro, Guáimaro, Jimaguayú, Baraguá... También allí se constituyó el Frente Cívico de Mujeres Marianas, agrupación de combate la primera en predicar la unidad en la lucha. Asimismo, sirvió para el adiestramiento de los futuros y heroicos combatientes de las acciones del 26 de julio: en 1953 se aprobó la manifestación del 15 de enero ante el ultraje al busto de Mella, donde fue herido de muerte Rubén Batista Rubio, el primer mártir estudiantil de aquella etapa y la marcha de las antorchas hasta la Fragua Martiana el 27 de enero, una noche antes del centenario del nacimiento de nuestro José Martí.

En este lugar sesionó el Congreso Nacional de los Estudiantes Secundarios, el 8 de mayo de 1954, fecha en homenaje al ineludible Antonio Guiteras, y se develó el retrato del estudiante Raúl Gómez García, mártir del Moncada. También se produjeron las inolvidables acciones combativas del estudiantado, en los meses finales de 1955, enfrentamiento sin precedentes, que conmovió al país. Fue también salón de reuniones de José Antonio con los dirigentes obreros en su lucha por el diferencial azucarero, convertida en un movimiento nacional contra la dictadura. En fin, interminable sería esta relación.

¿Cómo no recordar también que nuestra escuela en la lucha de aquellos años cruciales fue el propio combate? Las lecciones aprendidas eran las recorridas tras un arduo camino iniciado en las protestas, manifestaciones, mítines relámpagos, presidio, exilio, proceso

en espiral de acciones, que se radicalizó y que sufrió en carne propia la más cruenta represión dejando en el camino cicatrices y mártires. La lucha iba depurando indecisos y surgían de la propia masa y con su respaldo, sus verdaderos dirigentes.

Las manifestaciones y protestas tuvieron un papel decisivo en la conciencia nacional. La última, efectuada el 27 de noviembre de 1956 –dos días después de la salida del yate *Granma* desde Tuxpan– en su enfrentamiento brutal sirvió como punto de referencia para cerrar definitivamente la Universidad y radicalizar la lucha en la capital, que tuvo su referencia más alta en las heroicas acciones del 13 de marzo de 1957.

Las universidades cubanas fueron canteras donde se nutrió de combatientes tanto en el llano como en las montañas. En ese proceso la Carta de México, constituyó un papel fundamental en la unidad de las fuerzas revolucionarias. Este documento raigal, cuyo compromiso histórico mantiene su vigencia, fue firmada por Fidel Castro y José Antonio Echeverría el 29 de agosto de 1956 y ratificada el 30 de octubre de 1958 en el campamento de La Plata, en la Sierra Maestra, donde tuve el honor de firmarla junto al Comandante Fidel Castro, y su texto finaliza: “La juventud y el pueblo de Cuba representados genuinamente por el movimiento revolucionario 26 de Julio y la Federación Estudiantil Universitaria, ratifican hoy el compromiso que hicieron en México y se abrazan en el campo de batalla. ¡Ya el Ejército Rebelde tiene una montaña más. La Colina universitaria!”.

Creo oportuno destacar, dentro de esta etapa, que en los momentos de más cruenta confrontación siempre estuvieron presentes la cultura y el arte en toda su manifestación creadora, y fue un objetivo priorizado de la FEU. Para no entrar en detalles acotaré que en 1955, la Asociación de Redactores Teatrales y Cinematográficos otorgó a la dirección de cultura de la FEU el trofeo y el diploma establecidos para premiar, anualmente, a la institución que más hubiera contribuido al auge del arte y la cultura en el país.

Importante es señalar la participación de destacadas figuras de la cultura que desafiaron la furia de las fuerzas represivas como Alicia Alonso, Esther Borja, Wifredo Lam, así como el promotor del cine universitario José Manuel Valdés Rodríguez.

La FEU también contribuyó al auge del deporte y contó con atletas que defendieron el color marrón universitario con la misma firmeza que sus ideales, al grito de: “¿Quién Vive? ¡Caribe! ¿Quién va? ¡Universidad!”. Los primeros fueron Mella, Barrientos, Valdés Daussá, Pepelín Leyva, Fonts, y en la década del 50 Fortún, Mazorra, Fidel, Miret, Juan Cancio, José Ramón Balaguer, José Antonio, Machadito, Juan Abrantes, entre otros, con lo cual se demuestra que la lucha frontal no estaba reñida con la cultura y el deporte en una formación integral.

Esa es nuestra Universidad, la que además de un conjunto de majestuosos edificios y bellas columnas está latente en la tradición que se respira en su atmósfera y se hace firme en su legado, para convertirse en símbolo y centro promotor de historia.

Es la misma Universidad de La Habana donde el joven Fidel Castro se destacó por su firme posición de principios como alumno de Derecho y dirigente estudiantil, que años después, el 4 de septiembre de 1995 manifestaría: “en esta Universidad me hice revolucionario”; donde José Antonio Echeverría, alumno de Arquitectura, surgió como líder y su expediente académico iría aparejado a su destacada trayectoria que desbordó el marco universitario.

La Resolución Rectoral de la Cátedra José Antonio Echeverría, inaugurada el 24 de febrero de 2005, plantea entre sus objetivos que para conocer “[...] la significación histórica del movimiento estudiantil cubano y sus luchas, es una necesidad llenar el vacío historiográfico existente mediante las investigaciones y estudios imprescindibles que permitan su divulgación y coadyuven en la formación de las jóvenes generaciones [...]”. En una palabra, ir al rescate de su memoria histórica.

La producción historiográfica cubana referida al movimiento estudiantil, indisolublemente identificado con el proceso revolucionario en Cuba, aún es insuficiente, por lo que urge llenar el vacío, si se tienen en cuenta la necesidad de preservar estos conocimientos para la nueva generación y profundizar en el significativo quehacer de sus protagonistas, pues conocer el pasado, fortalece el presente y proyecta el futuro.

La Universidad de La Habana es la más antigua de Cuba y la tercera de América. Precisamente, el próximo año se cumplirán 280 años de su fundación.

En su proceso gradual, desde la época colonial, no podía escapar a las

conmociones políticas y sociales de la isla, ni al ambiente de hostilidad de las autoridades españolas, que recelaban de su fidelidad. Era evidente la tensión existente, que se agudizó tras el alzamiento del 10 de octubre de 1868. Muchos estudiantes abandonaron las aulas o su reciente profesión para unirse al Ejército Libertador. Dentro de esa atmósfera, ocurrió el fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, el 27 de noviembre de 1871, que conmovió la sensibilidad nacional y marcó para siempre la fecha cimera del martirologio estudiantil en nuestro país.

Al cesar la dominación colonialista en Cuba correspondió al insigne Enrique José Varona la importante tarea de transformar la anacrónica institución en una Universidad de su época, de acuerdo a sus necesidades. Con el lema de: “Ciencia, Experiencia y Conciencia”, Varona manifestó, en un memorable discurso, que la Universidad “[...] debe ser el laboratorio científico de la Nación”, y agregó: “Enseñar desde luego, pero ante todo despertar la curiosidad del saber, el deseo de ver cada cual por sí mismo, de experimentar, de investigar, de criticar”.

El proceso de descomposición política y moral de la República, desde la instauración, agravado por su precaria independencia, determinó el fracaso de todos los movimientos de renovación universitaria de aquella época. Era necesario tener presente las palabras de Mella cuando dijo que para hacer una reforma universitaria, primero tendría que hacerse una reforma social.

Hay momentos en que se hace difícil hallar vocablos adecuados que expresen lo que uno siente y este es el caso.

En el acto de investidura como Profesor de Mérito de Raúl Roa, efectuado el 23 de abril de 1977, en esta Aula Magna, manifestó su hondo agradecimiento por tan alto reconocimiento recibido de la que llamó: “mi Universidad de estudiante y mi Universidad de Profesor”. Parfraseando al doctor Roa, hago más aquellas palabras, por el honor que recibo hoy de “mi Universidad de estudiante y mi Universidad de Profesor”.

Para un hijo de esta histórica institución, fragua de cultura y de ideas, obtener esta alta distinción, representa el compendio de toda una vida, que comencé como alumno hace 55 años, y en la enseñanza superior, como instructor graduado en 1960, trayectoria en la que está implícita un proceso gradual y escalonado, hasta profesor titular.

Siempre he tenido presente que ser profesor es educar, no recitar lecciones de un texto o manuales empolvados. Es hacer pensar, sembrar ideas, formar, siempre con la participación activa del alumno. Hacer alegre la tarea. Investigar más que memorizar. Buscar el debate y el diálogo. Enseñar es también aprender en cada clase, en cada intervención, es retroalimentarse permanentemente. “La enseñanza –quién no lo sabe– es ante todo, una obra de infinito amor”, precisó Martí.

Confieso que en el período que estuve más alejado de esta Universidad, fue cuando me desempeñé en el campo diplomático, aunque siempre me sentí universitario. En tal empeño puse a prueba los conocimientos aprendidos en mi antigua facultad, que tenía entre sus disciplinas la enseñanza del Derecho Diplomático.

Complejo es agrupar emociones y que estas estén dispuestas a salir en orden para expresar cabalmente lo que siento hoy, al recibir el título de Profesor de Mérito, de manos de nuestro rector, el doctor Rubén Zardoya, como difícil ha sido escuchar... con serenidad... lo expresado por el doctor Eduardo Torres Cuevas, sin que sienta que el corazón me golpea ininterrumpidamente el pecho, con una fuerza inusual.

Sin falsa modestia, que rechazo tanto como la mentira y la deslealtad, quiero destacar que durante mi vida, he pasado por momentos significativos, que acuden a mi memoria como alba-cea de innumerables recuerdos. Acontecimientos vividos, como protagonista, que formaron parte de un proceso que conmovió al mundo y están enmarcados en las páginas de nuestra historia. Cómo no recordar haber estado junto a Fidel el 1º de Enero de 1959, en el Central América, cuando conoció los hechos que sucedían en la capital, y presenciar una inolvidable lección histórica, en el momento que el líder de la Revolución, en toda su proyección como estadista y estrategia militar, sin perder un minuto, desbarató la peligrosa conjura reaccionaria y pro-imperialista, que se gestaba para escamotear el triunfo revolucionario. “¡Revolución sí, golpe de Estado no!”, documento histórico tratado con clara visión política y militar en un momento difícil y crucial del proceso. Y luego, brindarle el apoyo de la FEU a sus instrucciones a través de las ondas de Radio Rebelde.

En las últimas horas de ese día, mientras bajaba la loma del Escandel,

con la mochila en la espalda y el fusil al hombro, observé a lo lejos las luces de la siempre heroica Santiago de Cuba, mi ciudad natal. Caminando junto a mis compañeros, los bravos combatientes de la Columna Uno José Martí, ejército sin oropeles, de raídos uniformes, mostrando sus simbólicas barbas, mientras apretaban sus armas con manos vigorosas, ¿cuántas cosas pensé?

Bajo la dirección de Fidel ganamos la guerra a un Ejército fuertemente avituallado, con poderosos recursos de tierra, mar y aire. Rompiendo esquemas se derribaban dogmas y modelos establecidos. Entonces recordé a inolvidables compañeros, a mis padres, y a mi Universidad.

De Santiago partió el 2 de enero de 1959, la Caravana de la Libertad, por la Carretera Central hacia la capital. Nos recibía una masa de pueblo. A veces se hacía difícil avanzar. Todo era indescriptible. ¡Viva Fidel! ¡Viva la Revolución! Las mujeres vestidas de rojo y negro lanzaban flores. ¡Cuántas imágenes imborrables!

El 8 de enero llegamos a La Habana. En la calle 23, entre la multitud vi a mi madre. Arribamos al Campamento Militar de Columbia y ahí, desde una pequeña tribuna, rodeado de una compacta multitud, fui el primero en hacer uso de la palabra. Recuerdo que, entre otras cosas, narré cómo en el trayecto de la caravana, Fidel desvió la ruta y con un grupo de compañeros nos trasladamos a Cárdenas, al cementerio. Allí, frente a la tumba de José Antonio Echeverría le rindió un sentido homenaje a su amigo y compañero. Sobran las palabras.

Hablaba en nombre del estudiantado cubano. Rendí homenaje a todos los caídos. Reiteré la firme unidad del es-

tudiantado con la Revolución, junto al pueblo, su gran protagonista. Terminé mi alocución con las palabras de Ignacio Agramonte, cuando le preguntaron con qué contaba para ganar la guerra: “¡Con la vergüenza de los cubanos!”.

Luego el pueblo de Cuba y el mundo pudo ver, a través de la televisión al líder de la Revolución cuando sentenció: “El destino de la patria no puede ser nuevamente escamoteado. Nos hemos ganado el derecho de comenzar”, y destacó: “¡Quizás en lo adelante todo será más difícil!”.

En este lugar del camino nos encontramos. Sin lugar a dudas, Cuba es su historia. Es resumen, presente y futuro. Es ejemplo, fortaleza de dignidad. Nuestra principal riqueza la constituye su potencial humano, siendo su vanguardia, la juventud. Recuerdo lo que escribió la fecunda pluma de Víctor Hugo cuando dijo: “No existe en el mundo nada más poderoso que una idea a la que le ha llegado su tiempo”.

Imposible no recordar como resumen de lo expresado, que este año 2007, tienen lugar sensibles conmemoraciones vinculadas a la Universidad en general y en particular para mí:

1. El cincuentenario de la caída frente a fuerzas enemigas, de dos inolvidables compañeros –con los que recorrimos y compartimos peligros e ideales–: José Antonio Echeverría y Fructuoso Rodríguez, exponentes de los estudiantes de ayer, de hoy y de siempre.

2. El centenario del profesor y decano Raúl Roa García, figura cimera de nuestra Revolución.

3. El aniversario 85 de la FEU creada por Julio Antonio Mella.

Para todos, el mejor homenaje es y será mantener sus ideales, porque han sido fuerza impulsora a nuestra modesta trayectoria.

También deseo señalar el reconocimiento a mi familia, esposa, hijos, hermana y nietos, a todos les hago llegar mi más profundo agradecimiento por su confianza y apoyo; a mis compañeros de luchas, con quienes he sobrevivido a tantos combates; a mis colegas, profesores de esta casa de estudios; a los estudiantes, herederos de nuestras tradiciones, y a la FEU, por ser “un ejército de luz”.

¡Gracias infinitas a todos, por ser parte activa de lo que hoy acontece!

Estimados rector doctor Rubén Zardoya, doctor José Carlos Vázquez, decano de la Facultad de Filosofía e Historia, profesores, estudiantes, com-

pañeros de luchas, amigos que hoy me acompañan en esta Aula Magna, lugar cimero de grandes acontecimientos, al recibir este título de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, permítanme hacer esta reflexión:

Esta distinción constituye un honor, pero sobre todo un compromiso, de aquel camino que comencé a recorrer sin vacilaciones hace más de medio siglo, incorporándome a una causa sin retroceso y enarbolando para siempre el estandarte de la Revolución.

Finalmente, cuando uno piensa en buscar alguna definición sencilla y profunda, la encuentra siempre en la brillante pluma de José Martí: “La disyuntiva en la vida es permanente... ‘el yugo o la estrella’”.

A todos, agradezco muy sinceramente su presencia.



La subjetividad en la narrativa histórica: la Protesta de Baraguá frente al espejo

Antonio Álvarez Pitaluga

Profesor de la Universidad de La Habana

Criticar es amar.

JOSÉ MARTÍ

• Una novela, un poema, una composición musical o una pintura, no son fuentes fiables ni recomendables para escribir la historia! Así blasona sin miramientos y a camisa quitada todo buen historiador positivista o mejor, neopositivista disfrazado de postmoderno en estos primeros años del siglo XXI. ¡Que por cierto, cómo hay! Pululan por nuestras academias docentes e investigativas como frailes benedictinos, inquisidores del clamor por la construcción de una historia más abierta y flexible con todas las producciones escritas y artísticas del hombre. Contra esos “ángeles del ocaso” van mis reflexiones.

Y para empezar, nada mejor que un pensamiento del poeta de *Días y flores*, que me los dibuja cada vez que escucho a algunos de ellos: “¡Pobre mortal, qué desarmado y bruto! Perdió el amor y se perdió el respeto”.

Llamo historiadores neopositivistas a aquellos solapados en nuevas corrientes y “modas” historiográficas. Modas que casi siempre arriban con bastantes años de atraso, a veces hasta con dos décadas, a nuestras playas del conoci-



General Antonio Maceo Grajales

miento social, arrastradas en su mayoría desde mareas europeas y norteamericanas. Ellos se presentan como historiadores de finales o principios de siglo, de nueva hornada, o reciclados –entiéndase por este término de relación industrial, a los que en harakiri intelectual se retractan o deshacen de sus pasadas creaciones– y así se autoproclaman historiadores modernos de última generación, idóneos para construir un *nuevo* pasado.

Sin embargo, “el zorro nunca pierde las mañas”. Su fetichismo por el dato y el documento es incólume, que no significa no saberlo enmascarar. Difícilmente admiten que una creación literaria, pictórica, teatral o musical, contenga suficientes elementos de bases para ser vista como fuente histórica en la construcción de la narrativa histórica. En sus mentes sólo es posible dicha construcción a partir del uso de documentos de época –cartas, manifiestos, censos y otros– que expresen “una verdadera fiabilidad”.

Para estos colegas, una supuesta ficcionalidad y la creación-recreación de las producciones artísticas obstaculizan la verdadera búsqueda de información histórica y su posterior interpretación, por su alta presencia de subjetividad artística. Pero resulta que un “documento” tiene la misma subjetividad que una obra artística de cualquier género, porque es un producto de creación-recreación a partir de un mismo autor en común para ambos: el hombre. Es tan “ficticio y poco fiable” un documento como lo es una novela o un cuadro pictórico. En los dos casos se selecciona previamente el mensaje o la información que se quiere plasmar o legar para el futuro (la que entra o no a su obra), mediante los códigos de lo que es para el autor lo moral y lo amoral, lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, lo modélico y lo antimodélico. Es decir, que entre la información y el autor existe un factor determinante a la hora de utilizar e interpretar la información: la subjetividad humana.

La subjetividad es la capacidad mental e intelectual del ser humano para crear y recrear su memoria individual

o colectiva. Sustenta un proceso permanente de elaboración y reelaboración intelectual donde las experiencias personales –pasadas y presentes–, el contexto épocal e ideológico, la educación familiar y académica, son determinantes. Funciona mediante una construcción mental, de forma voluntaria e involuntaria, consciente o inconsciente, para imaginar y producir el universo cognoscitivo individual y social. La subjetividad expresa y condiciona las relaciones sociales y por ende de poder. Es una expresión intelectual del poder mediante la cual se edifican *verdades* para legitimar una hegemonía, una realidad. Y el historiador y su obra no están ajenos a lo anterior. Codifica las coordenadas de ambos.

Los historiadores tienen el deber social y profesional de transmitir, previa creación desde el amplio arsenal teórico y metodológico de las Ciencias Sociales, un universo de ideas que ilustren e interpreten un pasado. Luego sirve de patrón referencial de estudio al resto de los miembros de su sociedad. Es una alta responsabilidad que no debe desaprovechar las infinitas posibilidades de las creaciones artísticas. Es desacertado para el historiador pensar que la subjetividad está mayormente presente en los creadores y obras artísticas. También pervive y se desarrolla en sus mentes.

Algunos olvidan que la diferencia entre las ciencias sociales y las exactas radica en la fuerte relatividad de las primeras, frente a las leyes y categorías muy precisas de las segundas. Estas últimas, al estudiar procesos y fenómenos muy estables y fijos de la naturaleza logran una precisión casi invariable;

mientras que las sociales estudian lo más cambiante y en constante transformación de la vida: el pensamiento y la actividad social del hombre en el tiempo.

A contrapelo de los historiadores fetichistas del documento, el gran científico social del siglo XIX, Carlos Marx, recordó y explicó en el curso de su obra científica que la literatura europea de su época en mucho contribuyó a su formación y análisis de la sociedad. Para él, la literatura francesa, en voces como Víctor Hugo, Honorato de Balzac y otros, le ofreció un panorama y mosaico sociales únicos de la Europa de su tiempo. Lucién de Rubenpré y su decadencia existencialista del París de la década del 30 del XIX, el funcionamiento de la prensa moderna en la Ciudad Luz y otros procesos sociales de carácter individual o colectivo, le ayudaron a elaborar una visión de conjunto que desbrozó el método marxista para el análisis social. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* fue y es un ejemplo de tales aportes.

Los neopositivistas prefieren pensar que la literatura y otras expresiones artísticas sirven para estudiar y comprender la cultura artística de una nación, pero no su historia, sobre todo la política y económica. Parece un chiste de muy mal gusto –por cierto, una fatal concepción fragmentada de la sociedad–, pero es esa la miopía social del positivismo: particularizar y dividir el conocimiento científico en una relación binaria que invalida la “universalidad” marxista para el estudio y comprensión de lo social.

Les cuesta trabajo asimilar que la historia de una nación se edifica desde los pilares de los imaginarios culturales de

sí misma. A través de ellos se han formado y forma el cuerpo mitológico de una historia nacional, por muy *documentada* que pueda ser. Al igual que desde la historia, desde la cultura artística se legitima en el pasado el presente cotidiano de una colectividad humana. Los discursos narrativos de la literatura e historia nacionales se entrecruzan permanentemente en el curso histórico de tal proceso, apoyados por una tradición oral y de otras expresiones. Sin lugar a dudas, el poder de la escritura histórico-literaria o viceversa es determinante. No fue casual que en el siglo XIV un famoso general árabe pronunciara una peligrosa idea política, que ha viajado a través del tiempo como apotegma social: la historia se escribe desde el poder, la historia la escriben los vencedores.

Por otra parte, la construcción de la narrativa literaria o histórica siempre ha estado muy relacionada con el poder. La hegemonía cultural, moral e intelectual del grupo, clase o sector que detente el poder político, se forja en buena medida a partir del control del discurso narrativo en todas sus manifestaciones. La escritura fue y es un fuerte componente del funcionamiento de las relaciones de poder en cualquier tipo de sociedad humana. Cuando las prácticas de las relaciones de poder comenzaron a ser estudiada y teorizadas con el advenimiento de la modernidad, desde los inicios del siglo XVI aproximadamente, la escritura reverdeció su papel determinante para el control de los dominados. Desde Nicolás Maquiavelo, pasando por los iluministas franceses, Carlos Marx, Antonio Gramsci, Vladimir I. Lenin, Max Weber,

hasta Herbert Marcuse, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y otros, se ha enfatizado la necesidad constante del control de la producción escrita y artística en general para el mantenimiento y la reproducción permanente de la hegemonía.

Toda vez que desde el discurso histórico se perpetúa y reproduce del poder o se destruye, desde la cultura artística sucede un tanto igual: se produce y reproduce el poder y la sociedad existente. Esta es la base teórico-conceptual de la sociología de la cultura. Es preciso que esos filólogos e historiadores aprehendan este principio básico. Sólo la fusión dinámica e interactiva en la mente de los dos tipos de especialistas les ofrecerá una mejor identificación mutua de sus objetos de estudios y los *préstamos* teóricos y factuales que deben realizar ambas ciencias.

Para comprender mejor la subjetividad en la escritura de la historia a partir de un acercamiento hecológico desde la historiografía nacional es preciso no olvidar una importante idea: en el archipiélago cubano los estudios historiográficos no tienen larga tradición ni adeptos; es más, los especialistas del estudio de cómo se ha escrito la historia nacional constituyen un club de muy pocos *afiliados* en nuestro país. Es por ello que resulta muy difícil consultar investigaciones o textos nacionales donde estudiar las características y cómo se ha escrito la historia de Cuba desde Cuba.

Apuntando este elemento, al emprender un recorrido desde tales tipos de estudios a través de algún hecho o proceso históricos en específico encontraremos que los historiadores nacionales

le han impreso –como era de esperar– su propia subjetividad para construir un hecho o proceso a partir de lo que consideran “verdad absoluta y establecida”. Para ellos las obras literarias y artísticas pagan los platos rotos de la ficcionalidad humana. Sin embargo, hasta en hechos históricos duros y establecidos es posible encontrar variados elementos de carácter muy subjetivos. En el siguiente estudio de caso podrá comprenderse tan peculiar asunto.

Se sustentó en la consulta de significativas obras históricas que han tratado el suceso y han sido publicadas dentro de Cuba. O sea, se trata de una investigación de búsqueda bibliográfica. Los textos aparecidos fuera del país, documentos inéditos y otras fuentes no se tuvieron en cuenta porque se trata de observar y enjuiciar la construcción, evolución y repercusión del hecho a través de la historiografía nacional. No obstante, las fuentes no consultadas podrán corroborar o contrariar las ideas que expondré a continuación.

La Protesta de Baraguá frente al espejo

Pensar un hecho histórico a primera vista puede parecer relativamente fácil. Desde nuestro presente miramos al pasado por varias razones: curiosidad, utilidad, necesidad de legitimación o comprensión del presente, sed de conocimientos. Pero cuando esas miradas en retrospectiva se sientan en dos esenciales pilares de reflexión específicos, mirar el tiempo en regresión de entretenimiento se convierte en enseñanza. Dos preguntas sintetizan esos pilares del análisis histórico para enten-

der el pasado: ¿cómo fue percibido un hecho histórico por los contemporáneos que lo protagonizaron, presenciaron o los que vivieron el momento y época en que ocurrió? Segundo, ¿cómo fue construido ese hecho histórico a partir de la narrativa histórica por las siguientes generaciones que no vivieron el suceso? La Protesta de Baraguá es un relevante acontecimiento para los cubanos y un lúcido ejemplo historiográfico para buscar respuestas a tales preguntas.

Cómo fue vista por sus contemporáneos participantes o no

Acaeció el 15 de marzo de 1878 en una antigua hacienda de crianza ganadera de la economía colonial oriental y dentro de los actuales límites de la provincia de Santiago de Cuba. La Protesta que dirigió el Mayor General Antonio Maceo selló dignamente el trágico epílogo de la revolución de 1868, que en los primeros cinco meses de 1878 sentenció su desenlace final. Baraguá fue la contrapartida al dudoso Pacto del Zanjón del 10 de febrero de ese año.

Sin embargo, al consultar la literatura de campaña de las guerras de independencia de Cuba (1868-1898) a través de diarios, relatos, testimonios, manifiestos y anécdotas, creadora de un nuevo saber-poder de aquellas revoluciones, llama la atención el tipo de recepción que tuvo la Protesta en la pluma de los contemporáneos participantes o no del hecho que crearon tal narrativa.

Algo salta enseguida a la vista: la Protesta no generó una explosión de textos o documentos de manera instantánea en la literatura de campaña del 68. Más bien se trató de una lenta repercusión oral que fue progresiva, entre

los cubanos partidarios o no de una independencia con soberanía y sin esclavitud. Sólo dos versiones escritas brotaron de las manos de testigos directos del suceso. La primera le correspondió al doctor y teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás, ayudante personal de Antonio Maceo, quien entre 1882 y 1885, dictó un ciclo de nueve conferencias ante la emigración revolucionaria de Cayo Hueso que dieron el argumento testimonial central de su visión sobre la guerra del 68.

Teniendo como precedente más cercano tales testimonios fue publicada por primera vez en el periódico *Patria*, dentro de una serie de artículos que bajo el rótulo general de “Episodios de la Revolución cubana” vieron la luz entre el 3 de junio y el 10 de octubre de 1893, la versión de Figueredo que tuvo como título “La Protesta de Baraguá”. Este fue el inicio de la creación narrativa del hecho. Su relato ha sido y es el más recurrido como fuente primaria y básica para referirse a lo acontecido allí por parte de los historiadores.

Años más tarde, en 1899, apareció en la *Revista Cubana* –editada en La Habana– la misma versión. Pero no fue hasta 1902 que las nueve conferencias y un epílogo –donde se anexó la versión– fueron editadas íntegras en forma de libro con el título *La revolución de Yara* (1902).¹ El libro devela las dotes literarias y de fluidez del autor. Los puntos de vistas de Figueredo sobre la Protesta se convirtieron a través del tiempo y hasta nuestros días en la fuente capital que muchos historiadores han reproducido con exactitud y otros le han introducido modificaciones. Algunas de ellas sin referencias

documentales e históricas de sus orígenes o procedencias.

La segunda versión de un participante directo estuvo a cargo del doctor Félix Figueredo. La publicó en la *Revista Cubana* en 1889 y la reeditó en 1915. Ha sido muy poco difundida hasta hoy y poco modifica lo escrito por Fernando Figueredo. Apenas se ha utilizado por los historiadores desde esos años hasta el presente.

La versión de Fernando Figueredo, a pesar del privilegio de haber sido la primera y principal narración que trató exclusivamente la tensa entrevista entre Antonio Maceo y Arsenio Martínez, no pudo alcanzar antes de terminar el ciclo independentista en 1898 la popularidad que tuvieron otras piezas narrativas de contemporáneos no presentes en Baraguá, pero que publicaron importantes testimonios de gran acogida entre los antiguos combatientes del 68 y hasta generaron encendidas polémicas donde José Martí se vio envuelto más de una vez.

Llama la atención que Ramón Roa en *A pie y descalzo* (1890)² comentara de forma fugaz la justa rebeldía de Maceo sin dedicarle un capítulo, epígrafe o espacio considerable. También Enrique Collazo en *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893),³ al igual que Roa, menciona la entrevista sin dotarla de ningún peso ideológico. Collazo llega hasta el punto de confundir fechas relacionadas con el hecho. La parquedad de estos antiguos miembros del Comité de Centro, órgano civil que negoció el Pacto con Arsenio Martínez Campos, refleja la escasa repercusión escrita de los sectores partidarios de aquel fin; o sea, para aquellos sectores

la revolución había concluido en el Zanjón y la Protesta era un anexo de rebeldía de un muy reducido sector dentro del mambisado que no abarcaba grandes espacios en la atmósfera mayoritaria del ocaso revolucionario.

Otro elemento a considerar en este desnivel de repercusión colectiva radica en que mientras las obras de Roa y Collazo fueron publicadas a inicios de la década del 90 del siglo XIX, antes de comenzar la guerra del 95 (cuando la emigración cubana vivía una nueva efervescencia patriótica que la fundación del Partido Revolucionario Cubano y el propio estallido del 24 de febrero catalizaron con mucha fortaleza), el libro de Fernando Figueredo salió de imprenta casi una década después, terminada la épica del 95. Para ese momento una mezcla de incertidumbre y frustración se enseñoreó de la vida política nacional con el estreno de una república diseñada en planos estadounidenses.

Por otra parte, el propio Antonio Maceo fue poco explícito en sus documentos personales y oficiales sobre el acto que protagonizó. En sus cartas y documentos reeditados a fines del siglo XX (*Antonio Maceo. Ideología política y otros documentos*, 1998)⁴ son muy escasas las referencias personales al hecho. Apenas mencionó el acontecimiento en la carta a Julio Sanguily el 26 de marzo de 1878, donde comentó la reunión sin ofrecer descripción o interpretaciones. En esa misma compilación u otras similares es interesante observar cómo Maceo sólo se refiere de manera breve a Baraguá para contraponerla al Pacto del Zanjón, sin evaluar o analizar el contenido y peso ideológico del

suceso. A pesar de haber hecho coincidir simbólicamente el inicio de la invasión –octubre de 1895– con el mismo lugar donde él manifestó su decidida inconformidad al final de la Guerra Grande, dos preguntas se imponen: ¿por qué Antonio Maceo no redactó en documento alguno su versión o análisis personal de aquella entrevista? ¿Por qué la mayoría de los historiadores que se han acercado al tema no se han hecho tal pregunta?

A muchos años de la muerte del Lugarteniente del Ejército Libertador y de haber concluido la guerra, fue publicado el largo testimonio de Enrique Loynaz del Castillo acerca de aquella contienda (*Memorias de la Guerra*, 1989).⁵ Allí Loynaz refirió que en los años de estancia de Maceo en Costa Rica, en particular en 1894, este le dictó una versión personal de la Protesta bajo la sombra de un árbol en su colonia La Mansión. El general le hizo copiar a Loynaz del Castillo la citada versión que nunca ha sido hallada y que el autor del *Himno invasor* confesó haber dejado en aquel lugar al partir a Cuba. Varias preguntas e hipótesis producen tal anécdota. Pero en historia especular es a veces insuficiente para pensar lo que pudo haber sido y no fue, ni será. Si un día apareciera estoy seguro de que la historiografía de la Protesta se enriquecería en su esencia.

Enrique Loynaz se acercó a dicho acontecimiento histórico como mismo lo hizo José Miró Argenter en *Crónicas de la guerra* (1909).⁶ Loynaz y Miró mencionaron varias veces la Protesta de Baraguá como un suceso que se opuso al pacto del 10 de febrero, un freno personal y político que enalteció la conducta



General Antonio Maceo Grajales en la Protesta de Baraguá

del ya Titán de Bronce. Pero ninguno de los dos reflexionaron o aquilataron el espacio a ocupar dentro de la ideología del independentismo cubano del siglo XIX. Ello induce a pensar que los hombres del 68 y el 95 conocían la Protesta de Baraguá en diferentes grados de intensidad y apreciaciones en dependencia de sus horizontes culturales, afinidad, cercanía a la figura del insigne oriental y ubicación geográfica dentro del mapa bélico de ambas revoluciones, pero no llegó a ser un hecho determinante en el imaginario popular de ambas insurrecciones. Al menos hasta 1898.

Sólo un hombre reconoció temprana y estratégicamente el peso político e ideológico de Baraguá en los marcos de la nueva revolución necesaria: José Martí, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Para el creador de una nueva radicalidad transformadora de la sociedad cubana de fines de siglo XIX se trataba “de lo más glorioso de nuestra historia”. Martí fue el primero en avizorar una nueva relectura del hecho en los marcos de una inminente revolución. Para él la Protesta sería un importante soporte legitimador que desde el pasado articulaba el presente (la revolución necesaria). Por eso le solicitó a Figueredo Socarrás la publicación de sus puntos de vista en 1893.

La visión republicana

Con el advenimiento de la República neocolonial, la historiografía cubana priorizó un particular enfoque histórico donde el Zanjón fue el protagonista final de la guerra del 68 y la Protesta un coprotagonista sin connotaciones ideológicas para el nuevo Estado nacional. Era el fruto de una hegemonía cultural basada en relaciones de poder excluyentes de muchos de los sectores populares que habían protagonizado el 68 y el 95.

Dicho enfoque puede caracterizarse por una escasa interpretación ideológica, brevedad de mención, delimitación geográfica e histórica de carácter regional, reproducción textual de las palabras de Figueredo, introducción o modificación de elementos a la versión central de Figueredo y, finalmente, el elemento de mayor peso, la ausencia de investigaciones históricas sobre el tema.

Encabeza el listado Eusebio Hernández (*Maceo dos conferencias históricas*, 1913 y 1930),⁷ quien afirmó que la Protesta sólo revirtió el carácter del Zanjón de paz deshonrosa a tregua: “la Protesta de Baraguá que hizo del Convenio del Zanjón una tregua”. También Hernández apuntó que fue el marco propicio para que Maceo creciese como figura: “Se creció en Baraguá haciendo frente él solo a todo el ejército español”. Es fácil comprender, al contextualizar todo el libro y la propia vida política del autor, que su objetivo principal fue elevar con marcada idolatría la figura de Maceo dentro del panteón de héroes independentistas. Maceo fue su ídolo revolucionario y personal. La actuación política de Eusebio Hernández en la década del 80 y en la Guerra del 95 explican el por-

qué y cómo asumió tan marcado apasionamiento personal, que lo llevó desde rechazar a otros independentistas notables hasta a la gestación de planes contra los cargos y responsabilidades políticas y militares de ellos para construir un discurso narrativo donde Antonio Maceo era figura central de todo. Este punto de vista, más que darle a Maceo su verdadera dimensión revolucionaria lo circunscribió a una actuación personalista obviando el real peso ideológico del Titán y su obra.

En los inicios del decurso republicano, Abdon Tremols publicó un importante catálogo de pintura, *Los patriotas de la galería del ayuntamiento de La Habana* (1917).⁸ Al pie de cada fotografía de los originales que aún se exhiben en la Sala de las Banderas del actual Museo de los Capitanes Generales, redactó una breve información sobre cada uno de los 100 patriotas reflejados en iguales óleos. En el cuadro dedicado a Antonio Maceo llama poderosamente la atención que no se hace mención alguna de la Protesta, ni a la participación en ella del destacado luchador. Sin embargo, en el resumen dedicado a Fernando Figueredo sí hay referencia a la entrevista al calificarla como la “protesta más viril que registra la historia de nuestras luchas” que “salvó el honor de Cuba rebelde”. En realidad, estas ideas fueron una ruptura con un enfoque que reducía en muchas expresiones a dicho acontecimiento. Pero fueron expuestas en un pequeño catálogo de pinturas para un público muy específico y no en los libros oficiales de historia del país en esos momentos, ni tampoco en los diversos textos que iban conformando las gestas independentistas del pasado

siglo. A pesar de no haber sido analizado el hecho por cualquier autor consultado para la investigación, esta visión de llamativo vuelo nacional e ideológico no primó en el proceso de construcción del mito sobre Baraguá.

Pero lo más importante es la omisión del papel y participación de Maceo en la Protesta. Ella aparece relacionada con Figueredo y no con Maceo. Esa es la imagen que de manera consciente o inconsciente se deseaba proyectar sobre aquel suceso.

La espiral crecía en la pluma de historiadores como Emeterio Santovenia en *Los presidentes de Cuba libre* (1930),⁹ donde distanció la actuación de Maceo del resto de los combatientes de aquella gesta, hasta el punto que a la inconformidad del bravo guerrero no le vio honduras ideológicas. Afirmó que: “El afán de Baraguá no logró ahondar cauces en la extenuada conciencia cubana”. También expresó: “[...] ni los esfuerzos de hombre de la calidad de Antonio Maceo bastaron para reconstruir el espíritu de la lucha y sacrificio”. Santovenia, al igual que otros autores republicanos no explicaron o ahondaron en sus aseveraciones. Independientemente de los posibles *por qué* de tales afirmaciones, una realidad se iba imponiendo: Baraguá no se investigaba como tema histórico y se conformaba un hecho escaso de interpretaciones ideológicas favorables a los seguidores de la revolución popular.

La hegemonía cultural burguesa imponía sus presupuestos intelectuales en la producción historiográfica: liberación nacional de la antigua metrópoli ibérica sí, revolución de las estructuras

racionalizantes de sistema, no. Es decir, que su subjetividad como “junta de negocios” detentando el poder político y económico se hizo valer.

Ramón Infiesta en *Máximo Gómez* (1937)¹⁰ fue más rudo aún al repasar la épica final del 68: “[...] Antonio Maceo decide, en Baraguá, continuar por su cuenta la resistencia”. Para el abogado Infiesta la decisión de Maceo de protestar ante lo pactado en el Zanjón era el producto de una independiente y personal actuación alejada del espíritu reinante en la mayoría de oficiales, jefes y soldados del Ejército Libertador. Sin embargo, en esta biografía, premiada en las conmemoraciones del centenario del nacimiento del Generalísimo, se deja entrever un similar aliento al del que Eusebio Hernández le imprimiera a su obra, pero en sentido opuesto: destacar con desmesura una sola figura obviando en diferentes análisis el papel de otras, en este caso a favor de Máximo Gómez.

Por su parte, Leopoldo Horrego Estruch en *Maceo héroe y carácter* (1943)¹¹ origina un curioso e inesperado fenómeno historiográfico. A pesar de seguir copiando tácitamente a Figueredo, el devenido historiador matancero le introduce modificaciones a la versión original, sin ofrecer las fuentes proveedoras de tales *cambios*. Ejemplo de ello es cuando plantea que Martínez Campos trató de abrazar al Titán al inicio del encuentro y que este último lo impidió con su brazo. Otra modificación es que Maceo terminó la entrevista mareado por el humo de cigarro. Es cierto que el bravo oriental detestaba el cigarro y su humo, pero Horrego

no explicó el porqué, ni las fuentes utilizadas para *alterar* la versión de Figueredo. Pudiera decirse que Horrego fue el iniciador de una *ficcionalización narrativa* de la Protesta al introducir tales ingredientes imaginativos sin avales de fuentes.

Además, le concede un mayor espacio de redacción al Zanjón convertido en tregua gracias a la entrevista. He aquí un vivo ejemplo de cómo la subjetividad del historiador hace de las ideas presentadas en su obra como verdaderas y absolutas en algo relativo.

Ramiro Guerra en su libro *Guerra de los Diez Años (1950-1952)*¹² mantuvo la línea descriptiva de otrora. Continuó la línea repetitiva al privilegiar con 10 páginas al Zanjón y a Baraguá sólo con dos párrafos. El propio Guerra en *Historia de la nación cubana* (10 tomos, 1952),¹³ dedica siete páginas al suceso. En la casi totalidad de ellas se reprodujeron, una vez más en la historiografía del tema, los diálogos entre Maceo y Campos ya narrados por Figueredo desde 1893. Sin embargo, le aportó un nuevo calificativo al llamarla “famosísima Protesta”. Es una pena que esta novedosa apreciación para la historiografía de entonces no fuera interpretada ni argumentada por el autor.

El más relevante biógrafo de Antonio Maceo, José Luciano Franco, autor de *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida* (tres tomos, 1951),¹⁴ propuso un atípico enfoque sobre el tema. Él le concedió por primera vez en la historiografía nacional una “resonancia universal” a la entrevista. Para argumentar lo que puedo considerar como el primer intento de internacionalización

de la Protesta de Baraguá se auxilió como fuentes de dos periódicos en la emigración cubana de Nueva York, *La Verdad* y *El Herald*. Unos días después del 15 de marzo de 1878 ambos periódicos informaron de la entrevista y sus resultados. *El Herald* reprodujo la preocupación mostrada por las sociedades antiesclavistas americana y de Londres y la Cámara de los Comunes de Inglaterra ante el tratamiento omiso de la esclavitud en Baraguá. Pero al observar detalladamente en la propia obra de Franco es fácil detectar que, de los dos periódicos, el primero tiene un carácter local muy reducido al ser para un grupo de emigrados muy específico: los propios cubanos; el segundo, tan solo reproduce una sospechosa preocupación inglesa.

El interés de ambas sociedades y de la Cámara apuntan más a un antiesclavismo de sedimento económico proveniente de potencias económicas, una de ellas de larga experiencia colonial en ese momento, que a una verdadera solidaridad liberadora y patriótica de la lucha cubana. La propia Inglaterra desde 1817, debido al desarrollo interno de su economía y su apogeo como primera potencia mundial, combatía la práctica de la esclavitud que ya le estorbaba dentro y fuera de sus fronteras nacionales. En los Estados Unidos, el presidente Abraham Lincoln abolió la esclavitud en 1863, en medio de una decisiva Guerra de Secesión, donde el industrialismo norteamericano clamaba a gritos la liberación de las futuras nuevas fuerzas productivas.

Más adelante, Franco apuntó que el patriota cubano Juan Arnao afirmó en su obra *Páginas sobre la Historia de*

Cuba que un titular bajo el rotulo de “El general Antonio Maceo ha salvado la honra de los cubanos” fue publicado en miles de periódicos de la Unión. ¿Verdaderamente existieron miles de periódicos en los Estados Unidos en ese entonces?, ¿cómo pudo contabilizarse esa cantidad en caso de haber existido tantos periódicos?

Los pilares de esa “resonancia universal” no fueron suficientes para sostenerla. De hecho, la internacionalización de la protesta no tuvo seguidores ni estudios continuadores. El intento de expandirla como fenómeno internacional quedó sin posibilidades. También el autor *modifica* un detalle de la entrevista: expone que Maceo fue el primero que trajo a colación el tema de la esclavitud cuando Figueredo expresó que fueron Manuel de Jesús Calvar y el propio Figueredo los primeros en tocar el tema.

Finalmente, es paradójico que en la monumentalidad de los tres tomos de Franco —que puso a disposición de los especialistas y lectores en general el volumen de información y visión más abarcadora hasta ese instante sobre Antonio Maceo— se ponderó más la descriptiva entrevista que la constitución de un Gobierno Provisional y la redacción de una nueva Constitución ocurridas en la tarde-noche de ese día. No obstante, el titánico esfuerzo de José Luciano Franco continuó sin resolverse el relego nominativo e interpretativo que sufrieron el Gobierno Provisional y la Constitución de Baraguá de manera permanente en la historiografía republicana. Tales omisiones se mantuvieron durante varios años después del triunfo revolucionario de 1959, como se verá más adelante.

Años después, Emilio Roig en *La guerra libertadora de los treinta años* (1958)¹⁵ continuó viendo el hecho histórico como valladar que transforma el Zanjón de paz a tregua; en un párrafo dedicado al tema expresa: “[...] aunque Maceo no encontró entonces el respaldo suficiente, ni en los revolucionarios de la Isla ni en los del extranjero [...]”; sin embargo, para Roig: “[...] Maceo, en Baraguá, representó el alma, la fuerza y los ideales revolucionarios [...]”. El consagrado historiador de la ciudad y abanderado de los estudios históricos antiimperialistas trató en este juego de ideas ambiguas de enfocar el encuentro Maceo-Campos hacia una perspectiva de aceptación más popular acorde a la candente situación revolucionaria nacional de ese año, eclosionada desde la Sierra Maestra que anunciaba un radical giro de toda la sociedad en breve tiempo. Fue demasiado profunda la rebelión nacional contra Fulgencio Batista como para que Roig no escapara a sus influencias que, sin romper con el análisis tradicional, se hace sentir en estas ideas cruzadas.

La Protesta en Revolución

La Revolución de 1959 abrió un caudaloso sendero al análisis histórico del país. Las guerras de independencia adquirieron una importante reevaluación de sus estudios. A partir de entonces, la Protesta de Baraguá recibiría un enfoque que legitimaba desde el pasado a los sectores populares y partidarios del triunfo revolucionario: campesinos, obreros, intelectuales y pueblo en general. Se trató del nacimiento de una nueva hegemonía revolucionaria, subvertora del orden social precedente.

A pesar de ello, Raúl Aparicio en *Hombradía de Antonio Maceo* (1966)¹⁶ no se separa todavía de la línea descriptiva y poco interpretativa. Además, mantiene el criterio de José Luciano Franco al decir que “la opinión mundial” había puesto su atención en la Protesta durante aquellos días sin aportar elementos de sustentación para ello.

Fue Jorge Ibarra con su *Historia de Cuba* (1967),¹⁷ quien inauguró un nuevo giro de interpretación histórica e ideológica a la Protesta que inició una verdadera mutación ideológica. Por primera vez, un historiador cubano no se detuvo en el Zanjón, sólo lo mencionó. Propuso el acápite “Razones históricas, política y militar de la Protesta de Baraguá”, donde afirmó: “[...] significó el ascenso a la dirección revolucionaria del país de elementos representativos de las clases y capas más humildes y explotadas y por ende, más consecuentes en la lucha a muerte contra el colonialismo español [...]”, y también “[...] consigna de permanente agitación y de inconformidad revolucionaria”.¹⁸ Ibarra sustenta su punto de vista en postulados marxistas y logra saltar la barrera de lo meramente descriptivo, aunque valora poco el gobierno provisional y la Constitución. En la siguiente década mantendrá un planteamiento idéntico en *Ideología mambisa* (1972).¹⁹

Julio Le Riverend en su *Historia de Cuba* (1974)²⁰ eleva el giro interpretativo llevándolo de planos regionales a nacionales: “[...] es uno de los acontecimientos trascendentales de la Historia de Cuba ya que fue el de sentido más revolucionario en su momento histórico”. Ese año apareció *Ecos de caminos*

(1974)²¹ de Sergio Aguirre, en el cual este profundizó más en la esencia ideológica al plantear que “[...] Maceo no se concibe sin la revolución” y da una serie de razones de peso ideológico en torno a la vida del futuro héroe de San Pedro para explicar su actuación patriótica. Dotó a Baraguá de una apreciación donde el rechazo maceísta era un antídoto psíquico y moral al desaliento reinante en la agonía de la guerra y a la vez funcionaba como puente de continuidad para llegar a un presente en el que los polos ideológicos de la revolución se repelían cada vez más en una década de evidentes visos de dogmatismo. El militante profesor de Historia de Cuba creaba un radical muro de contención y asidero ideológico que por momentos salpicaba desmesura. Vale recordar que desde 1945 presentó dichos criterios en el periódico *Hoy*; para él el significado básico se sintetiza en que Maceo “[...] simbolizó en la Protesta la madurez de los estratos cubanos inferiores para orientar los rumbos de la nación entera”.²²

Nuevamente Aguirre retoma el análisis de la imposible conciliación Independencia soberana vs. Independencia lastrada en *Raíces y significación de la Protesta de Baraguá* (1978).²³ Es en esta obra donde la historiografía nacional ha llevado a planos ideológicos más elevados el suceso, cuando el autor lo resume bajo los calificativos de intransigencia, continuidad e inconformidad al no tener en cuenta España la independencia y el fin de la esclavitud. Significaba también –al igual que Ibarra– el ascenso ideológico del pueblo y de una nueva dirección revolucionaria. Para sustentar lo

anterior consideró al referirse a Maceo que: “[...] un solo héroe había salido vivo e incólume, con dimensión nacional, de la larga pelea”, y que, además, “[...] en 1879 Maceo era el alma de la Revolución”.

Al afirmar esto contraponía a Maceo frente a una figura que los propios contemporáneos del 68 consideraban un símbolo de toda la revolución: Máximo Gómez, jefe militar que en 1878 gozaba del exclusivo privilegio de ser el único Mayor General participante en la contienda que había transitado por todas las jefaturas y cargos militares del Ejército Libertador y por todas las regiones del país que alcanzó aquella gesta. La dirección de dos movimientos invasores (1873-1874, 1875-1876) le dieron, junto a lo anterior, una dimensión personal de la guerra nacional como necesidad de esa revolución que sus contemporáneos también supieron reconocerle. La realidad histórica está más allá del deseo y la voluntad del historiador. ¿Cómo explicar entonces que esa misma generación del 68 le solicitase a Gómez en 1883 la articulación y dirección de un nuevo movimiento revolucionario sin haber estado presente en Baraguá? En 1892 los combatientes del 68 a través de la coordinación del Partido Revolucionario Cubano, en votación mayoritaria, eligieron para futuro General en Jefe del Ejército Libertador a quien ya comenzaba a ser llamado como el Generalísimo. Tanto Antonio Maceo como Gómez poseen sus indiscutibles méritos y aportes a nuestras luchas y historia patria, por tanto, no es preciso contraponerlos, todo lo contrario. Cada estrella brilla siempre con su luz propia.

El profesor universitario Oscar Loyola Vega, coautor de *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales* (1996),²⁴ sin despegarse definitivamente del enfoque de Fernando Figueredo, le aporta al análisis del tema los fundamentos socioeconómicos de la región santiaguera donde se ubica Baraguá, dándole un nuevo grado de comprensión al porqué de la actitud de los combatientes de la región y la de Maceo ante los hechos del Zanjón. Para Loyola Vega, Maceo se convierte en “[...] figura política de primer plano en el movimiento de liberación nacional” y Baraguá es: “[...] respuesta política que volvía a colocar en primer plano los objetivos básicos de la revolución cubana contenidos en el Manifiesto del 10 de octubre”. Un lustro después, en *Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación* (2001),²⁵ este autor hizo emerger una valiosa idea, no trabajada en la evolución historiográfica del tema, aunque sí en su obra personal: el análisis del control de la dirección revolucionaria mediante un gobierno provisional y la Constitución redactada por el sector militar azotado por las inoperancias y limitaciones de la Cámara de Representantes en el torbellino de la revolución.

Antes de concluir el siglo, en 1999, Rolando Rodríguez entregó a la historiografía del tema un pequeño texto, *La revolución inconclusa: La Protesta de los mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*.²⁶ Su análisis se centró en remarcar el carácter de legalidad y constitucionalidad como demostración legitimadora de aquel acto, más allá de su tradicional valor

moral para los sectores populares de la revolución. No creo que las críticas hechas a la Constitución de Guáimaro fueran las más efectivas, ya que su demostrada inoperancia y excesos civilistas pueden verse de manera opuesta, es decir, el desborde militarista, en la legalidad que supuso la Constitución de Baraguá, y la falta de equilibrios que prolongó tuvo que ser corregida por José Martí años después.

Un punto de vista desde el presente

Entre el 2001 y el 2008 no se han producido trabajos que hayan aportado nuevos elementos a la evolución de la Protesta como tema histórico.²⁷ Al resumir este generalizador recorrido de casi 130 años es sugerente definir un grupo de ideas que exploran su interioridad y que pudieran ser consideradas por los historiadores para futuras investigaciones:

1) La versión de Fernando Figueredo se convirtió desde su publicación hasta hoy en la base central y patrón documental más importantes para el conocimiento e interpretación de la Protesta, copiada de forma textual una y otra vez por varias generaciones de historiadores cubanos. Existe otra versión de un participante, Félix Figueredo, pero no tiene la dimensión histórica ni el tratamiento de la primera. Todo lo anterior apunta que Baraguá no cuenta y presumiblemente no contará (si no aparecen nuevas versiones) con una variedad de enfoques heterogéneos que le permitan alcanzar un mayor nivel investigativo a los historiadores de otra, del presente y el futuro.

2) Nos encontramos frente a un hecho histórico que no ha presentado ni presenta polémicas en sus estudios.

3) Baraguá es un tema histórico que no genera investigaciones. Su espiral cronológica ha tenido un comportamiento lineal en su evolución historiográfica.

4) En su devenir historiográfico se le ha intentado introducir pequeñas alteraciones que no han logrado imponerse al tradicional apego de una repetición positivista. Tampoco han triunfado los esfuerzos por internacionalizar su resonancia en el momento de su ocurrencia, aunque es loable señalar que ambas perspectivas no tuvieron ni tienen seguidores.

5) Se trata de un emblemático estudio de caso que muestra cómo un hecho histórico contiene en su estructura una mutación en su dimensión ideológica y espacial en el curso del tiempo.

6) La Protesta de Baraguá ha evolucionado como fenómeno histórico en tres momentos historiográficos: colonia, república y Revolución. Este tránsito se ha producido desde dos diferentes ópticas:

a) Una de estudio que observa el hecho como contestación individual a los sucesos del Zanjón transformándolo de paz a tregua, con dimensión local y sin peso determinante para la lucha independentista, y que ve el Pacto como eslabón final de la revolución en el significado: Pacto, protagonista-Baraguá, coprotagonista. Su rango cronológico se mueve entre 1893 y 1959.

b) Una segunda que trató en todo momento de romper el cerco de la primera hasta conseguirlo y convertirlo en acontecimiento nacional con un peso decisivo para la ideología nacional revolucionaria desde 1959 hasta el presente.

7) Esta segunda vertiente le ha dado una ascensión reinterpretativa e ideológica donde los sectores o capas más

humildes y populares de la sociedad cubana en 1878 asumieron la dirección política del proceso del 68. Asunción algo tardía que demuestra la necesidad histórica para los sectores dirigentes de una revolución social de una temprana radicalidad revolucionaria. Los promotores de tal enfoque han sido los sectores más revolucionarios y radicales de los procesos cubanos de igual tipo y que ha invertido su significado: Baraguá, protagonista-Pacto, coprotagonista

8) Baraguá no tuvo una repercusión escrita inmediata ni mediata dentro del mambisado (literatura de campaña). Pudiera decirse que la tuvo de forma oral y, paulatinamente, con el paso de los años, fue expandiéndose como una de las grandes leyendas de la ideología del independentismo cubano del siglo XIX.

9) Lo acontecido el 15 de marzo de 1878 representa dentro del estudio de la revolución del 68, una regresión a la problemática de las estructuras de poder engendradas desde la Asamblea de Guáimaro en 1869. Si en esta predominó el aparato civil por encima del aparato militar, en Baraguá ocurrió lo contrario. De tal suerte se comprenderá la difícil tarea de organización y unidad que tuvo José Martí para la futura revolución:

Guáimaro: Aparato civil
Aparato militar

Baraguá: Aparato militar
Aparato civil

Martí: Aparato militar-Aparato civil

Baraguá es un ilustrativo tema de cómo la subjetividad está presente en todo momento en la creación y mente de un

historiador. Ella nos une al novelista, al pintor, al poeta y cualquier creador. No podemos negar su papel y función por más que la rechacemos. No se trata de odiarla o negarla, todo lo contrario. Debemos verla como una poderosa aliada que nos ofrece, de manera constante, posibilidades creativas e imaginativas para emplear en nuestra labor de manera racional y ética. Es una capacidad intelectual del hombre que existe para crear. La historia debe tomar de los géneros artísticos como estos deben acudir a la historia. Nosotros, los historiadores, solemos apegarnos al canon positivista de lo factual y hecológico que le ha restado, por momentos, a nuestra espléndida historiografía, capacidades atractivas y llamativas para la lectura del público.

Las perspectivas de estudios futuros de la Protesta de Baraguá señalan las posibilidades de investigaciones en cuanto a cómo y cuáles fueron las representaciones del hecho en los diferentes sectores de la población cubana desde finales del siglo XIX y hasta hoy, tomando como referencia teórica los estudios de mentalidades e imaginarios colectivos.

También los análisis de las relaciones de poder a través del gobierno provisional y de la Constitución profundizarían más nuestros conocimientos actuales sobre el acontecimiento analizado. Así, los cubanos de esta y las próximas generaciones pudiéramos mirar con más profundidad y riqueza, la actuación de Antonio Maceo y de todos aquellos mambises que fueron consecuentes, hasta el final de sus vidas, con la búsqueda de la independencia y soberanía nacionales.

Notas

- ¹ Figueredo Socarrás, Fernando. *La revolución de Yara*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.
- ² “A pie y descalzo”. En Roa, Ramón. *Pluma y machete*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1969. pp. 1-105.
- ³ Collazo, Enrique. *Desde Yara hasta el Zanjón*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1967.
- ⁴ Grajales Maceo, Antonio. *Ideología política y otros documentos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1998. 2 t.
- ⁵ Loynaz del Castillo, Enrique. *Memorias de la guerra*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2001.
- ⁶ Miró Argenter, José. *Crónicas de la guerra*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1970. 3 t.
- ⁷ Hernández, Eusebio. *Maceo dos conferencias históricas*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1968. p. 46.
- ⁸ Tremols, Abdón. *Los patriotas de la galería del ayuntamiento de La Habana*. La Habana: Imprenta La Prueba, 1917. pp. 68, 97-98.
- ⁹ Santovenia, Emeterio. *Los presidentes de Cuba libre*. La Habana: Editorial Trópico, 1930. p. 77.
- ¹⁰ Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, Editorial Siglo xx, 1937. p. 110.
- ¹¹ Horrego, Leopoldo. *Maceo héroe y carácter*. La Habana: Editorial Luz Hilo, 1943. pp. 73-78.
- ¹² Guerra, Ramiro. *Guerra de los Diez Años*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1986. t. 1, pp. 312-322, 325-326.
- ¹³ _____. *Historia de la nación cubana*. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952. t. 5, pp. 253-260.
- ¹⁴ Franco, José Luciano. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, pp. 139-151.
- ¹⁵ Roig de Leuchsenring, Emilio. *La guerra libertadora de los treinta años*. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1958. p. 77.
- ¹⁶ Aparicio, Raúl. *Hombradía de Antonio Maceo*. La Habana: UNEAC, 1974. pp. 208-222.
- ¹⁷ Ibarra, Jorge. *Historia de Cuba*. La Habana: Dirección Política de las FAR, 1967.
- ¹⁸ *Ibidem*, pp. 297, 298.
- ¹⁹ _____. *Ideología mambisa*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.
- ²⁰ Le Riverend, Julio. *Historia de Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1974. t. 22, p. 171.
- ²¹ Aguirre, Sergio. *Ecós de caminos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974. p. 204.
- ²² *Ibidem*, p. 209.
- ²³ _____. *Raíces y significación de la Protesta de Baraguá*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978. pp. 91-92.
- ²⁴ Instituto de Historia de Cuba. *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*. La Habana: Editora Política, 1996. t. 2, p. 147.
- ²⁵ Torres Cuevas, Eduardo y Oscar Loyola Vega: *Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2001.
- ²⁶ Rodríguez, Rolando. *La revolución inconclusa: La Protesta de los mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1999.
- ²⁷ Hasta el momento de la redacción final del trabajo, el texto más reciente sobre la figura de Antonio Maceo e investigaciones relacionadas con él directamente es: Colectivo de autores. *Aproximaciones a los Maceo*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2005. Este título no contiene aportes o nuevos puntos de vista en torno a la Protesta de Baraguá, más bien mantiene el enfoque tradicional. Para ampliar en torno al tópico de la narrativa histórica en Cuba, véase los trabajos al respecto de Jorge Ibarra y Oscar Loyola.



El fondo Fernando Ortiz de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*

María del Rosario Díaz

Investigadora



Fernando Ortiz (1881-1969) dejó a su muerte un extraordinario fondo documental con los resultados de sus investigaciones sobre la cultura acumulados en más de 50 años de vida intelectual. En la actualidad se encuentra dividido entre la Biblioteca Nacional José Martí, el Archivo Literario del Instituto de Literatura y Lingüística Dr. José Antonio Portuondo y el fondo familiar que posee en Madrid su hija María Fernanda Ortiz Herrera. El presente trabajo pretende realizar una breve descripción y caracterización del fondo orticiano atesorado en la Biblioteca Nacional cubana.

Aunque nació en La Habana en 1881, Fernando Ortiz vivió y se educó durante los primeros 15 años de su vida en Ciutadella de Menorca, Islas Baleares, con su familia materna, enriquecida con

las actividades mercantiles y el establecimiento de la industria del calzado en la isla, asimismo culta y con pensamiento abierto a las nuevas ideas científicas que se abrían paso en España.

Con sólo 14 años publicó en 1895 su primer libro fruto de observaciones en torno a la literatura costumbrista y al folklore menorquín, *Principi i Prostes*. Por esa época redactó también un pequeño cuaderno escolar, que contiene un glosario de apodos, escrito en menorquín titulado *Culecció d'els mal noms de Ciutadella*.¹ El pequeño cuaderno fue el primer documento conservado de lo que se convirtió con el tiempo en un voluminoso y sorprendente archivo personal de la vida y la obra del sabio polígrafo cubano.

A la muerte de Ortiz en 1969 y al establecimiento de la residencia de su viuda, hija y demás familiares en el extranjero, se realizaron los oportunos

* Este trabajo forma parte de los resultados parciales del proyecto de investigación homónimo que realiza la autora en la Biblioteca Nacional José Martí.

trámites para la preservación de la biblioteca y el archivo orticianos en instituciones dedicadas a la cultura y a la ciencia. La Biblioteca Nacional José Martí había adquirido su biblioteca personal más otra sección del fondo original donde se encuentran la correspondencia, los documentos de las numerosas instituciones fundadas o integradas por el polígrafo y otros bloques de papelería.² Al igual que la parte del fondo que finalmente se trasladó para el Archivo Literario del Instituto de Literatura y Lingüística, donde aparece la mayor parte de la obra científica del sabio,³ la sección que atesoró la Biblioteca Nacional es impresionante por su volumen y riqueza. Resulta muy importante consignar que estas dos secciones del archivo orticiano original no se encuentran desvinculadas entre sí, pues en muchas ocasiones el contenido de ambas se complementan y aportan datos de insuperable valor para “entender” a cada una.

Uno de los primeros trabajos acometidos con el fondo Ortiz fue la confección de una bio-bibliografía, encomienda que se le dio a Araceli García Carranza, quien utilizó todo el material que posee la Biblioteca Nacional.⁴ Dicho libro estuvo antecedido por dos trabajos aparecidos en la *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, realizado “[...] por sus discípulos, colegas y amigos en ocasión de cumplirse sesenta años de la primera publicación de su primer impreso en Menorca”⁵ y en la *Revista Interamericana de Bibliografía*.⁶ Con posterioridad, todos los documentos se atesoran como parte de la

Sección de Manuscritos de la Sala Cubana de la institución.

El fondo posee diferentes secciones muy valiosas, algunas de las cuales examinaremos a continuación:

1. Correspondencia

Una gran parte de los documentos contenidos en el Fondo Ortiz se relaciona con la comunicación que sostuvo don Fernando con entidades y personas vinculadas con sus labores profesionales. Los destinatarios fueron en general figuras destacadas de la ciencia, las artes y la política en diversas partes del mundo y de Cuba. La correspondencia resulta de gran valor para determinar aspectos y datos que otros documentos del fondo no ofrecen y por consiguiente, iluminan zonas de la vida y obra de Ortiz, y puede afirmarse que aparece en prácticamente todos los grupos de documentos de la sección correspondiente a la Biblioteca Nacional. Los principales remitentes de las cartas son discípulos y amigos, como José Antonio Portuondo, Julio Le Riverend, Pablo de la Torriente Brau; amigos de los años menorquines y “paisanos” catalanes, como Juan Comas, P. J. Pons Menéndez, Joan Amades y Gelats, y Pedro Grasses; profesores de las épocas madrileña e italiana como Constancio Bernaldo de Quirós, Pedro Dorado Montero, Manuel Sales y Ferré, Cesare Lombroso y Enrico Ferri; colegas, como Melville Herkovitz, Alejandro Lipchutz, Jean Price-Mars, Eric Williams; admiradores, peticionarios y políticos. También se encuentran cartas de, entre otros: Edgardo Martín, Manuel Pedro González, Paul Rivet, Miguel Acosta Saignes, Renato Almeida, Ana Marga-

rita Aguilera, Germán Arciniegas, Gonzalo Aguirre Beltrán, Roger Bastide, Elías Entralgo, Manuel Jiménez Fernández, Andrés Iduarte, Manuel Ballesteros Gaibrois, André Schaeffner, Jesús Silva Herzog y Alfonso Teja Zabre.

Una de las cartas más interesantes para comprender el proceso de investigación científica de Ortiz es una escrita por Pablo de la Torriente Brau, quien se encontraba en Nueva York con la hija de su primer matrimonio, Isis. En otras ocasiones en que Ortiz se había ausentado de La Habana debido a sus viajes, Pablo se encargaba de despachar sus asuntos en el bufete y de auxiliarlo en el trabajo investigativo.⁷ Los años finales de la década del 20 y principios del 30 fueron decisivos para importantes pesquisas orticianas en las que sus secretarios actuaban –entrenados por el propio don Fernando– en calidad de eficaces auxiliares de investigación y de organizadores de sus papeles. El texto de la misiva decía:

La Habana, 27 de febrero de 1930

Estimado Dr. Ortiz:

Recibí su carta del 23 y me alegro que su hija vaya mejorando. Desde luego, he cumplido enseguida su encargo, y ya escribí a Gamber y a Edwards acompañándoles sus notas y copiándolas para el archivo. En esto trabajo todos los días. He venido archivando todas las mañanas hasta tres letras. Espero tenérselo listo, lo mismo que los recortes. Ya habrá tenido noticias seguras sobre lo de García Lorca⁸ de quien ya me

anticipó Guardiola⁹ “que era pájaro”. Esto ya va dejando de ser una excentricidad, y ya no es motivo de espectacularidad.

González Porto me pregunta por Ud. y por el trabajo de la Geografía Antillana. Sabe que Estelrich y Ud. conferenciaron largamente en New York.¹⁰

Me quedan por copiar estos libros:

1. El Folklore Literario de México. Tiene sus notas de páginas, tachadas. Parece que ha sido copiado. Es de Rubén M. Campos y tiene dentro unas cuantas cuartillas a máquina. ¿hay que copiarlo?

2. Historiadores de Indias, de Serrano y Sanz. Al abrir ahora este libro me encuentro con unas cuartillas que tienen 6 ó 7 mil notas para copiar. Antes, al buscar en la página final, como de costumbre, sólo había logrado descubrir un laberinto de números. Hay para un buen rato en este tomo, que está a columnas dobles y con letras de bacteriólogo investigador.

3. Dos folletos del Dr. Emilio Catalán. “Necesidad de organizar el patronato de menores en la República Argentina”. Este no tiene ninguna nota. “Curioso Impedimento de matrimonio en la Época Colonial Argentina”. Tiene fuera el número 12, y aunque en esa página no está determinado con los signos que Ud. acostumbra usar lo que hay que copiar, copiaré toda la parte que se refiere al impedimento y sus notas y comentarios. Es poco.

4. Revista do Brasil [sic]. Hay en rojo, en la portada, subrayado, un artículo que se titula “A raça negra

na América portuguesa” de Nina Rodríguez [sic]. Pero son 19 páginas en portugués, a lo largo de las cuales hay signos suyos, pero no de límite de trabajo. ¿Se copia todo?

5. *Política Indiana de Sr. Don Juan de Solórzano, ilustrada y añadida. Un señor libraco tremendo que da la impresión de estar en latín. Tiene peste y está todo amarillo. He encontrado ahora una cuartilla con notas para copiar. No va a ser muy fácil desentrañarlo todo.*

6. *La Casa de Contratación (Trabajos geográficos) Manuel de la Puente y Olea. Otro libro grande, sin nota alguna al final ni cuartilla. Sólo hay líneas suyas en un capítulo sobre el azúcar.*

Esto es todo. Si quiere indicar alguna preferencia y aclarar las dudas, me lo dice. Por ahora tengo con el Padre Varela, el archivo y los recortes [...]. Ya los sillones están llenos de paquetes.

Hasta mañana, Dr.

(firmado) Pablo de la Torre

(PD) [escrito con tinta] ¿Hay manera de hacer que le paguen a Don Juan la impresión del tomo III de Lola M^a? El hombre está apurado¹¹

2. Instituciones y organizaciones

En su vida estudiantil y profesional, Ortiz integró numerosas instituciones y asociaciones, y además fundó importantes organizaciones en Cuba, y de carácter internacional. Al inicio de este proyecto investigativo, planteé que los documentos relacionados con las organizaciones a las que perteneció antes de 1917 formaron parte del expediente que preparó para solicitar la cátedra de

Derecho Penal en la Universidad de La Habana y a los que se refiere en la “Relación justificada de méritos y servicios”,¹² y por consiguiente no se encontraban dentro del fondo. Pero con posterioridad, la correspondencia enviada por figuras destacadas del campo de los estudios sociológicos y criminológicos al entonces joven investigador que formó parte del antes citado expediente, fue localizada dentro de otra carpeta con cartas,¹³ por lo que afortunadamente contamos con estos importantes testimonios de la actividad científica ortiziana desde 1899.

Un listado de algunas academias, institutos y otras organizaciones es el siguiente: Academia Cubana de la Lengua, Academia de la Historia, African Music Society, Alianza Cubana por un Mundo Libre, The American Anthropological Association, Consejo Mundial de la Paz, Comité Nacional por la Paz, Instituto de Folklore de Sao Paulo, Instituto de Cultura Hispánica, Instituto Indigenista, International Institute of African Languages and Cultures, Instituto Cubano de Arqueología, Instituto Cubano de Etnología y Folklore, Institución Hispano-Cubana de Cultura, Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, Sociedad Folklórica de México, Sociedad Económica de Amigos del País, UNESCO-Asociación Cubana de las Naciones Unidas.

Carpeta 105. Academia Cubana de la Lengua: Contiene un total de 23 documentos que con otros, permiten validar además información conocida a través de algunas fuentes, sobre todo aquella que trata de los comienzos de la corporación en la década del 20 del pasado siglo. La mayor importancia, en

nuestro caso, del primer Proyecto de Estatutos de la Academia Cubana Correspondiente de la Real Academia Española y de su Reglamento radica en que establece la fecha de la creación de la corporación cubana a partir de la aprobación por la Real Academia Española, ocurrida en Madrid el 19 de mayo de 1926 y de su primera Junta de Académicos, celebrada en La Habana en octubre del propio año. Aunque este proyecto no la tiene, se puede conocer la fecha aproximada de su escritura (1926) de acuerdo a la dinámica de trabajo establecida en todas las Academias del continente, con períodos trienales que debían cesar sin excepción en 1928.

El otro grupo de documentos data de la década del 50. A comienzos de 1951 la Academia se encontraba en franca decadencia. Los respectivos gobiernos constituidos por elecciones o instaurados por golpes y asonadas militares nunca le prestaron apoyo oficial, por lo cual sobrevivió en condiciones precarias durante decenios. Dos cartas que le enviara a Fernando Ortiz el ensayista y promotor cultural José María Chacón, con fechas enero 31 y febrero 2 de 1951 son importantes, sobre todo la primera, donde Chacón recaba la ayuda de Ortiz para reanimar la agónica institución que recibió por esas fechas invitación oficial del gobierno de México para participar en el importante I Congreso de Academias de la Lengua que se celebraría allí:

Con este motivo, y debido a la circunstancia de que el Dr. A. S. de Bustamante,¹⁴ Director de la corporación, no puede por motivos de salud atender a todo lo pertinente a

este asunto, nos reuniremos pasado mañana [...]. La reunión se verificará en el Ateneo de la Habana [...]. Al final de la reunión nos honrará con su visita el Sr. Embajador de México, que nos leerá el mensaje de la Academia Mexicana.

Todos, mi querido Don Fernando, tenemos vivo interés en que pueda Ud. acompañarnos en la tarde del próximo viernes [...]. Todos recordamos que Ud. tuvo la iniciativa de la fundación de esta Academia,¹⁵ de modo muy particular lo recuerda su viejo amigo, que mucho lo quiere y lo admira [...].

Al ser electo Chacón director de la Academia Cubana en ese año, el trabajo se reanudó. El 6 de marzo Félix Lizaso, por entonces secretario interino de la institución, le escribe a Ortiz planteando que el embajador de México “[...] ha interesado a esta corporación los datos bio-bibliográficos de cada uno de los Sres Académicos que la componen, a fin de enviarlos a su país, donde desean conocerlos a los fines del Congreso de Academias de la Lengua española que se está preparando. En esa virtud nos envíe a la mayor brevedad posible los datos que constituyen su curriculum vitae [...]”. Ortiz respondió el 8 de marzo, enviando sus datos bio-bibliográficos adjuntos.¹⁶

Ortiz fue citado el 31 de agosto de ese mismo año, ya electo Chacón como director, a participar en la reunión del 5 de septiembre, donde “[...] figura en primer término el que se refiere a la confección del primer número del Boletín, así como un cambio de impresiones sobre la biblioteca clásica

que la academia se propone publicar”. El *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua* fue un aporte destacado de esta etapa de la entidad; en él proponía “[...] mantener la tradición de amplitud, de universalidad que permitió a los maestros del siglo XIX servir con más eficacia en la magna tarea de la fundación de la nacionalidad”.¹⁷ El sabio publicaría allí su artículo “El birimbao o la trompa de París”, trabajo redactado para el libro-homenaje a Jean Price Mars, convertido también en ponencia para el II Congreso de Academias de la Lengua. *Transculturación, cubanía, ambiper-cusivo, avulgarar, sacripotencia y sacralidad* fueron algunos neologismos que introdujo el sabio en la lengua española.¹⁸

Existen además 11 citas, comunicaciones y otros documentos fechados entre 1951 y 1956 enviados a Ortiz, así como ocho documentos que constituyen anexos.

Carpeta 80. Universidad de La Habana. Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público (Correspondencia-Horarios-citaciones y listas de alumnos): Tiene un total de 12 documentos, entre ellos:

- La carta que le dirige Raúl Roa, entonces decano de la Facultad de Ciencias Sociales, con fecha septiembre 10 de 1955, invitando a Ortiz a integrar el claustro de profesores del Instituto de Periodismo:

Estimado amigo: En virtud del acuerdo adoptado por esta Facultad [...] me place comunicarle que ha sido UD. nombrado para explicar la asignatura de Antropología Social en el Instituto de Periodismo [...]. Mucho le agradecería tuviera



la bondad de remitirme un esquema del programa de la materia a su cargo con una bibliografía mínima adjunta, a fin de incluirlo en el catálogo que proyectamos editar. Y le agradecería, asimismo, que pasara por las oficinas de la Escuela a fin de suscribir el correspondiente contrato [...].

Roa propuso a su viejo amigo y maestro para integrar el claustro docente del Instituto durante los cursos académicos entre 1955 y 1958. Los documentos que se conservan testimonian la actividad del sabio en parte de ellos, porque la Universidad fue clausurada en diciembre de 1956 por orden del Consejo Universitario ante el incremento de las acciones revolucionarias del Movimiento 26 de Julio, del Directorio Estudiantil Universitario y el desembarco de los expedicionarios del yate *Granma*.¹⁹

- El contrato del Instituto de Periodismo, perteneciente a la Escuela de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad, en el que

El profesor Fernando Ortiz se compromete a explicar la asignatura de Antropología Social durante los tres cursos académicos 1955-56, 1956-57 y 1957-58, que comienzan el día

3 de octubre de 1955 y terminan el día 30 de septiembre de 1958.

La Habana, a los veinte y ocho días del mes de septiembre de 1955.

Firmas de Raúl Roa. Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público y del propio Ortiz.

- Felicitación, con fecha abril 1° de 1956, por el homenaje que se le rindió en el alto centro docente al serle otorgado el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Sociales por la Universidad de Oriente.

Carpeta 108. Asociación Cubana de Bibliotecarios: Fundada en La Habana el 10 de julio de 1948, antecedente directo de la actual Asociación Cubana de Bibliotecarios (ASCUBI) y con la que Ortiz tendría estrecha relación a través de la Sociedad Económica de Amigos del País. Con un total de 11 documentos de diversos tipos, se puede seguir la historia y trayectoria de la institución hasta 1958, y aparece el Reglamento impreso “[...] con las modificaciones aprobadas en la Asamblea General Extraordinaria, celebrada con este fin en marzo de 1954”. Entre los miembros fundadores de la Asociación estaban Jorge Aguayo, Berta Becerra, María Teresa Freyre de Andrade y Fermín Peraza Sarausa. Además, aparecen citaciones, comunicaciones y documentos de la Escuela Cubana de Bibliotecarios, cuya sede se estableció en el edificio donde radicaba la Sociedad Económica de Amigos del País,²⁰ y otros documentos.

Carpeta 95. John Simon Guggenheim Memorial Foundation: Los documentos que contiene son, en su mayoría, peticiones de referencias solicitadas a Ortiz por el secretario de la

fundación para los aspirantes a las becas de intercambio entre esa institución y América Latina. En la lista de los solicitantes están: José Rubio Barcia (1943); Argeliers León (1946, 1952); Raúl Roa García y Gisela Hernández Gonzalo (1944); Julio Le Riverend (1946); Edgardo Martín (1947); José Antonio Portuondo y Juan E. David Posada (1949); Ricardo E. Alegría (1951, 1953); Levi Marrero (1951), y Loló de la Torriente (1953).

Carpeta 67: Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales: Presidente: Emilio Roig de Leuchsenring; Vicepresidente: Francisco González del Valle; Secretaria: Raquel Catalá; Vicesecretario: José A. Portuondo; Tesorero: Mario Guiral Moreno; Vicetesorero: Fermín Peraza; Vocales: Fernando Ortiz, Gerardo Castellanos, Julio Le Riverend, Julio Villoldo, Manuel Bisbé, Salvador Massip, Enrique Gay-Calbó, Manuel Piedra, Herminio Portell Vilá, José Luciano Franco, M. Isidro Méndez, J. M. Bens Arrate, Jenaro Artiles, y Antonio Álvarez Pedroso.

3. Congresos

Dentro del fondo se encuentra documentación sobre 21 congresos celebrados en Cuba y en otros países, relacionados con diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales y en los que Ortiz tuvo participación.

El 32° Congreso de Americanistas celebrado en Copenhague, Dinamarca, del 8 al 14 de agosto de 1956 tiene gran importancia por ser uno de los últimos eventos científicos en los que participara Fernando Ortiz, cercano por esa fecha a los 80 años y ya con múltiples dolencias que impedirían

poco después su desplazamiento a destinos fuera de Cuba.

La carpeta contiene el programa del congreso, anotado por Ortiz, con las ponencias y comunicaciones de interés para el polígrafo, además de la lista de participantes por países. La delegación cubana estuvo integrada también por Lydia Cabrera, María Teresa de Rojas y Josefina Tarafa, compañeras estas últimas, de la etnóloga. Leemos en la lista a Pedro Bosch Gimpera y a Alfonso Caso, entre los delegados de México; por España estuvo Vicenta Cortés, entonces joven archivera e investigadora del Archivo de Indias, y José Tudela de la Orden, entre otros; Manuel Pedro González asistió entre los profesores invitados de universidades norteamericanas; Paul Rivet y otros científicos franceses también estuvieron presentes en el evento. Ortiz presidió una de las secciones del congreso, la de Historia colonial, donde se discutieron trabajos sobre la segregación racial en las colonias hispanoamericanas, las importaciones de esclavos africanos en el virreinato de La Plata, sobre los caribes en el siglo XVI y la problemática de los afroamericanos. También se conserva una fotografía donde aparece el salón plenario del congreso y sus participantes, con Ortiz dentro de los más ilustres.

4. Trabajos de / sobre Fernando Ortiz

Carpeta 337. Homenaje nacional a Fernando Ortiz: En ella se encuentra aproximadamente un total de 110 documentos, divididos en:

a) El programa del Homenaje por los 60 años de su primera publicación, celebrado en el Palacio de Bellas Ar-

tes en la noche del 28 de noviembre de 1955.

b) Cartas y telegramas dirigidos a la Comisión Organizadora del homenaje, presidida por Antonio María Eligio de la Puente, con la adhesión al homenaje de personalidades de la cultura, la ciencia y de instituciones. Entre ellos Ramiro Guerra, Regino Pedroso, Francisco Prat Puig, Asociación Cubana de Bibliotecarios, Sociedad Religiosa Africana Hijos de la Luna, Círculo de Amigos de la Cultura Francesa, Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, Centre Catalá, Sociedad Cultural Nuestro Tiempo (director, Harold Gramatges), Isaac Barreal, Felipe Pichardo Moya, Gustavo Pittaluga, Conchita Fernández, Israel Castellanos, Diego Martínez Báez (presidente de la república española en el destierro) y Félix Gordon Ordaz (presidente del gobierno), Luis Gómez Wangüemert, Sociedad Cultural de Beneficencia y Recreo Unión Fraternal (fundada en 1886 y cuyo secretario fuera José Antonio Aponte), Sociedad Artística y Literaria del Progreso (Sancti Spíritus).

Entre el grupo de documentos hay dos cartas de especial interés, porque reflejan el sentir de los practicantes de las religiones afrocubanas, en su mayor parte pertenecientes al sector más humilde de la población cubana, que encontraron en el sabio un respetuoso investigador. Son estas la carta del oba babalao Pedro Ruiz (Luyanó, noviembre 29, 1955), y la dirigida por los decanos y miembros del grupo de tamboreros yoruba en Cuba (noviembre 19, 1955), firmadas por personas muy entrañables para Ortiz como Miguel Somodevilla, Pablo Roche, Raúl

Díaz, Trinidad Torregrosa, Quintín Angulo y Gabino Felloves.

Además, en la carpeta aparece una importante colección de recortes de prensa con entrevistas realizadas a Ortiz con motivo del homenaje, algunas de ellas con información sobre la vida y la obra del polígrafo. Otros recortes reseñan el acto de homenaje nacional, celebrado en el Palacio de Bellas Artes la noche del 28 de noviembre de 1955 y el discurso pronunciado por Ortiz, titulado “Más y más fe en la ciencia”. Esta colección resulta de especial importancia, en primer lugar por la presencia de artículos, entrevistas y crónicas escritas en órganos de prensa de diferente tendencia ideológica, como *Pueblo*, *Alerta*, *Bohemia*, *Excelsior*, *El País* y *Prensa Libre*, entre otros. También porque en la actualidad el mal estado de conservación en que se encuentra la prensa en gran parte de las bibliotecas del país, realza el valor de estos recortes como testimonio y fuente de consulta.

5. Trabajos de otros autores

Carpeta 208. Trabajos de diferentes autores (I): *Introducción a la Ciencia Política*, de James Wilford Garner, traducido en libretas manuscritas por Luis de Soto y Ernesto Dihigo. Son documentos importantes que testimonian la colaboración entre Ortiz y las personas antes mencionadas en la traducción de la obra de Garner, publicada en La Habana en 1917.²¹

Carpeta 209. Trabajos de diferentes autores (II): “Glosario curioso cubano” (sin autor): Manuscrito sobre aspectos de la variante cubana del español con notas y marcas a lápiz, y también dibujos.

“Tabaco habano”, de Manuel G. Linacero: Poemario dedicado al tabaco, con un total de 50 obras que van desde su participación en la historia de Cuba, hasta estampas de costumbres y elementos socio-filosóficos tejidos en torno a él. Algunos de los títulos son: “La leyenda del tabaco”, “El tabaco conquistador”, “La sublevación de los vegueros”, “Es de la vega el veguero”, “La corta de la hoja”, “El romance del tabaco”, “La boda”, “Canto del bohío”, y “El fumador feliz”.

6. Libretas de informantes y notas sobre religión y cultura

Carpeta 26. Santería – Ñañiguismo – Ritos – Vocabulario – Música: Tiene 10 documentos, entre los que se encuentran libretas de firmas y de registro de ceremonias pertenecientes a la Regla de Ocha o santería como se practicaba en Santiago de Cuba en la década del 40 del pasado siglo, y de abakuá, que constituyen testimonios de enorme valor correspondientes al patrimonio cultural intangible o inmaterial.

Carpeta 229. Libretas de Apuntes. Diario – Huracán – Negro – Mariología: Posee cuatro documentos que corresponden a sus estancias en los Estados Unidos, en particular a su exilio de noviembre de 1930 a enero de 1934, durante el último período del gobierno de Gerardo Machado y los acontecimientos posteriores. Su importancia radica en que testimonian las investigaciones en las que se enfrascó durante ese período, para escribir sus libros sobre la Virgen de la Caridad, la mulatez, Cristóbal Colón, la entrada del capitalismo en América y,

probablemente, en su libro sobre Bartolomé de las Casas, todos inéditos,²² además de adelantar el trabajo sobre los indios, en especial *El Huracán, su mitología y sus símbolos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1947).

7. Varios

Dentro de esta sección aparecen dos interesantes documentos cuya mayor importancia radica en la utilización de datos biográficos de Fernando Ortiz para su escritura. Uno es la “Relación justificada de méritos y servicios de Fernando Ortiz” (La Habana, 1917), elaborado por el propio Ortiz para optar por la cátedra de Derecho Penal en la Universidad de La Habana, acompañada por los documentos que acreditaron su trayectoria estudiantil y profesional hasta la fecha, cuestión que le otorga gran objetividad y validez a los elementos de la biografía ortiziana aportados aquí.²³

El otro documento es la tesis de grado de la antropóloga norteamericana Ellen Irene Diggs titulada “La vida y la obra de Fernando Ortiz” y defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, en 1944, cuya importancia se halla en que fue el propio Ortiz quien le suministró a la autora sus propios datos biográficos y recuerdos familiares.

A diferencia de los documentos gestados por una institución en los cuales por lo general prima la exactitud –por eso sirven para autenticar acciones y sucesos de la administración o similares–, aquí estamos en presencia de algunos documentos donde la verdad está distorsionada a favor de la literatura porque el testificante es, de hecho, escritor, y “[...] todos los escri-

tores empiezan por mitificar su vida”, pues en el plano de la literatura, entendida no como creación artística sino en este caso como acto de recreación de la realidad, “[...] el primer elemento de creación es la propia vida del escritor, sobre todo si es famoso”.²⁴ Evidentemente, a lo largo del relato ortiziano contado a Diggs existe una *reelaboración* de la vida del autor: allí aparece lo que Ortiz *quiere que se sepa* de él. Esos relatos sobre la vida de Ortiz son en realidad *metarrelatos*; sin embargo, hay en ellos noticias y datos interesantes, útiles para conocer y reescribir la vida del sabio cubano.

Con esta breve descripción de la estructura y de algunas características del fondo Fernando Ortiz de la Biblioteca Nacional José Martí, se podrá comprender mejor a este, no como un almacén pasivo de documentos atesorados, sino como un “sistema” activo facilitador de grandes volúmenes de información permanentemente actualizada, hasta que el paulatino decrecimiento de la actividad intelectual de don Fernando le impidiera realizar esas tareas. Este fondo es una valiosa fuente de información para que los investigadores de la cultura cubana puedan hallar en él los datos precisos, el documento importante, la huella del paso de Fernando Ortiz por la historia de la ciencia y la cultura nacional.

Notas

¹ Ortiz, Fernando. *Culecció d'els mal noms de Ciutadella*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 2000.

² Para más información, consultar la conferencia de Araceli García Carranza, “Colecciones de grandes figuras de la cultura cubana. Adquisición y bibliografía” ofrecida en la biblioteca José Antonio

Echeverría de la Casa de las Américas por el 45 aniversario de su fundación en octubre de 2004.

³ Díaz, María del Rosario. Ponencia: “El archivo de don Fernando Ortiz. 500 años de transculturación en Cuba a través de sus documentos” / “The Fernando Ortiz Archive: 500 Years of Transculturation in Cuba”. SALALM (Seminary of Adquisition of Latin American Library Materials), San Juan de Puerto Rico, mayo 25- 29, 1998. En *Caribbean Studies: Bibliographic Access and Resources for the Past, Present and Future*. Seminar of Adquisition of Latin American Library Materials, SALALM, XLIII Conference Secretariat; Benson Latin American Collection, the University of Texas at Austin, 2002.

⁴ García Carranza, Araceli. *Biobibliografía de don Fernando Ortiz*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1970.

⁵ Publicada en tres volúmenes. La Habana: [Sociedad Económica de Amigos del País], 1955-1957.

Becerra Bonet, Bertha. Bibliografía de Fernando Ortiz. *Revista Interamericana de Bibliografía* 3:1589-1621; 1957.

⁶ Comas, Juan y Bertha Becerra. La obra escrita de Don Fernando Ortiz. *Ibidem*, 7(4); oct.-dic. 1957.

⁷ En los años de su exilio político en los Estados Unidos (1931-1933) otra de sus destacadas secretarías, Conchita Fernández, ayudaría a Pablo en esas tareas.

⁸ Pablo ignora que ya en ese momento se habían conocido Lorca y Ortiz en Nueva York, aunque sabía de los preparativos que hacía la Institución Hispano-Cubana de Cultura para el viaje del poeta español a Cuba.

⁹ El administrador en esa época de la Institución Hispano-Cubana de Cultura.

¹⁰ Probablemente se refiera al capítulo sobre las Antillas, escrito conjuntamente por Fernando Ortiz, “de la Sociedad Geográfica de Cuba” y Max Sorre (Universidad de Lille) aparecido en *Geografía universal*, de Vidal de La Blanche, Barcelona, 1936.

¹¹ Carpeta 332 -Correspondencia letra T (Varios). Fondo Fernando Ortiz, Biblioteca Nacional José Martí (FFOBNJM).

¹² Ortiz, Fernando. “Relación justificada de méritos y servicios”. Serie F- Documentos justificativos “de su carácter de miembro de diversas academias e institutos nacionales y extranjeros”. pp. 2, 22-24. (FFOBNJM).

¹³ Carpeta 348. Correspondencia variada. (FFOBNJM).

¹⁴ Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén.

¹⁵ El subrayado es mío. MRD.

¹⁶ En el documento aparece una nota de la secretaria de Ortiz escrita con tinta, que dice “-no mandar- (archívese)”. Supongo que a pesar de esto se envió el currículum, pues de otra manera sería muy difícil que se hubiera quedado la copia de la carta enviada a la Academia sin nota alguna al respecto. Los datos bio-bibliográficos serán analizados en otra parte del capítulo.

¹⁷ Cuba. Instituto de Literatura y Lingüística. *Diccionario de la Literatura Cubana*. La Habana: 1980. t. 1, p. 144.

¹⁸ Carta a Andrés Iduarte de diciembre 29, 1950. Carpeta 170, Correspondencia I-J-K. (FFOBNJM).

¹⁹ Ramón de Armas, Eduardo Torres Cuevas y Ana Cairo Ballester. Insurrección y Revolución en la Universidad de La Habana (1952-1977). En *Historia de la Universidad de La Habana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1984, cuarta parte, p. 729.

²⁰ En la actualidad ese edificio sigue siendo la sede de la Sociedad Económica de Amigos del País y del Instituto de Literatura y Lingüística.

²¹ García Carranza, Araceli. *Op. cit.* (4). p. [50], asiento 126.

²² Carpeta 229 Libretas de apuntes- Diarios, etc. (FFOBNJM).

²³ Como siempre hizo, Ortiz escribía sus documentos en original y una o varias copias, por eso hubo de entregar a la Universidad el original y los documentos acreditativos, guardando la copia que se conserva en la Biblioteca Nacional dentro de sus papeles personales.

²⁴ Ver intervención de la doctora Ana Cairo en Lydia Cabrera, otra descubridora de Cuba *Revolución y Cultura* (La Habana) (3):24; mayo-jun. 2000.

Homenaje a los 90 años fundacionales de la Sociedad Pro-Arte Musical*

Irina Pacheco Valera

Profesora e investigadora del Instituto Superior de Arte

El 2 de diciembre de 2008 pasará a las páginas de la memoria histórico-cultural de Cuba como un símbolo de fiesta nacional en lo artístico, debido a que ese día, hizo justamente 90 años de que se fundara una de las instituciones de más largo y rico decursar cultural en la vida de la república: la Sociedad Pro-Arte Musical, hecho coronado a su vez por los 80 años de la inauguración de su teatro Auditorium. Relatar aquí la energía y el espíritu de creación necesarios para llevar a cabo estas grandiosas empresas, invadiría una gran parte de este trabajo, por lo que la autora de este apartado quiere invitarlos a rendirle un espacio de gratitud y recordación, ya que estas efemérides, por fuerza, tienen una conación obligada, pues, de otra manera, no un artículo, sino un libro de muchas páginas se necesitarían para exponer en detalle el esfuerzo y las realizaciones llevadas a cabo por las directivas de la Sociedad, cuya obra tiene hoy una valía indiscutible para su tiempo.



Portada del Proyecto Auditorium-Teatro y Casa social

Las mujeres de Pro-Arte Musical

Si ojeamos aquel 1918 recordemos que es vocero de un debate identitario cultural complejo y desde la perspectiva de género está marcado por un discurso patriarcal-hegemónico, puesto

* Este artículo es parte de mi libro "La Sociedad Pro-Arte Musical. Testimonio de su tiempo", el cual verá la luz para el próximo año 2010 por la editorial Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau y que fue premio Memoria 2007 de la citada institución. Además es un resultado de mi tema de investigación de doctorado en ciencias sobre arte en proceso de culminación. [N. de la A.]

que el matrimonio se validaba como una institución que supeditaba a la mujer como propiedad de su pareja. A ella se le imponían los códigos excluyentes: de hacer del casamiento una carrera, ser objeto de lujo y ostentación, lo cual fue muy criticado por importantes intelectuales cubanos.¹ Este movimiento de inconformidad contra el contrato matrimonial permitió que, en 1918, Cuba se convirtiera en el primer país hispanoamericano en lograr la ley de divorcio.² Antes de esta ley, los hombres podían tristemente sentirse con el privilegio de asesinar a sus mujeres por el supuesto delito de infidelidad y sólo recibir condena de destierro. Por el contrario, ellas no tenían, ante la supuesta traición marital, similar respaldo legal.³

Como corriente de ideas políticas y filosóficas, el movimiento feminista fue muy cuestionado en Cuba porque sus objetivos atacaban el poder de los hombres. La prensa cubana, dirigida por ellos, mostraba, salvo excepciones, muchas reticencias ante este modelo de mujer transgresora, y ello suponía atacar la virilidad criolla, acostumbrada a que el papel de la mujer fuera el de objeto de belleza y sumisión. Este debate se llevó al seno de los Congresos de Mujeres, de 1923 y 1925, donde la actitud solidaria mostrada por algunos intelectuales, incitó a sus organizadoras a crear el curioso término de “congresistas adictos”. Con este calificativo denominaron a prestigiosas figuras de la intelectualidad como Fernando Ortiz, Juan Marinello, Ramiro Guerra, Arturo Montori y Raimundo Lazo.⁴

En ese entramado epocal y como muestra de la gallardía feminista, María Teresa García Montes llevó a cabo la ex-

celsa obra de la fundación de la Sociedad Pro-Arte Musical el día 2 de diciembre de 1918, la cual celebró la primera junta en su residencia, en la esquina de las calles 15 y D, barrio del Vedado.

De ahí que al decir del arquitecto Enrique Luis Varela:

Cuando un pueblo joven cuenta con mujeres de carácter y alteza de miras de María Teresa García Montes de Giberga y sus inteligentes colaboradoras, puede decir con orgullo que su horizonte intelectual es tan amplio que difícilmente tendrá limitaciones. La Sociedad Pro-Arte Musical, fundada por mujeres, dirigida siempre y exclusivamente por mujeres, es una prueba definitiva de lo que acabamos de exponer.⁵

Para un somero análisis de la orientación ideológico-estética de la sociedad, hay que contar con la proyección socio-cultural de su fundadora María Teresa García Montes de Giberga y en gran medida la de sus continuadoras Oria Varela de Albarrán,⁶ Natalia Aróstegui⁷ y Laura Rayneri de Alonso.⁸ Todas estas mujeres proartinas desarrollaban una cualidad artística y poseían una vasta cultura y eran representantes de lo más distinguido de la aristocracia habanera, por ejemplo: María Teresa García Montes de Giberga, tenía una apreciable cultura musical en el piano y era un excelente soprano, Laura Rayneri, era una de las más destacadas pianistas-concertistas habaneras, y Natalia Aróstegui, una excelsa soprano y declamadora.

Ahora bien, analizar a estas mujeres de la “oficialidad” desde una perspectiva de género, entendido este como una construcción social de una diferencia

sexual y concepto histórico, requiere de una mirada compleja.⁹ Dicho concepto está conformado por “[...] creencias, valores, actitudes, formas de comportamiento, rasgos de personalidad, e incluso, actividades que sustentan y ejercen hombres y mujeres y que son, precisamente las que hacen la diferencia y la jerarquía social entre unos y otras”.¹⁰ Con este enfoque me apoyo en el texto de Maritza García Alonso y Cristina Baeza: *Modelo teórico para la identidad cultural*, donde se define la actividad identitaria como al “[...] conjunto de acciones materiales y espirituales que permiten el proceso de definición del sujeto de identidad”.¹¹ Las citadas autoras reconocen la importancia de las identidades subalternas, fenoménicas, grupales, o microidentidades, para referirse a lo mismo y para la definición y, por consecuencia, del estudio de la identidad nacional, dato este que da pie, por supuesto, a la inclusión del tópico de la identidad femenina en el debate del tema.

Las mujeres del momento sobre todo se destacaban como cantantes, pianistas, arpistas, flautistas y violinistas, sin embargo, surge la pregunta: ¿qué hay de los otros instrumentos de la música, qué hay del ejercicio interpretativo, de la creación musical, de la dirección de agrupaciones u orquestas y de la investigación? Es conveniente recordar que la tendencia fundamental de las mujeres de Pro-Arte Musical estuvo marcada por el género blanco que miraba a Europa y no reconocía los instrumentos afrocubanos. La confluencia de las mujeres proartinas la podemos abordar a través del lente de los vasos comunicantes entre género y

poder, pues ellas se inscribieron en la “cultura oficial”,¹² la cual hace uso de todo medio posible para ejercer su poder. Este poder cultural denota tres características básicas: impone las normas culturales-ideológicas que adaptan a los miembros de la sociedad a sus gustos y preferencias, legitima la estructura dominante, y hace sentir la imposición de esa estructura como la socialización o adecuación necesaria de los patrones culturales para que los individuos se adapten.

Desde su posición social hegemónica, estas damas desplegaron una intensa actividad de promoción, didáctica y de divulgación de la música de concierto de esencia europea, históricamente legitimada, que debe ser digna de reconocimiento, pero a la vez limitante en su proyección, si se tiene en cuenta el carácter de avanzada y el valor de la producción nacional en la esfera de la cultura de aquellos años.¹³ Ellas además decidían acerca de las temporadas y los artistas, y se convirtieron en un eslabón fundamental en los modelos culturales de su tiempo, ya que a través de la Sociedad Pro-Arte Musical y de la construcción del teatro Auditorium, rectoraron en buena medida la vida cultural republicana y estuvieron enfrascadas en las polémicas con las miradas de vanguardia que versaban su discurso hacia las reformulaciones de la cultura popular, la cual como parte de la cultura de la sociedad había quedado relegada y menospreciada en aras de otra parte de una cultura que valida las acciones del grupo en el poder.

Las fórmulas de cubanidad del nacionalismo burgués se hacen visibles

en las estrechas relaciones de María Teresa García Montes y sus damas con las ideas del compositor y teórico Eduardo Sánchez de Fuentes. En este intercambio epistolar se aprecia el debate sobre el contenido de la música cubana de la época y la proclamación de la cubanidad de lo indígena y lo campesino, frente al escándalo que representaba la introducción de elementos africanos en la música culta. De ahí, que el historiador Jorge Ibarra meditara:

En su alianza con la pompiet viuda de Giberga, como la llamaba irónicamente Caturra, contra las posiciones del minorismo, hay subyacente toda una concepción de la cultura cubana. Esta señora, de rancia estirpe autonomista, encarnaba una tradición cultural del siglo XIX que discriminaba a todo lo negro y popular, al tiempo que estimulaba la penetración cultural europea y rechazaba la norteamericana. Esta era, desde la segunda mitad del siglo XIX, la cultura de la nación frustrada, la cultura de la nación burguesa, enfrentada a la cultura nacional popular del pueblo-nación.¹⁴

Es por eso que la oposición airada de Sánchez de Fuentes a la penetración cultural norteamericana, desde fecha tan temprana como 1922, antes que estallase su polémica con los representantes más destacados de la cultura nacional popular, no debe ser vista como una maniobra demagógica para ganarse simpatías frente a sus adversarios, sino como una actitud conservadora consecuente consigo misma.

La directiva de la primera época (1918-1948) de la Sociedad Pro-Arte

Musical se va a desenvolver en un momento donde las mujeres de las décadas del 20 y del 30 tienen una participación activa en la historia social y artística de América Latina. La Habana fue, quizás, la capital de nuestra región donde se abordaron con más intensidad los vínculos entre el feminismo y la vanguardia literaria de los 20. Líderes feministas y figuras literarias de relieve en su época como Mariblanca Sabás Alomá, Ofelia Rodríguez Acosta,¹⁵ Renée Méndez Capote, Loló de la Torriente, “[...] ejemplifican esos vínculos entre el feminismo y la cultura literaria habanera de la modernidad. Estas escritoras expresaron en sus obras los grandes retos que debían vencer las mujeres para desarrollar su trabajo en el campo intelectual y perfilaron, por diferentes vías, una imagen de la mujer intelectual”.¹⁶

Son memorables los vínculos estrechos de Pro-Arte Musical con la prestigiosa María Jones de Castro y su Conservatorio Internacional de Música.¹⁷



Eduardo Sánchez de Fuentes

Es meritorio que muchos de los artistas invitados por María Jones intercambiaron experiencias con profesores y alumnos de la Sociedad Pro-Arte Musical. La vida cultural del Conservatorio se anunciaba en los programas de conciertos de la citada institución y en la revista *Musicalia*. Además, Paúl Csonka, compositor, director de coros y orquestas, quien trabajó como profesor en el Conservatorio y dictó cursos de Dirección Coral y Apreciación Musical, tuvo también bajo su responsabilidad, de manera permanente, los coros de la Sociedad Pro-Arte Musical y era siempre invitado a dirigir en las temporadas de ópera con artistas invitados de Miami y Chicago en la institución pro-artina.

La revista *Pro-Arte Musical* es un índice excelente para hurgar más en la proyección de su fundadora y primera directora, María Teresa García Montes de Giberga, la cual preservó en todo momento una actitud recta con el cumplimiento del reglamento de la institución y además sostuvo sus convicciones frente a individuos o agrupaciones de fuerza en la vida pública. El 15 de diciembre de 1927 publicó el editorial “La degeneración de la crítica musical en Cuba”.¹⁸ En la misma página apareció otro artículo el título de “Relapsos e impenitentes”,¹⁹ en donde se defendía la verdad histórica y la cultura musical del pueblo de Cuba.

Revelador de las polémicas de estas mujeres, es el contrapunteo de María Teresa García Montes de Giberga con el polemista Jorge Mañach, y ante el llamado de unidad de este, ella severamente le expuso:

Por eso, porque amamos “con todas nuestras potencias” únicamente a Cuba, porque la hemos bebido en mejores fuentes, por nuestros antecedentes y nuestra actuación, no podemos de ningún modo, aceptar la lección de patriotismo que no es la primera vez que se permite darnos el señor Mañach. Si el ameno glosista es de inmediato linaje gallego, se crió en La Mancha, se ilustró en Madrid y vive en Cuba, nosotros tenemos un criollísimo abuelo de siglos, que no perturban vacilantes alternativas.²⁰

La dirección de Natalia Aróstegui de la revista (1932-1934), así como su papel de delegada de la Sociedad Pro-Arte Musical en Nueva York, es vital para el desempeño de la institución. Ella, según cuentan sus testimoniantes,²¹ era el equilibrio dentro de la Sociedad. A cargo de sus sugerencias se instituyeron las tres escuelas de Pro-Arte: ballet, guitarra y declamación. Especial era su relación con Eusebia Cosme y las incursiones que se dieron en ese período con las osadías del afrocubanismo. Paradigmático es ilustrar que Fernando Ortiz presentó la “poesía mulata” y destacó: “Eusebia Cosme es la expresión de una poesía nueva que ya está reconocida como un valor cierto, pero su recitación quizás habrá de ser un día señalada como un prólogo”.²² A tono con el momento y por invitación de Natalia Aróstegui, Eusebia Cosme recitó en la Sociedad “poesía mulata”. El número de la revista *Pro-Arte Musical*,²³ de julio-septiembre de 1934, la presenta en el Recital de Poesías como declamadora de la mencionada temática.

El período de Laura Rayneri de Alonso (1934-1948)²⁴ fue renovador: la Sociedad amplió los horizontes hacia la contemporaneidad y la cultura nacional, a través del ballet, lo que significó la consagración nacional e internacional de la institución y garantizó su trascendencia. Que sus hijos varones (Fernando y Alberto) estudiaran ballet y se convirtieran en joyas y maîtres a escala mundial fue un desafío a la ética burguesa y a la orientación cultural de su tiempo. Durante una gran parte de esta etapa, la revista cesó su publicación (1940-1948) para volcar los esfuerzos en torno a la enseñanza del ballet y a la promoción cultural con mirada de vanguardia, por lo cual el dinero destinado para la publicación se empleó en esas actividades.

La Sociedad Pro-Arte Musical, en el período de Laura Rayneri, fue honrada por el gobierno de la República con la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes, la cual por primera vez se le concedía a una institución.

Se ofrecieron además conciertos juveniles con el objetivo de despertar el instinto musical entre niños y jóvenes, algunos a cargo del Coro del Instituto Tecnológico de Ceiba del Agua, bajo la dirección de María Muñoz de Quevedo, y otros por la pedagoga Carmen Rovira, y los musicólogos César Pérez Sentenat y Alejo Carpentier.

El final del mandato de Laura Rayneri de Alonso transcurrió en un clima de contradicciones internas y de críticas promovidas por los elementos más conservadores. La expresión más radical de ello se observó en la renuncia de Laura a la presidencia de la

Sociedad Pro-Arte Musical y tiempo después en la independencia del ballet de Alicia Alonso.²⁵

En las voces culturales de la directiva del segundo período (1949-1961) de la Sociedad Pro-Arte Musical se encuentran: María Teresa Velasco (1948-1952),²⁶ Dulce María Blanco de Cárdenas (1952-1956),²⁷ y Conchita Giberga de Oña (1958-1960) (1960-1967).²⁸ De ellas, un grupo tuvo posturas conservadoras con relación a las vanguardias musicales y, por ejemplo, María Teresa Velasco representó posiciones polémicas con las actitudes renovadoras en el ballet bajo la presidencia de Laura Rayneri de Alonso, quien se vio obligada a renunciar a la presidencia; también lo hicieron Alicia y Fernando para poder convertirse en bailarines profesionales y salir de los marcos conservadores de una parte de Pro-Arte.

No obstante, es valedero analizar que estas polémicas están atravesadas por los vasos comunicantes de gustos, preferencias y diferencias generacionales, pues las mujeres pro-artinas, a pesar de sus posiciones limitadas por su época, superaron el canon que les imponía la sociedad, al mantener esta prestigiosa institución y su revista con el único objetivo del amor a la cultura.

Por ejemplo, en el caso de María Velasco, esta se desempeñó como promotora cultural, pues una de las realizaciones más importantes durante su mandato fue la restauración general del Auditorium, al que se proveyó de lunetario nuevo y moderno, importado de los Estados Unidos, y se finalizó la instalación del aire acondicionado en el teatro, que se había comenzado desde la dirección de Laura Rayneri.

La revista *Pro-Arte Musical*, que había recesado durante ocho años, reinicia sus ediciones con la organización de un concurso anual para estimular los estudios de tipo musicológico. Desde su creación en 1952, honrado con el nombre de la fundadora de la Sociedad, la revista concedió premios sucesivos por trabajos seleccionados: Orlando Martínez (1952 y 1955), Regina de Marcos (1953), Edgardo Martín (1954), María Maciá de Castelleiro (1956), Daisy Losa (1957), María Teresa Linares (1958), Argeliers León (1959) y Pedro Machado de Castro (1960).²⁹ En el período de María Teresa se creó el Kindergarten de la Escuela de Ballet a cargo de Finita Suárez Moré. Una Escuela de Coros fue otra de las iniciativas de la citada directiva, así como la continuación de los festivales de óperas. En esta etapa Pro-Arte cumplió sus Bodas de Perlas.

Durante la presidencia de Dulce María Blanco, se realizaron obras de embellecimiento del teatro y en la casa social, y se llevaron a cabo temporadas de óperas, dentro de las cuales participó la misma Dulce María Blanco, pues era una distinguida soprano. En esta época continuó el concurso que tuvo Pro-Arte de eminentes músicos, bailarines y conjuntos musicales de escala internacional.

Por su parte, Conchita Giberga representó la tradición memorable por una parte y la renovación por otra. Su primera temporada artística tiene los lauros de contar con figuras del relieve de Renata Tebaldi, Iris Burguet, Zara Dolujonova, Gina Bachauer y con nuestro Jorge Bolet, entre otros. Se concibió además la idea de exhibir, con carácter permanente, en

diversos lugares del Auditorium, una exposición-venta de pintura contemporánea que al mismo tiempo sirviera de elemento decorativo y contribuyera como complemento estético al placer de la música. La directiva realizó esta actividad en íntima cooperación con el Patronato de Artes Plásticas. Se otorgó también para este período la beca “María Teresa García Montes de Giberga” en forma de concurso y las pruebas se realizaban en varias sesiones en el Auditorium, a las que tuvieron acceso los socios. El tribunal estuvo presidido por la presidenta de la Sociedad, Conchita Giberga, y además por Lizzie Morales de Batet, Margarita Rayneri, Esperanza Hill, Yvette Hernández y José Echániz, y como secretaria, la doctora Elena de Arcos, la cual era secretaria de actas.

La Revista Pro-Arte Musical: (1923-1940) y (1949-1961)

En sus casi 40 años de existencia (1923-1961) se distinguen dos épocas, definidas por la recesión en la tirada de la revista durante ocho años, entre 1940 y 1948, lo que permite expresar que la primera comprende desde 1923 hasta 1940, y la segunda desde 1949 a 1961.³⁰ Entre 1924 y 1931 apareció de forma mensual. No obstante todo ello y las vías de incremento económico que procuró la Sociedad (cursos de ballet, guitarra y declamación, los abonos para temporadas de ópera y conciertos), la periodicidad de la tirada se vio sensiblemente afectada. A partir de marzo de 1932 comenzó a salir cada dos meses, en 1934 cuatro veces al año, y de 1935 a 1940 se editó un solo número anual, con una recesión durante 1937,



Revista Pro-Arte Musical

hasta florecer de nuevo en 1938. Reanudó su publicación en 1949, aunque con regularidades e irregularidades se mantuvo hasta 1961.

Descripción de la revista

En este aspecto suele adquirir importancia la identificación de modelos, reales o virtuales, en los que se inspira su configuración programática y material, no tanto en relación con influencias o preeminencias, sino con las recomposiciones que realizan en espacios diferentes los mismos elementos culturales. La revista *Pro-Arte Musical*, por su carácter de divulgadora y promotora cultural del mundo musical y cultural de Europa y los Estados Unidos, tomó como referencia a publicaciones extranjeras como *Musical Courier*, *Revue Musical*, *Boletín de Córdoba*, entre otras, con las que mantuvo intercambio de programaciones de conciertos y actividades.³¹

Con algunas variaciones, la estructuración general de la revista en

su primera época (1923-1940), fue la siguiente:³²

Carátula con foto a plana completa del artista contratado para la temporada, título y logotipo de la Sociedad.

SECCIÓN EDITORIAL: Llevaba a cabo la Información de la Directiva. Constantemente la Junta Directiva se comunicaba con los socios, por lo que se les daba a conocer todos los proyectos de la institución, los avisos y acuerdos del momento.

SECCIÓN INFORME MENSUAL DE TESORERÍA: Informe de Tesorería. El primer número es paradigmático, así vemos en él los Estatutos y el Reglamento de la Sociedad, el informe anual de la Tesorería, la cuantía de asociados “[...] el día último teníamos 1 320 socios regulares y 492 inscriptos a tertulia, dando un total de 1 812 socios”.³³

SECCIÓN MEMORIA ANUAL DE LA SOCIEDAD

SECCIÓN NUESTROS CONCIERTOS Y AMPLIACIÓN MUSICAL: Reseñaba las actividades, algunas de las cuales no sólo fueron disfrutadas por los socios, sino que llegaron a quienes estuvieran en circunstancias desfavorables. Este propósito llevaría artistas a instituciones penales, de ancianos y de caridad. Fue por ello que en abril de 1923, el guitarrista Andrés Segovia dio un concierto en el Presidio de La Habana. Así también se ofrecieron otros muchos recitales en el Asilo Santovenia, el Asilo de la Misericordia, el Asilo Carvajal, la Cárcel de Mujeres, la Cárcel de La Habana, la Casa de Beneficencia...

SECCIÓN DE COMENTARIOS: En ella aparecían programas, reseñas y fotos de artistas de la temporada.

Se mostraron imágenes de Andrés Gedalge, profesor de Contrapunto en el Conservatorio de París; Elizabeth Rethberg, soprano de la Ópera de Dresden; Mischa Levitsky, pianista ruso; Titto Schipa, tenor italiano; José Echániz, joven pianista cubano; Harold Bauer, eminente pianista y presidente de la Asociación Beethoven de Nueva York; Armando Crabbé, barítono belga; Walter Gieseking, notable pianista húngaro; José Cubiles, joven pianista de Cádiz; Maurice Marechal, solista de las Sociedades de París; Claudia Muzio, soprano del Metropolitan Opera House, de Nueva York; Erika Morini (violinista de origen italiano), etcétera, al igual que de cuartetos y orquestas, como por ejemplo: Cuarteto Flonzaley, Cuarteto de La Habana (dirigido por Juan Torroella), Cuarteto de Londres, Quinteto Hispania, Sinfónica de Cleveland, Sinfónica de La Habana, Sinfónica de Minneapolis, Sinfónica de Nueva York, entre otras agrupaciones.

SECCIÓN DE ARTÍCULOS SOBRE LA MÚSICA: Incluía música europea y norteamericana fundamentalmente, aunque también algunas reseñas de la cubana y latinoamericana, así como de la vida y obra de creadores y/o intérpretes, con carácter historiográfico, y además de formas y técnicas de la música. También se publicaban notas a programas. En una revisión de autores de la etapa, encontramos entre otros cubanos, a Luis de Soto, Rafael Vega, Joaquín Molina, Antonio Quevedo (este, aunque español, desarrolló su labor musical en Cuba) y extranjeros como José Subirá o creadores propiamente como Nicolás Rimsky-Korsakoff, Héctor Berlioz o

Richard Wagner. Ejemplo de esta presencia de autores de prestigio se observa en artículos como “La melodía”, del compositor francés contemporáneo Darius Milhaud (primer número de diciembre de 1923); “Federico Chopin”, de Pedro San Juan Nortes (20 de febrero de 1924); “Los violines celestiales de Rodman Wanamaker”, de Octavio E. Moscoso (agosto de 1926); “La música de los araucanos”, de Charles Lavin (abril de 1929); “Centenario romántico”, compilación de conferencias ofrecidas en la Sociedad, por el doctor Luis de Soto (febrero y marzo de 1930); “El ritmo español”, de Medardo Vitier (número tres de marzo de 1933), y “Del año de Goethe al año de Wagner”, de Carlos Schwarz (número cuatro de abril de 1933). En el número memorial dedicado al aniversario 25 de la institución (1918-1943) aparecieron un homenaje a la fundadora, un artículo de la periodista Mariblanca Sabás Alomá titulado “Atalaya”, y un trabajo sobre el maestro Manuel de Falla, de José María Chacón y Calvo.

Se publicaron además las labores y triunfos de otro tipo de artistas como las menciones sobre el caricaturista Conrado Massaguer (febrero 1929) y acerca de las incursiones en la caricatura de Armando Maribona.

SECCIÓN DE AVISOS Y ACUERDOS: Presentaba noticias de las actividades de la institución, como por ejemplo las temporadas de ópera, la llegada de las figuras internacionales, los acuerdos de las juntas de la directiva de la etapa.

SECCIÓN LOS QUE VENDRÁN: Contenía reseñas de los artistas invitados a las próximas temporadas.

SECCIÓN DE BUEN HUMOR Y CORRESPONDENCIA: Publicaba cartas y peticiones de interés general para la Sociedad, además de las sugerencias de los socios respecto a los artistas o espectáculos que desearían disfrutar en próximas temporadas.

SECCIÓN DE NOTICIAS: En ella se referían al movimiento musical del mundo (aparecían datos artísticos de Londres, París, Milán, Nueva York, Bruselas, Ámsterdam, Roma, Barcelona...).

LO QUE SE DICE DE NOSOTROS: Se incluían los criterios de otras sociedades, publicaciones y artistas sobre Pro-Arte.

SECCIÓN HISTÓRICA (a partir de 1932): Daba a conocer aspectos de la trayectoria de la institución.

SECCIÓN ANUNCIOS: Mostraba fotografías y programas de actividades de la Sociedad.

Formalmente, la revista fue variando su imagen y respondiendo a la influencia de los nuevos aires de la época. A partir de 1932, el diseño exterior y la gráfica de los anuncios se simplificó, como una asimilación de la evolución de los recursos que por entonces tenían las artes gráficas; desaparecen la fotografía e identificaciones en la carátula para lograr una portada sencilla con sólo el nombre de la publicación y el logotipo de la Sociedad en blanco y negro. A la vez se aumentó el número de páginas y ganó en belleza interna por una mejor disposición del espacio de anuncios. Para esta fecha el título de la revista pasó a ser *Sociedad Pro-Arte Musical*, en lugar del inicial donde sólo aparecía *Pro-Arte Musical*.

En la segunda época (1949-1961), en el formato en su primer número (ene-

ro 1949) se aprecia una reducción de dimensiones, un cambio en la disposición y color de la tipografía de la carátula, ahora en diagonal en rojo y blanco o gris. Las variaciones serán sucesivas, así vemos más adelante mayor reducción del tamaño, que la hacen más manuable y fácil de conservar, cualificación del papel y por resultado, de las fotografías, cambios en el color y a partir de octubre de 1956, reaparece la foto de carátula bordeada por una banda de color. Esto último, a mi modo de ver, le otorga una imagen más comercial a la publicación. También para esta etapa, la revista recupera su denominación original de *Pro-Arte Musical*. Aparecen nuevas secciones como por ejemplo: “Galería Musical Cubana”, “Fragmentos de la Crítica”, “Recuerdos del Ayer”. Sobre todo lo planteado en el editorial de septiembre de 1952 se apunta: “Con el presente número se inicia una reforma de nuestra revista, que no solamente atañe a su forma de distribución sino que incorpora trabajos y colaboración (sic) inéditos, de firmas que hasta ahora nunca han aparecido en nuestra revista salvo la del eminente crítico de fama internacional Adolfo Salazar”.³⁴

En este período puede apreciarse una notable irregularidad en la salida de la revista: trimestral (1949-1950), cuatrimestral (1951-1956), bimensual (1956), mensual (1957-1958), bimensual (1959-1961), ocasionada por múltiples factores: unas veces de carácter económico, otras de carácter organizativo y de dirección editorial. Durante estos vacíos, no decayó el objetivo priorizado de mantener comunicación con los asociados, para lo cual la directiva se auxilió

de tarjetas circulares y de notas de prensa en los periódicos, que se encargaron de divulgar las temporadas de conciertos, ballet y óperas. Como órgano de una Sociedad, sirvió de vehículo de comunicación entre esta y los asociados, privilegiando este aspecto, y subordinando a este los demás. Si bien el espacio de los textos fue importante, y puede considerarse el legado de mayor valor de la publicación, constituyó la zona de necesario equilibrio cultural en la concepción editorial, ya que estos significaron la posibilidad de trascender el carácter puramente informativo para alcanzar el rango de revista especializada.

Ante los cambios que suscita toda revolución de transformación del orden establecido, la Sociedad Pro-Arte Musical también se vio sumergida en esa dinámica, pues por decreto revolucionario fue intervenida como entidad privada en 1961, y ello produjo el lógico éxodo de miembros de la directiva y de posibilidades financieras particulares. Por tal motivo, la revista se vio muy afectada, aunque pervivió hasta el número enero-febrero de 1961 donde apareció el siguiente mensaje de la directiva:

Estimado socio: Le suponemos enterado de que por decreto del Sr. Presidente de la República, no. 2905 de fecha 31 de diciembre, se ha dispuesto la adquisición por el Estado, por el procedimiento de expropiación forzosa, de nuestro Teatro Auditorium y del edificio contiguo, Calzada 510, con todas sus instalaciones, [...] y aunque esta medida representa un serio quebranto para los intereses materiales de esta sociedad, esta no

altera su personalidad jurídica, hemos acordado dirigirnos a los señores asociados para comunicarles que es nuestra intención continuar las actividades y conciertos de la sociedad. Le exhortamos muy cordialmente a mantenerse en nuestras listas en la seguridad de que de ser atendido nuestro ruego podremos continuar con todo éxito la labor que tanto prestigio ha dado a nuestro país en todos los centros artísticos del mundo.³⁵

En forma de boletín informativo para los asociados, la publicación se mantuvo durante los primeros meses del año 1962, con sólo tres números de cuatro páginas, sostenida por un reducido grupo de miembros, hasta su definitiva desaparición. Aquí se recogieron algunos artículos y las últimas actividades de la Sociedad realizadas en diferentes salas y teatros de la capital.

El Auditorium

La institución pro-artina en sus primeros años hacía sus conciertos en el teatro Payret y en el Teatro Nacional de La Habana por lo cual María Teresa García Montes siente la necesidad de tener su propia casa, e idea un nuevo proyecto que se hará realidad: construir un teatro propio, con todas las comodidades y condiciones acústicas necesarias para sus actividades, y así lo hizo patente en la revista *Pro-Arte Musical*:

Siempre hacia arriba, remontando perpetuamente las cuestas en persecución de la alta cima, debe ser la norma de todo organismo, individual o social, que quiera perfeccionarse y progresar. Detenerse en el camino, rendido por la fatiga o envanecido del triunfo alcanzado es

condenarse al fracaso. El que se detiene, retrocede, tarde o temprano, y el que retrocede parece irremisiblemente. Pro-Arte Musical ha dado pruebas, y lo decimos con sano orgullo, de que está alentada de un espíritu emprendedor, cuyas energías se renuevan y vigorizan a medida que los éxitos se suceden. Sin prisa, pero sin tregua, un detalle señala un derrotero, indica una variación, pero sin fijarse, definitivamente, el programa a implantarse. Todos los socios están, por eso, en el deber de pensar un poco en este proyecto, madurando cuantas sugerencias estimen adecuadas, discutiendo sobre las mejores facilidades a que pudiera echarse mano, confrontando las ventajas y los inconvenientes del proyecto, para que, en la próxima Junta General, en la que seguramente se planteará la idea, aporte el caudal de su experiencia o el fruto de su estudio facilitando así el propósito y contribuyendo a edificar con un esfuerzo, que será siempre valioso, sea quien fuera el socio, grande o pequeño, a levantar el techo que cobije un día, no lejano ciertamente, a todos los que abrigamos el mismo ideal de luz y la propia ansia de mejoramiento y de perfección. [...] y que podamos un día, que será de fausto acontecimiento para la Sociedad y de definitiva consolidación, regocijarnos en nuestra casa oyendo emocionados las quejas dolientes del violín, las notas sonoras del piano y la música vibrante de la voz humana.³⁶

Con esto, se comenzaron a presentar los bocetos para la construcción del tea-

tro soñado por María Teresa García Montes, pero la idea no tomó un curso definitivo hasta que aumentaron para junio de 1925 las cuotas de los asociados, lo que permitió adquirir un terreno en la esquina de Calzada y D, en el barrio del Vedado. La superficie era de 2 211,82 m² y el costo de 80 mil pesos, de los cuales se pagaron 40 mil al contado, con una hipoteca por el resto, pagadera al 6% de interés anual. A los dos años, en junio de 1927, el terreno fue adquirido en plena propiedad y el proyecto para edificar se le confió a la firma de arquitectos Ángel Moenck y Nicolás Quintana, actuando como delineante Julio César Japón. El costo de la obra era de 250 mil pesos que aumentó a 430 mil incluyendo mobiliario, cortinas, telones, decoraciones, etcétera.

A fin de poder adquirir el dinero, se nombró una Comisión Gestora integrada por José Hill, Dionisio Velasco, Félix Hernández de Castro e Isidro Fernández, quienes tuvieron a su cargo la confección de un plan de emisión de Bonos y obligaciones hipotecarias sobre los bienes de la Sociedad. Se distribuyeron 1 500 bonos de a 100 pesos cada uno y 100 bonos de a mil, con un interés anual de 7% pagaderos por semestres vencidos. Si bien era una considerable suma para la época y para una institución cultural privada, esto no significó un exceso, dadas las exigencias que planteaba la directiva para la construcción de este tipo de instalación. Por otra parte, se trata de una evidencia del prestigio y la solidez económica que en 10 escasos años había alcanzado la Sociedad Pro-Arte Musical.³⁷ La primera piedra del Auditorium, que así se llamaría el teatro, fue colocada

el 6 de agosto de 1927 y se concluyó en noviembre de 1928. Su realización estuvo a cargo de los prestigiosos ingenieros-arquitectos contratistas Albarrán y Bibal, siendo María Teresa testigo cotidiano del progreso de las obras. Para el 2 de diciembre del propio año 1928, al cumplirse el primer lustro de la Sociedad tuvo lugar la inauguración.

El Auditorium fue un bellissimo teatro moderno, cuyas líneas exteriores estaban inspiradas en el estilo Renacimiento italiano. El día 22 de aquel mes –día de Santa Cecilia (patrona de la música)– se bendijo el edificio, en una solemne ceremonia oficiada por monseñor Manuel Arteaga Betancourt. El Auditorium poseía una de las mejores acústicas del mundo. Además del teatro, con tres niveles, en su interior radicó la casa social de Pro-Arte, con un elegante y cómodo salón de conferencias, donde también se efectuaban conciertos varios, recibos y otros actos, así como una magnífica biblioteca, un salón para las juntas de la directiva y el local de las oficinas. Dicho local podía ser alquilado a otras instituciones. Más tarde sería bautizado con el nombre de Salón de María Teresa, tras la muerte de la fundadora. Los socios, para sus reuniones y esparcimiento tenían también varios salones en todas las dependencias, y entrada independiente en el ángulo formado por las dos fachadas. Sobre esta extraordinaria obra en la revista *Musicalia* (noviembre-diciembre de 1928) aparece el comentario titulado “Una mujer” firmado por María Muñoz de Quevedo, el cual plantea:

El magnífico Auditorium que Pro-Arte Musical acaba de inaugurar

con tres festivales netamente cubanos, ha puesto una vez más de relieve el alto prestigio social y artístico de Pro-Arte [...]. El caso concreto de Pro-Arte Musical es uno de los más elocuentes ejemplos que conozco de feminismo positivo. A un feminismo de cátedra, valioso como germinador de ideas o como creador de normas, un grupo de damas –o para honrarlas, mujeres– opone un feminismo práctico, que, mejor que erigir sistemas, prefiere levantar edificios y fomentar el arte. En esta obra colectiva, exclusivo fruto del talento de la mujer, se destaca una personalidad sobresaliente, una voluntad y energía poderosas, pero, sobre todo, una fina, ágil y cultivada inteligencia: María Teresa García Montes de Giberga. Que una mujer haya podido mantener flexiblemente en sus manos las quebradizas riendas de un gobierno femenino, y la compleja organización y desarrollo de una sociedad como Pro-Arte es algo que por sí mismo postula el legítimo derecho de la mujer para el ejercicio de todas las funciones sociales. El Auditorium, que exteriormente es una obra de arte, responde en su interior a los más exigentes requerimientos de la acústica y de la visualidad teatral. Estas condiciones son perfectas. Todas las partes que integran el Auditorium han sido construidas en Cuba: las lunetas son de caoba con estructura de aluminio, producto de la industria nacional. Lo mismo puede decirse de las lámparas de bronce, decoración, mobiliario del Club, etc.

Pero el mayor encanto del Auditorium está en que ningún ruido exterior, por pequeño que sea, molesta la atención del oyente [...]. Por primera vez en un teatro de La Habana, se hace el maravilloso silencio [...].³⁸

Para dicho año 1928 se organizó un concurso para escoger el más adecuado de los proyectos recibidos, para lo cual se seleccionó el presentado por los arquitectos Moenk y Quintana, que al inaugurarse el Auditorium ganó el Primer Premio Anual de Fachadas del Club Rotario de La Habana.³⁹ La fachada principal, que da frente a la calzada del Vedado, estaba hermosamente tratada, así como en los detalles decorativos. Había ponderación en el estudio de los planos y organizadas proporciones en las arcadas de la planta baja, así como delicadeza en el tratamiento del ático. Un amplio portal exterior facilitaba diversas entradas al teatro, y un vestíbulo espacioso en su fachada principal, le servía de gran facilidad al público que se aglomeraba en la entrada de la platea. La capacidad del teatro era para 8 060 personas distribuidas en 1 204 localidades en la platea, 6 006 en el primer balcón y 850 en la tertulia. La platea a su vez, de 23,50 m de fondo por 27,50 m de ancho, tenía una estudiada inclinación que hacía posible una cómoda percepción del escenario por todos los ángulos.

El edificio contaba con tres plantas erigidas sobre un pequeño podium que lo elevaba ligeramente sobre el nivel del terreno circundante. Desde el exterior podían ser visualizados de manera delimitada los tres niveles por la diferenciación de los elementos arquitectónicos,

con un evidente predominio de la horizontalidad, subrayada por balcones, cornisas y otros detalles decorativos. Este diseño exterior ofrecía una combinación de arquitectura y decoración que servía para dar singularidad a cada planta. En su interior, la planta baja comprendía vestíbulos principales y escaleras, platea, pasillos de comunicación, almacén, servicios sanitarios, orquesta, escenario; bajo este se ubicaban un sótano con entradas directas de la calle, vestíbulo de entrada para artistas, el cuarto de ropería y útiles, el cuarto de música, un espacio para equipaje y el cuarto de máquinas.

La segunda planta ostentaba el máximo énfasis decorativo. En correspondencia vertical con los arcos de la planta baja, aquí aparecían ventanas separadas por pilastras acanaladas que terminaban en un capitel compuesto. En la parte inferior, balcones, y en la superior, el remate de frontones (los curvos, para diferenciar las zonas preferenciales, los demás, triangulares), que reposan sobre pequeñas ménsulas. En el friso bajo la poderosa cornisa que daba paso a la tercera planta podían leerse grabados, en rítmica consecuencia, los nombres de grandes figuras de la música. La decoración de la tercera planta, a modo de ático, tendía a una mayor simplicidad y geometrización por la agrupación de las ventanas en triples arcos encristalados que culminan en una ménsula. Como término del edificio, una cornisa más sencilla y un pretil que llevaba inscrito el nombre de la sociedad y el año de la construcción. Cinco escalinatas daban acceso a las entradas: dos por la calle Calzada (la principal, que conducía al vestíbulo de entrada

del teatro, cubierta con clásica marquesina, y otra más reducida para el vestíbulo de tertulia, ambas con rejas plegables que cerraban el paso una vez terminadas las funciones); una en la esquina, que llevaba al vestíbulo de las instalaciones de la Sociedad en la segunda planta, y dos por la calle D, una salida al público de platea por esta calle y escalinata por la misma calle que conducía al café, según se consignaba en el proyecto.⁴⁰ En el documento *Memoria descriptiva del proyecto del edificio para domicilio social y teatro para la Sociedad Pro-Arte Musical* se planteaba: “[...] dejar un local en planta baja que pueda alquilarse para servicios de helados, refrescos, etc. Aprovechándose en lo posible el portal por la calle D, para colocar mesas, sillones, etc, y que tenga entrada independiente de la calle; y locales anexos al escenario y comodidades para artistas, empleados, equipajes, etcétera [...]”.⁴¹

El arquitecto Enrique Luis Varela en sus semblanzas también acotó:

El vestíbulo privado es de planta circular y en él se desenvuelve una elegante escalera de mármol blanco de forma helicoidal. Esta escalera desembarca en un hall de la planta principal, que es donde radica la Sociedad, del cual se pasa a distintos salones bellamente decorados. En la fachada que mira al parque se hallan las oficinas y la biblioteca, decorada en estilo gótico Tudor. Abriendo sus ventanas a la fachada principal está el despacho de la Presidenta, un petit salón íntimo con un rico cuarto de toilette decorado en verde jade y suaves

grises y la pieza culminante de la sociedad, el gran salón Luis XVI, regiamente decorado que sirve a la vez de “foyer” al primer balcón en el que se hallan los palcos donde triunfa la belleza y elegancia de la mujer cubana.⁴²

Sería innumerable e imposible cubrir en estas páginas, la lista de los prestigiosos artistas, bailarines, músicos, cantantes, declamadores, y orquestas de renombre internacional y artistas cubanos que ofrecieron conciertos en el Auditorium. Por decreto revolucionario, el teatro pasó al Estado en febrero de 1961, lo que, como centro de múltiples actividades musicales y dancarias promovidas por la Revolución, además de sede de la Orquesta Sinfónica Nacional para sus conciertos, significó el derecho a su disfrute por parte del pueblo, hasta el premeditado incendio que lo hiciera desaparecer el 30 de junio de 1977. Tras una profunda reconstrucción, reabrió sus puertas en 1999 como teatro Amadeo Roldán, nombre que ya tenía antes del incendio.⁴³

Las escuelas en Pro-Arte Musical

Si Pro-Arte Musical festejó en el 2008 el amanecer de un camino glorioso, ya que esta institución tuvo una vida ininterrumpida en la República para ofrecer a sus socios los mejores artistas, las verdaderas luminarias del mundo musical, eso sería más que suficiente para brindarle nuestro caluroso aplauso, nuestra admiración sin reservas en este homenaje a su fundación. Pero no, aún hay más. Pro-Arte no se limitó a traer artistas; Pro-Arte cuando se sintió en plena madurez, cuando su labor y su rango eran una fuerte columna en nuestro

desenvolvimiento cultural, se impuso una meta: hacer artistas, ayudar a desarrollarse a un grupo de jóvenes cubanos que sentían vibrar el arte en su pecho y soñaban con echarlo fuera.

Y la labor comenzó. Allá por 1931 se iniciaban los cursos de ballet, guitarra y declamación con los cuales se logró algo realmente interesante, pues aunque casi todos los alumnos fueron al principio para entretenerse, para pasar un rato agradable en un ambiente de camaradería, muchos, sin darse cuenta, estaban dando sus primeros pasos en una carrera que los convertiría, al correr de los años, en un medio de vida y trabajo como profesionales del ballet, de la guitarra, del teatro.

Al conmemorarse esta fecha no podemos silenciar una de las contribuciones culturales más características y valiosas: su enseñanza artística. Sus tres escuelas, por la continuidad en el tiempo, su seriedad en lo pedagógico y su proyección en lo estético, devinieron en instrumentos artísticos íntimamente ligados a la cultura de nuestro país.

Quizás sea ese su mejor galardón: una trascendencia que va más allá de la simple labor pedagógica para establecerse como orientadora y formadora de alumnos, creadora de figuras de relieve universal y en centro inicial de lo que pudiéramos llamar una “conciencia artística”. Voces culturales como las de Alberto Alonso, Alicia Alonso y Fernando Alonso, en el ballet; la dinastía de los Nicola: Clara Romero, Isaac Nicola, Cuqui Nicola, Abel Nicola y Justo Nicola, así como Margarita Lecuona, Ofelia Valverde, Margot Flores, María de León, Lizzie Morales de Batet, Augusto Cándom, en la guitarra; la

maestra Hortensia Gelabert, los hermanos Ricardo y Eugenio Florit, María Julia Casanovas, María Gastón, Elena de Arcos, Ramón Valenzuela, Rafael Suárez Solís, Francisco Ichaso, Mercedes Dora Mestre, Olga de Blanck, entre otros, en la declamación, son nombres ilustres que se convirtieron en joyas claves de nuestro proceso identitario cultural y dejaron su huella y legado en los frutos artísticos que se multiplicaron en la Revolución, de lo cual fue semilla y germen, la benemérita institución.

Mientras tanto ahora, al cumplirse 90 años de la fundación de la Sociedad Pro-Arte Musical, hemos querido hacer este recuento de sus actividades, como un merecido homenaje en su aniversario, y para que no se olvide la importancia de su esfuerzo a la hora de escribir la historia de la cultura artística en Cuba.

Notas

¹ Miguel de Carrión fue uno de ellos, no sólo desde la literatura con obras tan conocidas como *Las honradas* y *Las impuras*, sino además desde la prensa. En el diario *Azul y Rojo*, del cual era director, apareció una serie de artículos de su autoría. Véase en dicha publicación “La Ley de Divorcio I” (no. 15, La Habana, 12 de abril de 1903, p. 4).

² González Pagés, Julio César. *En busca de un espacio. Historia de las mujeres en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2003.

³ La abogada Ofelia Domínguez Navarro escribió en 1928 un importante documento de denuncia sobre la situación jurídica de las mujeres cubanas. En su ensayo hace una serie de valoraciones referentes al andocentrismo del sistema legal cubano y su relación con la vida familiar. Véase su *50 años de una vida*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1971. pp. 121-126.

⁴ Los artículos de Fernando Ortiz, Juan Marinello y Ramiro Guerra estuvieron presentes en varias ocasiones en las páginas de *La Mujer Moderna*, órgano de prensa del Club Femenino de Cuba, asociación organizadora de los Congresos Nacionales de Mujeres. Las obras de Arturo Montori y Raimundo Lazo sobre el feminismo tuvieron gran acogida entre los simpatizantes de estos ideales. Véase Montori, Arturo. *El feminismo contemporáneo*. La Habana: Imprenta La Moderna Poesía, 1922, y Lazo, Raimundo. *El feminismo y la realidad cubana*. La Habana: Imprenta La Propagandística, 1931.

⁵ Varela, Enrique Luis. El Auditorium de Pro-Arte Musical. *El Arquitecto* (La Habana) 3:219; nov.-dic. 1928.

⁶ Oria Varela ingresó a la Directiva en 1922 y había ocupado antes de su presidencia los cargos de vocal, vicesecretaria, secretaria de actas y vicepresidente.

⁷ Natalia Aróstegui fue directora de la revista *Pro-Arte Musical* de 1932 a 1936 y delegada de Pro-Arte en Nueva York.

⁸ Laura Rayneri ingresó en la directiva en 1920, y ocupó los cargos de vocal, vicesecretaria y tesorera.

⁹ Tuñón, Julia. *Apuntes del curso Historia de las mujeres*, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer-El Colegio de México, 5to. Curso de Especialización, México, 1995

¹⁰ _____. “Porque Clío era mujer: buscando caminos para su historia”. En *Problemas en torno a la historia de las mujeres*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapa, 1991. pp. 8 y 9.

¹¹ García Alonso, Maritza y Cristina Baeza. *Modelo teórico para la identidad cultural*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 1996. p. 64.

¹² García Canclini, Néstor. *Culturas populares en el capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica de México, 1981. p. 51.

¹³ Hasta 1930, año de su deceso, la revista estuvo dirigida por María Teresa García Montes de Giberga, a la vez, presidenta de la Sociedad, con gran eficiencia en la dualidad de funciones, que evidencia su capacidad de dirección. Después de ella esta dualidad directiva no fue constante.

¹⁴ Ibarra, Jorge. “La música cubana: de lo folklórico y lo criollo a lo nacional popular”. En *Panorama de la música popular cubana* / Sel. y

pról. de Radamés Giro. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1995. p. 28.

¹⁵ La ensayista Zaida Capote, en su investigación sobre las mujeres narradoras, apunta que “[...] Ofelia Rodríguez Acosta (1902-1975), se involucró a las luchas políticas y en la acción cívica y para ello recurrió al periodismo lo mismo que a la literatura. Fue bibliotecaria del Club Femenino de 1925 y fundó y dirigió en 1927 una revista, *Espartana*, cuyo nombre, lo mismo que la poderosa ilustración de portada –una figura femenina art déco– no deja lugar a dudas acerca de la orientación de la revista”. Véase Capote Cruz, Zaida. *Mentes libres, cuerpos suplicados. Las mujeres de Ofelia Rodríguez Acosta*. *Revolución y Cultura* (La Habana) (4):21; 2006.

¹⁶ Mateo Palmer, Margarita. Estrategias de participación de las escritoras latinoamericanas. *Revolución y Cultura* (La Habana) (4):16; oct.-dic. 2006.

¹⁷ Hernández, Claudina. María Jones de Castro, en la historia de un viejo castillo. *Clave* (La Habana) 7(1-2):79-83; 2005.

¹⁸ Véase revista *Pro-Arte Musical* 5(12):2; 15 dic. 1927.

¹⁹ Ídem.

²⁰ García Montes de Giberga, María Teresa. Suum Cuique. *Ibidem*, 5(9):2; 15 sept. 1927.

²¹ Pacheco Valera, Irina. Entrevistas a su sobrina Natalia Bolívar y a Clarita Nicola (inéditas).

_____. Encuentro con la memoria Pro-Artina Musical del maestro Fernando Alonso. *Educación* (La Habana) (122):8; sept.-dic. 2007.

²² Fernando Ortiz: la poesía mulata. Presentación de Eusebia Cosme. *Revista Bimestre Cubana* (La Habana): 207; sept.-dic. 1934.

²³ Eusebia Cosme en el Recital de Poesías, declamó “Mujer Nueva”, “Balada del güije” y “Sensemayá” (canto negro para matar una culebra) de Nicolás Guillén; “Danza negra” de Luis Palés Matos; “Romance de la Reina Camándula” de Félix Pita Rodríguez; “Caridá” de M. Arozarena, “Lavandera con negrito” y “María Chacón” de Emilio Ballagas; “Trópico” (décimas), de Eugenio Florit; “Una canción de vida bajo los astros” de Regino Pedroso, y “Rumba de la negra Pancha” de José Antonio Portuondo.

Ver revista *Pro-Arte Musical* 11(7-9):20; jul.-ag. 1934.

²⁴ En esta etapa se lleva a cabo la fundación de filiales de esta Sociedad en las ciudades de Santiago de Cuba, Manzanillo, Camagüey y Matanzas, extendiendo así la labor de Pro-Arte fuera de los límites de la capital.

²⁵ Véase: Pacheco Valera, Irina. "El contrapunteo identitario cultural de 1923-1940: La revista *Pro-Arte Musical* (Primera época)". Mención en el Concurso Ensayo de la revista *Temas* 2007, en la modalidad artístico-literaria. (Inédito).

²⁶ María Teresa Velasco ingresó en la directiva de Pro-Arte en 1924 y ocupó los cargos siguientes: vocal y vicepresidenta.

²⁷ Dulce María Blanco de Cárdenas ingresó en la directiva en 1923, y perteneció a ella de febrero a agosto. Reingresó en 1931 y ocupó los cargos siguientes: vocal, vicetesorera, tesorera y vicepresidenta.

²⁸ Conchita Giberga de Oña, hija de la fundadora de Pro-Arte Musical, ingresó en la directiva en 1931, y ocupó los cargos de vocal, vicetesorera, vicesecretaria, tesorera y vicepresidenta.

²⁹ Los trabajos premiados fueron: Orlando Martínez: "La canción de arte cubana" (1952); Regina de Marcos: "El ballet en Cuba a través de Pro-Arte Musical" (1953); Edgardo Martín: "La música de cámara en Cuba desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días" (1954); Orlando Martínez: "La pedagogía musical en Cuba: sus precursores y educadores eminentes" (1955); María Maciá de Casteleiro: "La música religiosa en Cuba" (1956); Daisy Losa: "Un siglo de ópera en Cuba" (1957); María Teresa Linares: "Influencia de la música española en la música cubana" (1958); Argeliers León: "Ensayo sobre la influencia africana en la música cubana" (1959), y Pedro Machado de Castro: "La música coral en Cuba" (1960).

³⁰ La propia revista se autodenomina Segunda época.

³¹ León Primelles en *Crónica Cubana*, refiere que entre 1919 y 1922 existieron tres publicaciones musicales, e irregular salida y corta

existencia: en 1919 *Música*, "tres veces al mes", ocho páginas más suplemento, director administrativo, Lino E. Cosculluela; en 1922 *Música Magazine*, mensual, director, Lino E. Cosculluela y *Revista Música*, con ocho páginas que incluían una pieza musical, director, César M. Carreras.

³² Pacheco Valera, Irina. Pro-Arte Musical y las vanguardias (1923-1940). *Clave* (La Habana) 8(2-3); 2006.

³³ Informe de la Tesorería. *Pro-Arte Musical* (La Habana) 1(1):8; dic. 1923.

³⁴ Editorial. *Ibidem*, sept. 1952.

³⁵ *Ibidem*, 13(1):2; en.-febr. 1961.

³⁶ *Ibidem*, mar. 1924.

³⁷ Desglosado el presupuesto era: construcción del edificio \$200 000; lunetario y muebles de la casa social y del teatro, \$30 000; otros gastos imprevistos \$20 000. Mischa Elman fue el primer artista extranjero que subió al escenario del Auditorium. La directiva lo llamó "mascota de Pro-Arte" por la buena suerte que aseguran trajo con su concierto en los días iniciales de la sociedad.

³⁸ Véase revista *Musicalia* de noviembre-diciembre de 1928.

Consúltese además: Pacheco Valera, Irina. La obra de María Muñoz de Quevedo: una pedagogía especializada. *Educación* (La Habana) (122); sept.-dic. 2007.

³⁹ Véase *Diario de la Marina*, diciembre de 1928.

⁴⁰ Véase *Memoria descriptiva del proyecto el edificio para domicilio social y teatro para la Sociedad Pro-Arte Musical*. La Habana, febrero, 1927, p. 15.

⁴¹ *Ibidem*, p. 13.

⁴² Varela, Enrique Luis. *Op. cit.* (5). p. 225.

⁴³ Padrón, Sigryd. El Teatro Auditorium. *Universidad de La Habana. Revista* (251-252); segundo semestre, 1999-2000.

Pacheco Valera, Irina. Homenaje a los 80 años fundacionales del Auditorium de Pro-Arte Musical. *Boletín de Cubarte Digital*, sept. 2008.



Acercamiento cultural al tratamiento de la arquitectura en cuatro crónicas carpenterianas*

Cristina Peña Pérez

Ensayista

No se trata de descifrar cuál de las artes entró primero en la vida de este hombre: la música, la arquitectura, la literatura; se trata de su confluencia en la vida y la labor de un artista que las hizo presencia viva en su obra escrita. Música, formas y dimensiones noveladas o novelas hechas con bloques musicados; juegos de palabras, en numerosas y variadas combinaciones, se harían certezas; sin embargo, la dimensión que en su obra alcanzan estas confluencias es de más singular y loada perspectiva, el sueño de vivenciar la realidad de un mundo marcado por las simbiosis y los hibridismos.

Es indudable que la presencia de estas artes (a las que dedicó estudios, pues tocaba el piano y matriculó Arquitectura en la Universidad de La Habana) en el ambiente familiar, delinearon sus inclinaciones, fue un escritor para quien las otras dos no constituyeron auxilio, sino presencias objetivamente plausibles en el mundo de sus escritos, ya sea como necesidades expresivas –escribió acerca de la historia de la música en



Alejo Carpentier en la Biblioteca Nacional

Cuba y sobre la arquitectura propiamente, *La ciudad de las columnas*–, o como pilares necesarios para la expresión en ensayos, crónicas, novelas, etcétera. “Y es evidente que la arquitectura y la música, artes paralelas, influyeron en mi formación. (Además esto es visible en todos mis libros)”¹

Debe quedar claro, sin embargo, que Carpentier es escritor, ese es su oficio, con él pretende hacer sus revelaciones, nunca se consideró un intérprete de la música y, por razones ajenas a su voluntad, tuvo que interrumpir sus estudios

* Este trabajo recibió el Premio Luis Suardíaz en el 2007. [N. de la E.].

de Arquitectura, pero se dio cuenta de que con el conocimiento de estas dos artes podía vehicular de forma más eficiente el contenido de su universo, y hacer reales sus ambiciones de revelar el mundo americano. “Como narrador preciso tanto del elemento color, forma, ritmo, como de la palabra. Me gustan los escritores que dibujan, los compositores que pintan, y los pintores que hacen poemas [...]”.² Lo logró con eficacia tal que músicos y arquitectos recurren a su obra enamorados del tratamiento de estos temas.

El privilegio casi fortuito de haber tenido una formación cultural bastante universal fue, también, un índice causal con implicaciones reales en la conformación de su obra. Es reveladora, en este sentido, su estancia en Francia y su contacto con los surrealistas que le proporcionaron vivencias aprovechadas en su obra de hondo carácter americano. Agradece a este contacto, además, una nueva visión de la urbe, que abrió para él, como para otros escritores latinoamericanos, un nuevo tema preñado de posibilidades en la realidad americana tan contrastante con Europa.

La revelación de la ciudad, el ambiente urbano, los secretos de la arquitectura, sus huellas temporales, sus significados, se presentan como un universo, por difícil, poco explorado; la seducción no parte de cualquier ciudad trillada en claras líneas urbanísticas, la ciudad, su ciudad, es la latinoamericana, con sus ecos de superposiciones, sus ruinas, o sus moles levantadas sobre sangre antigua o nueva, la ciudad violentada en su evolución, la ciudad que reclama ser revelada por mano de

su novelista. De forma ejemplar asumió esta tarea con seriedad, con el riguroso oficio del artesano que sabe que en mucho, la cognición de todo un continente trascenderá de su obra, así le confiesa a Ramón Chao que, al iniciar una novela, traza “[...] una suerte de plan general que comprende planos de las casas, dibujos [...] de los lugares en que va a transcurrir la acción [...]”.³ Los espacios construidos son signos expresivos reveladores de procesos conformadores de la identidad cultural, su presencia en cualquier texto reviste un delicado tratamiento, y Carpentier fue, sin dudas, un maestro al tomarlos como temas de sus crónicas o cuando los describe en sus novelas.

Las características de la crónica como género propician para nuestro escritor una manera de socializar para mayorías algunas de sus consideraciones en estos ámbitos, que además buscan revelar la ciudad como guarda de tesoros que a veces sus propios habitantes desconocen. Con un estilo ameno que muestra en mucho su amor, las escribe, manifestando sus preocupaciones y recuerdos, sus sueños y valoraciones acerca de ese entramado de intercambios muros-hombre, señalizador de factores económicos, políticos, culturales, espirituales, huella siempre presente en su obra.

La Habana como ciudad aparece en varias de sus crónicas. Siempre ejerció en él especial fascinación, no sólo porque la amó desde su juventud, sino porque reclamaba ser vista en su verdadero sentido, apreciada en sus genuinas raíces, con visiones alejadas del eurocentrismo de manuales y academias, con ojos conocedores y amantes,

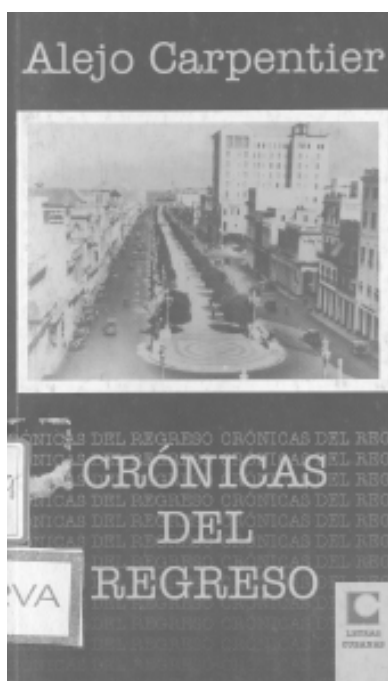
que hurgaran y descubrieran en sus esenciales mezclas, la autóctona originalidad de un arlequín arquitectónico que ostenta el encanto de sus rombos de colores y precisa ser valorado, tenido en cuenta, en esa suerte de encabalgamientos recurrentes que alejan y acercan el espacio y el tiempo a velocidades insólitas, y que se constituyen en la forma y medida de su existencia.

Las cuatro crónicas a las que haremos referencia están recogidas en *Crónicas del regreso* y aparecen bajo el epígrafe “La Habana y sus alrededores”. Lo primero que se vislumbra es que manifiestan lo que pudiéramos denominar eje de la obra carpenteriana: la revelación de la cultura americana. En ellas se toma como punto focal la arquitectura de la ciudad, sin dejar de considerar la naturaleza, en este caso como marco fundacional, que entrega

mensajes de originalidad, novedad, transformación, con todas las implicaciones identitarias derivadas de este intercambio cultura-naturaleza.

Escritas entre 1940 y 1941, muestran el estado del contexto construido habanero y una mezcla del gusto y las nostalgias que le provoca su ciudad. Son los primeros años después de su estancia en Francia, y ya sabe que su obra será profundamente americana. Las crónicas descubren, además del mundo descriptivo de detalles arquitectónicos, la sujeción de estos a las circunstancias económicas, políticas y sociales, reflejadas, claro está, con su visión de artista. Así en “Descubrimiento de La Habana. Lo que fue el Teatro Chino” (1940), para referirse al barrio chino lo llama “ciudad amarilla”, y es que en él prima el sentido de que una ciudad no es sólo muros, sino todo un complejo conjunto de relaciones donde se desarrolla la vida del hombre que la habita y le da razón de ser.

La “ciudad amarilla” lo lleva al caserón de media esquina (forma constructiva muy usada a fin de aprovechar el espacio), lugar al que dirige sus pasos con sistematicidad, lo que evidencia con el empleo del adverbio “cada vez”, porque forma parte de la memoria que la identifica; pero es ya otro el significado de este edificio. Con nostalgia abre el recuerdo de lo que fue 15 años antes. Traza, entonces, en síntesis admirable, un paralelo entre la ciudad de antaño (1925, quizás) y la de 1940 partiendo del edificio del Teatro Chino, y muestra la arquitectura como una marca de identidad. Nos deja ver, a través de su estado constructivo y del cambio de su con-



tenido, ese complejo de relaciones señaladas líneas arriba.

Muy revelador es el uso de relaciones contrastivas que muestran un sinnúmero de asociaciones significativas, marcadas por el tiempo, a través del espacio urbano, tan cambiante y dependiente de la temporalidad humana, de su evolución-involución en lo económico, político, social y hasta espiritual.

El mundo de 1925 –momento histórico evocado– se revela en la expresión que alude a una ciudad amarilla rica, donde la presencia del factor económico remite a los años de relativa bonanza que vivió el país, posteriores a la Primera Guerra Mundial. El Teatro Chino es entonces un reflejo de esa realidad y se nos entrega como una admirable fábrica de ensueños marcados por la afluencia de representantes culturales de aquí (cubanos) y de allá (chinos residentes y artistas invitados), decorado con motivos asiáticos, pero en el que se señala el tiempo con un reloj de pared de numeración romana. Este es un teatro americano para representaciones asiáticas, al cual la existencia de la mezcla, la simbiosis de tradiciones y razas, de elementos caracterizadores de distintas culturas, así lo definen. El ruido del ferrocarril que ha irrumpido en el entramado urbano, se constituye en elemento turbador que enlaza violentamente un mundo legendario con la modernidad, una ciudad ávida de leyendas y tradiciones, de tranquilidad provinciana, con los imperativos técnicos de ciudades más cosmopolitas, que se superponen a su ya primigenia asimetría. El contraste no surge de repente, es un devenir anunciado en el

espacio con un responsable temporal. Roto el ayer se revela el hoy.

La evocación cultural que provoca este edificio se enfrenta a su nuevo significado. En 1940 la etapa de bonanza ha terminado. La Segunda Guerra Mundial tuvo, para Cuba, un significado bien diferente, otra vez son datos extraídos del inmueble los que iluminan estas aseveraciones. El teatro es de mala muerte, quiere decir que ya nuestra ciudad amarilla no es rica, y ha sufrido. La referencia al estado de la edificación alude de forma indirecta a la situación económica del país, las representaciones de compañías migratorias son un índice de la injerencia cultural, pero, además, del poco teatro que va cediendo terreno al cine, seña también de la superposición de lo legendario por la modernidad. Ha sufrido estragos en su fisonomía, no sólo por los trastornos económicos del país, sino por los cambios de uso, que muchas veces son consecuencias de los cambios económicos y de los imperativos sociales. Esta frase, “ha sufrido”, humaniza el tratamiento que a la arquitectura da Carpentier y es una marca recurrente esta metáfora que revela no sólo formas vacías, sino llenas de contenido cuyo responsable es el hombre.

La visión del cambio en la edificación y por ende en la ciudad, muestra la diferencia de épocas y las transformaciones económicas y espirituales de los hombres que la habitan, y por ello la arquitectura es memoria y olvido cuando se alteran los fines para los que fue creada.

En “El amor a la ciudad. La Habana, ciudad sin terminar”, Carpentier presenta una valoración del ambiente

constructivo de la ciudad en 1940. Nuevamente mira su ciudad, recuerda escenas pasadas y registra desde su memoria la presencia en ella de coleccionistas de postalitas en los soportales de la esquina de Zanja y Galiano. Es la visión del lugar (arquitectónicamente hablando) la que propicia las relaciones de enfrentamiento de un contexto histórico pasado “Allá por los años en que se inició la otra guerra europea [...]”, y el que vive. La unión está en los coleccionistas, en manos de quienes, a su juicio, ha estado siempre la ciudad: “Al deambular por esta Habana que amo más que cualquier otra ciudad en el mundo, me he preguntado muchas veces si sus destinos no han sido regidos siempre por unos fabulosos coleccionistas de casas, avenidas, muelles, parques y edificios públicos. Es decir: por hombres que temen ver terminado su placer al lograr una obra perfecta [...]”.⁴

La alusión a los problemas socio-políticos es evidente y remite al lector a las etapas de la república neocolonial, de ahí que su obra sea fuente inagotable para la investigación de la arquitectura. Las comparaciones analógicas entre los coleccionistas y los que rigen el destino del país se revelan como causas de las cualidades de un contexto presentado como un álbum de postales disímiles, una mezcla de estilos constructivos que responden a sueños de grandeza, civilización y modernidad, en convivencia con la miseria y el amorfismo de las edificaciones más humildes. ¿Qué diferencias existen en las construcciones de el ayer y hoy? Las mismas que en los demás ámbitos de la vida social y cultural. La superposición absurda, la amalgama sin tino,

criticable, pero a la vez simbióticamente reveladora de interconexiones y caracteres inscriptos tanto en los muros y columnas como en los sueños y aspiraciones espirituales de la vida que contienen.

La pregunta que formula el autor es el punto de partida para la interpretación que del entorno construido realiza, dejando entrever, ya desde este primer momento, su inconformidad con esta ciudad nueva en manos de “coleccionistas”. Presenta así su primera evaluación de imperfección: como postales son estas edificaciones, no existe una relación entre ellas, y se pregunta por qué, si los componentes del “sitio”⁵ son perfectos: “Porque todos los elementos de la perfección coexisten en La Habana: un malecón comparable únicamente con los de Niza y Río de Janeiro; un clima que propicia flores en todos los tiempos; un cielo que no cubre los pavimentos con lodos grises; una situación geográfica que pone decoración de mar, nubes o sol, al final de cada calle [...]”.⁶ Hay una contradicción entre esto y el “lugar”:⁷ “Y sin embargo... La Habana es la ciudad de lo inacabado, de lo cojo, de lo asimétrico, de lo abandonado [...]”.⁸

En esta afirmación valorativa se aprecia, además de la tristeza, la inconformidad ante un ambiente construido falto de cohesión y unidad estilística que responde a una cultura de postales y a la falta de originalidad y creatividad de los que rigen los destinos de la ciudad; señala, tomando como punto de partida las construcciones, el desinterés, la ignorancia de estos personajes, a los cuales sólo interesan “las grandes mangaderas”. Presenta el abandono a

través de los “solares yermos, donde se amontonan latas cada vez más seculares, desperdicios cada vez más diversos”, “terrenos abandonados en pleno centro de la capital”, “casas a medio construir”, y en cuanto a los viales “aceras hundidas” y el “bache”, que, tratado de criollísima manera, se convierte prácticamente en un elemento que nos identifica.

En cuanto al Capitolio, terminado en esa época, lo trata como un edificio falto de valor histórico. Las casas construidas a lo largo del Malecón, carentes de belleza, hechas en serie, con sus “[...] columnas compradas al por mayor y balaustradas a tanto el metro [...]”, aquí puede verse una referencia a la entrada del eclecticismo, estilo que llenó de falsos vaciados y de elementos construidos en serie, una gran parte de las edificaciones cubanas de la época. También apunta la demolición de edificios de cierto valor histórico para emprender la construcción de parques de diversiones más rentables desde el punto de vista de la obtención de ganancias. Todo esto de forma asimétrica, sin observar ninguna regla o ley constructiva, dando riendas al crecimiento espontáneo y falto de urbanización característico de nuestro entorno construido. La Habana es ciudad atendida por coleccionistas que pegan en espacios vacíos, “[...] a capricho, edificios, calles y avenidas [...]”.⁹

En “Regla, la ciudad mágica”, dirige su mirada al repertorio religioso y de su ermita refiere: “Es una de las iglesias más lindas que se alcen en el perímetro capitalino [...]”.¹⁰ En la descripción que sigue se menciona una “cándida capilla”, y de significativa im-

portancia es este adjetivo que humaniza por su sentido (sin malicia ni doblez) a la construcción, pero que además nos muestra el perfil de ironía que revela el escritor en su afán de parodiar las valoraciones eurocentristas de nuestra arquitectura como copia y que crece a medida que avanza en la enumeración de códigos trasladados, aunque su valor se diferencia esencialmente de los del lugar donde se originaron.

La belleza de esta capilla no está en su interior, pues allí se encuentran las mayores semejanzas con los modelos europeos, sino en una perspectiva que relaciona el mundo que preside con las viejas fortalezas tan lejanas, que sus atalayas (torres para vigilar) se confunden con los tubos del órgano. En esa perspectiva distante queda claro que poco podrán cumplir su función de dar aviso. Todo este ambiente refleja un traslado de códigos europeos característicos de este repertorio en América, hasta que aparece la conjunción adversativa “pero” y con ella la actitud contrastiva provocadora de las diferencias de contextos, y al abrigo de un motivo arquitectónico,¹¹ se encuentra la señal de superposición cultural representada por un San Antón (“honesta figura de la iglesia española”) con un lechón (por cerdo para hacerlo más criollo) “[...] cuyo larguísimo hocico” –criollo hasta en la proporción– anda husmeando imaginarias semillas de palmiche [...]. ¡El cerdo se ríe...! [...]”.¹² Aquí la parodia llega a la irreverencia que caracteriza muchas veces lo criollo, y esta risa es como el preámbulo para iniciar el tránsito por contextos en los cuales se funden y refunden culturas y tradiciones porque “[...] la magia

comienza a sentar sus fueros detrás de la misma iglesia [...]”.¹³

Es relevante cómo Carpentier da tratamiento al espacio ubicado detrás de la iglesia. Al amparo de aquella cándida capilla, tres altares aludirán a entrecruzamientos de tiempo-espacio a través de elementos arquitectónicos, culturales, étnicos, en un entramado mestizo de relaciones en las que afloran las fuentes nutricias de nuestra identidad como suma enriquecida de herencias y tradiciones. La evidente presencia de códigos –europeos y africanos en este caso– que revelan estos lugares es como *la resonancia del eco* tan aludido, extraordinaria metáfora que incluye repetición de matrices y distorsión de estas a medida que se produce un alejamiento espacio-temporal, amparo de un espíritu en el que aflora de manera inequívoca la voluntad de creación, de interpretación propia.

Dentro del contexto del repertorio religioso, tres altares diversos desarrollarán intensivamente marcas de sincretismo y originalidad en el ámbito religioso y constructivo, para lo cual el uso por el escritor de relaciones analógico-contrastivas iluminarán, además, relaciones de orden causal sobre todo de índole histórico-cultural:

1) A pocos metros del “[...] jardín colonial [...] que se extiende junto a la sacristía, se alza una casa donde se encierra otra imagen de la Virgen de Regla, tan suntuosa como la del templo [...]”.¹⁴ La visión del escritor se desplaza hacia otro repertorio arquitectónico, en este caso el habitacional, y la semejanza dada por el altar, destaca, por un lado, la religiosidad del

pueblo, en este punto de vista espacial móvil emplea el eje arquitectónico vivienda-iglesia para diferenciar los contextos especiales que toma la religión, los matices, fluencias y flexibilidades del culto, pues en la casa, a diferencia de la iglesia hay otra imagen con “una barca ocupada por tripulantes indios” que “acepta promesas que se rechazan al lado”, en un altar no “del todo ortodoxo”.¹⁵

2) Un poco más lejano, hay otro altar que califica como extraordinario y señala como heterodoxo, sostenido por columnas salomónicas y adornado por ángeles barrocos, el cual muestra aún rasgos esenciales de raíces europeas, pero presenta a tres Juanes “de las más populares oraciones criollas” y manifiesta que: “Al pie de ese extraordinario altar [...] he podido escuchar los más admirables toques de tambores ‘batá’ que yo haya tenido el privilegio de conocer en largos años de andanzas por el folklore afrocubano [...]”.¹⁶ Este altar está encerrado en una habitación y tiene además de la de Regla, una Virgen de la Caridad.

3) “A pocos metros de este, se halla otro altar dedicado a Santa Bárbara, diosa de la guerra [este epíteto la aleja de la santa católica], que los fieles adornan con [...] cuantos atributos bélicos o motivos en rojo –color ritual de Changó–, fue posible hallar [...]”.¹⁷

Es obvia la intención de marcar a través de un elemento del repertorio religioso las diferencias. La movilidad dada por los términos ortodoxo, poco ortodoxo y heterodoxo, va delineando los matices, la convivencia diversa, la superposición y supervivencia en nuevas formas de las esencias. En esta parte de

la crónica, se observa cuán productivo ha sido el empleo en la descripción del principio de la reducción sinecdótica, pues ha logrado a partir de la parte revelar cualidades de todo el universo sincrético de la religiosidad cubana. Esta es una cualidad de su estilo que, tanto en crónicas como en novelas y relatos, revela su eficacia cognoscitiva.

Nuevamente, el punto de vista descriptivo de carácter móvil permite destacar la importancia de las distancias espaciales; el allá y el aquí, el adentro y el afuera son marcas también de distancias culturales y sociales, mientras más lejanas las “viejas fortalezas” con sus atalayas, construcciones de factura y proyección europeas, más fuerte es el sincretismo; no por casualidad la belleza de la ermita de Regla está en el mundo que le fue naciendo hacia afuera y hacia adentro del enlace entre razas, el sincretismo, la transculturación.

El templo de la Virgen de Regla preside y ampara el mundo mágico que comienza en su hornacina y se dirige hacia el corazón del pueblo que cobija bajo su capa, y va transformando los lugares y altares donde venera su imagen en una mezcla de esencias autóctonas, fruto del encuentro de las culturas madres que confluyeron en nuestro suelo. Así, a partir del edificio de la iglesia, Carpentier enfrenta una nueva dimensión cultural entre los significados y los sentidos, entre los significados culturalmente establecidos y los nuevos sentidos, que nacen cuando se integran a nuevos contextos, a nuevas situaciones de socialización que le dan significatividad vivencial para entregarnos una verdadera comunión

de caracteres identitarios. Es esta iglesia original, autóctona, de códigos constructivos representativos de estilos europeos, no ya tan puros (recuérdese la hornacina con su especial San Antón), el receptáculo que enlaza lo interno con lo externo para refundirse en el nacimiento de una cultura de raíces que se unen y aportan esencias diferentes.

La crónica “Misa del gallo en Santa María del Rosario”, nos mantiene en el repertorio religioso y nos presenta una iglesia, esta vez del tipo de las que han hecho afirmar que en la etapa colonial no existió una arquitectura latinoamericana. La hace ver tan parecida, en sus atributos constructivos, a ciertas iglesias vascongadas, que puede hacerlo olvidar que está en Cuba.

La describe como una vetusta iglesia con su altar mayor (acota que es una maravilla de la talla criolla y aquí manifiesta la presencia del hombre americano en estas construcciones y en la decoración de estos lugares sagrados), con columnas salomónicas, hojas de acanto, guirnalda barroca, púlpito de madera labrada, santos de catadura española, su cúpula del ábside de vigas entrecruzadas, capiteles, coro; todo las asemeja: lo sobrio de la arquitectura exterior, el estallido de flores, aureolas, arabescos del altar, hasta la atmósfera de calma provinciana, crea una ilusión perfecta. Sin embargo, al contexto arquitectónico con tanto empaque europeo, se enfrenta el marcado por la presencia humana y la peculiar naturaleza nuestra, en este caso la parte descrita se revela mejor cuando se integra, ya por contraste, ya por analogía, ya por causalidad, a otras

partes. La descripción de la iglesia asume nuevas cualidades cuando se escucha un montuno entonado por un borracho que trae consigo la presencia de otros símbolos identitarios en las costumbres, y por la naturaleza, con la “vegetación tropical” que “invade sus techumbres estriadas de musgo” y “las palmas que cimbrean sobre el añoso tejado”, lo cual permite reinscribir la arquitectura en el contexto americano, no sólo en su aspecto técnico-constructivo, sino como entidad esencialmente cultural colmada de múltiples relaciones.

Y es que, para Carpentier, no puede separarse en arquitectura el espacio construido del resto de los espacios, ya sean tangibles o intangibles, ya sea natural, social, cultural, etcétera, pues la unión de los múltiples espacios da la verdadera dimensión cultural de la arquitectura, lo cual origina el lugar como un ente propio, por ser en sí la resultante de las mezclas, de las reinscripciones físicas y humanas, tal como señala Javier Suárez, al considerarlo como “[...] condición que adquiere el espacio cuando queda definido por la piel arquitectónica que limita [...] un receptáculo interior [...] y un espacio exterior donde esta piel, en tanto cosa construida, establece una relación con lo dado [...]”.¹⁸

Esta concepción se descubre en “El amor a la ciudad. La Habana, ciudad sin terminar”, cuando al referirse al Malecón habanero lo compara con los de Niza o Río de Janeiro, sin embargo, después que nos muestra una diferencia negativa, “[...] poblado de casas en épocas en que los constructores catalanes hacían estragos [...] con sus columnas

compradas al por mayor y balastradas a tanto el metro [...]”,¹⁹ lo hace diferente, lo re-evalúa cuando señala que “[...] disfruta del adorno de puestas de sol únicas en el mundo [...]”.²⁰ La unidad de estas dos circunstancias hacen al Malecón habanero autóctono en su originalidad y es que “El gesto de fundación que implica la arquitectura adquiere la forma de un pacto de convivencia entre lo dado, el sitio y lo creado: la arquitectura, en virtud de lo cual se creará el lugar; por lo tanto más que ante la naturaleza, la arquitectura se presenta con la naturaleza [...]”.²¹

No indica lo anterior una renuncia o un ir en contra de la evidente presencia cultural que marca y define la realidad del continente, porque si bien estas crónicas anuncian la defensa del mundo americano como autóctono, presentan, además, la raigalidad de su cultura, mezcla de indio, europeo, negro, a cuyo centro principal concurren como fuentes nutricias raíces asiáticas, y de cuantas naciones constituyen el continente americano.

La lectura de estas crónicas mostró signos: la importancia del detalle para contornear la definición de una realidad mayor; la transición de afuera hacia adentro como camino al encuentro de una realidad sincrética; el hecho arquitectónico como propiciador de un encuentro cultural, y los quiebres que en el conjunto de códigos europeos son, junto a estos, suma de nuestra autoctonía y muestra del estilo de nuestras ciudades. Lo anterior unido al avistamiento de otras categorías: lo asimétrico, lo inconcluso, el tiempo y lo insólito, en ocasiones grotesco y humorísticamente tratado, pudieran to-

marse como herramientas primarias para entrar en el complejo conjunto de señales que conforman el tratamiento del espacio construido en la obra carpenteriana y cuya direccionalidad marcará siempre la defensa de la autoctonía, la raigalidad y la originalidad de la cultura latinoamericana.

Notas

¹ *Valoración múltiple de Alejo Carpentier*. La Habana: Casa de las Américas, 1977. p. 16.

² *Ibíd.*, p. 19.

³ Chao, Ramón. *Palabras en el tiempo de Alejo Carpentier*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1985. p. 9.

⁴ Carpentier, Alejo. *Crónicas del regreso*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1996. p. 29

⁵ Suárez, Javier. *Acerca de la esencia de la Arquitectura*. 2002. p. 99. 2002

⁶ Carpentier, A. *Op. cit.* (4). p. 29.

⁷ Suárez, Javier. *Op. cit.* (5). p. 99.

⁸ Carpentier, A. *Op. cit.* (4). p. 29.

⁹ *Ibíd.*, p. 32.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 34.

¹¹ *Ídem.*

¹² *Ídem.*

¹³ *Ídem.*

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 34-35.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 35.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 36.

¹⁷ *Ídem.*

¹⁸ Suárez, Javier. *Op. cit.* (5). p. 99.

¹⁹ Carpentier, A. *Op. cit.* (4). p. 30.

²⁰ *Ibíd.*, p. 30.

²¹ Suárez, Javier. *Op. cit.* (5). p. 99.



Emilio Roig de Leuchsenring y su época

María del Carmen Barcia
Zequeira

Historiadora

Los años entre la infancia y la juventud, durante los cuales la personalidad está en pleno crecimiento, son decisivos para conformar patrones de vida y de conducta; las circunstancias, los hechos y las prácticas que nos rodean en esa etapa de la vida cobran una dimensión subjetiva que nunca nos abandona. Emilito, como le llamaban sus allegados, tenía diez años en 1899, cuando con su abuelo visitó campamentos mambises en Managua, conoció de primera mano las hazañas de los héroes legendarios de la guerra, vivió de cerca los efectos de la reconcentración en la población habanera, vio la escuadra norteamericana enclavada en la bahía pregonando un primer bloqueo, percibió lo que Marial Iglesias ha calificado como “el desmontaje de los símbolos del poder colonial” y, desde luego, sintió en carne propia el desengaño que la ocupación norteamericana sembró en un pueblo que, tras largos años de combate, veía frustrados sus afanes independentistas, en tanto en la sociedad cubana se incrementaban la dependencia económica, el racismo y la discriminación generalizada.

Para Emilio Roig los hombres de la guerra no eran estatuas fraguadas en bronce, ni los debates de la Constituyente de 1901 en torno a la Enmienda Platt, páginas de una historia, sino hechos vividos y reflexionados. Y todo esto conformó su personalidad y marcó sus normas de conducta.

Aunque cursó estudios en una escuela católica y estudió derecho mientras trabajaba, desde muy joven, en la Audiencia de la Habana,¹ se autodefinía como ex abogado, ex católico y anticlerical, a la vez que consideraba como inaceptable cualquier discriminación por motivos raciales o nacionales. Nunca aceptó las imposiciones, disposiciones, ni explotaciones y mucho menos cuando estos procedían de una oligarquía o de una dictadura unipersonal.²

Su formación como historiador fue autodidacta, decía que su verdadera universidad había sido la Biblioteca Nacional y los diálogos sostenidos con Figarola Caneda, que se iniciaban allí y continuaban en la tertulia que este acogía en su propio hogar.³

Emilito utilizó los conocimientos adquiridos en el campo de la historia como un arma de lucha ideológica y política a través del periodismo, de sus labores en la Oficina del Historiador que presidió desde 1935 hasta su muerte, y de las asociaciones a las cuales perteneció, todas ellas caracterizadas por su marcado carácter progresista.

La oratoria, la prensa, los libros, todos los medios de comunicación de la sociedad civil del momento, utilizaban la proyección política de la historia para dirigirse, prescribiendo o proscribiendo, a una opinión pública,⁴ pero el mensaje

martiano se había desdibujado en un contexto en el que, a decir de Fernando Ortiz imperaba el caos y la corrupción, y “todos los bribones” eran “patriotas”.⁵

En esos momentos, la historia nacional se encontraba al servicio de un proyecto oficial, pues narraba el pasado de la cultura conveniente al Estado para reforzar la legitimidad de esa autoridad. Crear una conciencia de cubanía, capaz de contraponerse a ese proyecto, era imprescindible para tiempos que se avizoraban como difíciles, y hacia ellos apuntaba Ortiz al decir: “No sé si habrá revolución o no, pero aun cuando la haya ¿quiénes harán la revolución mental y moral, única necesaria y la más difícil?”.⁶

La definida intención por ese uso público alternativo de la historia para formar valores patrióticos, presidió todo el trabajo de Emilio Roig de Leuchsenring.⁷ Esto se manifestó a través de todas las líneas y temáticas que abordó. Su denominado costumbrismo, que en la actualidad definiríamos como estudios de la vida cotidiana, era capaz de mostrar las raíces profundas, y las características –positivas o negativas– del pueblo cubano en general, a través de sus clases, capas, sectores, grupos e individuos en particular, y de una manera sencilla contribuía a la comprensión de la identidad de nuestras gentes. Estos artículos le permitían describir situaciones como las reseñadas en “Se puede vivir en la Habana sin un centavo”, trabajo premiado en 1912 por la revista *El Fígaro*, o conductas ejemplificadas en “El relajo”, aparecido en la revista *Ultra*.

A través de esta línea de trabajo describió costumbres, resaltó valores,

remarcó defectos, luchó contra el racismo, la discriminación hacia la mujer⁸ y, sobre todo, de una manera natural llamó la atención sobre cuestiones que afectaban el desarrollo de la sociedad cubana.

Muy temprano, en 1919, Emilio extendió sus preocupaciones políticas al mundo antillano. Su precursor trabajo “La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y los derechos de las pequeñas nacionalidades de América”,⁹ definió las conductas injerencistas de ese país sobre América Latina. Este artículo lo hizo merecedor de varias distinciones: la Legación de la República Dominicana en La Habana, lo nombró Dominicano Honorario.¹⁰ En 1920 recibió una carta del eminente dominicano Federico Henríquez y Carvajal, donde le agradecía la publicación de ese trabajo y años más tarde, en 1937, en su carácter de presidente de la Academia Dominicana de Historia, le comunicaba que había sido elegido miembro correspondiente de la Academia Dominicana de Historia en Cuba, por unanimidad de votos.¹¹

Pero muy pronto Emilio transitó desde una posición anti-injerencista hacia su radicalización antimperialista. En esta dirección se enmarcan sus trabajos sobre la Doctrina Monroe, la Enmienda Platt, y también todo lo que escribió acerca de la independencia de Cuba a partir de las luchas de sus patriotas. Gran parte de sus escritos martianos se enmarcan en este contexto,¹² y muchos otros estuvieron destinados a revalorizar los principios y tesis del proyecto de la más eminente y paradigmática figura de nuestra historia. Trataba de recuperar el pasado

de los vencidos que los vencedores se aprestaban a sepultar, y de establecer mitos fundacionales.

Paralelamente a estas líneas emblemáticas, mantuvo siempre sus eruditos trabajos sobre La Habana, sus monumentos y su historia particular.

Cabe destacar que Emilito fue también un creador de conceptos, cuestión que con frecuencia se margina. Su definición de “guerra de los treinta años” utilizada para enmarcar todo el período de las luchas independentistas, y su enunciación de “guerra hispano cubana norteamericana”, para impedir que Cuba fuese despojada conceptualmente del principal papel que tuvo en la guerra del 98, constituyen una muestra de sus proyecciones como historiador.¹³

Pero estos y otros trabajos se enmarcaron, esencialmente, en un período que se comienza al concluir el gran conflicto iniciado en 1914. El impacto de la Primera Guerra Mundial conmocionó al mundo entero, tras ella comenzaron a producirse reflexiones en el campo intelectual sobre la forma de lograr un mundo menos agresivo y más solidario; esto produjo indiscutibles cambios en la sociedad civil occidental, de los cuales Cuba no estuvo al margen. Desde 1918 comenzaron a surgir agrupaciones diversas y esa cresta de la ola asociativa se mantuvo hasta las vísperas del nuevo conflicto mundial: En 1918 surgía la Sociedad Cubana de Derecho Internacional de la que fue vocal y secretario; en 1921 aparecía el Grupo Minorista; en 1926 era fundada, por Fernando Ortiz, la Institución Hispano-Cubana de Cultura; en 1938, la Oficina del Historiador de la Ciudad, y en 1940 la Sociedad de Estudios Históricos e

Internacionales, estas dos últimas dirigidas por Emilito, quien las reconocía como las dos agrupaciones que habían contribuido con mayor intensidad al desarrollo alcanzado por la historiografía cubana, y a ello debe añadirse la divulgación permanente de nuestra historia. Muy importante y novedosa fue la creación, en ese contexto, de una biblioteca especializada bajo el nombre de Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle, que gracias a generosidad de los miembros de la Sociedad de Estudios Históricos e Internacionales, llegó a disponer de 200 000 ejemplares procedentes de sus colecciones particulares.

En la práctica, el uso público de la historia, tan caro e importante para los intereses de Emilio Roig de Leuchsenring se vertebró a través de todas las instituciones de las cuales formó parte, una de estas fue la Institución Hispano-Cubana de Cultura, para la cual fue convocado, desde su fundación, por Fernando Ortiz. Como el objetivo de esa sociedad era establecer y mantener formas de intercambio estable de profesores y estudiantes para brindar cursos en la Universidad y conferencias en la institución, los intereses de Emilito encontraban otra vía para su desenvolvimiento, al poder desplazar su uso público de la historia en la utilización legítima de sus valores a los terrenos de la didáctica, la divulgación y la educación en general.

Ortiz concibió que el núcleo básico de la Hispano-Cubana estuviese integrado por 50 o 60 personas, que debían participar en representación de diferentes grupos u organizaciones. Se trataba de “[...] hacer labor estrictamente

de cultura sin inclinarse a derecha ni izquierda”, aunque aceptaba “la exposición de cualquier ideología”.¹⁴ También deseaba establecer el circuito de un intercambio hispanoamericano entre Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Lima, México y La Habana.¹⁵

Roig fue convocado a participar en la institución como director de la revista *Social*. Su participación personal como conferencista o profesor, comienza a evidenciarse a finales de la década del 30. En 1939 es convocado para el curso titulado “Tenedera de costumbres cubanas”, en donde, retomando el costumbrismo que nunca dejó de lado, participó con el tema “El relajo”.¹⁶ Ese propio año, continuando otro de sus lineamientos vitales, el racismo, colaboró en un suplemento de la revista *Ultra* con el trabajo “Defensa cubana contra el racismo anti semita”.¹⁷

Sus colaboraciones en la institución se incrementan a partir de 1941, cuando forma parte de la junta ejecutiva como vocal, pero en ese momento aparece no como miembro de *Social*, sino en su carácter de director de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Ese año participa en el curso “Leciones y doctrinas políticas”, con el tema “El imperialismo”,¹⁸ en el cual se refiere al uso y abuso que desde tiempos remotos han hecho los profesionales de la política y otros elementos de este concepto. No aborda ese fenómeno territorialmente, sino en cuanto al interés cubano, sin embargo da una rápida explicación de lo que se ha entendido por imperialismo y se vale para esto del trabajo de Enrique José Varona “El imperialismo a la luz de la sociología”,

editado en 1905, donde se establecían dos tipos de imperialismo, el de conquista y dominio territorial, y el de absorción y explotación económica.

Opina que desde la Doctrina Monroe, Cuba había sido la preocupación de los Estados Unidos, y expone que desde 1823 ese país había centrado sus preocupaciones con respecto a la isla en Inglaterra y no en España. También insiste en la permanencia de la política imperialista bajo la política del Buen Vecino, desarrollada por Roosevelt y manifiesta en la ocupación de Puerto Rico.

En 1943 aprovecha el marco de esa institución para organizar un grupo de conferencias consagradas al estudio de la guerra y de la postguerra, en su carácter de presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. En el primer ciclo, dedicado a los “Problemas y relaciones internacionales de Cuba en la guerra y la postguerra”, fue además la persona encargada de dirigir el debate.¹⁹

Dicho año fue ofrecido un cursillo sobre “El ideal de la independencia en la historia de Cuba (1810-1901)”, que contó con cinco disertaciones; las dos primeras estuvieron a cargo del doctor Manuel Bisbé, y las tres últimas, desde la guerra del 1868 hasta la del 98, de Emilito. Sus conferencias se titularon: “De la guerra liberadora a la Tregua Fecunda”.²⁰

El 18 de febrero de 1844 dictaba la conferencia “Rectificaciones históricas del Dr. Manuel Pérez Beato” y a finales de ese año presentaba al intelectual cubano Juan José Arrom, profesor de la Universidad de Harvard y autor del libro *Historia de la literatura dramática*

cubana, quien trató sobre “El teatro universitario de Yale”.²¹

Ofrece en 1945 la conferencia “La Guerra de 1895 valorizada 50 años después”.²² Insiste en que este acontecimiento debía de ser conocido como Guerra de Independencia o Revolución de Martí. Reitera la previsión del Apóstol con respecto a la absorción económica y política de Cuba por parte de los Estados Unidos, y la vigencia en ese contexto de la necesaria independencia de Puerto Rico. Confirma la participación de las capas populares en ese conflicto. Señala que la muerte prematura de Martí contribuyó a que fuesen sepultadas en el olvido sus ideas y confirma que la guerra del 95 fue una victoria de Cuba frente a España y no de los Estados Unidos, cuestión que reiteró en su conferencia del 22 de marzo de 1946 sobre la proyección antimperialista de José Martí.

Lamentablemente, en julio de 1947 Fernando Ortiz informaba a sus colaboradores que la Institución Hispano-Cubana de Cultura “[...] ha suspendido temporalmente sus actividades y la publicación de *Ultra*”.

Dicho centro fue un espacio importante para Ortiz y también para Roig, pero no era el único. Emilio continuó su batallar, desde la prensa y de la Sociedad de Estudios Históricos e Internacionales que presidió hasta 1960 y donde continuó su labor de transmisión y conservación.

Emilio Roig fue un intelectual orgánico, un hombre profundamente comprometido con los intereses raigales y populares de su país, en esta dirección trabajó sin descanso. Asombra conocer la cantidad de instituciones con

las cuales colaboró, dentro y fuera de Cuba, su incesante participación en congresos demostrando sus verdades, el respeto que hacia él sentían los discriminados.

Lo acompañó en la vida y lo ayudó en gran parte de esos avatares una mujer sencilla y silenciosa, que guardó sus papeles y ayudó a conservar su memoria, María Benítez, su viuda, que por muchos años estuvo presente en estos homenajes, y que en el espíritu y la memoria comparte también hoy estos recuerdos.

Historiadores como Emilio Roig de Leuchsenring, capaces de divulgar una historia destinada a la formación de la identidad cubana, capaz de aunar el rigor factual con los más profundos valores conceptuales, son necesarios para continuar su labor creadora, como patriota y como académico.

Notas

¹ Datos recopilados por su viuda María Benítez. Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Fondo Emilio Roig de Leuchsenring, N° 13.

² Desde 1909 trabajaba en la Audiencia de La Habana y se graduó como doctor en Derecho Civil el 4 de julio de 1917. *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ Bourdieu, P. *Lección sobre la lección*. Barcelona, 2002. p. 19.

⁵ “Carta de Fernando Ortiz a Chacón y Calvo, 25 de enero de 1924”. En Gutiérrez Vega, Zenaida. *Fernando Ortiz en sus cartas a José María Chacón (1914-1936, 1956)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982.

⁶ “Carta de Fernando Ortiz a Chacón y Calvo, 27 de septiembre de 1922”. *Ibidem*.

⁷ Por uso público de la historia se entiende la utilización de hechos acontecidos realmente, pero que pueden ser manipulados de acuerdo a

determinados intereses. La memoria construida desde el poder tiende a excluir a los vencidos, por esa razón, en dichos años se excluía a los sectores marginados y antagónicos y se atribuían a los poderosos conquistas realizadas por las capas populares.

⁸ Emilito escribió un artículo sobre Carmen Calzada, maestra que fue cesanteada por ser madre soltera, sin conocerla. Ella lo lee tiempo después y le agradece su actitud, también le dice que su niño murió cuando tenía dos años, de acidosis y que ella nunca pudo trabajar más, que vive con sus hermanas, que pasan mucho trabajo, que le han prometido un aula y le agradecería cualquier gestión al respecto. Es de la Coloma en Pinar del Río. 1 de febrero de 1937. En Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Fondo Emilio Roig de Leuchsenring, 457, N° 35.

⁹ Esta conferencia fue impartida en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, en un evento dedicado a la Defensa de los Derechos de los Pueblos de América. Con posterioridad fue editada como artículo y también en un folleto.

¹⁰ “Carta de M. M. Morilla del 8 de febrero de 1919”. En Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Fondo Emilio Roig de Leuchsenring, N° 137.

¹¹ *Ibíd.*

¹² En 1920 publicaba su primer trabajo sobre la Doctrina Monroe, titulado “La Doctrina Monroe

y el Pacto de la Liga de la Naciones” y en 1921 escribía sobre la Enmienda Platt. Sus primeros trabajos sobre el nacionalismo e internacionalismo de Martí datan de 1927.

¹³ Destacamos este aspecto porque aunque Emilio Roig fue miembro de la Academia de la Historia, algunos historiadores no estaban de acuerdo con su ingreso, al considerar que su trabajo era más periodístico que histórico. Don Fernando Ortiz, que lo propuso como miembro de esa institución, insistía mucho para que él presentara su disertación inicial, pues consideraba importante que se le reconociera como tal.

¹⁴ “Carta de Fernando Ortiz al señor presidente de la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid, La Habana, 3 de marzo de 1927”. En Gutiérrez Vega, Z. *Op. cit.* (5).

¹⁵ “Carta de Fernando Ortiz a Chacón y Calvo. La Habana, 24 de noviembre de 1926”. *Ibíd.*

¹⁶ Esta conferencia se impartió el 8 de agosto de 1939.

¹⁷ *Ultra* (La Habana) (Suplemento al N° 38); 1939.

¹⁸ *Ibíd.*, (39):263-264; 1942.

¹⁹ 20 de marzo de 1943.

²⁰ Se impartieron los días 12, 14 y 19 de julio de 1943.

²¹ *Ultra* (La Habana) (102):122; 1945.

²² *Ibíd.*, (104):240-242; 1945.



A casi 100 años del maestro Ernesto Sábato

Mercedes Santos Moray

Ensayista y periodista

Dentro del panorama de la literatura latinoamericana, sobresalen por la pujanza y tradición las letras argentinas, especialmente en el siglo xx, con nombres de proyección universal. Entre esos autores se encuentra el novelista y ensayista Ernesto Sábato, laureado con el Premio Cervantes y varias veces también nominado al Nobel. Cuba también ha sido escenario para este maestro de nuestra América, pues entre nosotros, y gracias al trabajo editorial de Casa de las Américas, su obra se multiplicó en ediciones que han hecho suyas varias generaciones, en particular los jóvenes, quienes han sentido por la escritura de este narrador la misma pasión que un día sintiese otro lector, en su juventud, Ernesto Guevara de la Serna, por eso nos sumamos al jubileo de su natalicio con este tributo.

De la vida y sus avatares

Don Ernesto Sábato ha superado ya la cuesta de los 98 años, y enrumba hacia la centuria. Este hombre, que hoy no puede escribir ni leer por el agotamiento de sus ojos, no de su espíritu y que en los últimos tiempos se ha volcado a la pintura como refugio de su

naturaleza creativa, fue siempre, como él mismo lo reconoce, un inconforme que siempre cuestionó la vida y la realidad para adentrarse en su propio túnel.

Como tantos argentinos, desciende de emigrantes, siendo el décimo hijo, de los diez que concibieron Francisco Sábato, de origen italiano, y Juana María Ferrari, su madre de ascendencia italiana y albanesa, el ser humano más intenso de su historia personal: “Creo que nunca la vi llorar –tan estoica y valiente fue a lo largo de su vida– pero, quizá, seguramente, lo haya hecho a solas”.

La crítica, como sus lectores, disfruta de las novelas y los ensayos, de las memorias y los artículos, de los textos de Sábato y hallan en su obra un signo de profunda reflexión intelectual, por manifiesta voluntad de una poética de esencia subversiva y siempre inconforme, desde el aliento transgresor del escritor. Don Ernesto es un hombre de orígenes humildes, pero de férrea voluntad y amoroso del estudio, como lo testimonia su amistad con el dominicano Pedro Henríquez Ureña, al que conoció siendo todavía estudiante, y de quien se declararía deudor, al citarlo como fuente de inspiración para su carrera literaria.

Mas los inicios del autor de novelas-íconos de las letras iberoamericanas como *Sobre héroes y tumbas*, inicialmente se volcarían hacia la ciencia, por eso ingresó, en 1929, en la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad Nacional de La Plata. Uno de los rasgos que distinguirían también a don Ernesto, como le llamamos cuantos le amamos y respetamos, desde su juventud fue la proyección cívica de su intelecto y de su energía, su temprana

vinculación con la historicidad compleja de su época que lo llevó a ser activo militante del movimiento de la Reforma Universitaria, y a participar en la fundación del Grupo Insurrexit en 1933, de tendencia comunista, junto con Héctor P. Agosti, Ángel Hurtado de Mendoza y Paulino González Alberdi, entre otros.

De ahí que por su compromiso con la izquierda, en 1933 fuera elegido secretario general de la Juventud Comunista, al tiempo que conocerá entonces a la que sería, durante seis décadas, la compañera de su vida, una joven de sólo 17 años, estudiante del Liceo, Matilde Kusminsky Richter, mientras Sábato estudiaba Física, y ella compartía el amor por la escritura como lo testimonia su poemario, edito en 1933: *Cenizas y plegarias*, y otro de relatos. Gracias a su Matilde, generosa compañera, muchos textos de Sábato se salvaron de la hoguera de su extrema autocrítica.

La ciencia y las ideas de izquierda alimentaban entonces el espíritu del autor de *El túnel*, quien viajó a Bruselas como delegado del Partido Comunista al Congreso contra el Fascismo y la Guerra, mas el enfrentamiento con los dogmas del stalinismo lo llevaron a vivir una de sus primeras crisis existenciales. Al concluir su carrera, obtendría una beca para realizar trabajos de investigación sobre radiaciones atómicas en el Laboratorio Curie en París, cuando ha de vivir la alegría de la paternidad con el nacimiento de su primer hijo, Jorge Federico, y en 1939 fue transferido al Massachusetts Institute of Technology (MIT), donde continuaría el sendero de las ciencias

puras, para un año después retornar a su patria a trabajar como profesor de la Universidad de Buenos Aires.

De la ciencia a las letras

Pero este hombre cuyo discurso literario se nutre no sólo de una increíble fabulación, se alimenta también de sus propios desgarramientos y laceraciones que lo condujeron, en 1943, a vivir la segunda de sus profundas crisis morales y a alejarse del área científica, para entregarse a la literatura y la pintura, y realizar su destino como escritor hasta nuestros días.

En 1945, publicó artículos en *La Nación* enfrentándose a Perón, lo cual lo obligó al retiro del que no sólo nace su segundo hijo, Mario, sino uno de sus primeros cuadernos de ensayo: *Uno y el universo*, en donde inicia un profuso discurso sobre la moral y la ciencia, con la angustia legítima del ser ante la deshumanización.

Tres años después aparecería su primera novela, *El túnel* (1948), en la que se manifiesta la angustia de la soledad, en medio de una historia de amor y muerte y que marcaría el despegue de uno de los más relevantes narradores argentinos del siglo xx, obra que se inscribe, al decir de la crítica, dentro de la corriente filosófica del existencialismo, y que recibiera entusiastas elogios del francés Albert Camus, quien la hizo traducir al francés.

El ser humano, como centro de un discurso literario marcadamente antropológico, se devela en la construcción psicológica de los personajes, en el manejo de la ira en una narración que se apropia del oficio y de las técnicas para expresar tesis de hondura

filosófica, rasgo estilístico que define la poética de Ernesto Sábato:

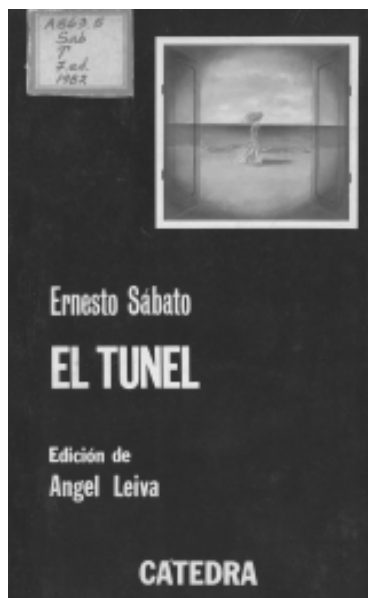
Los seres humanos no pueden representar nunca las angustias metafísicas al estado de puras ideas, sino que lo hacen encarnándolas [...]. Las ideas metafísicas se convierten así en problemas psicológicos, la soledad metafísica se transforma en el aislamiento de un hombre concreto en una ciudad determinada, la desesperación metafísica se transforma en celos, y la novela o relato que estaba destinado a ilustrar aquel problema termina siendo el relato de una pasión y de un crimen –dirá el propio novelista.

La soledad es una herida abierta e insostenible para el personaje de Castel y lo conduce al aislamiento, a la desesperanza, la incomunicación, los celos y, naturalmente, hasta la muerte. Porque Sábato es de esos autores que exploran en el sujeto para comprender al hombre y a la mujer, protagonistas voraces, victimarios y/o víctimas de la existencia.

La estructura de *El túnel* está construida con gran economía de medios, los que alcanzarán mayor despliegue, como la técnica del monólogo interior, en la segunda de sus novelas, la para el propio Sábato, mejor de sus obras: *Sobre héroes y tumbas*, que se publicaría en 1961 y se convertiría no sólo en un éxito editorial, a escala nacional e internacional para el narrador, sino en uno de los textos imprescindibles para la historia de la literatura latinoamericana contemporánea, la misma que ha sido considerada como una de las mejores novelas argentinas del siglo xx.

Obra más ambiciosa y compleja, aborda la historia de la decadencia de una familia aristocrática en la cual se intercala un conmovedor relato intimista sobre la muerte del general Juan Lavalle, héroe de la independencia, personaje al que don Ernesto dedicará, años después, una pieza poético-musical junto al músico Eduardo Falú, con el título de *Romance a la Muerte de Juan Lavalle*, que la “Negra” (Mercedes Sosa) le cantó en sus 95 juños.

Sobre héroes y tumbas consagró a su autor a escala universal, novela en la que exploró en el “subsuelo del hombre” con fuerte dosis de introspección personal, desde el sujeto lírico de su escritura, al tiempo que realizaba una exploración del imaginario nacional, obra muy cercana por su espíritu al *Adán, Buenos Aires* de Leopoldo Marechal, y desde otra mirada, no muy lejana de las metafísicas aproximaciones de Jorge Luis Borges sobre la Argentina.



En un tercer plano del argumento, está ese monumental *Informe para ciegos* que, en muchas ocasiones, es asumido como lectura autónoma, y que nos devela desde la pesadilla que sufre Fernando, el protagonista junto a Alejandra, las zonas más perturbadoras e inquietantes de la naturaleza humana, en un relato que es deudor también de elementos del surrealismo, así como de las ideas filosóficas y nihilistas de Nietzsche, y de las teorías psicológicas de Jung y Freud.

Después de dedicar 13 años de trabajo ininterrumpidos, Ernesto Sabato publicó *Sobre héroes y tumbas*. Mas la crisis del creador se hizo presente, y sólo Matilde pudo lograr que el manuscrito de esta obra excepcional no fuese destruido y se publicara. En el prólogo la dedicatoria lo explica: “Dedico esta novela a la mujer que tenazmente me alentó en los momentos de descreimiento, que son los más. Sin ella, nunca habría tenido fuerzas para llevarla a cabo. Y aunque habría merecido algo mejor, aun así, con todas sus imperfecciones, a ella le pertenece”.

Sobre héroes y tumbas es algo más que el resumen de una vida, es la síntesis de las utopías, tanto en el arte como en la sociedad, una lacerada exploración realizada por uno de esos grandes novelistas, como lo es Sabato, muy lejano al panfleto y al oportunismo, de la historia de su país, y la crítica implícita de su devenir, en la que se conjugan los polos opuestos, desde los unitarios y federales hasta los peronistas y antiperonistas, para encarnar sus tesis y sus angustias en el perfil de personajes como el de Fernando y Martín, en el juego de contrarios, entre luces y sombras.

Muchos han visto en el *Informe sobre ciegos*, un relato independiente –que como tal ha sido traducido al mundo del cine– a la manera de la novela breve, una de esas piezas que atrapan, alucinantes, los diversos y plurales ángulos de una nación, de una cultura y de una sociedad, en su historia, referente que pudiese estar implícito en otra pieza descomunal de las letras contemporáneas, pienso en la magna novela del portugués José Saramago: *Ensayo sobre la ceguera*, revisitación de un tópico que resulta metáfora imprescindible en el discurso literario sobre el destino y la conciencia humanos.

La tercera de sus novelas lo sería *Abaddón el exterminador* (1974), obra considerada de carácter autobiográfico, articulada con una estructura narrativa aparentemente fragmentaria, y de argumento apocalíptico, en el cual las potencias



maléficas rigen el universo y es inútil la resistencia en un mundo de absoluta irracionalidad en el que no se vislumbra la esperanza, y el discurso del autor resulta aún más desolador que en sus anteriores narraciones, en una poética signada por la reflexión ante la crisis de la sociedad contemporánea que ha llevado asimismo a Sábato, en más de una oportunidad, a reflexionar también sobre el propio sentido de la literatura como en su cuaderno *El escritor y sus fantasmas* (1963).

Su tercera novela es una estremecedora lectura de la convulsa Argentina de los años 70, relato en el cual el propio autor se incluye y retoma perfiles abordados por él, en *Sobre héroes y tumbas*, revaloración que hace el escritor de la juventud rioplatense en los momentos de crisis que habitaron aquella década y fueron, además, el semillero de los tiempos coléricos que luego padecería la nación austral.

Desde su impronta más racional, alimentado su intelecto por una aguda sensibilidad, Sábato ha dejado una profusa obra ensayística que comenzó en 1945, con *Uno y el universo*, cuaderno en el que la ciencia es sujeto de análisis, en un libro que según su propio autor “participa de la impureza y de la contradicción”. Después vendría *Hombres y engranajes* (1951), en el que somete a juicio a la cultura moderna, y donde realza el papel de la mujer, para continuar con *El otro rostro del peronismo* (1956), así como la carta abierta al general Aramburu, en 1956 sobre *Torturas y libertad de prensa*, en la que se manifiesta, ayer como hoy, en defensa de los derechos humanos.

Uno de sus ensayos más importantes lo será el volumen *El escritor y sus fantasmas* (1963), en el cual nos revela no sólo sus preocupaciones y experiencias, sino sus reflexiones sobre la literatura, un texto que, como todos los suyos, se evidencia la tensa relación entre la reflexión y la pasión.

También escribirá el cuaderno *Tango, discusión y clave* (1963), sobre ese núcleo esencial del Río de la Plata, y *Pedro Henríquez Ureña* (1967), libro dedicado a su maestro, así como *Tres aproximaciones a la literatura* (1968), un estudio sobre tres ejes de las letras contemporáneas: Jean Paul Sartre, Alain Robbe-Grillet y Jorge Luis Borges.

Otros títulos de su prosa ensayística son *Eduardo Falú* (1974), *Carta a un joven escritor* (1975), *Diálogos (con Jorge Luis Borges)* y *La cultura en la encrucijada nacional*, ambos de 1976, *Apologías y rechazos* (1979) contiene siete extensos e importantes ensayos en los que se refleja su humanismo y su preocupación moral sobre nuestro tiempo y la responsabilidad del intelectual, y *Los libros y su misión en la liberación e integración de la América Latina* (1979) y *Nunca más*, informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), que él mismo presidió durante la presidencia de Raúl Alfonsín (1985).

Necesitado del diálogo, en ese proceso de retroalimentación que se produce entre el autor y el lector, ni la ancianidad ni los problemas de salud pudieron impedir la obra ensayística de Sábato que nos entregó también cuadernos como *Entre la letra y la sangre* (1988), *Querido y remoto mu-*

chacho (1990) y *Antes del fin* (1998), texto que tiene el sabor de la memoria, confeso su interés por dialogar con los jóvenes; así como *La resistencia* (2000), conjunto de vivencias y reflexiones sobre el ser humano y la crisis de valores de la sociedad en nuestros días. Porque si algo ha sido una constante en la escritura de don Ernesto es la angustia existencial y el compromiso moral con el destino de la humanidad, a veces desde un discurso de corte metafísico, desde ángulos metafóricos en los que revela la huella jamás olvidada de sus orígenes científicos.

De los premios a la memoria

A los 64 años de edad comenzarían a llegarle los reconocimientos a este maestro de nuestras letras. Así, en 1975 recibió el Premio de Consagración Nacional de la Argentina y dos años más tarde, en Italia el Premio Medici. En 1984, con 73 años de vida, recibió también el Premio Cervantes. Y en 1987 fue distinguido en Francia como Comandante de la Legión de Honor. Dos años más tarde, en 1989, recibió en Israel el Premio Jerusalén. Y en ese mismo año fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Murcia, España; en 1991 por la Universidad de Rosario, Argentina, y en 1995 por parte de la Universidad de Turín, Italia.

Quien como él ha dedicado más de medio siglo a la escritura, afirma como mensaje para los jóvenes y para todo sus lectores, aquella tesis de Kafka, el cual sólo “[...] recomendaba leer libros que nos atravesen el cuerpo como un hacha”. Y eso lo dijo Sábato cuando contaba 91 años, al reconocer que la

literatura ha sido el medio “[...] fundamental, absoluto y poderoso, que me permitió expresar el caos en que me debatía”, así como una manera de liberar “[...] mis obsesiones más recónditas”.

Narrador y ensayista, sin embargo, subraya don Ernesto que la poesía “[...] es la actividad más compleja del espíritu de hoy”. Una voz subjetiva que va más allá de las preceptivas, para él. “Poesía no es una forma métrica, un modo de escribir palabras en prosa o en verso, poeta es aquel que revela la vida en verdad y en belleza”. Y eso lo subraya, desde su lúcida ancianidad, uno de los mayores poetas de las letras latinoamericanas de todos los tiempos, el autor de *Sobre héroes y tumbas*.

La memoria llega para instalarse en el discurso de don Ernesto y, desde entonces, ocupa el horizonte de la vejez, antes de que el silencio se adueñase de sus pupilas, y los recuerdos del ayer se aglutinaran en esa voz, donde se mixturaban los accidentes y los personajes de su historia personal, y del corpus siempre agónico de su existencia y de su literatura. No es el laureado escritor, sino el ser humano, el que entonces retorna para decirnos la verdad y la angustiada herencia de su nombre: “Me llamo Ernesto, porque cuando nací, el 24 de junio de 1911, día del nacimiento de San Juan Bautista, acababa de morir el otro Ernesto, al que, aun en su vejez, mi madre siguió llamando Ernestito, porque murió siendo una criatura”.

Desde entonces, y desde la célula de la familia, signada por el dolor y el estoicismo que él calificaría de espartano en su progenitor, comenzaba el terror a invadir su infancia, y a dar alimento

a su escritura, de solitario: “[...] he vivido bajo una angustia semejante a la de Pessoa: seré siempre el que esperó a que le abrieran la puerta, junto a un muro sin puerta”.

Es esa cuerda más personal la que nos hace llamarlo don Ernesto, como en los diarios de la vejez escritos en España, durante dos años, antes de establecerse como raíz para siempre en la tierra argentina de Santos Lugares, su fascinación por Goya y El Bosco, donde la cultura vence por un tiempo a la añoranza, pero en la fuente de la vida, para Sábato, siempre estará Argentina, la misma que lo hizo reflexionar ácidamente en 1999, con sus 88 años: “Mi lesión en las retinas me prohíbe leer y escribir, pero no me impide dialogar. Pero este no es el único motivo para negarme al ensayo; más bien es de índole filosófica: creo que la única forma integral de expresar el alma de un pueblo y sus vicisitudes es la ficción, por varios motivos y razones. Mal o bien, he intentado hacerlo”.

La suya será, siempre lo aclara, la mirada de un escritor, no de un economista ni de un político. Pero es, ante todo, el dolor auténtico de un hombre, de un intelectual ante la historia de su

país, y de su gente, sobre los cinco años de dictadura militar que lograron

[...] dismantelar el país, en beneficio de algunas empresas multinacionales. La Argentina producía de todo, hasta llegamos a exportar tornos a Italia y computadoras a Suecia: hoy importamos tomates desde Israel. Fuera de estas *vérites de fait*, como diría Leibniz, poco sé. Sin embargo, creo que uno de los errores característicos de nuestro tiempo es buscar la clave de todo lo que sucede en la economía, así como la salvación física y espiritual del hombre. No es que me sea indiferente la muerte por hambre de un solo niño. Por el contrario, toda mi vida he luchado contra la injusticia social que se sufre en todo el mundo pero en especial en este continente latinoamericano que ha sufrido y sufre todos los horrores de la explotación y del hambre. Pero, con las trágicas experiencias de este siglo, he comprendido que es peligroso pedir únicamente justicia social: hay que exigirla junto con la libertad. En cuanto a mi país lo que más me preocupa es el problema precisamente de la libertad.



José de la Luz y Caballero en la contemporaneidad historiográfica cubana

Mildred de la Torre Molina

Historiadora

Si se realizara una encuesta entre los educandos del país, se comprobaría que la mayoría desconoce la figura y la obra de José de la Luz y Caballero. Posiblemente los universitarios, en particular los que cursan las carreras humanísticas, lo conocen, sin grandes honduras, como *una importante víctima de la represión de la escalera, gran educador y filósofo, continuador y discípulo de Félix Varela y compañero de José A. Saco y Domingo del Monte en la lucha reformista.*

Tal ignorancia obedece a que la inmensa mayoría de los textos y programas educacionales, así como la historiografía en su conjunto, abordan a Luz y Caballero como parte y expresión de la historia de la primera mitad del siglo XIX y de los movimientos político sociales en particular, y poco, muy poco, pormenorizan los aspectos conformadores de su innegable estatura histórica.

Ello es mucho más evidente al apreciarse que su figura no goza de la preferencia de los historiadores de la filosofía, de la literatura y de la pedagogía ni tampoco de los biógrafos, a juzgar por la escasa literatura especializada en el insigne maestro, al

menos desde 1959 en adelante. De ahí que su vida y su obra se conozcan de forma fragmentada y dispersa a través de algunos aforismos y de alguna que otra conducta política asumida por la élite reformista e intelectual de entonces.

En este artículo se examinará el débil tratamiento historiográfico a la figura de Luz con el marcado propósito de incitar a la venidera indagación científica. Hurgar en su historia facilita la comprensión de los problemas medulares de la primera mitad del siglo XIX.

Un pretexto para la reflexión

La historiografía cubana contemporánea, desde 1990 en adelante, ha prestado interés al desarrollo de las historias socioculturales acorde y en correspondencia con las tendencias que en este campo existen a escala mundial, sobre todo en Francia, Inglaterra, España y los Estados Unidos.

La acción multidisciplinaria, al menos en el plano de la discusión teórica, se ha ido fortaleciendo de forma progresiva. Ella ha redundado en la existencia de resultados carentes del tradicionalismo expositivo en las esferas de las historias económicas, políticas y sociales.¹

Hasta los finales de la década del 80, sin ser muy categóricos, la historia política, por lo general, asumía el estudio de las conductas individuales y colectivas, de los movimientos revolucionarios, de la historia y el quehacer de los partidos y su liderazgo, así como de las acciones y medidas adoptadas por la gobernabilidad política, ya sea estatal o privada.

Hoy el historiador político, el involucrado en las tendencias renovadoras, penetra en las esencias socioculturales y en el dinamismo espiritual de las estructuras socioeconómicas con el propósito de definir las causalidades, influencias y contenidos del acontecer ideopolítico.

Así, el objeto de estudio adquiere formas de expresión histórica ricas y dinámicas. Se hace mucho más sensible, al espectador actual, el mundo del pasado, y puede, con mayor rigor y objetividad, valorar y aprehender de sus múltiples y sabias enseñanzas.²

El historiador económico, por su parte, al desembarazarse de la unilateralidad de los *factores económicos*, o de lo que por tradición suele llamarse *situación económica*, para adentrarse en el universo de las formas de vivir y de pensar, así como en la propia interiorización de los procesos económicos en la cotidianidad, puede, con vehemencia y objetividad, descifrar las incógnitas del desenvolvimiento histórico de la vida material y de su representatividad tendencial en los fenómenos económicos.³

A fin de cuentas, el historiador reconstruye el pasado buscando y encontrando sus enigmas a través de la diversidad de la vida del hombre en su

incesante interrelación con las problemáticas de su tiempo, por lo que resulta insoslayable todo cuanto pueda, de forma general, incidir en su conducta.

Por ello, el análisis histórico debe incluir los resultados de las investigaciones culturales relacionadas con las diferentes disciplinas superestructurales, entre ellas, las historias de la creación artística y literaria, de la educación, la filosofía, la ciencia, etcétera.

Del mismo modo, los estudios culturales requieren de los históricos en sí. Sin embargo, en la actualidad se aprecia mayor acercamiento de lo histórico con lo cultural, y en menor medida a la inversa. Sobre este asunto debe meditarse.

El ordenamiento expositivo de los textos relacionados de manera directa con la vida espiritual indica que los especialistas y estudiosos del tema utilizan la historia con el fin de contextualizar el objeto de estudio y no como una ciencia explicativa de los procesos sustentadores de una o varias formas de expresión de la inmaterialidad. Por lo general, se instrumenta a la historia como verbo recreativo de la espiritualidad y no como su realidad gestora y albergante.

También se desaprovechan las riquezas y propiedades del método histórico y sus valores epistemológicos. Se intenta, con frecuencia de forma satisfactoria, ubicar cronológicamente los hechos y manifestaciones de la creación superestructural, y a partir de ahí se aspira a discernir la multiplicidad de sus lenguajes.

No obstante, el despanzurramiento de los hilos provocadores de los diálogos establecidos entre las expresiones

del saber cultural y la realidad histórica concreta, en su sustrato raigal, casi siempre están ausentes o débilmente expresados.

A la comunidad de historiadores le interesa, de forma ascendente y progresiva, las técnicas y métodos de las ciencias afines con el propósito de reconstruir los rostros, sentimientos y valores sociales, junto a los diferentes diálogos existentes en una época o momento histórico determinado. Además, se preocupa por descubrir las contradicciones internas, de cualquier naturaleza, modificadoras o rectificadoras de las conductas humanas.

También le interesa la conformación de las infinitas imágenes de los mundos históricos sin decantaciones sensibles y capaces de distorsionar el carácter siempre objetivo de la ciencia histórica, cuyas leyes obran y se expresan con independencia del subjetivismo humano.

Van quedando atrás las polarizaciones como empresa y método investigativo, en la misma medida en que conciencia y conocimiento se mancomunan para la gestación del modelo histórico entendido como imagen y no como paradigma.

La economía, la política, la ideología y la sociedad exigen estudios multilaterales orientados hacia la comprensión de lo grandioso de la creación social: el hombre, visto en su infinita dimensión universal.

El género biográfico, fascinante y encantador, es ejercido, por lo general, por los literatos. La obra historiográfica sirve de soporte al quehacer de aquellos aunque, por supuesto, hay y habrá siempre biógrafos que han abordado una parte importante de la investigación histórica.

Sin embargo, en los últimos años se ha apreciado el interés de algunos historiadores por asumir el análisis de la individualidad histórica, bien sea de manera biográfica o mediante el examen de una parte sustancial de su conjunto caracterizador, como una suerte de concordancias y dicotomías propias de la sociedad que les tocó vivir.⁴

Los retos generacionales de la historiografía

Para el esclarecimiento de los problemas historiográficos derivados del estudio de la figura de José de la Luz y Caballero y de su contexto, es recomendable distinguir lo publicado antes de 1959, reimpresso con posterioridad, de lo producido después del triunfo revolucionario.

El entonces Consejo Nacional de Cultura y la Universidad de La Habana reeditaron numerosas obras de autores relevantes de la cultura nacional. Muchas de ellas conservaron sus prólogos originales, aun cuando sus autores fueran objeto de controversias polémicas dentro del ámbito político y teórico del país.⁵

Al mismo tiempo que se reeditaba la obra de Luz, y de algunas especializadas en su vida y en su creación filosófica y pedagógica, hubo otras referidas a la historia de Cuba como respuesta a los requerimientos docentes e investigativos de entonces. Unas y otras son valiosas e imprescindibles referencias para la posterior labor historiográfica.⁶

Hasta los inicios de la década del 80, aproximadamente, la obra anterior a 1959 mantuvo su presencia en los planos hecológicos. El tratamiento ofrecido

a las figuras relevantes del proceso histórico nacional así lo ponen de manifiesto.⁷ Ello revela que el trabajo historiográfico, como el de todas las esferas de la creación espiritual, es herencia y continuidad, como es en sí misma la Revolución cubana.

Como parte del desarrollo lógico de la conciencia nacional en circunstancias difíciles y complejas, inherentes a la natural ruptura con el pasado bien cercano en el tiempo, durante los primeros años del triunfo revolucionario la intelectualidad alineada al nuevo proceso valoró críticamente a la precedencia intelectual, en tanto algunas de sus áreas cohabitaron con la indigencia moral republicana y algunos de sus creadores ejecutaron sus políticas.

Sin embargo, tal ruptura no pudo impedir que se retomase el legado histórico informativo y se reelaborase bajo una hermenéutica diferente. Se intentó, con mayores o menores aciertos, aplicar a la historicidad de la sociedad cubana los métodos y principios epistemológicos del materialismo histórico y del marxismo leninismo en su conjunto.⁸

Algunos creadores marxistas, cuyas vidas profesionales se gestaron y desarrollaron bajo circunstancias muy difíciles durante la neocolonia republicana, más bien al fragor de la lucha revolucionaria, excitaron y engrandecieron el legado historiográfico en tanto se mantuvieron como creadores activos durante las tres primeras décadas del proceso revolucionario.⁹ En virtud de la política de expansión cultural del Estado cubano, devenido en socialista a partir de 1961, la obra de la mayoría de ellos se tornó en textos de obligatoria lectura y consulta para los docentes,

estudiantes e investigadores de la historia nacional.

En los finales de la década del 60, debido a la graduación de los primeros profesionales de la historia, disciplina inexistente durante la neocolonia,¹⁰ surgió la primera generación de historiadores formados después de 1959.

Dicha generación impulsa el debate alrededor de las nuevas tendencias metodológicas, sobre todo las referidas a los anales franceses y al estructuralismo, a la vez que incursiona en la obra de Antonio Gramsci y comienza a leer a Michel Foucault y J. P. Sartre.¹¹

A partir de entonces y hasta la fecha se han yuxtapuesto disímiles grupos generacionales cuyos quehaceres, como era de suponer, se tradujeron en una polisémica producción historiográfica.

Recalcando lo expresado en otra oportunidad, el género biográfico no goza de la preferencia de los historiadores.¹² Tal vez eso explique la ausencia de una biografía moderna de José de la Luz y Caballero. Los aspectos sobresalientes de su vida han sido valorados como partes sustanciales de su obra. Sus analistas son preferentemente filosóficos o pedagógicos. Sin embargo, para los historiadores, las contribuciones de la obra de Luz van más allá de los intereses científicos de las historias de la pedagogía, de la educación y de la filosofía, para insertarse en la historia de la sociedad cubana y en particular en la de su cultura.

Lo expresado se corresponde con las exigencias multidisciplinarias y despolarizadas de las ciencias sociales en el momento de abordar las interioridades del pensamiento científico y

político de José de la Luz y Caballero o de cualquier otro relevante pensador. Recuérdese a Félix Varela y a José Antonio Saco y obsérvense las peculiaridades del pensamiento cubano y universal del siglo XIX.¹³

José de la Luz y Caballero dentro del reformismo

La presencia de Luz en la literatura historiográfica se corresponde con la ofrecida por los filósofos y pedagogos. Él es apreciado por sus aportes a la filosofía y a la pedagogía y se le excluye de la política alineada a los movimientos emancipatorios de su tiempo. Se le valora como continuador de la obra vareliana y por sus acciones intelectuales a favor del pensamiento y el quehacer de su contemporáneo José A. Saco.

Como discípulo del notable presbítero, en el orden filosófico, es ubicado dentro de la corriente empiroracionalista, y como tal, contrario a la escolástica y al eclecticismo. Sus biógrafos y analistas destacan su condición de humanista por excelencia, a la vez que reconocen su capacidad analítica para discernir las circunstancias neurálgicas de su tiempo histórico. Lo califican, además, de formador de patriotas y gestor de patriotismo; educador identificado con el iluminismo moderno y laicismo; exponente excelso de los valores culturales del proceso de transformación espiritual de su tiempo, y como crítico y cronista de su contemporaneidad.

Su mencionada labor de apoyo y respaldo a la actividad desplegada por José Antonio Saco se ilustra a través de sus acciones en la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP),

siempre contrarias al pensamiento quietista dominante en las esferas del sistema político insular.

También se manifestó en su disconformidad al tráfico negrero, en su defensa por la inserción de Cuba, como unidad cultural, dentro de los procesos modernistas acaecidos en el mundo después de las revoluciones burguesas, como partidario de la reforma y opositor a la independencia y a la insurrección, aspecto que lo separa de Félix Varela, y como defensor de la cultura española en tanto raíz y esencia de la identidad espiritual de Cuba.

Dicho inventario temático debe matizarse aún más, de lo contrario se corre el riesgo de ser apreciado como mero continuador de Varela y de Saco y no como creador y gestor de ideas y pensamientos, posición justa otorgada por los historiadores del pensamiento y de la pedagogía. En verdad, sus aportes al conocimiento de estas dos disciplinas constituyen su identidad dentro de la historia de Cuba.

Sus aforismos, su método expositivo y su excelencia como comunicador de la cultura universal en el Seminario de San Carlos, en las aulas del colegio El Salvador y en su habitual tertulia sabatina, hacen de este sabio cubano un paradigma de los finales de la primera mitad del siglo XIX.

A lo anterior debe agregarse la labor de Luz a favor de la formación de una conciencia crítica sobre el presente en las jóvenes generaciones con vista a la creación de una sociedad racional y equitativa, según los códigos de la entonces modernidad capitalista.

Luz concibió la emancipación social sólo a través de la cultura. Primero,

liberar al hombre de la tortuosidad del ostracismo medieval y de las fronteras establecidas por “la divinidad” y el sectarismo teologales. Segundo, transformar el mundo terrenal liberándolo de sus impúdicas injusticias sociales.

Dicha regularidad en el pensamiento de Luz, la de luchar sin descanso por el mejoramiento espiritual humano, lo ubica, de hecho, en lo más avanzado de las ideas del siglo XIX. Para él, la transformación del mundo dependía de las ideas del hombre y no de las fuerzas extraterrenales; estas no deciden o determinan en el destino humano.

Luz como promotor de patriotismo

La cuestión problemática o controversial, presente en la literatura historiográfica, en torno a la ubicación de Luz y Caballero como patriota o promotor de patriotismo, está muy relacionada con la contextualización clasi-
sista de su labor política e intelectual.

El asunto lo promovió Raúl Cepero Bonilla al calificar a Luz de *negrófilo* y de *maestro del privilegio*, basado en el testimonio de Antonio Maceo y en las opiniones de José Ignacio Rodríguez. También lo acusó de predicar *la sumisión al colonialismo*, restándole valor moral y espiritual a su labor pedagógica.¹⁴

Más allá de si hubo o no partidarios y detractores de Cepero Bonilla, está la confirmación, desde las obras de Ramiro Guerra y de Carlos Rafael Rodríguez hasta lo publicado y producido después del triunfo revolucionario de 1959, de que Luz fue hacedor de patriotismo y precursor de la nacionalidad.¹⁵ Ello no excluye la existencia de matices, tam-

bién controversiales, entre uno y otro razonamiento.

Uno de ellos es la aceptación de que Luz, a través de su labor educativa, posibilitó el camino de la independencia y el de la abolición de la esclavitud, aunque fue esclavista, elitista y representante de la burguesía en ascenso. También ha sido criticado por haber carecido de las amplitudes ideológicas de José Agustín Caballero y Félix Varela.¹⁶ Dicho punto de vista tiene su precedencia en el mencionado trabajo de Raúl Cepero Bonilla y en el artículo de Elías Entralgo. Este último afirmó categóricamente que Luz, a diferencia de Arango y Parreño, fue un teórico que no actuó ni realizó obras creadoras en tanto su labor se limitó a la educación filosófica elitista.¹⁷

Para Fernando Portuondo, José de la Luz y Caballero fue *el educador cubano más notable del siglo XIX*, en abierta referencia a su labor en el colegio Carraguao, a sus planes para organizar la Escuela Normal y a sus labores divulgativas en la SEAP, pero sobre todo, porque transmitió la necesidad de buscar los caminos del progreso social pese a que condicionó su mensaje abolicionista a la supresión del tráfico negrero y no a la totalidad del régimen social, aunque “[...] lo combatiera desde el punto de vista moral y espiritual”.¹⁸ Para Portuondo, “Luz fue Luz y regó Luz”.¹⁹

Otro de los matices lo presenta Julio Le Riverend en su *Biografía de La Habana*. En ella admite que Luz promovió patriotismo a través de su obra educacional²⁰ dentro de un contexto histórico caracterizado por la existencia, en el plano político, del liberalismo

esclavista al que pertenece José de la Luz y Caballero²¹ y cuyo marco cronológico corresponde al de la crisis del esclavismo colonial (1722-1848).²²

Sobre el tema de la existencia o no de patriotismo en José de la Luz y Caballero, puede agregarse que los estudios históricos sobre los reformismos anteriores a 1868 y su relación con los problemas esenciales del desarrollo de la sociedad de entonces, presentes en la actual historiografía, se inclinan a considerar a Luz y Caballero como precursor de la nacionalidad y del patriotismo cubanos pese a las limitaciones de su pensamiento, derivadas de las complejas circunstancias reinantes en la sociedad de entonces.²³ Entre ellas, la esclavitud; el limitado ejercicio elitista en los asuntos del país como fruto de la existencia de un poder centralizado y despótico, favorecedor de la oligarquía española; el escaso y restringido desenvolvimiento del pensamiento independentista y emancipador dentro de Cuba y fuera de ella, y el predominio del reformismo, como concepción política, en las clases sociales protagónicas del movimiento intelectual del país.

Las tendencias generales de la vida sociocultural, tales como la cotidianidad, las manifestaciones artísticas y el desarrollo urbanístico, están presentes en la historiografía sobre el período en que vivió José de la Luz y Caballero.

Tanto en las obras generales como en las monográficas, puede apreciarse a la sociedad cubana de entonces no sólo como un conjunto de sucesos socioeconómicos y políticos, altamente revelador del antagonismo característico de las relaciones sociales e ideológicas,

sino también como gestora de la creación espiritual y como resultado y expresión del desarrollo científico y artístico alcanzado por las fuerzas sociales interesadas en el progreso.

En un mundo sórdido y complejo, inmanente a la esclavitud, hubo una cultura de resistencia de la que formó parte José de la Luz y Caballero, quien reveló que el ser humano es dueño y señor de los destinos del mundo.²⁴ Es dentro de ese contexto donde, con justicia, se ha ubicado como protagonista principal de la *Polémica filosófica* contra el pensamiento de Víctor Cousin, defendida por los hermanos Manuel y José Zacarías González del Valle.

Lo historiográficamente expresado hasta el momento permite ubicar a Luz, al decir de Isabel Monal y Olivia Miranda, como representante de la filosofía más avanzada de su tiempo y de una modernidad “[...] radicalizadora que transitaba, al igual que Varela, por el empirismo y el iluminismo con ciertos tintes materialistas; asimismo, aspiró a convertir la moral y la filosofía en ciencias, más bien en una ciencia del hombre”. De ahí su rechazo a la metafísica y a la ontología, su absoluta convicción de que *el método debía ser extraído de las ciencias naturales*, y su marcada receptividad a la filosofía clásica alemana.²⁵ Su labor como educador, al margen de la polémica historiográfica sobre el origen socioclasista de sus educandos, quedó definida dentro de los marcos y límites de la formación de un pensamiento ascendente y procurador de la nacionalidad cubana y del patriotismo.

La historia ha demostrado que, durante los años de mayor efervescencia

intelectual de la conocida trilogía Saco-Del Monte-Luz y Caballero,²⁶ el despotismo, el centralismo político, el nepotismo y el militarismo alcanzaron niveles increíblemente altos y que en la misma medida en que se evidenció el crecimiento y desarrollo de la élite intelectual criolla, se hizo más fuerte la tiranía de la gobernación insular.

A lo anterior debe agregarse el incremento desmedido de la violencia, la criminalidad, la prostitución, el juego, la corrupción político-administrativa y el desgobierno imperantes en las esferas del poder.

El espacio político para el desenvolvimiento normal de las fuerzas contendientes estuvo vedado para los cubanos en virtud del establecimiento de las denominadas Facultades Omnímodas de los capitanes generales, cuya filosofía consistió en gobernar a Cuba bajo la total compartimentación de los derechos y prerrogativas políticas existentes en la metrópoli.

Dicha línea de pensamiento alcanzó su más alto nivel de expresión durante el mandato de Miguel Tacón, cuyas víctimas –entre ellas José de la Luz y Caballero– son reveladoras de las limitaciones predominantes para el quehacer creador de los cubanos. Sobre este particular existe una abundante literatura.²⁷

El reformismo y el anexionismo, como tendencias ideológicas opositoras al estaticismo colonial y a su diseño sociopolítico, han sido muy estudiados por la historiografía. Menor espacio ocupa en la literatura el denominado integrismo como conducta y defensa políticas de los representantes de la industria, el comercio y la burocracia

españolas, aunque no todos sus alineados fueron peninsulares.

Aquel fue el reformismo de José Antonio Saco, Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero, José Silverio Jorrín, José del Perojo, Calixto Bernal, entre otros, cuyas prédicas estuvieron orientadas hacia la obtención de la representación a cortes, la presencia de los cubanos en el sistema político insular y el establecimiento de libertades para el desenvolvimiento de la opinión pública y del asociacionismo, todo ello como parte de la tendencia asimilista, entendida como exigencia tendente al establecimiento en Cuba del mismo estatus prevaleciente en España.²⁸

El reformismo de José de la Luz y Caballero ha sido conceptuado por los historiadores como un pensamiento alineado a una determinada forma de concebir el destino de su país: colonia culta, próspera, moderna, liberada de la ignominia de la trata africana y de los mercaderes del empobrecido y exhausto imperio colonial; colonia con capacidad para fraguar una élite intelectual que asombró a muchos sabios europeos, norteamericanos y latinoamericanos y cuyas posiciones conforman el legado de un tiempo que no pudo ni supo encontrar el camino emancipatorio, pero que sembró ideas y sueños justos en las venideras generaciones de cubanos.

La historiografía ha visto a José de la Luz y Caballero como un pensador y no como un político, como un hombre de ideas sumergido dentro de las penurias y horrores de la esclavitud e intelectualmente dotado para trascender todo cuanto de emancipación humana había en él.

*Luz vuelve a indicar caminos:
las sugerencias historiográficas*

Los caminos transitados por Luz y Caballero sugieren nuevos empeños investigativos para las actuales generaciones de historiadores cubanos. Para ser justos, los enigmas existentes sobre Luz coinciden con los de su época.

La multiplicidad de denominaciones a las clases sociales es indicativa de la carencia de estudios metodológicos actualizados sobre la estructura socioclasista imperante en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX, así como de la necesidad de profundizar en el real y objetivo desenvolvimiento de los grupos humanos según las diferencias generacionales, de sexo, raza, cultura, pertenencia regional y geográfica, niveles ocupacionales y otros tantos índices propios de un mundo que no sólo estuvo marcado por la esclavitud, sino también por las peculiaridades del sistema político colonialista insular, por el desarrollo y asimilación de la cultura universal, y por todo tipo de desigualdades socioclasistas transicionales.

El concepto de patriotismo en momentos en que no existían la nación, la patria y la nacionalidad, resulta dudoso, débil y poco comprensible. Recuérdese que al reformista, al anexionista, al anti-independentista y al opositor de la insurrección revolucionaria, cuyo pensamiento se expresó con anterioridad al 10 de octubre de 1868, no se le puede valorar bajo los mismos parámetros de aquel que se opuso a la revolución o renunció o renegó de ella. No es lo mismo ser patriota cuando hay patria que no serlo cuando no la hay o cuando la hay y no se es.

Los parámetros utilizados por los historiadores para definir la existencia o no de patriotismo en los exponentes de una determinada ideología, se corresponden con el conjunto de valores morales y espirituales de una época, período o sociedad históricamente determinada y, por lo general, se derivan de la conducta asumida por los exponentes del pensamiento o de los pensamientos ideopolíticos con respecto a la independencia nacional, a la lucha insurreccional, a la política imperante...

Sin embargo, poco se conoce sobre el real contenido histórico de los conceptos de *pueblo, nación, país, cultura, nacionalidad e identidad*. Para profundizar en ello se requiere de estudios reconstructivos de los pronunciamientos conceptuales de las diferentes clases y sectores sociales, así como de los múltiples grupos generacionales. Sólo los exámenes críticos polivalentes pueden ofertar la imagen real de los diferentes discursos sociales gestados dentro de una época determinada.

Tal carencia investigativa ha incubado criterios parciales y no muy bien sustentados en torno a lo que pudo ser el antipatriotismo, el patriotismo y el pre-patriotismo. La conceptualización historiográfica del pensamiento y la vida de José de la Luz y Caballero así lo demuestra. ¿Cómo valorarlo sin la realización de estudios abarcadores de lo social? ¿Cómo ubicarlo históricamente desconociendo las partes más sensibles de la sociedad que le tocó vivir, es decir, las protagonizadas por los múltiples hacedores de la historia? ¿Cómo juzgarlo ignorando las complejidades de la sociedad de su tiempo,

sobre todo las immanentes a la cultura de las colectividades?

Sin dudas, el análisis sobre José de la Luz y Caballero debe ir más lejos y no limitarse al contenido de su obra. Es importante valorar su trascendencia en el quehacer revolucionario de las vanguardias y de las legiones de combatientes cubanos. Ello contribuiría a sustentar el juicio historiográfico de que Luz fue precursor de patriotismo y también ayudaría al esclarecimiento del contenido del pensamiento antecesor a la ideología revolucionaria emancipatoria.

La formación y consolidación de las élites sociopolíticas e intelectuales aún requieren de estudios especializados y monográficos. Se usa el término de élite para definir los grupos o clases ostentadoras del poder político, social, económico y cultural, o para conceptualizar sus posiciones con respecto a los problemas neurálgicos de las mayorías o para enmarcar el quehacer exclusivista de determinados sectores, en particular los de la creación intelectual. Pero poco, muy poco, se sabe sobre sus orígenes y desenvolvimiento históricos.

Cuándo, cómo y hasta dónde influyen las élites o algunos de sus integrantes en la renovación de la conciencia social, más que un problema filosófico, lo es histórico, en tanto exige la reconstrucción de la historia de los ámbitos portadores de las ideas y los pensamientos.

Los historiadores pueden retomar el magisterio de Luz y Caballero y convertirlo en verbo vivo de los nuevos empeños investigativos. Los historiadores pueden hacerle justicia al Luz maestro y pensador de todos los cubanos. Sólo es cuestión de proponérselo.

Notas

¹ Los trabajos de María del Carmen Barcia, Gloria García, Jorge Ibarra y Ricardo Quiza, entre otros, así lo ponen de manifiesto.

² La forma en que la doctora María del Carmen Barcia ha conducido sus investigaciones sobre la sociedad cubana finisecular y el asociacionismo durante la colonia, constituye un ejemplo de cómo pueden analizarse las luchas clasistas, racistas, ideopolíticas y sectoriales en la Cuba colonial.

³ Al respecto, son altamente ilustrativos los trabajos de la doctora Gloria García sobre la economía de Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX, así como su obra titulada *La esclavitud desde la esclavitud. Visión de los siervos* (México: Fundación Tamayo, 1993).

⁴ Conde, Alicia. *Introducción a la polémica filosófica*. La Habana: Centro de Altos Estudios Fernando Ortiz, 2001, e *Introducción a las obras completas de José de la Luz y Caballero*. La Habana: Centro de Altos Estudios Fernando Ortiz, 2007; García, Gloria. "Arango y Parreño: tradición y universalidad". En *Obras completas*. La Habana: Centro de Altos Estudios Fernando Ortiz, 2008. t. 1; López, Rosa. *Introducción a las obras completas de Felipe Poey*. La Habana: Centro de Altos Estudios Fernando Ortiz, 2001; Quiza, Ricardo. "Fernando Ortiz, hitos de una trayectoria en ascenso". En: *Diez nuevas miradas de la historia de Cuba*. / J. A. Piqueras, ed. Castellón de la Plana, Valencia, España: Universidad de Jaume I, 1998; Torres Cuevas, Eduardo. *Félix Varela, los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1995, y *Antonio Maceo, las ideas que sustentan el arma*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

⁵ Véase: Agramonte, Roberto y Elías Entralgo. *Introducción a los aforismos de José de la Luz y Caballero*. La Habana: Editorial Universidad de La Habana, 1962; García Bárcenas, Rafael. "Los aforismos de José de la Luz y Caballero". En *Aforismos*. La Habana: Editorial Universidad de La Habana, 1962; y Sanguily, Manuel. *José de la Luz y Caballero (estudio crítico)*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1962.

⁶ Cepero Bonilla, Raúl. *Obras históricas*. La Habana: Instituto de Historia de la Academia de

Ciencias de Cuba, 1963; Entralgo, Elías. Las grandes corrientes políticas en Cuba hasta el autonomismo. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana): 5-30; oct.-dic. 1970; Guerra, Ramiro. *Manual de historia de Cuba*. La Habana: Consejo Nacional de Universidades, 1964; Le Riverend, Julio. *Historia económica de Cuba*. La Habana: Editora Revolucionaria, 1971, y *Biografía de La Habana*. La Habana: Imprenta El Siglo xx, 1960; Márquez Sterling, Manuel. *La diplomacia en nuestra historia*. La Habana: Editora Centenario, Instituto Cubano del Libro, 1967; Morales y Morales, Vidal. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963; Cuba. Oficina del Historiador de la Ciudad. *Revaloración de la historia de Cuba por los congresos nacionales de historia*. La Habana, 1959; Portuondo, Fernando. *Historia de Cuba*. La Habana: Editora Universitaria, 1965; y Vitier, Medardo. *Las ideas y la filosofía en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

⁷ Un ejemplo de lo expresado puede encontrarse en el prólogo de Joaquín G. Santana a Varela, Félix. *Escritos políticos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977. También está presente en la obra de Raúl Aparicio titulada *Hombradía de Antonio Maceo* (La Habana: Ediciones Unión, 1967. Premio UNEAC 1966).

⁸ Exponentes de esta tendencia o mejor, de toda una intencionalidad por reelaborar una visión marxista leninista de la historia de Cuba, son: Aguirre, Sergio. *Lecciones de Historia de Cuba*. La Habana: Escuelas de Instrucción Revolucionaria, 1961, y *Eco de caminos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974; Chaín, Carlos. *Formación de la nación cubana*. La Habana: Colección Granma, 1968.

⁹ Ellos son Julio Le Riverend, Fabio Grobart, José Luciano Franco, Lionel Soto, Blas Roca, Evelio Tellería, Pedro Serviat y Carlos Rafael Rodríguez, entre otros.

¹⁰ Existió como especialidad, junto a la Geografía, en la carrera de Filosofía y Letras. Como disciplina académica es fruto exclusivo de la Revolución.

¹¹ Véase la revista *Pensamiento Crítico*, publicada por la Universidad de La Habana. Ella muestra los debates y tendencias existentes en el

movimiento intelectual cubano, sobre todo habanero, de las ciencias sociales en su conjunto.

¹² Hay notables excepciones con las obras de Eduardo Torres Cuevas, Rosa López, Raúl Aparicio, Abelardo Padrón, William Gálvez, entre otros. Véase, de la mencionada Alicia Conde, las *Obras completas de José de la Luz y Caballero*, publicadas por el Centro de Altos Estudios Fernando Ortiz, La Habana, 2007, en cuyo prólogo o introducción hace un estudio pormenorizado de su vida y su obra, aspectos muy bien abordados por ella en la presentación del texto referido a la famosa polémica filosófica de 1839 entre Luz y Francisco José Zacañas González del Valle, en torno a la filosofía de Víctor Cousin (1792-1867), fundador de la escuela espiritualista ecléctica.

¹³ En Varela está imbricada la filosofía y la pedagogía, mientras que en José Antonio Saco la relación es entre filosofía, historia y sociología.

¹⁴ Véase: Cepero Bonilla, R. "Capítulo uno". *Op. cit.* (6).

¹⁵ El artículo de Carlos Rafael Rodríguez se publicó en la revista *Fundamentos* en julio de 1947 y fue reeditado en Rodríguez, Carlos Rafael. *Letra con filo*. La Habana: Ediciones Unión, 1987. t. 3, pp. 89-108.

¹⁶ Consúltese Pino Santos, Oscar. *Historia de Cuba*, ob. cit., cap. XV, pp. 167-193.

¹⁷ Entralgo, E. *Op. cit.* (6). p. 29.

¹⁸ Portuondo, F. *Op. cit.* (6). pp. 352-353.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 33.

²⁰ Le Riverend, J. *Op. cit.* (6). p. 412.

²¹ _____. El esclavismo en Cuba. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana): 33; sept.- dic. 1986.

²² *Ibíd.*, p. 33.

²³ Véanse las obras citadas de María del Carmen Barcia, Alicia Conde, Jorge Ibarra y Eduardo Torres Cuevas.

²⁴ Véase particularmente: Remos, Juan J. y Diego González. "La cultura". En *Historia de la nación cubana*. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana; Lapique, Zoila. *Música colonial cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979, t. 1; Torres Cuevas, Eduardo. *El auge de la sociedad esclavista y sus contradicciones*.

²⁵ Monal, Isabel y Olivia Miranda. *Pensamiento cubano, siglo XIX*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002. pp. 17-19.

²⁶ A Luz siempre se le vincula con Saco y Del Monte debido a que los tres defendieron las mismas posiciones contra el tráfico negrero; participaron activamente en el quehacer divulgativo de la SEAP y estuvieron involucrados en la conspiración de La Escalera. En especial José A. Saco y José de la Luz y Caballero dialogaban sobre los problemas acuciantes y neurálgicos de entonces. Luz le redactó a Saco su carta protesta por su confinamiento a Trinidad, y después a España, por orden de Miguel Tacón. Este admitió que la razón fundamental de tal decisión fue la ascendencia ejercida por Saco en la juventud, y porque representaba la tendencia opositora a España dentro de la intelectualidad cubana.

²⁷ Guerra, R. *Op. cit.* (6).

Véase, además: Pérez de la Riva, Juan. *El General Tacón y su época, 1834-1838. Introducción a la Correspondencia reservada del Capitán General Miguel Tacón*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, Biblioteca Nacional José Martí, 1963; y En el ciento veinte aniversario del fusilamiento de Plácido. *Revista de la Biblioteca José Martí* (La Habana) 6(3-4):73-77; jul.-dic. 1964.

²⁸ Aguirre, Sergio. "Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX". En *Eco de caminos. Op. cit.* (8) y Torres Cuevas, Eduardo. *El debilitamiento de las relaciones sociales esclavistas, del reformismo liberal a la revolución independentista*, ob. cit.



Factores que hicieron posible el golpe de Estado de Batista

Newton Briones Montoto

Historiador

El 10 de octubre de 1948 el presidente Carlos Prío tomaba posesión de su cargo. Se destacó por su participación en la lucha antimachadista como dirigente del Directorio Estudiantil de 1930. Fue senador desde 1940 hasta 1948, primer ministro de 1945 a 1947 y ministro de Trabajo en 1948. Durante los primeros años de mandato se distinguió por el enfrentamiento a los sectores de hacendados en el manejo de la política azucarera. Se comprometió a luchar contra las dictaduras del Caribe, en especial contra la de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. Apoyó a Juan José Arévalo en Guatemala. Hizo gestiones en los Estados Unidos a favor de la libertad de Pedro Albizu Campos, el patriota portorriqueño. Su más trascendente obra de gobierno fue la creación del Banco Nacional de Cuba, una piedra angular para la independencia económica del país, que muchos gobiernos republicanos habían evadido para no verse enemistados con la predominante banca norteamericana. También el Tribunal de Cuentas. Tuvo una actitud democrática y tolerante ante todas las opiniones y fuerzas políticas. No faltaron los errores, fue condescendiente con la corrupción administrativa imperante entre sus allegados y en el seno familiar.

¿Bajo qué parámetros podríamos enjuiciar al gobierno de Carlos Prío? Para evaluarlo utilizaremos el metro dejado por Jorge Mañach: “[...] por no haber adelantado la colonia en una república que se bastara a sí misma”.

Repasemos otros factores que incidieron sobre este gobierno. Su autoridad se vio comprometida por el auge del pistolero. Mucha gente, cansada de una libertad que había degenerado en libertinaje, se sentía ávida de orden. ¿Podía resolver el Presidente asunto tan escabroso como el pistolero? Vuelvo a repetir lo que dije en la Mesa Redonda cuando se trató el gansterismo. En mi impaciencia por entender la época busqué en archivos, leí libros, periódicos. Hablé con participantes, entre ellos con Segundo Curti, ex ministro de Gobernación y Defensa de aquel período. A veces no fui muy delicado con él, le hice preguntas embarazosas sin tomar en consideración sus 80 años. Le pregunté por qué el gobierno no pudo detener este triste espectáculo de las pandillas. Hasta le insinué debilidad en el gobierno. Y me respondió: “Con la óptica de hoy no podrían entender aquello. Para juzgar la época es necesario incorporar algunos elementos que pueden haber quedado fuera de las explicaciones tradicionales. El poder judicial

no estaba subordinado al ejecutivo o sea al Presidente. Los jueces tenían miedo de condenar a alguien que después pudiera vengarse. Exigían a las autoridades policiales pruebas muy sólidas sobre los acusados. Por lo general no aparecían estas pruebas y los acusados eran puestos en libertad. Y a modo de despedida me dijo: “A veces las cosas no son tan simples como uno cree...”. Insistí en saber si no existía otra opción. Él me respondió que había que pasar por encima de la Constitución y de las leyes: “Alguien me propuso utilizar la fuerza, matar, nosotros no estábamos dispuestos a pasar por encima de nuestras convicciones. Esto explica haber vivido en Cuba después de 1959 sin ser molestado”.

Los opositores no desaprovecharon la brecha democrática y tolerante del Presidente que, unido a su abulia e indecisión, hicieron posible ser atacado. Eduardo Chibás se convirtió en el principal opositor. Criticaba al Presidente por su actuación económica y política. Indicar las faltas del gobierno era un cálculo político más que un sentimiento. Su estrategia era debilitar al gobierno mediante la denuncia constante y quedar como la mejor opción para las elecciones de junio de 1952. Chibás hacía suya la frase de Napoleón: “En la elocuencia está la verdad”. Acostumbrado al reconocimiento, no podía prescindir del aplauso popular. Llegar a la primera magistratura de la nación sería la culminación de esa carrera. Era un magnífico comunicador y ello lo situaba entre los políticos destacados. Desde su espacio radial expuso la consigna “Vergüenza contra dinero”. Esto identificó con mayor rapidez a su par-

tido que otros programas políticos que llamaban a la diversificación económica, la industrialización y la defensa de la soberanía nacional. Chibás era el más importante de los opositores, pero no el único, otros contribuyeron a debilitarlo. Y se encargaron de adjudicarle al gobierno de Prío hechos en los cuales no tuvo participación. Uno de ellos es la muerte de Aracelio Iglesias, secretario general de la Federación de Trabajadores Marítimos, el 17 de octubre de 1948, una semana después de haber tomado posesión. En el inventario negativo del gobierno se le consigna la muerte del líder portuario y la acusación se arrastra hasta nuestros días. Sin embargo, el asesinato fue el resultado de una pugna interna sin participación oficial. El día del hecho, tanto Aracelio Iglesias como los heridos, Valdés Gil y Víctor Izaguirre, acusaron al secretario del Sindicato de Obreros Portuarios, Alberto Gómez Quesada, conocido por *Galate*, de su muerte. Para hacer la historia más triste, por su mala intención política, es conveniente señalar que detrás de la muerte del dirigente portuario estaba la mano de la compañía americana Word Line, no obstante, los manipuladores prefirieron echarle la culpa al gobierno. *Galate* y demás implicados fueron sancionados por los tribunales y salieron amnistiados en el gobierno de Batista. Un dato interesante y aclaratorio: Aracelio Iglesias era primo hermano de Grau San Martín. Un tío de Grau y padre de Aracelio con una negra es el vínculo familiar. Veamos hasta dónde llega la mala intención sobre aquel hecho, baste una comparación con otro suceso similar: el asesinato de Sandalio

Junco el 8 de mayo de 1942. Era negro, panadero y comunista. En un nuevo aniversario de la muerte de Guiteras, el alcalde de Sancti Spíritus convocó a un acto. Sandalio Junco era uno de los oradores, pero no pudo concluir sus palabras al resultar muerto por un disparo. Conocido luchador obrero y compañero de Rubén Martínez Villena y seguidor de Julio Antonio Mella y de sus concepciones de cómo hacer la revolución. Y si estas concepciones de Mella y Sandalio no coincidían con otros, debían ser derrotados por los argumentos y no la muerte. Sin embargo, cuando se habla de Mella el nombre de Sandalio no es mencionado y tampoco dicen que fue la persona que despidió su duelo. Sospechoso y diferenciado tratamiento en la muerte de dos líderes obreros. Resaltan la muerte de uno y esconden las causas de la muerte del otro. ¿Por qué? Otro misterio a resolver en la historia cubana.

Sigamos después de esta breve disquisición. Para esa época de 1950 el gobierno de Carlos Prío se mantenía con popularidad. Las elecciones parciales de junio de ese año lo confirmarían. Para los cargos de senadores, representantes y alcaldes, cada partido obtuvo los siguientes resultados por alcaldías:

Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) [PRC(A)]: 67
 Partido Demócrata (PDN): 18
 Partido Liberal (PLN): 21
 Partido Republicano (PR): 12
 Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) [PPC (O)]: 3
 Partido de Acción Unitaria (PAU): 3
 Partido Socialista Popular (PSP): 1
 Actas de Representantes
 PRC(A): 28

PDN: 6
 PLN: 8
 PR: 7
 PPC(O): 9
 PAU: 4
 PSP: 4

En junio de 1951 sonó la campana para elegir al futuro Presidente en las próximas elecciones. En ese momento, las figuras políticas más destacadas eran Eduardo Chibás, Fulgencio Batista y Carlos Hevia. Cada uno tenía su propia motivación para dedicar tiempo a tan extenuante trabajo. En torno a esta incógnita por despejar giraba toda la vida del país. Las afiliaciones en los diferentes partidos se comportaban de la forma siguiente:

Partido Revolucionario Cubano (A): 879 186
 Partido Liberal: 302 549 (Eduardo Suárez Rivas)
 Partido Republicano: 253 704 (Alonso Pujol)
 Partido Demócrata: 220 230 (José R. Andreu)
 Partido del Pueblo Cubano (O): 159 171 (Millo Ochoa)
 Partido de Acción Unitaria: 143 005 (Fulgencio Batista)
 Partido Socialista Popular: 126 524 (Juan Marinello)

No obstante las afiliaciones, cada candidato continuaba en su carrera por ganar adeptos.

Fulgencio Batista se había divorciado de su primera mujer y la separación le produjo una merma de sus mal habidas riquezas. Era codicioso, con un deseo exagerado de tener dinero y bienes. La segunda esposa lo estimulaba en la dirección interesada, volver al poder. La conspiración y el golpe de Estado

eran consustanciales a Batista. El periodista *Ciro Bianchi* ha descubierto en sus diferentes crónicas las acciones contra los gobierno auténticos. Los golpes de Estado no comenzaron el 10 de marzo de 1952, sino en 1944, y quizás algo atrás el 4 de septiembre de 1933. Antes de producirse el cambio de mando de Batista por Grau, estaba en marcha uno que sería ejecutado por *Manuel Benítez*. Llegar a Presidente era la manera de rellenar los bolsillos disminuidos. Era hábil y sagaz, sabía utilizar la mano izquierda y la derecha. Podía pactar con los comunistas, entenderse muy bien con los norteamericanos y asesinar a sus opositores. Su pasado tenebroso —desde 1933 hasta 1944—, traía el recuerdo del palmacristi y los desaparecidos. Tenía en su contra, además de lo mencionado, la dicción, no era todo lo agradable que se espera de un político, aunque sabía argumentar a favor de sus propósitos. Debido a todo lo anterior, no lograba rebasar en las encuestas al segundo candidato.

El ingeniero *Carlos Hevia* tenía un abundante historial de lucha, había sido uno de los expedicionarios de *Gibara*, y fue Presidente por pocas horas después de la renuncia de Grau en 1934. Quizás esto último lo hacía esforzarse en lograr lo que pudo ser y no fue. Era considerado un hombre honesto, sin embargo, era poco elocuente, condición necesaria para un político. Un fuerte acné juvenil había dejado marcas en su cara y ello lo hacía menos atractivo. A su favor tenía la movilización de los fondos de la Comisión de Fomento, porque a través de ella podía dar la sensación de hombre constructivo, aunque ello provenía de la misma institución encar-

gada de hacerlo, el Ministerio de Obras Públicas.

Eduardo Chibás hacía lo indecible por mantenerse en los primeros planos. Supo atacar mejor al gobierno de *Carlos Prío* que este defenderse. Los políticos valen por saber aprovechar las oportunidades y defenderse en la adversidad. La consigna de *Chibás*, “Vergüenza contra dinero”, a pesar de ser efectiva en política, era excluyente en economía. Bien podría haber sido “Vergüenza con dinero”. Prometía en caso de llegar a presidente, entre otros remedios, lo siguiente:

Pagar el atraso de 62 millones a los veteranos.

Pagar el atraso de cinco millones a los jubilados.

Pagar el atraso de tres millones al poder judicial.

Expropiar 250 mil caballerías de latifundios mediante el pago de 250 millones de pesos, lo que hacía un total de 320 millones.

En ese momento, el presupuesto de la República, el más alto de todos los tiempos, era de 300 millones y en caso de llegar *Chibás* a Presidente y cumplir lo prometido debía duplicar los impuestos, algo imposible también. Sus promesas eran contradictorias, había sido senador y nunca propuso una ley en el parlamento, ¿por qué?, la presidencia se ganaba con la denuncia, manteniéndose en los primeros planos, y no en las batallas parlamentarias. Continuó con su acusación hasta tropezar con el ministro de Educación del gobierno de *Prío*, *Aureliano Sánchez Arango*, a quien culpó de malversador, pero no lo pudo demostrar. Hasta ese momento, la situación le era favorable.

A partir de ese 5 de agosto de 1951 todo cambió cuando se dispara un tiro. Una vez más intentó hacer la realidad que necesitaba. Sus irrefrenables ataques de incontinencia verbal fueron más allá de lo permitido por la cordura. La fórmula encontrada para salir del atolladero lo llevó directo a la muerte. Después de esa fecha cambió el panorama político, nada fue igual. En diciembre de 1951, muerto el líder ortodoxo, la revista *Bohemia* publicaba el *survey* del momento:

Roberto Agramonte, el sustituto de Chibás: 29,29%
Carlos Hevia: 17,53%
Fulgencio Batista: 14,21%

Sin embargo, en el *survey* que aparece en *Carteles* (febrero 3, 1952, páginas 28-32), referente a las provincias orientales, los resultados son bien diferentes. En la preferencia de voto sigue el siguiente orden:

Agramonte: 25,75%
Batista: 23,14%
Hevia: 18,95%

Otra disquisición necesaria. La encuesta deja mucho que pensar sobre el conocimiento de los cubanos sobre la realidad circundante. Esta podría ser una próxima conferencia de algunos de nuestros historiadores y llevar el siguiente título: “La inocencia de los cubanos”. Cómo explicar entonces que el peor gobernante de toda la época republicana, Fulgencio Batista, se mantuviera en los primeros planos de la contienda electoral. El bonchismo, hijo legítimo de Batista y su época, al parecer había sido olvidado. No obstante, aunque allí vivieron y se desarrollaron los hombres que después serían los opositores sistemáticos, estos no criticaron a

Batista con dureza, porque les costaba la vida. Otra disquisición necesaria. Nuestra historia está distorsionada y no por razones del azar sino por intereses políticos. Estas llegan a nuestros días y nos confunden con toda intención. Algunos investigadores repiten lo que otros con malas intenciones hicieron en su época. Debemos desconfiar de lo obvio, ponlo todo en duda dijo Carlos Marx. José Manuel Alemán, a quien todos conocen, podría servir de ejemplo. Cuando se habla de robo en Cuba, aparece Alemán encabezando la lista. Algunos miserables, con intereses políticos y la ayuda de los medios de comunicación, modificaron la prioridad de la lista. Esto no es casual, detrás hay una mano oscura manipulando quiénes son los buenos y los malos. Ustedes querrán que yo se los diga. Prefiero dejarlo inconcluso para motivar a otros investigadores a hacerlo. Les puedo adelantar algo, el mayor ladrón de todos los tiempos fue Fulgencio Batista y Zaldívar, él debía encabezar la lista y no Alemán. Y no sólo era ladrón, también asesino y golpista. Y si alguien tiene dudas puede remitirse al libro de Guillermo Jiménez, *Los propietarios en Cuba*. Esto no significa que el ministro de Educación del gobierno de Grau no haya robado. La pregunta sería, ¿por qué cuando se habla de robo muchos recuerdan a Alemán y no a Batista? Sin saberlo están actuando según los deseos de los interesados en adelantar sus propósitos. Batista sabía que al segundo lugar no le correspondía la presidencia. Y desde hacía algún tiempo, venía hablando con oficiales retirados y en activo, los cuales le habían propuesto

entrar a formar parte de una conspiración, que venía caminando desde principios del año 1950, pero él rehusó comprometerse en aquel momento. Pensaba entonces que el partido inaugurado por él, el PAU, podía vencer. A finales de 1951 modifica su parecer. La muerte de Chibás y los por cientos negativos de las encuestas, explican su actitud. No es casual lo que le dijo a Rivero Agüero al enterarse por este de la muerte de Chibás:

—Chibás se dio un tiro —le informó a su jefe.

—¡Que no se muera! —contestó Batista, quitándose una toalla de encima.

Rivero Agüero se sorprendió ante dicha expresión, pero no dijo nada. Media hora después, uno de los ayudantes de Batista le comunicó a Rivero Agüero que el senador quería que regresara con él. A las 12 de la noche salieron en dirección a La Habana. En el carro, Batista comenzó a comentarle:

—Hoy cuando yo dije que no se muera Chibás, tú me miraste extrañado.

—Sí, es verdad. ¿Por qué? ¿Ahora usted es de Chibás...?

En los labios de ambos se dibujó una sonrisa. Y Batista remató el tema con la siguiente expresión: “Si se muere Chibás se cambia la historia de Cuba...”.

Hasta ese momento, la atmósfera reinante antes de llegar a las elecciones de 1952 hacía difícil a los 2 100 000 votantes descubrir quién era la mejor candidatura. En este caso prevalecían en los electores los sentimientos por encima de los cálculos. La oposición utilizó contra el gobierno tanto la palabra verbal como escrita. Esto terminó minando la conciencia y la fe. Si las fal-

tas del gobierno parecieron mayores que las de otros regímenes anteriores, ello se debió a que el pueblo las veía a través de la implacable lupa de aumento de una propaganda inescrupulosa de descrédito, que las hacía parecer no solamente gigantescas, sino únicas en la historia política y administrativa del país. Sin saberlo, los voceros de esa oposición minaron su camino hacia el poder que creyeron tenían ya en la punta de los dedos. El ariete verbal de Chibás debilitó al gobierno, Batista lo supo y se aprovechó de ello una vez muerto el dirigente ortodoxo. Sintonizó la frecuencia dejada por Chibás y le dio continuidad. Crear un estado de intranquilidad era la manera anticipada de lograr su intención. Las instrucciones dadas por el general a sus seguidores y recogidas en el informe del capitán Salvador Díaz-Versón lo confirman:

Primero- Crear un clima de agitación nacional tendiente a demostrar que el gobierno actual carece de fuerza para controlar el orden, mantener la paz pública y garantizar los derechos de propiedad y libre empresa.

Segundo- Llevar a la opinión pública, el criterio de que sólo Batista puede restablecer ese equilibrio, que aseguran ellos interrumpido [...], habiéndose acordado en esa reunión, acelerar los contactos con militares en servicio activo al objeto de utilizarlos, si estimasen necesario un golpe de Estado y, al mismo tiempo, aumentar la propaganda en el sentido expresado, y realizar múltiples agitaciones, estimulando a los jóvenes del partido, para que realicen [sic] atentados

personales y promuevan toda clase de alteraciones en el orden público para colocar a la República en un estado de inquietud y alarma, que pueda justificar la toma del poder por medios ilegales y anticonstitucionales.

Una conversación antes del golpe de Estado entre Batista y Alonso Pujol pueden ilustrar la intención: “Aún no ha ocurrido un hecho de tanta resonancia como fue en España la muerte de Calvo Sotelo, preludio de la sublevación de los Generales Sanjurjo, Franco y Mola”, le dijo Pujol. En la crónica de Ciro Bianchi, “¡Se acabaron las pistolas!”, se demuestra que detrás de la muerte de Alejo Cossío del Pino estaban las manos de los batistianos. A partir de estas

directivas, Batista comienza a ejecutar su plan. El 10 de marzo de 1952 a las 2 y 43 de la madrugada penetró en el campamento de Columbia. Minutos después, los militares en activo se unieron al ex general sin hacer la menor resistencia. A las ocho de la mañana el golpe estaba casi consolidado y a la una de la tarde era una realidad. Veintidós hombres habían depuesto en menos de cinco horas al gobierno constitucional. El presidente Prío no tuvo la disposición de resistir y el drama terminó, como está previsto en el guión de la cultura cubana, con una melodiosa canción, *El madrugón*, del trío Servando Díaz, poniendo punto final al hecho.



Sobre la responsabilidad social del diseñador

Claudio Sotolongo

Diseñador y profesor del Instituto Superior de Diseño

When I found myself in times of trouble

Mother Mary comes to me.

JOHN LENNON

El ya definitivo impacto de los medios de comunicación en la vida cotidiana nos impide distanciarnos de la realidad, pero nos coloca en la duda de la aceptación acrítica de ella. Si recapitulamos de manera sintética la historia de la civilización occidental vemos cómo esta se ha construido sobre la base de varios paradigmas a lo largo de su existencia. Tiempos de equilibrio y balance se alternan con tiempos de desenfreno y caos en una sucesión rítmica que describe un comportamiento en espiral.

En el milenio anterior, dos grandes temas rigieron la vida de los seres humanos y sobre estos se articularon los sistemas de valores y normas que tutelaron los diferentes estadios de su desarrollo. La religión, en un primer momento, centralizó este desarrollo, basado en criterios y normas de cierta rigidez y las diferentes sociedades medievales vieron el avance del conocimiento dentro de los muros de los monasterios y las bibliotecas eclesásticas. El advenimiento de la revolución francesa consolidó un cambio de paradigma, el período histórico que abre

este acontecimiento, y que es conocido como modernidad ratificó la existencia de un nuevo paradigma, la ciencia, la cual vendría a dotar de respuestas a los problemas de la humanidad. Durante más de 200 años, la civilización depositó toda su confianza en este nuevo sistema que proveería de nuevos valores; en un modelo que somete todas las preguntas a la comprobación experimental, pero que sitúa todas las posibles respuestas entre las asépticas paredes de un laboratorio.

El nuevo milenio trajo consigo un cuestionamiento a ambos paradigmas. Religión y ciencia colocan las soluciones fuera del individuo, liberándolo, en parte, de la responsabilidad de sus actos. Dios en uno y el caos en el otro parecen organizar nuestras vidas, controlar nuestros destinos y trazar el camino de nuestras vidas. Sin embargo, el arribo de una nueva posición, que coloca al individuo y a su responsabilidad como ser social en el centro de las discusiones da un vuelco a historia occidental de casi dos siglos; asumir en todo momento la responsa-

bilidad por las acciones tomadas; basar las relaciones con otros seres humanos en el respeto a la diferencia; potenciar la diversidad y el cuidado del medio ambiente, y respaldar la existencia de una equidad social son cuestiones que, sólo ahora, entran en los círculos de debate.

El nuevo paradigma encuentra su razón de ser en el individuo y su versión perfeccionada que es, sin duda, el ciudadano. Un ciudadano del siglo XXI, educado y culto, consciente primero de su responsabilidad como ser social en un entorno que está devastado por los medios de comunicación masiva, las guerras, la globalización y la insaciable sed de poder.

Dentro de este nuevo contexto, el diseño se plantea como mediador de las relaciones con un cliente, como una de las herramientas básicas para una humanidad en peligro de extinción. Un profesional responsable, que debate conscientemente en los espacios correspondientes y se preocupa por modificar aquella actitud consumista hacia productos y servicios, y apuesta por la interacción eficiente del sujeto humano con los artefactos industriales y las propias consecuencias que tienen estos en la vida de las personas. Este nuevo diseñador estará situándose a sí mismo en el centro de este nuevo modelo cuyo arribo se hace inminente en el contexto contemporáneo: la ética.

Interesante en este ámbito es el devenir histórico de la una vez denominada conciencia humanista del diseñador, ahora conciencia ética. Un comienzo para esta preocupación social se lee ya en los escritos de William Morris, quien se cuestiona desde el so-

cialismo utópico del siglo XIX la existencia de un ambiente que denigra y condena al sujeto a un estado de alienación permanente con respecto al ambiente y los bienes de consumo. En sus varios escritos dedicados al trabajo podemos encontrar, una y otra vez, la preocupación constante por la relación del hombre con su labor, tanto en el caso de los diseñadores, como en todo aquel que ejerce una profesión u oficio. Para Morris “[...] el trabajo valioso lleva consigo la esperanza del placer en el descanso, en la utilización de lo producido y en nuestra habilidad diaria y creativa”.¹

El siglo XX ha quedado caracterizado por las revoluciones y por los cambios dramáticos en la forma geopolítica del mundo. Estos procesos modificaron las estructuras sociales, políticas y económicas de los pueblos. El diseño en su esencia quedó definitivamente recolocado como agente de transformación social y los diseñadores como los responsables de comunicar los nuevos cambios.

La revolución de octubre en las figuras de El Lissitzky, Kasimir Malevich o Rodchenko introdujo un cambio radical en la elaboración de los mensajes; su compromiso con el momento histórico se refleja en las numerosas obras que abarcan todos los soportes de la comunicación visual. En paralelo, los experimentos tipográficos de Marinetti recolocaron el diseño, lo hicieron parte integrante del proceso creativo, las “palabras en libertad” parten de una nueva concepción de la poesía, que requiere una nueva formalización del mensaje. “Ya no existe la belleza fuera de la lucha.

Ninguna obra desprovista de carácter agresivo puede ser una obra de arte”,² la sociedad del momento está retada desde la visualización nueva de un mensaje, y es que los procesos revolucionarios, los ismos en el arte repercuten de una vez y por todas en el diseño.

La concepción humanista, la preocupación por el hombre serán un tema recurrente, la interconexión se impuso y es que “[...] el futurismo, el dadá, el surrealismo; la escuela De Stijl, el suprematismo y el constructivismo tuvieron un impacto directo sobre el lenguaje gráfico de la forma y la comunicación visual de este siglo”.³

La relación con la belleza como cualidad transformadora y consecuente manera de enriquecer la vida de los pueblos se ve atravesada una vez más cuando en la Bauhaus el arquitecto Walter Gropius, que procedía del estudio de Peter Behrens, es capaz de incorporar la idea de “[...] proyectar una nueva filosofía que expresa y expande la emergente sensibilidad Modernista, en la cual la integración del arte y la tecnología y el desarrollo de una estética para la producción seriada es vital”.⁴

La Bauhaus, que se plantea como el último fin del diseño a la arquitectura y como mediadores en este proceso al diseño gráfico, el mobiliario, los textiles, etcétera, concreta un programa modélico, donde el objeto o la pieza de comunicación visual no sólo han de cumplir con un riguroso proceso productivo, sino que están obligados a elevar la calidad de vida del usuario final, ya sea por sus aportes de tipo funcional como por su belleza implícita.

Una vez más las ideas más renovadoras se asientan sobre un pensamiento socialista, que valida el cambio y que mira a la sociedad que le rodea como al sujeto social para el cual es preciso desarrollar la labor de diseño.

Poco más de un cuarto de siglo después del cierre de la Bauhaus, se produce la entrada de los “barbudos” en La Habana y con estos la transformación radical de un sistema capitalista, dominado por el ya consolidado imperialismo norteamericano, en un naciente sistema socialista. En este nuevo sistema, que enfoca todas sus fuerzas en la creación de un hombre nuevo, el diseño ha de cambiar, su papel se modifica radicalmente y tras un período de búsqueda, comienza a encontrar su lenguaje en la segunda mitad de la década del 60.

Una década agitada, en donde varios intelectuales se acercaron de manera crítica a la cultura de masas, la identificaron y caracterizaron. De ella diría Edgar Morin que es “[...] producida según normas masivas de fabricación industrial; extendida por técnicas de difusión masiva [...]; dirigida a una masa social”.⁵

Mientras la función del diseñador en el capitalismo consiste en estimular la estructura del sistema; función a la que debe oponerse su responsabilidad social⁶ sobre la propia sociedad de consumo, en la que su responsabilidad social queda circunscrita a un carácter individual, los diseñadores cubanos asumen una posición radical frente a esta cultura de masas. Desde las portadas del semanario *Lunes de Revolución* (1959-1961), en las cuales la experimentación tipográfica recuerda las

composiciones de Marinetti, se aprecia ya el despegar de una nueva gráfica. Una gráfica que se consolidará años más tarde en la labor de otros diseñadores como Antonio Fernández Reboiro, Antonio Pérez, Raúl Oliva, Olivio Martínez y Félix Beltrán por sólo citar algunos.

Sin embargo, uno de los elementos de especial interés en este período es que, aparejado a la producción en el campo de la gráfica, se publicarán varios artículos, entrevistas y algunos pocos libros sobre el diseño cubano, lo que nos permite, a casi 50 años de distancia, asomarnos al pensamiento y las ideas detrás de la inmensa obra de esos años.

Un alto grado de compromiso con el proceso revolucionario, recoloca la responsabilidad del diseñador, lo sitúa al frente de las vanguardias estéticas nacionales y le hace partícipe de la lucha revolucionaria. Sobre la responsabilidad social del diseño, Félix Beltrán, junto a Olivio Martínez y Nils Castro, nos avisa en un texto de 1971, aparecido en la revista *Santiago*, en el que comenta además el papel del cartel cubano revolucionario: “[...] cualquier cartel, no importa sobre qué tema, es un cartel social. [...] La política también es cultura y ningún cartel es apolítico o acultural”.⁷

Es esta cultura de masas la que sitúa una vez más al diseñador no ya como artífice visual, sino como productor. Cuando W. Benjamín habla del advenimiento de la época de reproductibilidad, las imágenes se apoderan de la sociedad, el diseñador es ahora un productor de imágenes, el que dará forma a las nuevas expresiones culturales. “En Dios confiamos” se lee en el retiro de los bi-

lletes de un dólar norteamericano, pero son los diseñadores los que le dan el aspecto a Dios; cuando el paradigma se ha desplazado hacia la ciencia, ella será el nuevo Dios, pero la ciencia, que aparentemente carece de ideología, adquiere a su vez la forma de los objetos de consumo, una forma que le será dada por los diseñadores, una forma *styling*, racionalista o postmoderna.

Pero, al fin y al cabo, una forma que llegará en el futuro cercano a ser reflejo de nuevas preocupaciones: la sustentabilidad, la reutilización y el control racional de la energía desde la concepción hasta el final de la vida útil del producto serán las nuevas guías para el nuevo diseño. Una vuelta, en la espiral del desarrollo a un producto adaptado y socialmente responsable.

El diseño contemporáneo tiene ante sí los grandes retos de la humanidad, recogidos en los Objetivos del Milenio de la Organización de las Naciones Unidas. Las ocho metas trazadas por esta organización internacional bien podrían servir de punto de partida para comenzar a pensar en la incorporación de un conjunto de prácticas que funcionen en lo interno de la profesión sin afectar su carácter de servicio. De otra manera seguiremos maravillándonos con ciertos artefactos de catálogo que si bien parecen responder a posiciones más comprometidas ambiental y socialmente, sólo sirven para complacer la vanidad de hacer y vivir un diseño responsable.

Notas

¹ Morris, William. “Trabajo útil o esfuerzo inútil”. En *Arte y sociedad industrial*. Ciudad de La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1985. p. 77.

² Marinetti, Filippo. “Fundación y manifiesto del futurismo”. En Micheli, Mario. *Las vanguardias artísticas del siglo xx*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1972. p. 456.

³ Meggs, Phillip. *Historia del diseño gráfico*. México: Trillas, 2002. p. 301.

⁴ Blackwell, Lewis. *20th Century Type Remix*. Londres: Lawrence King, 1998. p. 34.

⁵ Morin, Edgar. El espíritu del tiempo. *Diseño* (La Habana) [s.p.]; mar. 1970.

⁶ Beltrán, Félix. “El diseño, sus consecuencias”. En *Desde el diseño*. La Habana: s.n., 1970.

También puede consultarse en *La Gaceta* (1970).

⁷ Beltrán, Félix, Nils Castro y Olivio Martínez. Qué es el cartel cubano. En *Acerca del diseño*. La Habana: Cuadernos de la Revista Unión, 1975. p. 56.

Originalmente apareció en la revista *Santiago* (Santiago de Cuba) en 1971.



Otro texto inédito de Félix Varela

Amaury B. Carbón Sierra

Profesor de la Universidad de La Habana

Nuestra revista se honra, una vez más, en dar a conocer la localización y traducción al español de una obra filosófica en latín del eminente profesor y sacerdote Félix Varela y Morales (La Habana, 1788-San Agustín, Florida, 1853), la cual era sólo mencionada desde hace más de medio siglo. Se trata del tomo dos de sus *Institutiones Philosophiae eclecticicae... (Institutiones de filosofía ecléctica para uso de la juventud estudiosa)*, dedicado a la Metafísica, y que, al igual que el tomo uno, viera la luz sin la indicación del autor, en 1812, en la imprenta habanera de Antonio Gil. Se le conocía únicamente por la descripción que había hecho Antonio Bachiller y Morales en su *Catálogo de libros y folletos publicados en Cuba desde la introducción de la imprenta hasta 1840*, publicado en sus *Apuntes...*(1859-1861): “El segundo tomo [la Metafísica] tiene 47 páginas de doctrina y el resto con 39 proposiciones entre las que se trata de las relaciones del alma con el cuerpo, en



que cree perdido el tiempo que se emplea en refutar los sistemas, principalmente el del mediador plástico de Cuddwort”. Con esta obra, a la que añadió al año siguiente un tomo tres, inició Varela en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio la reforma filosófica en cuanto a contenidos y métodos, incluido el uso en sus clases del español –y no del latín– con el carácter de lengua de cultura y ciencia del que carecía.

El tomo dos de la Metafísica, que consta de 129 páginas de 25 renglones, se halla en la Colección de libros raros y valiosos de la Biblioteca Central Rubén Martínez Villena de la Universidad de La Habana, encuadernado a continuación del tomo uno. Aunque bien catalogado, quizás por ello, y por haber sido publicado sin el nombre del autor, u otras circunstancias, pasó inadvertido, incluso para el profesor Roberto

Agramonte, vicerrector de la Universidad, quien en 1952 se refería a ese tomo dos de *Metafísica* como “por desgracia no localizado”.¹ Agramonte era entonces, además, director de la Colección de Autores Cubanos que ese mismo año publicaba el tomo uno de las *Instituciones...* y ocho años antes había dado a conocer la obra de otro fundador, José Agustín Caballero, a la que siguieron nuevos aportes divulgativos de donde parte la importancia de su juicio para otros investigadores.

Dada la infructuosa indagación que habíamos realizado en los catálogos de las principales bibliotecas de América y Europa, incluida la Vaticana, y en otras de Cuba hasta la localización del texto, concluimos que probablemente estamos en presencia de un ejemplar único, lo que le confiere mayor valor. Por esa condición, y por ser un documento de primera mano de la etapa inicial del pensamiento de un forjador de nuestra nacionalidad, no sólo llamamos la atención sobre esta obra, casi bicentennial, sino que ofrecemos un fragmento de la traducción, aún inédita y pendiente de revisión, que para contribuir a su preservación y conocimiento hemos realizado.

Para todo lo referido al marco referencial de este texto, remitimos al título en tres tomos *Félix Varela. Obras*,² principalmente a la “Introducción” del profesor Eduardo Torres Cuevas, especialista mayor de quien se considera “el que nos enseñó primero en pensar”, y a los “Apéndices” con la bibliografía de Varela hasta 1988, compilada y anotada por Josefina García Carranza.

*Traducción*³

Proposición XXVII

El cuerpo es causa ocasional de las afecciones del alma

El cuerpo por una acción externa, o también alguna interna, puede variar su estructura natural; de esta variación resultan las afecciones del alma, las cuales sin embargo no produce, como dijimos antes. Nada más requiere la explicación de la causa ocasional; luego el cuerpo..., etcétera.

Sección III

Acerca de las opiniones de los demás sobre este asunto

Muchas más opiniones acerca de esta materia, la cual consideramos (de todas) la más difícil, han sido ciertamente los sistemas inventados, el influjo físico, las causas ocasionales, las armonías preestablecidas y la del mediador plástico. Muy poco diremos de cada uno.

Sistema del influjo físico

Este sistema supone que el alma opera en el cuerpo, y él en ella real y físicamente. De este modo se expone por la mayoría de sus defensores, como si alguna realidad que exista en el cuerpo transitara al alma; y por el contrario se comunicara algo positivo del alma al cuerpo. Sucede así que ellos mismos declaran sinceramente no saber nada en absoluto; y en verdad con razón: Me defrauda, pues, que sólo sepan profirir palabras, pero no puedan nunca formarse una idea. ¿Qué cosa más absurda que se pudiera imaginar la influencia del cuerpo en el espíritu y la

de este en aquel? Declaramos verdaderamente que el alma puede mover el cuerpo, pero negamos que esto pueda ocurrir por influjo o comunicación de alguna realidad. Lo que hay en el alma es espíritu, pero ningún espíritu puede separarse y volver al cuerpo; así pues, no existe ningún influjo del alma. Sin embargo, si dicen algunos que esta voz significa no la comunicación de la entidad, sino una acción real, diré que esa palabra es inadecuada, pero concederé el significado mientras se hable sobre el alma, pero se lo negaré al cuerpo en absoluto por las razones expuestas.

Sistema de las causas ocasionales

Muchos modernos piensan con Descartes que la acción del alma en el cuerpo es nula, y que Dios no limita el alma a la del cuerpo sino en ocasión de las afecciones del cuerpo, pero, por el contrario, según sus voliciones el alma mueve al cuerpo. Así pues, por este sistema tanto el alma como el cuerpo son causas ocasionales por cuyo examen Dios opera. De ahí que se haya echado a suertes el nombre de causas ocasionales.

Ciertamente, me atreveré a refutar este modo mismo de juzgar, aunque no todas las cosas que han excitado la cólera de algunos, pero en verdad no puedo aceptarlo. Algunos estiman este sistema conveniente a la libertad humana, porque la moción divina admitida por los cartesianos no puede estar exenta de la acción de la voluntad, por lo cual se engañan e injurian no poco a los muy piadosos y doctísimos varones defensores de un sistema de esta naturaleza.

Pues los cartesianos sostienen que no todas las operaciones del alma ocurren absolutamente por obra de Dios; sino que él sólo produce las del alma con respecto al cuerpo o las del cuerpo con respecto del alma: en una palabra, como dicen que no se pueden exponer bien las sensaciones del alma y los movimientos del cuerpo, atendiendo a la naturaleza de la sustancia de cada uno, acuden a Dios.

Hay otros, pero poquísimos, que de tal modo siguen el ocasionalismo, que consideran que todas las ideas y afecciones del alma suceden por obra de Dios, pero, no obstante, aunque admiten la cooperación de la voluntad de Dios, porque es justo, desechan la acción real. Luego, son censurados por algunos, injustamente sin acritud, como aniquiladores de la libertad humana.

Sin embargo, no admitimos este sistema, porque parece en exceso arbitrario, ya que no ha sido aún bien comprobado que la mente humana no pueda producir movimientos corpóreos, ni que el cuerpo conceda la ocasión de operar en el alma; incluso esto nos parece cierto, y no podemos avanzar en ello con tan difícil orden. Sucede que por su constitución parece ajeno a su naturaleza, pues priva al alma de su actividad, pero consta que ella es activa en el más alto grado en calidad de sustancia espiritual, y no parece conveniente que no rija su propio cuerpo sino que sólo lo haga para que la sustancia inerte pueda también ofrecer la ocasión, es decir, concederla.

El principal argumento de los cartesianos procede de este modo. El alma conoce o no los objetos antes de la formación de las ideas: si se da lo primero, la formación de la idea es

superflua; en el segundo caso, si el alma representa la idea no menos exacta con que un pintor da la imagen de un hombre del cual no tiene noticias, así pues el alma no puede formar ideas.

Para refutar esto, conviene advertir que una es la razón del agente por su naturaleza, y otra la del agente por su doctrina. Es decir, el alma por su naturaleza está determinada a la formación de las ideas sin ningún precepto, pero el pintor, no por su naturaleza sino por su doctrina y por los preceptos, forma una imagen. La razón de estas cosas se debe a que la acción natural es intrínseca, aunque la artificial, extrínseca.

Por lo tanto, señalamos la diferencia de este modo: el alma puede formarse en sí misma la idea del objeto, es más, antes de conocerlo, porque ejerce una acción conservadora intrínseca y actual, cuya carencia, así pues, es la privación de algo intrínseco, y en consecuencia, el alma, naturalmente cognoscitiva, se hace necesariamente consciente de su afección; como un cuerpo naturalmente pesado, si carece de sustentación, entonces necesariamente cae; y el fuego que naturalmente quema, si no existe causa que lo impi-

da, necesariamente arde. Pero el pintor no puede pintar la imagen de un hombre desconocido, porque no tiene nada intrínseco que lo determine a hacer esa representación, pues lo intrínseco, es la propia idea, pero quitada esta, nada permanece que sea orientado por la observación. Lo diré con una máxima: La idea tiene algo intrínseco determinativo en su propia alma; es decir, la inmutación de la acción conservadora: pero la imagen de un hombre desconocido nada intrínseco tiene en el pintor.

Notas

¹ Agramonte, Roberto. *José Agustín Caballero y los orígenes de la conciencia cubana*. La Habana: Universidad de La Habana, 1952. p. 169.

² Torres Cuevas, Eduardo, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez. *Félix Varela. Obras*. La Habana: Editorial Cultura Popular, 1997.

³ Agradezco a Lourdes Morales, directora del departamento, y a Bárbara Susana Sánchez, directora de la DICT-UH, y a los demás trabajadores de la Biblioteca Rubén Martínez Villena de la Universidad de La Habana, el apoyo y las facilidades que me brindaron para la traducción.



*El juicio del Moncada, de Marta Rojas**

Araceli García Carranza

Investigadora y bibliógrafa

Cuando Marta Rojas, recién graduada de la prestigiosa Escuela de Periodismo Manuel Márquez Sterling, en 1952, aún sin haber logrado vínculo laboral, ni plaza fija alguna, viaja al año siguiente de La Habana a Santiago de Cuba, en el mismo tren donde lo hacían algunos combatientes del Moncada, se iniciaba así en su vida, parafraseando a Alejo Carpentier un contacto cotidiano con algo que podríamos llamar lo real maravilloso. Todo va a resultar maravilloso al acercarnos apenas a la forja de este libro titulado, en su sexta edición, *El juicio del Moncada*.

Y dejando que en la vida lo maravilloso fluya libremente, Marta llega a Santiago y se pone en contacto con Panchito Cano, su vecino y colega, con quien ya había realizado algunos reportajes para la revista *Bohemia*. En esa ocasión, el objetivo periodístico era el

carnaval santiaguero. Cano le promete 50 pesos por ayudarlo a retratar las carrozas, mientras ella le señala los pies a las fotos y toma notas para redactar la crónica. Este objetivo cambia de pronto en la madrugada del 26 de julio cuando al parecer oyen la explosión de unos cohetes, a los que él identifica como tiros que vienen del cuartel Moncada, y ambos deciden dirigirse al *Diario de Cuba* donde fueron informados de que los soldados del cuartel se fajaban entre ellos.

Marta insiste en dirigirse al cuartel, incluso con la anuencia de su madre, quien a pesar del peligro entiende que ella había estudiado para ir en busca de la noticia.

Al llegar, Panchito Cano toma fotos a su antojo, y después de otros incidentes, en un momento dado le pide a Marta



*Palabras en la presentación de la obra en la Feria Internacional del Libro de La Habana el 17 de febrero de 2009.

que lo siga, pone las fotos en la cama de un camión y las cambia por las del carnaval que ella llevaba en los bolsillos de su falda, y él las entrega a los custodios del lugar, mientras Marta guarda en sus bolsillos las comprometedoras, así viaja a La Habana con un primer reportaje de los sucesos del 26 de julio y las fotografías correspondientes. Visita a Miguel Ángel Quevedo, director de *Bohemia*, quien supo aquilatar la valía de la información, pero la censura le impidió publicar este primer reportaje, sólo divulgaría algunas fotos con los pies de grabados redactados por la periodista, a la que le aconseja que vuelva a Santiago, pues aparentemente la persona más comprometida era Cano.

En Santiago, Marta visita lugares relacionados con el asalto con vistas a enriquecer el reportaje no publicado. Posteriormente, disfruta vacaciones en agosto y visita de nuevo La Habana, donde Enrique de la Osa, periodista de *Bohemia* y jefe de su sección “En Cuba”, y Miguel Ángel Quevedo le sugieren que regrese a Santiago y hable con Baudilio Castellanos, abogado de oficio entonces, al cual le dice que quiere asistir al juicio de los asaltantes al Moncada que comenzaría el 21 de septiembre. Asimismo, ella logra ver a



Asaltantes al Cuartel Moncada

algunos magistrados santiagueros, cuyas entrevistas aparecen en *Bohemia*, y se las muestra. Ellos, halagados, la ponen en la lista de los periodistas de Oriente que asistirían al juicio del Moncada. Por su parte, los periodistas de La Habana se retiran convencidos de no poder publicar nada ante la férrea censura batistiana.

Al fin, Marta asiste al juicio y allí toma notas con especial fruición y cuando cada día terminaba una sesión de la Causa 37, salía del Tribunal llevando las anotaciones escritas en cuartillas de papel gaceta, dobladas en forma de acordeón, y así andaba unas 20 cuabras desde la Audiencia hasta su casa. En el trayecto narraba detalles y diálogos a personas deseosas de saber lo ocurrido, lo cual le servía para precisar aún más en su memoria nombres y frases, aunque para algunas preguntas no tenía respuestas. Al llegar a la casa, su hermana Mirta y su amiga Marta Cabrales, emparentada con la esposa del General Maceo, la ayudaban a descifrar sus propios manuscritos para pasarlos en limpio como si se fueran a ser publicados al día siguiente y sin pensar siquiera en la censura que por aquella época parecía eterna.

Terminado el juicio, Marta lleva su original, que todavía conserva, a la revista *Bohemia*, donde Quevedo le pone OK y se lo entrega a Enrique de la Osa, pero ella todavía no logra publicar su testimonio, salvo en una oportunidad en que se suspende la censura y hace una síntesis que corrige el poeta Ángel Augier.

Todo sigue resultando real y maravilloso mientras se forja el libro.

Cuando triunfa la Revolución, Miguel Ángel Quevedo le pregunta a Marta



Masacre a los asaltantes al Cuartel Moncada

Rojas por el “mamotreto” del Moncada al reconocer su vigencia e importancia histórica y política, y en eso aparece Rafael Humberto Gaviria, un joven latinoamericano a quien la periodista le presta su testimonio. Gaviria lo tiene en su poder dos o tres meses y al cabo le entrega la primera edición de este impresionante testimonio en tres tomos pequeños bajo el título de *Moncada*. Es esta la primera edición en bruto que saliera de las prensas de Impresora Mundial S. A. sita en Estrella 608, en La Habana. El primer tomito tiene como subtítulo *El creador fue Martí*, el segundo, *Libertad o muerte*, y el tercero *Un juicio insólito*. Esta edición es hoy por hoy una joya de la bibliografía cubana que con orgullo forma parte de lo más legítimo de nuestro patrimonio nacional.

Luego vendrían otras ediciones. En la segunda, de Ediciones R, la autora agregaría documentos que recuperara en los días del juicio: actas de defun-

ción, certificados forenses, documentos relacionados con Raúl Gómez García y otros. En ella aparece por primera vez el prólogo de las heroínas del Moncada, Haydeé Santamaría y Melba Hernández.

No puede olvidarse que testigos distintos de un mismo hecho pueden dar versiones diferentes, recordemos la película *Rashomon*, de Akira Kurosawa, sin embargo, esta obra real y maravillosa está nada menos que avalada por testigos excepcionales del hecho.

Del prólogo de Haydeé Santamaría y Melba Hernández cito:

Desde el primer instante, la autora hizo una proyección de futuro y no tomó las notas como función a cumplir, sino que fue atenta y celosa observadora de lo que estaba sucediendo entre las bayonetas que invadían el local donde se celebraban las vistas de aquel juicio. Pudo aquilatar que en ese lugar iba germinando una simiente renovadora que transformaría por completo el basamento de aquella sociedad corrompida: allí se estaba determinando el porvenir de todo un pueblo. Por reflejar verdades, deseos y anhelos de un pueblo que supo liberarse, estimamos que esta obra ha de ayudar grandemente al conocimiento pleno del objetivo que perseguían y las razones que movían a los compañeros del Moncada cuando se lanzaron al ataque de aquella fortaleza militar. Después de haber sido leído este libro por varios participantes del hecho, nos sentimos con absoluta tranquilidad histórica, ya que los aspectos más importantes se encuentran reflejados.

Luego aparece la tercera edición publicada por el Instituto Cubano del Libro y la Editorial de Ciencias Sociales en 1973, en la Colección 20 Aniversario, que incluye como anexo *La historia me absolverá*.

Pero continúa la obra en su entorno real y maravilloso. En la década del 70, durante las conversaciones de paz de Viet Nam, Marta se encuentra en Hanoi con Alejo Carpentier, a quien conocía desde 1959. Este ya había leído *La Generación del Centenario en el juicio del Moncada*, título de la segunda edición y en esta ocasión se interesa por prologarle la próxima. Posteriormente, en el 25 aniversario del asalto al cuartel Moncada otra vez Ciencias Sociales en su Colección Nuestra Historia da a conocer la tercera edición de *La Generación...*, esta vez con prólogo de un gigante de las letras, nada menos que de Alejo Carpentier, el cual nos dice que ese juicio oral para suerte nuestra y de los historiadores, tuvo su cronista: “Marta Rojas, autora del admirable libro que hoy se nos ofrece en una nueva edición”. El escritor se había referido antes en el texto a esos hechos históricos sin testigos válidos como la toma de la Bastilla, muy poco consignado por las crónicas de la época.

Y continúa diciendo:

Ágil y talentosa escritora, de profunda vocación periodística, estilo directo y preciso, don de mostrar muchas cosas con pocas palabras, Marta Rojas pertenece a la raza de reporteros a quien rendía homenaje Hemingway cuando observaba que, en Normandía, durante el desembarco al que asistió en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, al-

gunos corresponsales de la prensa lo aventajaban en rapidez de observación y poder de síntesis, declarando que, en fin de cuentas, ellos –y no él– serían, a la postre, los mejores novelistas de aquel acontecimiento [...]. [En este caso Carpentier presintió a la novelista Marta Rojas. N. de la A.]

En 1967, Carpentier apreció la elocuente precisión de Marta Rojas ante el Tribunal Russell, en Estocolmo, y en otras oportunidades valoró su estilo periodístico en comentarios y reseñas de palpitantes acontecimientos de la historia contemporánea admirándose siempre ante su vivo talento y su singular oficio. En este prólogo, pone ejemplos del estilo periodístico que ella ofrece en cada página.

En la edición de 1979, ampliada y corregida por la autora, esta añade datos que años antes podrían haberse considerados secretos.

Luego Ciencias Sociales vuelve a publicar la obra en 1988; en el 2003, lo haría la Colección La Era del Instituto del Libro; en el 2006, en Córdoba, Argentina, la Editorial Espartaco, una edición que coincide con la visita de Fidel a ese país (y otra vez lo real maravilloso: el director de Espartaco por azar de llama Fidel Ángel Castro).

Y llegamos a nuestros días, al día de hoy en que presentamos la edición de *El juicio del Moncada* con motivo del 50 aniversario de la Revolución cubana, en la cual se incluyen además de los prólogos de Carpentier, Haydée y Melba, un texto de Marta Rojas titulado “Acerca de cómo hice este libro”, que se los recomiendo para darle aún más veracidad y precisión a mis pala-

bras anteriores. La autora no hizo investigaciones *a priori* para ninguna de las ediciones de este libro, aunque posteriormente sí las haría para *El que debe vivir*, Premio Casa de las Américas 1978, y para *La Cueva del Muerto*. En el primero se refiere al combate desde el Hospital Civil de Santiago de Cuba defendido por un grupo de revolucionarios encabezado por Abel Santamaría, y en el segundo a otro episodio de esta heroica gesta relacionada con Marcos Martí y Ciro Redondo.

No quiero terminar sin referirme a la espléndida crónica que publicara Mirta Aguirre en *Granma. Resumen Semanal* el 19 de agosto de 1979, donde se lee al referirse a la edición de ese año “[...] la obra tiene por añadidura, una prosa de atrayente lectura y una sabia construcción estructural”. Además,

compara el árido e inclemente panorama político de la época con el arbusto débil y delgado que describe Marta Rojas en su obra y que observó en el patio del entonces Palacio de Justicia: el arbusto pugnaba por crecer como el movimiento revolucionario.

Esta imagen la reproduce Alejo Carpentier en su prólogo para afirmar que Marta era una novelista por instinto al utilizar este elemento accesorio que da relieve a la acción humana.

Marta Rojas, testigo de excepción de este hecho, inició con este texto su brillante carrera periodística. Su talento y sensibilidad también pertenecen a lo real y maravilloso.

Lean pues esta obra precisada en cada edición por su autora, una mujer verdaderamente extraordinaria.



Memorias de la Revolución

**Luis M. de las Traviesas
Moreno**

Editor

Los contenidos que conforman estos dos volúmenes (La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008), cuyos coordinadores fueron Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres Cuevas, devienen resultados de los coloquios que, en su primer lustro, ha desarrollado la Cátedra Club Martiano Faustino Pérez de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana. Integrada esta cátedra al conjunto académico de este centro, tuvo como objetivo fundamental el desarrollo de proyectos históricos vinculados al proceso revolucionario cubano desde 1940 y hasta las décadas iniciales de la Revolución en el poder. Así, testimoniantes de ese período e investigadores han venido realizando, durante una primera etapa, y mensualmente, seminarios cuyos temas específicos se nos entregan ahora en estos tomos, el primero con 456 páginas y el segundo con 384, ambos encuadernados en rústica cromada.

En esta edición —el primer libro en su segunda versión revisada de la del 2007—, la distribución temática se muestra en dos etapas trascendentales para el estudio y conocimiento integral de la Revolución cubana. De ello, el

período insurreccional lo ocupa el tomo uno, mientras que la reconstrucción del sistema capitalista prerrevolucionario y de construcción socialista, el segundo. En sus páginas, los lectores han de recibir valoraciones más orgánicas y sistemáticas del proceso que, en sus convicciones revolucionarias y sociopolíticas, condujo al triunfo de la insurrección y la consecuente transformación histórica de la sociedad en nuestro país.

En el primer volumen se compendian temas como “La Constitución del 40. Antesala de la revolución socialista”, “El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952”, “Rafael García Bárcena y el Movimiento Nacionalista Revolucionario”, “El asalto al Cuartel Moncada”, “Fundación del Movimiento 26 de Julio”, “Frank País y los orígenes del movimiento revolucionario en Santiago de Cuba”, y “Vida y obra revolucionaria de Faustino Pérez”, cuyos autores, Armando Hart Dávalos, Mario Mencía Cobas, Enrique Oltuski Ozacki, Marta Rojas Rodríguez, Jorge Ibarra Cuesta y Reinaldo Suárez Suárez, en sus artículos ofrecen importantes reflexiones. “El movimiento militar del 4 de abril de 1956” (conocido como el de “Los puros”), “El Directorio Revolucionario y la FEU de José Antonio Echeverría”, “La hombrada de José Antonio”, “El desembarco del *Granma*”, “Cincuenta años en la memoria”, “El Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana”, “La Huelga del 9 de abril de 1958”, y “El movimiento revolucionario en la enseñanza media”, constituyen significativas valoraciones de autores como José Ramón Fernández Álvarez, Faure Chomón Mediavilla, Pedro Álvarez-Tabío Longa,

Juan Nuiry Sánchez, Jorge Alberto Serra Almer y Ricardo Alarcón de Quesada. Para un último aparte de la obra, análisis sustanciales de Enzo Infante Uricazo, Amels Escalante Colás y Harry Villegas Tamayo, se entregan en “La reunión de Altos de Mompié”, “La victoria en la Sierra Maestra”, “El gobierno revolucionario en armas” y “La invasión a Occidente”.

Un grupo de trabajos agrupados en el tomo segundo, en sus propuestas, destaque y continuación de los contenidos del libro precedente, tales como “Rasgos socioeconómicos generales de Cuba: 1958”, “Vigencia del programa del Moncada”, “Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui”, reflejan análisis autorales de sumo valor como los de Osvaldo Martínez Martínez, Reinaldo Suárez Suárez, Enrique Oltuski Ozacki y Pedro Álvarez-Tabío Longa. Continúa el libro con temas referentes de simpar importancia como los de Armando Hart Dávalos, Orlando Borrego Días, Jorge Lezcano Pérez y Héctor Rodríguez Llompart, bajo los títulos de “Cultura y educación cubanas: desde la forja de la nación hasta nuestros días”, “El Che como estadista en la Revolución cubana”, “La defensa de la Revolución por las masas” y “Relaciones con los países socialistas”. Por último, un grupo de conferencias cierra el segundo tomo vivenciales y valorativas en sus planteos de Fabián Escalante Font, Aníbal Velázquez Suárez, José Ramón Fernández Álvarez, Carlos Lechuga Hevia, Ramón Sánchez-Padodi Montoto, Roberto

Regalado Álvarez y Jorge Risquet Valdés Saldaña, al abordar “La contrarrevolución en los primeros años de la Revolución cubana”, “La lucha contra bandidos”, “Playa Girón”, “La crisis de octubre”, “Estados Unidos vs. Cuba: una espiral de 30 años”, “Los gobiernos de izquierda en América Latina”, y “La epopeya de Cuba en el África Negra”.

La obra, prologada por Eduardo Torres Cuevas y con nota de los editores Gladis Alonso González y Luis M. de las Traviesas Moreno, queda apoyada con referencias de datos biográficos de los autores. En sus páginas queda una entrega sustancial para sus lectores como resultado de un arduo período de trabajo, instrumento para aprehender nuestra combativa historia contemporánea. De ellas surgen interpretaciones vivientes y objetivas, compartidas en el estudio y la reflexión, sin dejar el documento factual archivado, todo en el entramado necesario de la estructuración de la historia objeto de análisis. Constituyen búsquedas del quehacer por la valoración más integral del proceso combatiente que procuró el 1º de enero de 1959 y su accionar posterior.

Una dedicatoria preside *Memorias de la Revolución*, ahora en la realidad de medio siglo:

A Fidel, de sus combatientes de ayer,
De hoy y de siempre, de su Universidad,
Por su presencia, en un aniversario más de su natalicio.



Narciso, la poesía y los poetas.

Nuevo libro de ensayos de Virgilio López Lemus

Yuri Rodríguez González

Investigador

N*arciso, las aguas y el espejo* puede provocar una expresión de extrañeza a más de un lector de paso por las librerías habaneras. Y sería un gesto fundamentado, pues no es habitual en la producción literaria nacional, encontrar un volumen de ensayos centrados en un motivo de la mitología griega como la figura de Narciso. Mas, si la persona es un lector avisado, rebasará su sorpresa al constatar que el autor del libro es el investigador, crítico, ensayista y poeta Virgilio López Lemus.

Y es que para Virgilio López Lemus cada uno de sus libros ha constituido un reto. Un reto tanto los textos en que se ha propuesto profundizar en zonas de la literatura, insuficientemente atendidas por la crítica, como los libros en donde ha resaltado los nexos y relaciones de la poesía con las creencias esotéricas o con mitos.

En el primer caso, recuerdo la aparición en 1988, de *Palabras del trasfondo*, en el cual trata el antecedente, desarrollo y continuidad del coloquialismo en Cuba. En esa ocasión, López Lemus dirigió su análisis en particular a la generación de la década del 50, sin amedrentarse por los obstáculos

los inherentes a estudiar un fenómeno vivo, en pleno desarrollo.

Asimismo ocurriría con *La décima constante*, en 1999, en que López Lemus se propuso iluminar aspectos relacionados con esta forma estrófica, que no habían sido tratados con el detenimiento y la amplitud pertinentes. Por ello, en su texto ahondó, sólida y amenamente, sobre la conexión de la décima escrita y oral con la tradición poética de Cuba y de Iberoamérica, y su vínculo con la identidad cultural cubana.

De igual forma sucedería con sus indagaciones sobre poetas claves que por lustros no merecieron la atención necesaria, como Dulce María Loynaz y Samuel Feijóo, José Lezama Lima y Severo Sarduy, José Ángel Buesa y Emilio Ballagas. O al minucioso trabajo de antologar en *Doscientos años de poesía cubana -1790-1990-* el quehacer lírico de la mayor de las Antillas, un texto imprescindible para cualquier interesado en el devenir poético insular.

Mas, por otra parte, también representó un desafío para López Lemus, publicar, en el 2003, *Aguas tributarias*, un manojo de exquisitos ensayos sobre la poesía y la vinculación de este gé-

nero literario y sus creadores con el ocultismo en el mundo occidental, un tema cuya singularidad se destaca dentro de la ensayística cubana.

Ahora, esa singularidad también está latente en *Narciso, las aguas y el espejo*, publicado por Ediciones Unión, en su colección Contemporáneos. Lo comprobará quien hojee las páginas de este volumen que, dividido en cuatro partes, desarrolla una especulación sobre la poesía partiendo del mito de Narciso, según asegura López Lemus en el propio subtítulo del texto.

En “La imagen y la semejanza”, la parte inicial del libro, el autor discurre sobre la idea de Dios, como creador del cosmos a su imagen y semejanza, cual un primer Narciso. Pensamiento del que se desprende la posición del poeta, dentro de su dimensión de artista, proyectando su imagen como un Narciso, al hacer arte, poesía. Se ocupa seguidamente López Lemus de la poesía como amor intelectual, recorriéndola como una manifestación, entre otras, de la trascendencia del hombre, de intuición, de acto de amor cósmico y de especulación.

A continuación, en “Narciso histórico”, la segunda sección del libro, aclara que en su exposición no le interesa adherirse a la visión que ha tenido el mito desde finales del siglo XIX, y en especial tras la interpretación de Freud. Por el contrario, asevera que su elucubración tendrá como base al narcisismo como forma de presentarse ante el hecho poético o al Narciso como poeta, con un sentido de creación poética.

Por tanto, en los capítulos consecutivos se remonta al Narciso tal y como

lo desarrolló Ovidio en su libro *La metamorfosis*, reproduciendo el texto del vate romano y, además, otras versiones de este, según los poetas españoles Luis Alberto de Cuenca y Antonio Alvar. Continúa con las interpretaciones del filósofo y ensayista francés Gastón Bachelard y el escritor español Gabriel Celaya, así como con un capítulo dedicado al Narciso de la contemporaneidad, a quien califica de sujeto intelectual perfecto, apto para frente a una pantalla de computadora poner a funcionar su capacidad humana total creando la nueva dimensión virtual.

Ya en el tercer segmento del libro, “Narciso y los números”, López Lemus reflexiona sobre las relaciones entre lo lúdico y lo poético, aludiendo en un principio al *Homo ludens*, de J. Huizinga y luego, asociando el mito al conteo pitagórico y la numerología, inspirada esta última en el conteo de Lezama en *Paradiso*, elabora un entramado deudor de la propensión del ser humano al juego.

Para la sección final del libro, “Narciso en las escrituras”, repasa cómo ha sido recogido este mito en los saberes enciclopédicos, bíblicos y gnósticos, psicoanalíticos y poéticos, y la manera en que lo han incorporados a su obra escritores como sor Juana Inés de la Cruz, Calderón de la Barca, José Lezama Lima y, dentro del gigante brasileño, los poetas Cecilia Meireles, Carlos Nejar, Marcos Accioly. Incluye López Lemus ejemplos pertenecientes a las artes plásticas, el ballet y el cine, inspirados en el mito griego, completando este panorama que hará en verdad las delicias del lector.

Delicias a la que se sumará, sin dudas, el estilo elegante y diáfano; las citas variadas y oportunas; el tono, unas veces, casi coloquial, casi cómplice, en otras, de una ironía sutil; el discurso contundente, solidamente fundamentado, surcado de aliento poético y que convertirán en su totalidad a su lectura en una experiencia enriquecedora.

Acto de verdadero cultivo de la inteligencia, resumió el doctor Maximiliano Trapero este libro, a propósito de resultar premiado en el IV Concurso Internacional de Ensayo de Investigación en Humanidades Agustín Millares Carlo, en el 2004, y que convierte a

López Lemus en el primer latinoamericano en recibir ese galardón. Por su parte, en el prólogo, el ensayista uruguayo Fernando Aínsa cuenta, entre sus virtudes, que su autor “[...] eleva el mito clásico a la categoría de *ars poética* de sugerentes variantes”.

Lo anterior sólo son breves juicios que validan el acierto de la incorporación al catálogo editorial cubano de *Narciso, las aguas y el espejo*: un libro que demuestra el vigor, novedad, amplitud y seriedad de la prosa reflexiva que se viene gestando en Cuba en la actualidad.



Normas de presentación de los artículos

Los interesados en publicar en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, deberán tener en cuenta los siguientes parámetros:

1. Los originales se harán llegar en formato electrónico, consignando en la primera página los siguientes datos:

- Título del trabajo y fecha de presentación.

- Resumen del artículo.

2. Los autores deben precisar los siguientes requisitos aspectos:

- Nombre completo.

- Número de carné de identidad.

- Institución, área y departamento de trabajo.

- Cargos, títulos académicos, categorías docentes o científicas.

- Número de teléfono y dirección de correo electrónico.

3. Especificaciones del texto digital

- Los trabajos serán entregados en Word, Arial 12, interlineado doble.

- Alineación izquierda, sin justificar (sin alinear a la derecha).

- Números de las páginas en el margen inferior, alineados a la derecha.

- No se admitirán textos con párrafos cuyos fines de líneas estén delimitados por retornos manuales (producidos por la tecla *Enter*, según el hábito de la dactilografía mecánica), sólo se pondrá fin de párrafo cuando se trate del punto y aparte, los demás fines de línea del pá-

rrafo, el procesador de texto Word los irá haciendo automáticamente a medida que se escribe.

- La bibliografía y notas deben estar al final del documento.

4. Detalles del texto impreso.

- Se imprimirán en papel tamaño A4 (21,0 x 29,7 cm).

5. Imágenes digitales.

- El soporte, identificado con el nombre del trabajo, contendrá dos archivos: uno con el cuerpo del texto y otro con las imágenes.

- Las tablas pueden ir incorporadas al texto, en el lugar que ocupan dentro de este. De no ser así, tendrán el mismo tratamiento que las imágenes.

- Todas las tablas (estén dentro o fuera del texto) serán confeccionadas en formato Word.

- En el texto debe señalarse (con números) dónde van las imágenes y tablas, e identificarlas con la misma numeración en el archivo que las contenga.

- La resolución de las imágenes debe ser de 300 dpi o mayor, y todas estarán en formato jpg.

- Las imágenes deben estar identificadas por un pie.

Los trabajos se entregarán a la Dra. Araceli García Carranza o al departamento de Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Para cualquier consulta o sugerencia sobre esta convocatoria pueden dirigirse a araceli@bnjm.cu y/o elda@bnjm.cu

Un Consejo Editorial, conformado por especialistas de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, determinará los artículos que se publicarán, en correspondencia con los objetivos e intereses de la institución.



concurso
Leer a
Martí
2009

Para alumnos desde 4^{to} a 12^{mo} grado, Educación Media Superior, Educación Especial y Universidades del país.

Se concursará en:

- Poesía
- Ensayo
- Cuento
- Género epistolar
- Texto en prosa que recoja las impresiones de una visita a un museo o lugar histórico.

Los trabajos no excederán las 3 cuartillas y deberán ser identificados con nombre y apellidos, edad, número de tarjeta de menor o carné de identidad, sexo, dirección, grado escolar y nombre de la Escuela o Centro Universitario a que pertenece. En el caso de los estudiantes universitarios su extensión no excederá las 10 cuartillas. Deben ser entregados por los centros educacionales a la Biblioteca Municipal, de forma manuscrita o en formato digital, hasta el **30 de noviembre**. La premiación nacional será efectuada el **19 de mayo**.

Para mayor información sobre las bases del concurso escribir a tanleon@bnjm.cu



XII
edición

programa
nacional

por la lectura

Convocan
El Ministerio de Cultura, la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, el Ministerio de Educación y la Organización de Promeros José Martí.